

MARÍA GALLEGO



MARTINA

Y SU CAJA DE ZAPATOS

© Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: Martina y su caja de zapatos.

© 2017, María Gallego.

Número registro: M-004803/2017

Diseño de la portada y de la contraportada: Clandestino Style.

*Para Miguel, gracias por todo y por tanto. Para mi
pequeño Bruno, gracias por regalarme tu tiempo y tu
infinita paciencia. Para Noa, te llevamos con nosotros.
Para Io, siempre estabas y siempre estarás.
Os quiero familia.*

«Es bueno amar tanto como se pueda, porque ahí radica la verdadera fuerza, y el que mucho ama realiza grandes cosas y se siente capaz, y lo que se hace por amor está bien hecho.»

Vincent Van Gogh.

Índice

Prólogo

Un final, un comienzo

Nervios, esperanzas y un poco de ron

Buenos augurios

Un encuentro inesperado

Una grata sorpresa

Una boda y un desayuno especial

Ilusiones renovadas

Vidas ocultas

Cerrando heridas

Una visita programada y otra inesperada

Una buena noticia

Privilegios

Fin del misterio

Un mar de dudas

Noche de concierto

Busca y compara

Un viaje especial

Paranoia

Nuevos planes

Comienza la aventura

Un giro forzado

Pesadillas

Convivencia por conveniencia

Nuevos horizontes

La bella Italia

La llegada del otoño

Un comienzo, un final

Agradecimientos

Sobre la autora

Prólogo

¿Se puede vivir con el corazón roto?

Tumbada en la cama cierro los ojos, todo está en calma. Coloco la mano en el pecho y lo siento latir. Físicamente funciona, el dolor no ha provocado un soplo o una arritmia, pero está destruido. No puedo sonreír, intento hacer una mueca forzada, no sale. No tengo ni ganas, ni fuerzas para levantarme, no podré preparar nada para comer. ¿Y entonces? Moriré de inanición en la cama con el corazón roto.

De tanto llorar me siento seca por dentro como un vegetal deshidratado. Como una lechuga pocha, un despojo. Una pasa vieja y arrugada. Mucho drama, Martina. Quizás ahí te has pasado un poco. Va a tener razón mi madre: «Ay Martina, tú siempre tan melodramática»

«Levántate, ¡vamos!». Nada que no, no tengo ganas de nada. Ojalá y estuviera exagerando, ojalá tuviera una máquina del tiempo que me llevara una semana atrás, un día antes de bajar al infierno. Que me transportara a aquellos días en los que él estaba conmigo y mi corazón estaba entero y feliz.

No lo vi venir, como los carteles luminosos de la carretera. No los veo hasta que los tengo encima y colocando los ojos en modo halcón los pillo en

el último segundo. Sí, lo sé, existe algo que se llama gafas, no las necesito yo veo estupendamente. (Autoengaño, muy común a partir de ahora en mi día a día).

Resumiendo; viví un amor de juventud que se alargó en el tiempo, pasional y absurdo en cierta manera. Se alojó en mi cabeza y en mi corazón un «para siempre» tipo Disney; irreal y ridículo. Boda de por medio, casi veinte años de relación en los que fui inmensamente feliz y una escena visual grabada en mis retinas para siempre que terminó con la relación de un plumazo. Lo había visto miles de veces en las películas. Un cliché, pensaba siempre, un estereotipo. Hasta ese día que me encontré revuelta en la oficina y me dijeron: «Vete a casa, Martina, mejórate». Y yo salí tan contenta del trabajo deseando llegar a casa para tumbarme y recuperarme del «gripazo» que había cogido. Pero no, no pude tumbarme en mi cama porque me la encontré ocupada por mi maravilloso marido y otra señorita que no había visto jamás. Señorita que tuve el privilegio de ver en todo su esplendor, subida a horcajadas encima del desgraciado de mi esposo y cabalgando cual jinete de telenovela.

Y así fue como pasé a formar parte del cliché, separada a los treinta y todos, con unos cuernos como las Torres Kio de la Plaza de Castilla de Madrid, magnífica ciudad en la que vivo.

Después del desagradable encuentro vinieron los gritos, los llantos, las disculpas y las mentiras tipo: «ha sido solo una vez».

«¿Sólo una vez?», mentira porque descubrí que la señorita era una compañera de trabajo de mi querido maridito, a partir de ahora lo llamaré «el traidor», con la que llevaba meses acostándose mientras a mí me llenaba de excusas, aumentando más si cabe el estereotipo de infidelidad y el tamaño de

los cuernos. De esa forma salió de mi casa y de mi vida, después de casi veinte largos años en los que hice todo por y junto a él. Así fue como me quedé sola con casi cuarenta años, un trabajo basura y pocas ganas de vivir.

Comencé a ir a terapia. La terapeuta me recomendó dos cosas: que abriera mi caja de recuerdos para deshacerme de todo lo que me causaba dolor y que escribiera un diario de la separación. «Diario de la separación», sonaba horrible, tétrico y enfermizo, pero es lo que hice, pasados los años lo leería y sentiría mucha lástima por mí, eso seguro.

De niña me acostumbré a guardar en una caja de zapatos preciosa, que intercepté en el montón de cosas pasadas de moda que mi madre guardaba en el garaje. La caja pertenecía a una colección de zapatos de Prada y solo la caja valía el dineral que mi madre habría pagado por ellos. Dejé abandonados los zapatos en el montón y guardé con recelo la caja. La fui llenando con todos los recuerdos importantes: la primera carta de amor, la primera entrada de cine... Seguí haciéndolo en la adolescencia, por entonces conservaba entradas de conciertos, pulseras que me regalaba algún noviete. Cuando la caja estaba repleta de cosas, la vaciaba guardando el contenido en una caja común y corriente. Y volvía a llenarla con los «souvenirs» y las chorradas del momento. Por supuesto, continué guardando cosas, aunque la caja de zapatos tuvo que mutar en un objeto de mayor tamaño: una maleta vieja que encontré en un mercadillo de segunda mano en Londres.

Hacía tiempo que no la abría, tras el suceso dejé de guardar recuerdos dentro, bastante dolorosos eran los que conservaba en mi cabeza. Estaba segura de que, al abrirla, el noventa y nueve por ciento de objetos que contenía tenían que ver con mi vida junto al traidor. Todo el mundo me recomendaba soltar lastre, renovar el entorno, tirar lo viejo para que entrara lo

nuevo, pero yo siempre he sido de naturaleza nostálgica. Me gustaba guardar, conservar no solo los recuerdos, también los objetos que me evocaban a ellos. No era del todo consciente, pero esa era una de las muchas costumbres que debía cambiar para sobrevivir al divorcio. De ahí la sugerencia de la terapeuta cuando conoció la existencia de la maleta de los recuerdos. Abrir, tirar, soltar, despedirse. Por entonces no fui capaz, «la caja de zapatos» se iba a tener que quedar cerradita en el fondo del armario.

La casa me consumía y me sentía terriblemente sola, como si alguien hubiese pulsado el botón de pausa en un mando a distancia cósmico y todo se hubiera detenido a mi alrededor menos mi desesperación. El mundo avanzaba y yo me había quedado suspendida, despojada de mi vida, sacada a la fuerza de mi rutina.

Rutina: Término definido en el diccionario como «Costumbre inveterada». Inveterada: adjetivo que significa antiguo, arraigado. Eso es lo que sentía yo, todo estaba arraigado, la puerta de entrada al edificio donde trabajaba, la recepción donde pasaba las ocho horas de la jornada laboral, los «buenos días», «buenas tardes», «hasta luego» diarios.

La terapeuta también me recomendó no pedir la baja médica. A pesar de mi desolación dijo que me vendría bien ir al trabajo y distraerme. Lo que ella no sabía es que mi trabajo conseguía de todo menos distraerme. Me amargaba profundamente. Era un lugar donde pasaba las horas, me pagaban a final de mes y con eso cubríamos ciertos gastos, esperando que el traidor consiguiera triunfar con alguno de los libros que escribía. Planteamiento de vida veinteañero que se había ido alargando a lo largo de los años sin darme ni cuenta. Y allí estaba ahora, sin traidor y aferrada a un trabajo de mierda, perdón, poco motivador.

Decidí en aquel momento no contar nada en el trabajo. Había algo peor que sentir pena: darla. Haciendo gala de mis buenas dotes interpretativas cuando la situación lo requería, hice de tripas corazón y el primer día de trabajo después de la separación, entré a la oficina con una sonrisa triunfal. Un «dientes dientes» en toda regla.

A parte de la terapia, había recurrido al mejor lugar del mundo donde recabar información y consuelo: Google.

«¿Cómo superar una ruptura? No le llames, cámbiate el pelo, cambia de amigos, renueva tu armario, cambia el colchón». Una ruina, vamos.

Yo no quería cambiar nada, quería volver a tener mi vida. Arreglar la situación. Recuperarle. «No no no. No quiero recuperarle, no quiero recuperarle», eso se llamaba auto-convencimiento. Muy útil y recurrente en estos casos.

Era horrible, me pasaba el día colgada de Facebook. Me había convertido en una espía obsesivo-compulsiva: ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Sale en las fotos con ella? Si la respuesta era sí, me hundía durante horas y me enfadaba conmigo misma por regocijarme en el sufrimiento. Me prometía una y otra vez que no iba a volver a hacerlo. Pero al día siguiente estaba de nuevo buscando. Debía terminar con aquello, el tiempo pasaba y había entrado en una espiral de auto destrucción.

—¡Martina! ¡Teléfono! Hija, no sé qué te pasa últimamente, estás todo el rato escribiendo en esa libreta y como alelada. ¿Todo bien? —preguntó mi compañera.

—Sí, sí, perdona. Planeando las vacaciones —mentí descaradamente. Eran mentirijillas piadosas, me daba pereza contarle la lamentable situación

afectiva que atravesaba.

Esa mañana nos llegó un email de recursos humanos anunciando una promoción interna. Había una vacante para un puesto de secretaria de uno de los jefes del departamento financiero. Aunque también nos avisaban de que el puesto no era solo interno, harían entrevistas de trabajo externas. Intuí que se iba a presentar mucha gente, pero el cambio de trabajo me atraía como para intentarlo. No estaría nada mal, seguiría entrando por la misma puerta, pero cogería el ascensor hasta la séptima planta, vería el «skyline» de Madrid, el cielo, las nubes. Podría convertirse en algo poético: Martina abandona los bajos y asciende a las alturas.

Actualicé la foto del currículum y me apunté a la selección. Miré a ambos lados mientras abría de nuevo Facebook...

Él ya paseaba su amor por las redes sociales y yo no había sido capaz de contar a mi entorno que ya no estábamos juntos. Decidí que había llegado el momento, cuando antes lo proclamara al viento, antes lo asumiría.

Abrí el diario y escribí:

«Salir del armario». No, esa no era la mejor forma de anotarlo.

«Salir de la cueva». Tampoco.

«Hacer vida de soltera». Esta me gustaba más.

Al salir del trabajo, llamé a mi entorno más cercano para contarles las novedades de mi patética existencia.

Pasé el fin de semana encerrada en casa, me costó convencer a los míos para que no vinieran a consolarme, todavía no era el momento. Necesitaba

ese par de días de encierro, de llorar a solas, de despedirme de algunos recuerdos. Continué mirando en Internet, ¿qué hacíamos antes de tener Internet? ¿nos paseábamos con vestidos de piel de animal muerto y todavía no se había inventado el fuego? Ya ni recordaba mi vida sin acceso a la tecnología.

Para colmo, me había llegado la invitación de boda de Sara, una de mis mejores amigas. Un evento que había pasado de emocionarme cuando me lo contó meses atrás, a producirme una desesperación desmedida. La invitación era para dos, el lugar donde nos había sentado era para dos. Podría pedirle a Sara que me sentara en la mesa de los niños. O que dejara la silla vacía, nos vendría de perlas para los bolsos. Mi nivel de patetismo empezaba a rebosar.

En ese instante justo, con ese pensamiento rebotando en la cabeza, llegó el clic interno que a todos nos llega. Ese «basta ya» que clama tu subconsciente harto de ti y tus neuras absurdas. La semana siguiente tenía la entrevista de trabajo, mi aspecto cada vez era más lamentable. Me cansé de compadecerme. Fin. Había llegado el momento del primer cambio: «Mañana... ¡Me tiño el pelo!». Anoté en el diario.

Un final, un comienzo

Aquella tarde después de la peluquería decidí invitarme a un café doble moka con nata y virutas de chocolate. Mientras degustaba esa delicia pensaba que había llegado la hora de tomar decisiones. Debía pensar qué iba a hacer con la casa. No soportaba vivir allí y era lo único material que me unía todavía al traidor, por no hablar de que cada vez que entraba en la habitación, mi mente recreaba la escena del delito. Dentro de esas cuatro paredes no podría seguir adelante. Descontando la parte del préstamo y los gastos, podría tener unos ahorrillos para pagar una vivienda de alquiler una temporada y borrar de un plumazo la sensación de fracaso.

Para empezar, tendría que ponerme en contacto con él para comentarle mis intenciones y ofrecerle la opción de comprar su parte. Pero no encontraba el momento. La sola idea de volver a tenerlo delante me causaba pavor. Tan manipulador, tan capaz de convencerme de casi cualquier cosa. Siempre había tenido ese «superpoder».

Necesitaba encontrar la persona adecuada que me acompañara a hablar con él. Alguien con la suficiente empatía emocional para comprender la revolución de sentimientos que estaba sintiendo, alguien que estuviera en alerta y no quisiera pegarle allí mismo. Este último requisito, descartaba a un alto porcentaje de la familia y a algún que otro amigo.

Podía acudir con un abogado, suponía tratar la venta de la casa dentro del convenio regulador del divorcio. Divorcio, «Martina la divorciada», me sonaba demoledor. Quizá lo más sensato era dejarlo en manos expertas y

profesionales, pero algo en mi interior no me lo permitía, a pesar del daño. En el fondo quería finalizar los temas pendientes de manera amistosa. En el fondo, fondo... quería volver a verle, que él pensara que se había equivocado, que entendiera lo maravillosa y atenta que era y cayera rendido a mis pies.

En ese momento de ensoñaciones absurdas, mientras miraba al infinito a través del cristal de la ventana de la cafetería, escuché un carraspeo y un «¡Martina!» que me hizo levantar del asiento. Juan Pedro, un vecino de la urbanización me miraba fijamente.

—Hija, estabas como en trance. No deberías abstraerte tanto, un día van a robarte —dijo y yo pensé: «sí, la energía como tú ahora mismo». Acababa de encontrarme con el vecino más cotilla del barrio.

—Perdona, qué casualidad, ¿cómo tú por aquí? —contesté con desgana. Se sentó sin pedir permiso, ¿para qué? y empezó una conversación intrascendente, en la cual mi mente volvió a viajar a tiempos pasados, tiempos inventados. Hasta que le oí decir:

—Por cierto, me ha contado Toñi que el otro día se encontró con David, (el traidor), en una cafetería y que estaba haciéndose carantoñas con una mujer muy atractiva —dijo y yo sentí un ¡pum! Un golpe directo en la boca sin tiempo de protegerme.

Qué poder tienen las palabras que son capaces de hundirte en la miseria en una milésima de segundo. Por la cara que debí poner, el vecino indiscreto entendió que había tocado hueso, porque de repente, algo nervioso se despidió alegando gestiones pendientes. Y allí me quedé, con la mirada perdida, una punzada en el corazón y tratando de decidir si contrataba al abogado familiar o buscaba uno nuevo.

Decidí pedir ayuda a una experta en separaciones ajenas, cada decisión

tomada suponía un pequeño triunfo y yo necesitaba que la situación empezara a cambiar. Al día siguiente de saber que mi vecino publicaría mi separación en el tablón de anuncios del portal, pedí refuerzos. Al salir del trabajo debía encontrarme con Claudia en el centro.

Claudia es mi hermana mayor, pertenece a ese tipo de personas que rozan la perfección en cualquier cosa que se proponen. Siempre impecable, madre de dos niñas buenas y educadas. Matrimonio de años en armonía. Aceptó quedarse al mando del negocio familiar y estudió la carrera elegida por nuestro padre. Organizaba las celebraciones y eventos de la familia y aprovechaba cada uno de ellos para dejarme a los pies de los caballos, según ella por la mala cabeza que había demostrado tener siempre. Abandonar la carrera a medias, elegir al hombre inadecuado, malgastar años en una relación tóxica que no iba en ninguna dirección. Que satisfacción debió producirle mi llamada aquel día para contarle que el traidor se había largado de casa, no porque disfrutara con mi sufrimiento, sino porque disfrutaba infinitamente más con su acierto.

Eso pensaba yo mientras subía por las escaleras mecánicas del metro de la Puerta del Sol, bajaba caminando por la calle Arenal, y echaba un vistazo de reojo a los vestidos de novia del escaparate de Pronovias, provocándome una cara de asco inmediata, a pesar de que eran preciosos. Seguí caminando hasta la puerta del Starbucks y, cómo no, allí estaba, había llegado a la hora exacta, con el peinado perfecto, el maquillaje justo y me esperaba con el morro torcido.

—Estaba a punto de irme, Martina. Tengo muchísimas cosas que hacer para estar esperándote veinte minutos. No te tomas nada en serio, he tenido que mover muchos contactos para concertarte esta cita con la mejor abogada de familia de Madrid —afirmó. A punto de cumplir los cuarenta, Claudia

provocaba que yo pasara a tener dieciocho años de golpe.

—Lo siento, el metro se ha retrasado —respondí. No tenía ni energía ni ánimo para enrabiatar a mi hermana, algo que en otras ocasiones me causaba un placer perverso, pero en esta ocasión, me interesaba terminar cuanto antes y que la abogada se pusiera en marcha.

La abogada resultó ser un encanto y una profesional muy eficiente. Una vez organizado el tema legal, pude centrarme en la entrevista de trabajo. Quería estrenar algo de ropa, tenía la absurda idea de que, con un hábito nuevo, automáticamente cambiaría toda la imagen que proyectaba. Pero como bien dice el sabio refranero: «el hábito no hace al monje» y los milagros a buscarlos a Lourdes. Compré un traje de chaqueta azul marino con falda, por aquello de enseñar pierna que todavía estaban para enseñarlas y me fui casa.

Siempre me sucedía lo mismo, según iba entrando por el portal me iba volviendo de color gris ceniza. Nunca había vivido sola. La soledad elegida sería maravillosa, pero impuesta y sin quererla era un verdadero martirio, o eso pensaba, incapaz de ver el lado positivo de mi nueva situación, si es que lo tenía. Entré en casa, encendí la radio para sentir compañía y me puse ropa cómoda. La televisión no conseguía distraerme, preparé una infusión y encendí el ordenador. Tenía un email de mi amiga Sandra, en el que me contaba que Sara, poseída por un espíritu «yankee», había decidido tener en la boda damas de honor, y que por supuesto, Sandra y yo, estábamos nominadas para serlo. También me sugería que ante el giro que estaban tomando los acontecimientos y sabiendo lo patética que me sentía, debía plantearme darme de alta en una página de contactos. Quizá, en un mes que faltaba para el evento sería capaz de encontrar un maromo potable para llevar de acompañante, que también existía la posibilidad de contratarlo, pero que

eso me haría sentir más patética todavía. Suspiré apoyando la cabeza en el respaldo del sofá, Sandra me conocía como si fuéramos gemelas monocigóticas, no me gustaba ir sola ni al supermercado, así que acudir a la boda de una de mis mejores amigas sin acompañante me parecía triste y humillante. Página de contactos. ¿Por qué no? Abrí una página del navegador y empecé a crear un perfil. Mujer, soltera, busca...

Los primeros mensajes que llegaron me hicieron replantearme la idea. «Hola me llamo Julio. Busco mujer en Madrid o alrededores para amistad o lo que surja. Chico serio, trabajador. Me gustaría mujer delgada, divertida y abierta». ¿Abierta? ¿Abierta por dónde? ¿Pero que estoy haciendo? Cogí el teléfono y marqué el número de Sandra.

—No puedo, nena. Lo de los contactos en estos momentos no me atrae nada de nada. Resulta que te creas un perfil donde te vendes como si fueras un lamborghini, aunque en realidad seas un utilitario normalito del montón. Buscas tu mejor foto y la colocas cual reclamo para atraer patos. Entonces empiezas a recibir toques, guiños, visitas, mensajes sórdidos y vas sumergiéndote en hobbies, pasiones y fotos engañosas. Llamaré a Jaime a ver si me saca una noche de juerga, o le pediré que me organice alguna cita con algún amigo suyo que me suba la autoestima. Acompañarme a la boda no puede, porque me ha dicho que va con un ligue que se ha echado, el mamón. Que facilidad tiene, cada vez que le pregunto por una me dice que ya no está con ella, pero que ha conocido a otra, ya le conoces.

—Pues nada cielo, descartado. Elimina el perfil y listo. ¿Cómo va lo de la casa? —me preguntó Sandra.

—Regular, resulta que el traidor ha accedido a venderla, pero le ha puesto un precio muy por encima del valor y ahí andan la abogada y él, intentando llegar a un acuerdo. Me ha dicho que lo mejor es tasarla, pero

entre unas cosas y otras se me están acabando los ahorros.

—Si necesitas dinero sabes que puedo prestártelo.

—No tranquila, por ahora me organizo. Gracias por ofrecérmelo —
respondí agradecida.

—Con toda confianza, lo sabes, Tina. Llámame mañana después de la entrevista y me cuentas. Tengo que dejarte. Nos vamos a casa de unos amigos de Olivia que quieren invitarnos a cenar y ver los últimos cuadros que ha hecho. A ver si hay suerte y compran alguno. La pobre se está desanimando, cada vez pinta menos y ya sabes que no puedo ver como sufre.

—Vaya, lo siento. Dale muchos besos de mi parte. Pasadlo bien, mañana hablamos.

Al colgar recordé que la terapeuta me había pedido que escribiera sobre las personas de mi alrededor que eran importantes. Saqué la libreta y empecé por la más importante de todas.

Sandra

Hace algunos años, al poco de casarme decidí apuntarme a un curso de cocina. Siempre habíamos tenido cocinera en casa y la cocina no era algo que me llamara la atención. El traidor también era un inútil en la materia, de manera que había que prepararse o comeríamos envasados de por vida. En el curso éramos diez mujeres y dos hombres. Casualidades del destino, el primer día nos pusieron por parejas y durante los tres meses que duró, no nos separamos. Sandra era tan torpe como yo en temas culinarios. Conectamos en

el momento que nos miramos con una mezcla de terror y mucho cachondeo en la mirada. Por aquella época, ella tenía novio y de vez en cuando venía con él a cenar a casa para practicar las recetas que íbamos aprendiendo.

Una tarde me llamó muy seria diciendo que teníamos que vernos, pero a solas. Me preocupé. Quedamos en un pequeño café en el barrio de Chueca. Sentadas en una mesa, al fondo del local, me confesó que ya no quería a ese chico y que había tenido una aventura con otra persona. Reconozco que me enfadé con ella, me enfadé porque no entendía cómo había sido capaz de hacer algo así. Mi concepto de la lealtad era muy exigente. Bien es cierto que ni siquiera convivían juntos y ambas sabíamos que tenían una relación tormentosa, de esas que lo dejas y vuelves, innumerables veces. Es por eso que no entendí la puesta en escena para contarme aquello, hasta que me contó que la persona que había revolucionado sus chacras, se llamaba Olivia y era argentina.

Me quedé un poco impactada, era la primera vez que una amiga me contaba que le gustaba otra mujer. Empezó a hablarme de ella con mucha emoción y con un brillo especial en los ojos. Brillo que no le había visto desde que nos conocíamos. Solo pude felicitarle por haber encontrado el amor y desearle suerte con la ruptura y con el inicio de la nueva relación. Esperaba que la tal Olivia sintiera lo mismo por ella y no fuera el ligue de una noche, y no lo fue.

El único consejo que me dio Sandra cuando le conté la escena tórrida de mi marido con otra, fue: «ahora no eres capaz de verlo, pero confía en mí, es lo mejor que podía pasarte». Hace poco me ha confesado que el ego del traidor le producía ardor de estómago cada vez que le tenía delante. Pero así es Sandra, jamás me dijo nada o puso un mal gesto. Si yo era feliz, ella tragaba antiácido.

Nervios, esperanzas y un poco de ron

El día de la entrevista me levanté antes de lo habitual, estaba muy nerviosa. La hora de la cita era a las diez. Me senté en mi puesto de trabajo y empecé a imaginar cómo sería mi nuevo jefe, si me contrataban. Me imaginé a un hombre tipo George Clooney con traje de Armani, educado, atento y tremendamente sexi.

—¡Martina! Vuelve a la tierra que se te ha puesto cara de Homer cuando ve un donut —me alertó mi compañera y el comentario me hizo reír.

—Estoy de los nervios —confesé.

—Tranquila, seguro que lo vas a hacer genial —dijo de manera sincera.

Agradecí los ánimos, consulté el reloj y al comprobar que faltaban solo diez minutos para la entrevista, me puse en camino. Subí a la séptima planta y salí del ascensor con paso firme, cabeza en alto y caminé con seguridad por el pasillo. La procesión iba por dentro, como suele decirse.

Según me iba acercando a la sala, el paso se volvió menos firme, la cabeza fue bajando paso a paso y la seguridad se fue dispersando como el agua por el fregadero. ¡Había mucha gente! Mujeres más altas, más guapas, más elegantes, más jóvenes y un buen puñado de hombres de diversos estilos. Parecía un casting para American Idol. Bueno, quizá no tanto. Busqué un rincón donde poder hacerme cada vez más pequeña. Había puesto demasiadas esperanzas en el nuevo trabajo pensando que era uno de los cambios que necesitaba para no sentirme tan miserable. Si lograba vender la casa y cambiaba de trabajo sería más fácil soltar el lastre, ese que me tenía anclada a

tiempos más felices.

Unos años atrás llegué igual de nerviosa para hacer la entrevista del puesto de recepcionista, pero en aquella ocasión no estaba sola. Él me acompañó y esperó fuera. Me besó mientras nos abrazábamos y susurró que no estuviera nerviosa, que me contratarían seguro. Mientras recordaba, no me di cuenta de que una lágrima me resbalaba por la mejilla. La toqué con el dedo y volví a la realidad. «¡Mierda! ¡Estoy llorando!».

Me levanté en busca del aseo, entré en el servicio y contemplé mi reflejo en el espejo. Con aquel traje de chaqueta azul marino, la camisa blanca, el pelo recogido, tan formal y tan poco yo. Limpié los restos de máscara de pestañas que habían resbalado junto a las lágrimas hacia el cuello y respiré profundo consiguiendo serenarme.

Volví a la sala, al poco rato salió la mujer que iba llamando a los candidatos y pronunció mi nombre. Entré en el despacho y tomé asiento frente a la persona que me iba a entrevistar. Era un hombre de unos sesenta años, aproximadamente. Quizá menos, pero muy trabajados. De aspecto sudoroso. Llevaba uno de los botones de la camisa desabrochados al final de una barriga considerable. El poco pelo que le quedaba, daba la sensación de estar pringoso. Hice un esfuerzo enorme para no poner cara de repugnancia.

—Tiene usted un currículum bastante escueto para la edad que tiene — afirmó en un tono desagradable.

Empezábamos bien. Conseguí controlarme y no responder: «Y usted un aspecto de guarro, oiga». Suspiré y a continuación, como suele hacerse en estos casos, mentí.

—He estado trabajando un tiempo en el negocio familiar, pero no creí oportuno ponerlo en el currículum. Tuve que dejar la universidad para echar una mano.

—Interesante. ¿Y de que es ese negocio? —preguntó intrigado.

—Una pastelería —contesté y no añadí ningún dato más. No quise contarle que la pastelería era una de las más prestigiosas de la ciudad, situada en uno de los selectos barrios de Madrid. Fundada por uno de mis antepasados, había pertenecido a la familia de mi padre durante generaciones y que ya contaba con filiales por toda España. Rara vez hablaba de ello. El tema familiar era algo peliagudo.

—Bueno —prosiguió él—, no creo que sea relevante en este caso cómo hacía usted pasteles. Por lo que veo en el currículum, habla y escribe inglés de forma fluida.

—Sí señor —contesté cada vez más incómoda.

—El puesto requiere movilidad geográfica, ¿tiene alguna responsabilidad familiar que le impida estar disponible para mí, siempre que la necesite?

—No —respondí, el tono de la pregunta no me gustó en absoluto.

—¿Tiene pensado tener familia en un plazo corto de tiempo? —preguntó y en ese momento enfurecí.

—Pues no es algo que contemple en mis planes actualmente —respondí visiblemente enfadada.

—Por cierto, ¿siempre viste con ese estilo tan de profesora de colegio de monjas? —preguntó de manera sarcástica y no pude soportarlo más. Este último comentario me cabreó sobremanera y consiguió que me dieran ganas de mandar a ese «señor» a buscar cardillos a Fresnedillas de la Oliva.

—Disculpe, pero ahora que lo pienso, tengo la casa llena de gatos y no puedo dejarlos solos. Siento haberle hecho perder su valioso tiempo. Buenos días —dije indignada y salí de allí preguntándome si aquello era denunciabile, o si llamaba a Sandra para pincharle las ruedas del coche al sujeto, como mínimo.

Al volver a la recepción le conté lo sucedido a mi compañera que se quedó escandalizada.

—Yo pensé que esas cosas ya estaban erradicadas —dijo.

Más triste y desangelada si cabe, terminé mi jornada laboral de la mejor manera que pude. Al salir del trabajo llamé a Sandra.

—¿Tenéis planes esta noche? —pregunté.

—No cielo, íbamos a ver una peli en casa.

—¿Acogéis a esta pobre indigente emocional?

—¡Pues claro! No tienes ni que preguntar, vente cuando quieras —respondió Sandra.

Yo no quería, ni podía estar sola. La ciudad, el país y el mundo entero se habían vuelto lugares inhóspitos.

Fui a casa a quitarme el uniforme de azafata tristonera y al entrar me recibió la nada. No había luces, ruido o un «hola cariño, qué tal tu día». Me sentía realmente mal, siempre había defendido la independencia femenina y ahora no era capaz de vivir sola. Le echaba de menos y me estaba costando horrores acostumbrarme a vivir sin él.

Ir en coche al barrio de las chicas suponía un estrés por el que no estaba dispuesta a pasar. Es por eso, que me auto convencí de que mi actual e inexistente vida social me permitía el lujo de llamar al servicio de taxi. A los diez minutos justos, sonaba el timbre y bajaba yo a toda prisa como si escapara de un lugar al que no quería volver.

—Buenas noches, a la calle San Lucas, por favor. —Le pedí al taxista.

Sandra y Olivia se habían mudado hacía un par de años al barrio de Chueca. El «gueto» como lo llamaban ellas. Allí se sentían a gusto y podían «comerse los morros» sin miradas inquisidoras, como decía Sandra.

Le indiqué al taxista que fuéramos por el centro, evitando las carreteras de circunvalación. Durante el trayecto miraba por la ventanilla disfrutando de las calles de Madrid por la noche. La iluminación de los edificios del Paseo de la Castellana, la Glorieta de Colón, el Hard Rock Café, la Biblioteca Nacional. Empezó a invadirme un sentimiento de nostalgia brutal, nos veía juntos por cada esquina. Madrid se me quedaba pequeña.

Al llegar a casa de Sandra lo primero que hice fue contarles mi gran entrevista de trabajo, de esa forma podría borrarla de mi mente. Olivia sacó una botella de ron. Mientras preparaba unas copas, dijo:

—Bebe Tina, pero no para olvidar. No borres ni un minuto vivido, gracias a esas experiencias sos la increíble mujer que tengo delante. Celebremos que mañana es un nuevo día. ¿Quién sabe lo que nos espera?

Volví a casa el domingo por la noche y me metí directamente en la cama. Había sido un fin de semana divertido, de retiro y de cargar pilas. Cuando sonó el despertador me costó la vida levantarme, sentía una mezcla de cansancio y hastío. Trabajo de mierda, vida personal de mierda. Se me hacía insoportable estar allí sentada, un día tras otro.

Por el camino sonó el teléfono móvil, ¿quién sería tan temprano?

—Buenos días Martina, soy Isabel —me informó mi abogada—. Te llamaba para decirte que hemos recibido una llamada de la inmobiliaria. Tienen un posible comprador, le gustó mucho la casa y ha hecho una oferta. Si te viene bien quedamos esta tarde en el despacho y ultimamos los detalles.

—Me viene perfecto. Gracias Isabel —contesté.

A la salida del trabajo me llamó Claudia para comunicarme que nuestros padres volvían el fin de semana de viaje y había organizado un «brunch» en su casa el próximo domingo.

—Es una cita ineludible, Martina. He invitado a muchos amigos de papá y mamá y sería un bochorno que no estuvieras —afirmó y yo suspiré cansada, qué rabia me daba el esnobismo de mi querida hermana.

—Que sí, que iré, no te preocupes —respondí y colgué, dejando a Claudia con la palabra en la boca.

Isabel, la abogada, me comunicó en su despacho la cifra que había ofrecido el comprador interesado. La oferta era más que razonable, podríamos pagar lo que quedaba del préstamo que no era mucho y repartir la diferencia al cincuenta por ciento. Era una buena transacción. Por mi parte le dije que me parecía correcto, no tenía ganas de dilatar aquello más. Necesitaba mudarme cuanto antes. Al salir a la calle tenía dos sentimientos encontrados, uno de alivio por acercarme el final de ese capítulo y otro de profunda tristeza por el mismo motivo.

Me apresuré hacia la boca de metro, llegaba tarde a la prueba del vestido de dama de honor de la boda de Sara. De camino, saqué la libreta; era el turno de la siguiente persona importante.

Sara

Sara era una amiga de esas que defines como «de toda la vida». Fuimos juntas al colegio y al instituto. Ella decidió que en la universidad no se le había perdido nada y estudió un curso de peluquería y estética. Siempre fue la más coqueta de la pandilla, la que nos maquillaba y nos peinaba. Trabajó durante algún tiempo en varias peluquerías hasta que se hartó de los bajos sueldos y el trato de algunos jefes. Buscó trabajo en el departamento de

perfumería de unos grandes almacenes y consiguió que una de las marcas de maquillaje se fijara en ella y en su entusiasmo. Llegando a trabajar con ellos directamente como representante de la marca. En los grandes almacenes se enamoró perdidamente de un compañero de trabajo, Pablo, que no sólo correspondía ese amor, sino que, según cuenta, fue el primero que se enamoró de los dos.

Era una de esas parejas ideales que hacían que el resto de parejas nos sintiéramos de una clase inferior. En nuestro caso había quedado demostrado que fuimos una pareja lamentable.

Pablo y Sara fueron aplazando la boda, según me contó Sara, porque los ahorros que iban destinando para ello, los acababan gastando en imprevistos. Ella no quería ir al juzgado, quería un evento por todo lo alto, de los que celebras una vez en la vida. Y por fin, el momento había llegado.

Buenos augurios

Llegué tarde a la tienda de vestidos de novia. Sandra ya estaba allí con cara de pocos amigos. Nada más verme empezó a refunfuñar.

—Ya verás cómo nos hace ponernos algo rosa. A mí el rosa me sienta fatal, Tina. Además, he perdido la costumbre de ponerme vestidos. No me veo bien. ¡Voy a parecer una tarta de fresa! —exclamó y yo no pude evitar reírme.

—Esperemos. A lo mejor nos sorprende —le dije.

En ese momento apareció la dependienta de la tienda con los vestidos. Sara tenía que trabajar y le había dejado a la chica todas las indicaciones. Cuando nos enseñó los vestidos nos miramos Sandra y yo horrorizadas. No eran rosas, eran de un color malva claro. El color en sí no era feo, pero las seis damas de honor en ese tono, íbamos a estar de lo más cursi. Era una boda, imaginaba que tendría que ser así.

—No, no. No pienso disfrazarme —susurró Sandra.

—Venga mujer, sólo es un día. Su día —insistí, tratando de convencerla. El corte del vestido era precioso. De tirante ancho y largo hasta los pies. La caída perfecta. En ese color no lucía, pero había llevado cosas infinitamente peores. Miré a Sandra y le puse carita de pena, con morritos incluidos —. Concedámosle este pequeño sacrificio. Está tan ilusionada.

La plegaria surtió efecto, nos probamos los vestidos y la dependienta colocó los alfileres en los arreglos que debía hacer. En mi caso; ceñir un poco

en la cadera. En el de Sandra; coger la sisa.

De camino a casa aproveché para hacer algo de compra, aunque no prestaba mucha atención, la mayoría de las tareas las hacía de forma automática. Cuando llegué a casa me senté a revisar los emails en el portátil, uno de ellos me avisaba que tenía mensajes en la página de contactos. Había olvidado eliminarla. Me entró la curiosidad por ver las «perlas» que me habían escrito mis «admiradores» y abrí la página en el navegador.

La mayoría de los mensajes eran del mismo tipo. «Hola, eres muy guapa, cuando podemos vernos». Los fui eliminando hasta que leí uno que me provocó un escalofrío.

«Vaya, vaya, mira lo que he encontrado. Creí que estabas felizmente casada. ¿Vas a ser mala, Martina?». Firmaba como anónimo y en el perfil no tenía información, ni foto.

Leí y releí el mensaje tratando de adivinar quién podría ser. Al final cerré el portátil e intenté ignorarlo.

Los días de la semana fueron pasando sumida en la monotonía más absoluta. De casa al trabajo y del trabajo a casa. Todas las noches entraba en la página web pero no hubo más mensajes. Con el paso de los días se fue mitigando la intriga.

El viernes por la tarde empecé a hacer limpieza de trastos. Quería aprovechar la mudanza para tirar o regalar todo aquello que consideraba innecesario. Era importante para mí, mudarme con lo imprescindible y a ser posible, ligera de equipaje. Empecé por la ropa. En una de las habitaciones la fui separando en montones. La mayor parte la donaría a una ONG donde colaboraba una conocida de Olivia que se dedicaba al comercio justo y a ayudar a familias necesitadas. Algunos vestidos se los regalaría a Alejandra,

mi sobrina mayor.

Al abrir uno de los armarios, encontré el portatrajes de Rosa Clará, el vestido de novia. Por entonces, Rosa Clará era una joven diseñadora afincada en Barcelona, que diseñaba trajes por encargo. Era precioso, de color blanco natural, con escote palabra de honor. ¿Qué haría con él? No quería regalarlo, era un diseño único regalo de mis padres. Pero ¿me lo llevaría a mi nueva vida? No sería emocionalmente ¿un lastre? No era una decisión a tomar en ese momento. Lo guardé y continué con la búsqueda de tesoros.

En otro armario encontré la «caja de zapatos». La maleta vintage que contenía miles de «souvenirs», recuerdos de una vida feliz. La maleta en sí ya era un recuerdo, la compré en Portobello en un viaje relámpago que hice con el traidor. Me encantaban esas locuras que le daban de repente. Llegaba un viernes, por ejemplo, y me decía: «Prepara el bolso, ropa cómoda para dos días, el domingo estamos aquí». Y yo, me dejaba llevar.

Con el vestido de novia había tenido suficientes emociones. Hablaría con mi madre para pedirle que me guardara esas cosas imposibles de tirar por el momento.

Sin planes a la vista, encendí el ordenador para navegar un rato y distraerme. Al abrir el correo electrónico, un email me anunciaba de nuevo que tenía mensajes en la página de contactos.

«Hola Martina, no he recibido respuesta. Dicen que el que calla otorga, así que juguemos. Sé que tienes un lunar en la espalda, al límite de la zona oculta para todos los públicos. Sé que no te gustan las flores porque se mueren y tampoco las plantas porque las matas. Sé que si estás en esta página has debido pasarlo mal. También sé que si te dejas llevar, voy a hacer que te

olvides de todo y que te entregues como nunca antes has hecho, a los placeres más salvajes. ¿Te atreves?»

El corazón empezó a palpitarme cada vez más rápido. La cabeza me daba vueltas. Pero ¿quién era? Por más que pensaba no conseguía encontrarle sentido. ¿Algún rollo del pasado? Del pleistoceno más bien, antes del traidor solo había tenido dos relaciones, si es que se podían definir cómo relaciones. Lo del lunar era personal y lo de las flores también. Me embargó la curiosidad y contesté. Sin darme cuenta ya estaba inmersa en el juego.

«Hola, no me gusta encontrarme en posición de desventaja. Si no quieres decirme quien eres al menos dame alguna pista para que pueda averiguarlo».

Sonó el teléfono y di un sobresalto del susto.

—¿Sí? —pregunté con un hilillo de voz.

—¿Por qué hablas tan bajito? —preguntó Sandra extrañada.

—Qué susto nena, estaba distraída y no esperaba que sonara el teléfono. —No me atreví a contarle lo del extraño mensaje.

—Nos ha llamado Jaime. Tiene una sesión en un garito cerca, nos ha pedido que nos animáramos a ir a verle y que te diéramos un toque. ¿Hace?

—La verdad es que no tengo ganas de estar aquí dándole al coco. Tardo una hora.

El sitio era elegante, tipo coctelería. Jaime estaba en la cabina. Cuando terminó la sesión se sentó con nosotras.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó.

—Según el minuto del día que me preguntes —confesé abatida.

—¡Qué hijo de puta! —exclamó Jaime indignado—. Todavía estoy pensando en llamarle para quedar y darle de hostias.

—Si decides hacerlo, llévate a alguien para que me lo grabe en vídeo.

—Quería hablar contigo, Tina. Tengo acompañante para ti, para la boda de Sara. Es amigo de Charlie —precisó Jaime, refiriéndose a su propio hermano—. Un buen tío, para la boda y para lo que te apetezca —dijo guiñándome un ojo.

—¿En serio? ¿Una cita a ciegas?

—A ver. Sólo va como acompañante, ya lo demás te lo curras tú. Ha dicho que sí, que encantado de llevarte —afirmó y yo respiré aliviada, un quebradero de cabeza menos.

Siguieron unas copas y unos garitos más. En algún momento de la velada, Jaime se había ido con alguna mujer. Él era así, soltero y conquistador. Anoté mentalmente que tenía que escribir sobre Jaime en la libreta.

A altas horas de la madrugada Sandra y Olivia insistieron para que me quedara en su casa.

—No, no, no —balbuceaba yo, borracha perdida—. Cojo un taxi, y aprovecho mañana para seguir recogiendo.

El taxi paró en la puerta. No recuerdo pagar al taxista, supongo que le pagué, claro. Me hubiera perseguido por la urbanización. Lo que sí recuerdo es que el trayecto hasta la puerta de casa se me hizo eterno. Cuando conseguí llegar, me tiré en la cama vestida y de esa noche no tengo ningún recuerdo más.

Un encuentro inesperado

Al día siguiente, desperté al mediodía con el cuerpo entumecido y una buena resaca. La ducha, un café bien cargado y una aspirina consiguieron espabilarme. Cogí la libreta, era el turno de Jaime.

Jaime

Jota, para los íntimos. Conozco a Jaime desde hace los mismos años que al traidor. El primer año de carrera conocí a una chica que se llamaba Laura. Coincidí con ella en secretaría para entregar la matrícula. Las dos estábamos igual de perdidas y nos hicimos inseparables. Laura salía con Jaime y nos convertimos en pandilla. En una de las salidas nocturnas del grupo conocí al traidor. Laura y Jaime dejaron de ser novios, pero siguieron siendo amigos. Con los años el grupo se fue desintegrando, salvo Jaime, el desgraciado de mi marido y yo, que continuamos siendo pandilla. Jaime es diseñador gráfico en una empresa que creó junto a su hermano Charlie. Aunque paralelamente también estudió música, sonido, producción musical y desde muy joven pinchaba en todas las discotecas que podía. Es de las personas que mejor me conocen, hemos vivido infinidad de cosas juntos. No es buen consejero emocional, pero si necesitas a alguien que te saque y te haga reír, ese es Jaime. Desde Laura, no le he conocido relación seria y de aquello hace dieciocho largos años. El eterno soltero, dudo mucho que le vea

sentar la cabeza alguna vez.

La aspirina no me había hecho el efecto deseado. Releí lo que había escrito sobre Jaime y pensé: «Menudo truño para describir a una de las personas más importantes en tu vida», pero con la resaca no daba para más. Era para la terapeuta, no para un «best seller».

Me senté en el ordenador incapaz de hacer nada que supusiera tener que moverme. Abrí la página de contactos y encontré un mensaje que decía:

«¿Has decidido jugar? Eso está muy bien. Quieres una pista, ahí va: siempre me ha gustado mirarte, pero nunca te has dado cuenta. Mi intención no es torturarte, si quieres saber quién soy, quedemos. Que te parece mañana domingo en la plaza Santa Ana, en el hotel Room Mate Alicia. 17:30h. Ve a la recepción y di tu nombre. Se puntual»

Al terminar de leer me quedé petrificada en la silla con los ojos muy abiertos. ¿Por qué un hotel? Ni por asomo iba a tener una cita a ciegas directamente en una habitación de hotel, pero por otro lado estaba deseando saber quién era.

Teclé: «Allí estaré». Si al llegar el recepcionista me decía que tenía que ir a alguna habitación, con irme era suficiente.

A la mañana siguiente, acudí al «brunch» que había organizado Claudia. Mi hermana vivía en el Soto de la Moraleja. En una pequeña urbanización de chalets adosados. Claudia siempre obvia lo del Soto. En el mundillo del esnobismo, el Soto significaba menos prestigio que La Moraleja. Juan, su marido, es arquitecto. Diseñó junto a su padre la urbanización y compraron una de las casas. Mi hermana adoraba ese

mundillo «pajeril».

Tan solo me bastó entrar por la puerta para constatar que se trataba del mismo evento de siempre. Un montón de gente con gesto airado y comportamiento poco natural. Todo era falso, las risas, las miradas tratando de mantener una pose estudiada. Mi padre con cara de circunstancia dando cuenta del catering, más que acostumbrado a este tipo de saraos. A mi madre solo le faltaba llevar una corona y un cetro. Saludaba a los invitados, encantada de conocerse.

—Hola papá.

—¡Tina!, ¿cómo estás cielo? Claudia nos ha puesto al tanto. Traté de convencer a tu madre para regresar antes, pero ya la conoces. Ella siempre dice que eres muy capaz de resolver tus propios asuntos.

—No te preocupes, papá. Estoy bien. Buscando piso para mudarme.

—¿Necesitas algo, cariño? Lo que sea. —En ese momento se acercó mi madre, que desde que nos había visto trataba de cortar la conversación con una señora en la otra punta del salón para venir corriendo a enterarse de lo que hablábamos.

—Martina, podías haber puesto un poco de empeño en arreglarte. Tienes muchas ojeras, un poco de corrector nunca sobra —dijo mi madre mientras me besaba sin rozarme. Es un don que ella tiene. Se acerca, hace el gesto de darte dos besos. Los besos suenan, pero sus labios no rozan la piel, no vaya a ser que tenga un gesto de cariño y le dé algo.

—Yo también me alegro de verte, mamá. Estás muy guapa. Por cierto, quería pedirlos un favor. ¿Os importaría si guardo unas cosas en vuestro garaje? —pregunté.

—El lunes por la tarde vienes a casa y lo hablamos más tranquilamente —me dijo ella muy seria. «¡Mierda!», pensé. Encerrona para hacer el interrogatorio a gusto.

—Vale, mamá. Gracias. —Besé a mi padre y di por concluida la visita.

Al caminar hacia la puerta, Claudia logró interceptarme.

—¿Era mucho pedir que no vinieras en vaqueros y zapatillas? —dijo en un susurro.

— Me he acercado a saludar a papá y a mamá. Ya me voy, disfrutad de vuestra magnífica fiesta —respondí. Claudia puso cara de alivio y me fui. Tenía que arreglarme para mi extraña cita.

De pie, delante del armario no era capaz de elegir la ropa que iba a ponerme. No quería arreglarme demasiado y tampoco ir en zapatillas. Al final me decanté por unos vaqueros de pitillo, camiseta negra con escote en pico y zapatos de tacón. El típico look que viste para cualquier ocasión.

Los tacones descartaban la opción de coger el metro y el lugar descartaba la opción de usar el coche. Esperé en la calle a que llegara el taxi, nerviosa como una colegiala el primer día de colegio. El taxi paró en la puerta del hotel, en la espectacular Plaza de Santa Ana. El sitio me maravilló nada más entrar. Era elegante, pero nada ostentoso. Pequeño, con encanto, muy acogedor. En la recepción me recibió un hombre joven con una gran sonrisa.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, mi nombre es Martina. —Me temblaba la voz. No sabía qué más decir. ¿He quedado con un desconocido? Era ridículo.

El recepcionista debió intuir lo que estaba pensando.

—La están esperando —me dijo. Cogió el teléfono y llamó a alguien que se presentó en seguida—. Por favor, acompañe a la señora a la cafetería —le dijo. «¿Señora? ¿en qué momento dejé de ser señorita para los hombres de menos de cuarenta años?».

—Gracias —musité.

Entre los tacones y los nervios, creí que me iba a caer de boca contra el suelo.

Seguí al amable chico hasta la cafetería. Me llevó hasta una mesa y me quedé estupefacta y ojiplática perdida, pensando que se había confundido. En la mesa había un grupo de personas.

—Hola, Martina, ¿verdad? —preguntó una de las mujeres del grupo—. Sólo faltabas tú. Toma asiento, por favor.

Mi cara debía ser un cuadro de Miró, surrealista es poco. Me senté, incapaz de articular palabra. ¿Qué era todo esto?

La mujer comenzó a hablar:

—Antes de nada, daros las gracias por estar aquí. Mi nombre es Ruth, soy psicóloga especializada en relaciones de pareja. He organizado esta charla-taller para que hablemos sobre la separación y cómo aprender a caminar solos. Intentar evitar errores muy comunes por la revolución de emociones que estamos viviendo. —«¿Cómo?! ¡Será desgraciado! ¿Me ha apuntado a una terapia de grupo?». No daba crédito.

Quería levantarme y salir corriendo de allí, pero me daba vergüenza. En ese momento, caí en la cuenta de que el admirador secreto debía ser el traidor tratando de aliviar su propia conciencia. Él no sabía que yo ya estaba acudiendo a terapia. No había otra explicación, estaba claro y me empezó a subir una furia desmedida por el estómago, pasando por el pecho y alojándose en la garganta. Estaba indignada, notaba que me estaba poniendo roja de ira. El camarero llegó en ese momento y me preguntó que deseaba tomar.

—Ginebra con tónica. Bien cargado por favor y sin florituras —dije sin pensar.

Todos me miraron. Los demás tomaban café. En mi caso era, o el

copazo o largarme de allí maldiciendo por el camino.

La psicóloga era simpática, natural y muy directa. Cada uno contó sus experiencias y miedos. Hubo un poco de todo. Una de las chicas no dejaba de llorar, incluso cuando reía, también lloraba. Otro sentía un rencor exagerado y por los comentarios que hacía, Ruth le aconsejó terapia individual. En mi caso, lo que saqué en claro fue que no debía buscar en páginas de contactos, ni lanzarme a la búsqueda de sustituto en la casa, ni en la cama, ni en el corazón, cuando todavía estaba tan vulnerable. Que debía pasar el duelo por la pérdida sola y apoyarme en las personas de confianza que tenía alrededor. En ese momento, entendí por qué mi terapeuta me pedía que escribiera sobre la gente más importante en mi vida. Para que valorara mi situación desde un punto de vista objetivo y relativizara la soledad.

Al final, he de admitir que me gustó la experiencia. Cuando llegué a casa, encendí el ordenador y allí estaba el siguiente mensaje:

«No me odies, Martina. NO, no soy quien piensas. Confía en mí. Pronto sabrás quien soy. A partir de ahora me comunicaré contigo a través del correo electrónico. Cierra los mensajes y elimina el perfil de la página de contactos. ¿Preparada para la aventura?»

Una grata sorpresa

Cuando sonó el despertador el día siguiente, llevaba más de una hora despierta. No dejaba de pensar en el admirador desconocido que me mandaba a terapia y me hacía borrar el perfil de la página de contactos. ¿Quién se tomaría tantas molestias? Uno de los posibles candidatos era Sandra, pero hacerse pasar por un admirador secreto para llevarme a terapia, ilusionarme y luego quitarme la ilusión, no era su estilo. Además, ella sabía que yo estaba yendo a ver a una terapeuta.

Conseguí levantarme para preparar café, de camino a la cocina me iba encontrando cajas a medio terminar. Realmente me daban ganas de tirarlo todo a la basura. Esa taza que compramos en Ikea, aquel día de aquél mes, aunque la taza no tuviera una buena historia detrás, era un recuerdo, de los millones que tenía. ¿Qué iba a hacer? ¿Renovar toda mi vida? Además, todavía no había decidido dónde iba a vivir. La inmobiliaria me bombardeaba con millones de ofertas, pero ninguna me convencía. Tenía un mes antes de tener que dejar la casa, no me sobraba mucho tiempo.

Cuando llegué al trabajo, llamé a Jaime.

—Oye, estaba pensando que podías darme el teléfono del chico para vernos antes del sábado. Va a ser un corte conocernos directamente el día de la boda.

—Sí, yo también lo había pensado. Pero está toda la semana fuera por

trabajo. Llega el viernes de madrugada. Tranquila, os iréis conociendo por el camino —contestó.

—Te estás riendo, mamón.

—Me reconocerás que es para reírse.

—Y ¿por qué no vamos los cuatro? —imploré.

—Porque voy con Charlie y mi cuñada. Lo siento, Tina. Habla con Sandra. A lo mejor ellas pueden hacerte de carabinas —respondió mientras seguía riéndose.

—Me alegra mucho haberte animado el lunes, nos vemos el sábado.

Colgué mientras pensaba en lo poco que confiaba en el criterio de Jaime. A ver cómo sería el espécimen. Que no quisiera ir sola a la boda, no significaba que me apeteciera ir con cualquiera.

Terminé mi monótona jornada laboral y reuní las fuerzas necesarias para ir a casa de mis padres. Mis padres vivían en una casa preciosa, a las afueras de Madrid. Para acceder a la zona tenías que identificarte en una garita donde había personal de seguridad. No era raro encontrar algún futbolista conocido montando en bicicleta, o parejas famosas paseando con los niños.

Después de pasar el control y el habitual bochorno de tener que esperar a que llamaran para confirmar mi visita, llegué a la vivienda.

—No vengo mucho, mamá. ¿Tanto te cuesta avisar a los de seguridad?

—Lo lamento, se me olvidó, hija —dijo, siempre se le olvidaba—.

Vamos a tu coche, necesito ver cuantas cosas traer para ver si caben.

«Para ver si caben». Casa de más de setecientos metros cuadrados, más garaje de vete a saber las dimensiones, donde aparcan tres coches y la buena mujer tiene que ver si caben las cuatro cajas que traigo. Pensaba mientras interrogaba a mi padre con la mirada y él me devolvía ese gesto tan suyo

levantando los hombros, señal de que tampoco la comprendía.

Solo le faltó sacar un metro. Valoró el volumen de las cajas y le pidió al jardinero que las guardara junto al material de jardinería. Volvimos dentro, mientras tomábamos café me dijo frases del tipo: «Hay que ver hija, divorciada a tu edad». «A veces es mejor hacer la vista gorda». Apreté los dientes, bebí el café de un trago y salí de allí lo más rápido que pude. Esa era una batalla a perder, una huida siempre era una victoria.

Al llegar a casa, me propuse encontrar piso en Madrid que cumpliera mis expectativas o al menos que me hiciera algo de ilusión. Encendí el ordenador y antes de buscar en los portales inmobiliarios, abrí el correo electrónico. Cómo no, había un email; de dónde o cómo había conseguido mi dirección, ya ni me lo preguntaba. Estaba claro que debía ser alguien del entorno, pero ¿quién? La dirección de correo del remitente era: notecomaselcoco@ y un dominio de los gratuitos. Qué ingenioso. No sabía si al final con esto, iba a conseguir gustarme o caerme fatal.

«Hola Martina,

Espero que ya se te haya pasado el mosqueo y te hayas quedado con lo positivo de la experiencia del otro día. Confío en que así sea. Tengo muchas ganas de vernos, no pienses que no. Pero las cosas han de suceder a su tiempo para apreciarlas en plenitud. Tengo otra cita para ti. Ahora sin trampa ni cartón. Esta vez creo que va a gustarte. El miércoles, a las 17:00h tienes que ir a la calle Velázquez, número 136. Entra, di tu nombre y disfruta.

Besos diversos.»

Busqué en Internet la dirección, pero no aparecía ningún local o comercio. ¿Qué sería?

Por fin llegó el miércoles, no había dejado de pensar en la cita, estaba intrigadísima. Cuando llegué al número 136 de la calle Velázquez, y vi el cartel del establecimiento, me quedé un rato en la puerta, alucinada. Era un centro tailandés de masajes, spa y tratamientos de belleza. Se me escapó una sonrisa y entré. Después de tres horas de tratamientos exfoliantes, masajes relajantes, curativos y demás lujos asiáticos, salí de allí como nueva. Esta vez sí llamé a Sandra.

—Tengo que contarte algo, pero no quiero hacerlo por teléfono.

—¿Qué has hecho, Tina?

—Nada, no he hecho nada. ¡Vaya fama tengo! ¿Cuándo podemos vernos? —pregunté.

—¿Ahora? No me vas a dejar con la intriga.

—Estoy en la calle Velázquez, lo que tarde en coger el autobús.

—Quédate donde estás, me acerco yo y te invito a cenar por allí —contestó.

Sandra bajaba de un taxi veinte minutos más tarde.

Caminamos hasta la esquina con la calle López de Hoyos, allí estaba el restaurante Vips. Hace años se le conocía como el Vips de los artistas porque cerraba a las tres de la madrugada y solían ir los músicos a cenar después de los conciertos. Entramos y le conté a Sandra con detalle la existencia de mi admirador secreto y su extraño juego. Sandra se preocupó.

—¿Acudes a una cita sin saber a dónde vas? ¿no te parece peligroso? —inquirió.

—La primera, al ser en un hotel, si me dio algo de repelús. Pero no iba a subir a ninguna habitación, así que me pudo la curiosidad.

—Ten mucho cuidado, Tina. No me quedo tranquila.

—Por ahora, no me ha parecido que sea algo peligroso. No sé

explicártelo, pero el tono de los mensajes me deja tranquila.

—Vale, pero cuéntame siempre donde vas y tenme al corriente —
Sandra estaba realmente preocupada.

—¡Claro que sí!, te lo contaré todo, todito, como vengo haciendo desde que nos conocemos y te quiero —respondí melosa.

Sandra se relajó y pudimos disfrutar de la comida. Pasada la preocupación, comenzaron las especulaciones. ¿Quién podría ser? No llegamos a ninguna conclusión, Sandra se fue hacia su casa y yo me fui a la mía con una sonrisa de oreja a oreja. El masaje, el desconocido...

Una boda y un desayuno especial

Y por fin llegó el gran día. La noche anterior había estado más de una hora colgada al teléfono hablando con Sara. No podíamos dormir ninguna de las dos, evidentemente, ella tenía un motivo más de peso que el mío. En mi caso, me costó conciliar el sueño pensando cómo sería mi acompañante al evento.

La boda se celebraba en una finca cerca de Toledo. Sandra y Olivia se alojaron la noche anterior en un céntrico hotel para que Olivia conociera Toledo y sus maravillosos monumentos. Roberto, mi acompañante y yo, pasaríamos a recogerlas para ir juntos a la finca.

Preparé el bolso de viaje. Sara nos pidió a las seis damas de honor que fuéramos antes y nos cambiáramos allí, donde custodiaba los vestidos para que no hubiera excusas. «Se me ha ensuciado por el camino, se me olvidó». No había escapatoria. Además, había decidido coronarlo, nunca mejor dicho, con una corona de flores. Lo que fuera con tal de hacerla feliz. «Es la boda que siempre he deseado, Tina y me caso con el hombre que quiero», después de escuchar eso la noche anterior, no había nada más que hablar.

A las nueve en punto sonó el telefonillo.

—¿Martina?, soy Roberto.

—Sí, ya bajo. —«Qué voz más varonil», pensé. Nada de ideas preconcebidas que luego te llevas muchos chascos. Me decía a mí misma, pero ya era tarde. Ya le había puesto la cara y el cuerpo de Gerard Butler.

¡Error!

Salí a la calle y allí estaba. ¡Vaya! No era Gerard Butler, pero no estaba nada mal. Era un hombre alto con la espalda ancha y de aspecto fuerte. El traje le sentaba de escándalo. Nos saludamos un poco cortados y nos montamos en el coche.

—Qué raro es esto, ¿no? —dijo Roberto sonriendo.

—Bastante. ¿Cómo puede ir alguien voluntariamente a una boda sin estar invitado? Casi todo el mundo quiere escaquearse —pregunté—. ¿Jaime te paga por esto?

Él soltó una carcajada.

—No, no —dijo Roberto entre risas—. Me lo pidió Charlie, somos amigos desde hace muchos años, jugábamos juntos al rugby. No pude negarme, te puso por las nubes. Me contó por lo que estabas pasando y me dio lástima, de forma que me dije: ¿por qué no? Un rato de fiesta con los amigos y además hago una buena labor.

«Qué bonito», pensé. En vez de colaborar con médicos sin fronteras, este hombre sale con mujeres separadas. He de reconocer que se puso a hablar con soltura, evitando ese silencio incómodo de no saber de qué hablar con un desconocido. Me contó que trabajaba en una empresa de inversiones, no sé qué bursátil, no me enteré de nada. No podía dejar de mirarle los hombros. Era como un gladiador.

Llegamos a Toledo. Siempre me había parecido una ciudad mágica, como entrar de repente en un cuento medieval de caballeros y princesas. El Alcázar imponente coronando el horizonte, la Catedral, los antiguos puentes, testigos de tantas y tantas historias. El río Tajo que la envuelve. «Y allí llegaba la damisela escoltada por un caballero andante de gigante porte».

— ¿De qué te ríes? —preguntó, sacándome de mis pensamientos

absurdos.

— ¡Eh!... Nada, tonterías —musité. Había imágenes que era mejor no verbalizar.

Llegamos al hotel, Sandra y Olivia esperaban en la puerta. Tras las presentaciones oportunas nos fuimos hacia la finca. Al llegar, Roberto se llevó a Olivia a tomar algo y a esperar a Charlie. Mientras Sandra y yo nos vestíamos de damas de honor.

En la finca había varios edificios. La ceremonia era al aire libre, estaba todo precioso. En uno de esos edificios nos esperaba Sara. La ilusión se mezclaba con los nervios.

La ceremonia fue emocionante. Sara y Pablo estaban radiantes. Hubo de todo, risas, lágrimas, parientes con la corbata en la frente, borrachos acosando invitadas para bailar. Ahora con los años me doy cuenta de que lo que realmente hace especial una boda, es el cariño que sientes por las personas que se casan.

El evento se alargó hasta altas horas de la madrugada, como suele pasar. Sin corona de flores y casi sin coordinación psicomotriz, daba los últimos movimientos de cadera en la pista de baile. Sandra se acercó.

—Martina, he reservado una habitación en el hotel donde nos alojamos. No podéis volver en ese estado a Madrid —sugirió Sandra señalando a Roberto que también iba un poco torcido al caminar—. Aprovecha y date una alegría.

—¡Anda calla! —dije, pero era cierto que así no podíamos volver a Madrid.

Los primeros rayos de sol invitaban a irse. Roberto dejó el coche en la finca y llamó a un taxi para volver al hotel. La gente poco a poco se iba

marchando.

Subimos a la habitación en un estado lamentable. El «gladiador», como me gustaba llamarle en mis pensamientos más íntimos, se quedó en calzoncillos. Le miré como si tuviera un escáner en los ojos, retuve la imagen el tiempo justo antes de perder el conocimiento, bueno antes de quedarme dormida en estado comatoso.

Varias horas después, abrí el ojo con mucha dificultad, lo tenía pegado con la máscara de pestañas. No sabía dónde me encontraba y tenía la sensación de que la cabeza me iba a explotar en cualquier momento. Al girar la cabeza me encontré el torso desnudo de Roberto. Me quedé muy quieta y empecé a rebuscar en el archivo de sucesos recientes de mi empanada mente tratando de recordar qué había pasado.

Roberto abrió los ojos en ese momento y me sobresalté.

—¿Desayunamos? —dijo, mientras sonreía.

Asentí sin abrir la boca y me lancé de la cama, despavorida hacia el baño. El mero hecho de lavarme los dientes hizo que me sintiera otra persona. No vuelvo a beber, ni vuelvo a fumar cuando bebo, me decía mientras entraba en la ducha.

El agua caía por mi cuerpo relajando todos los músculos. Apoyé la cabeza en los azulejos con los ojos cerrados, esperando que también se llevara un poquito de resaca. Así estuve un rato hasta que sentí como un brazo fuerte me rodeaba la cintura. Me asusté durante un segundo, hasta que noté el pecho de Roberto en mi espalda y sus labios en mi cuello. Mi piel reaccionó al instante, erizándose, al tiempo que notaba como reaccionaban a la vez, partes de mi cuerpo que habían permanecido dormidas. Había pasado mucho tiempo sin que un hombre me acariciara.

Empecé a temblar con una mezcla de nervios y deseo. Él lo noto, se acercó y me susurro en el oído:

—¿Lo deseas?

No fui capaz de contestar, asentí levemente a modo de respuesta y fue suficiente.

Roberto cerró el grifo y me cogió con fuerza y me llevó a la cama.

No puedo contar que se trató de un sexo memorable, tampoco voy a describir una escena que apenas recuerdo, salvo la sensación de torpeza. No conseguí relajarme del todo. Roberto era una persona experimentada en la materia y supo las teclas que tenía que tocar para sacar la melodía. Debo confesar que lejos de olvidar, recordé con más nostalgia. Añoré la sensación de estar en casa, de entregar tu cuerpo a la persona que amas y te conoce como nadie. Puede sonar cursi con casi cuarenta años, pero es lo que sentí.

Regresamos a Madrid y al llegar a la puerta de casa, Roberto me dio dos besos y dijo:

—Martina, ha sido increíble, de verdad, me lo he pasado de fábula. Tienes mi teléfono, si te apetece llamarme para pasar un buen rato, llámame cuando quieras. Pero no busco pareja, sé cómo son estas cosas, las mujeres en proceso de separación sois vulnerables y queréis encontrar pareja cuanto antes. No voy a llevarte a cenar, no voy a llevarte al cine, pero si quieres echar un polvo, aquí me tienes. —«¡Será gilipollas!», pensé.

Le di las gracias por acompañarme a la boda y me largué. Qué poder tienen los hombres para fastidiarlo en el último momento. Entré en casa sintiéndome patética, encendí el ordenador para quitarme la sensación que me había dejado la experiencia con Roberto. Al acceder a la bandeja de entrada tenía un email que hizo que sonriera tan solo con leer la dirección del remitente.

«Hola Martina,

Siento la tardanza, pero no debes vivir pendiente de nadie, más que de ti misma. Aquí va la siguiente tarea que debes hacer. Mañana es lunes, el comienzo de una nueva semana y el comienzo de una nueva vida, si confías en mí. Tienes que ir a la avenida del Monasterio de Silos, 10. A las 17:00h. Entra y di tu nombre.

Ya falta menos, cuento los días para verte.

Besos.»

Mi día acababa de mejorar, otra cita y de nuevo el misterio por saber de qué se trataría. Intuía que sería un acto completamente inútil, aun así, busqué en Internet la dirección. No apareció un local o negocio. Exploré el mapa y la zona tampoco me era familiar. Tendría que esperar. Cumplí con mi promesa y llamé a Sandra para contarle.

—¿Resaca? —preguntó a modo de saludo.

—No lo sabes tú bien. Creo que aproveché la celebración para ahogar las penas, o ahogué la celebración aprovechando las penas.

—Que literata has sido siempre.

—Gracias. Vosotras, ¿qué tal?

—Apurando los minutos en este mágico Toledo. Volvemos esta noche en tren.

—Tengo novedades. Primero la menos interesante. En la ducha diaria que suelo darme, hoy he tenido un polizón.

—¿Eh? —Sandra no me entendía y yo trataba de no recrearlo en mi mente.

—Qué me he acostado con Roberto —confesé.

—¡Ole! ¡Mira qué bien! No es mi tipo —dijo y se puso a reír ella sola —. Pero tiene un porte fuerte. ¿La tiene grande y gorda?

—¡Por favor! ¡Qué bruta eres! Pues verás, ha sido raro y me ha dejado

una sensación triste. Me he acordado mucho de quien tú ya sabes.

—Ni lo nombres. Esa melancolía tuya es muy especial, pero poco práctica, Tina. Míralo de esta manera, ha sido el polvo de transición. El primero desde la separación. No tenía que ser maravilloso, pero es una cosa que te has quitado de la cabeza. Después de casi veinte años con el mismo has vuelto al mercado de manera oficial.

—Visto así...

—A ver, si esto es lo menos interesante, ¿Qué más te ha pasado? — preguntó.

—Mañana tengo una nueva cita secreta de mi admirador. Me manda a un barrio que no conozco a empezar mi nueva vida —le conté sonriendo.

—Ay, Tina. Qué nerviosa me pone todo esto. ¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta, tranquila —le dije en el tono más conciliador que me salió, tratando de que no se preocupara. Le di los datos: dirección, hora y prometí contarle qué había pasado.

Antes de dormir y dar por concluido un fin de semana trepidante, busqué pisos por Internet. Ninguno me gustaba, ningún barrio de Madrid me terminaba de convencer. Empezaba a preocuparme no tener donde mudarme y acabar en casa de mis padres, ayudando al servicio para «pagar» mi penitencia por fracasada. Mi madre era muy capaz. Me acosté y me quedé dormida imaginando encuentros furtivos con mi admirador secreto. En aquel momento no fui consciente, pero fue oficialmente, la primera noche que me dormí sin pensar en el traidor.

Ilusiones renovadas

Por la mañana desperté emocionada como los niños cuando tienen una excursión en el colegio. La jornada laboral, ya de por sí, tediosa, se convirtió en un mirar continuo de reloj que lo único que consiguió fue ralentizar el paso de las horas. A las cuatro en punto salí y a las cuatro y cinco estaba montada en el coche. Puse la dirección en el GPS y me dejé guiar por la mecánica voz.

El GPS me llevó a la zona norte de Madrid. Entré por una avenida muy amplia, con muchos árboles y edificios residenciales de poca altura. La voz me anunció que había llegado a mi destino. Al ver el rótulo del local no entendí nada. Era un despacho de abogados y ponía que realizaban servicios de asesoría fiscal. No me lo esperaba. Sinceramente, no sé exactamente qué esperaba, pero una gestoría, no.

—Buenas tardes —me saludó la mujer que estaba en la recepción.

—Hola, buenas tardes. Soy Martina.

—Un momento, por favor. —La mujer cogió el teléfono y avisó de mi llegada. Al colgar me pidió que la siguiera. Me llevó hasta un despacho donde me esperaba otra mujer, la cual al verme se levantó para estrechar mi mano.

—Encantada, mi nombre es Ana, por favor toma asiento.

Estaba completamente fuera de juego. No lograba entender que hacía allí.

—Imagino que no entenderás nada. Verás, soy abogada, tenemos servicios de asesoría y gestoría, pero también administramos fincas y gestionamos una promotora de viviendas —dijo. Mi cara debía ser un poema —.

No te preocupes, lo entenderás todo. Tengo este sobre para ti.

Me tendió el sobre y lo abrí inmediatamente. Contenía un juego de llaves. La miré levantando las cejas. En el sobre no había nada más y yo estaba tan desubicada que no sabía qué decir.

—Te explico para que lo entiendas todo —me dijo Ana, comprendiendo mi desconcierto—. Cerca de aquí tenemos un edificio de viviendas que vendimos hace cuatro años aproximadamente. Esas llaves pertenecen a un piso en esa promoción. Tengo que enseñártelo. El piso pertenece a una señora que lo compró en su momento para su hija, pero su hija se fue al extranjero y nunca llegó a vivir allí. La señora no quiso ni vender, ni alquilar, hasta ahora. Entre tú y yo, me sorprendió muchísimo su llamada. Me dijo que quería alquilar la vivienda, pero sólo si era para ti. Que vendrías a verla y que si estabas conforme prepararíamos el contrato. Si te parece vamos a verla y si te gusta te cuento todos los detalles.

Asentí y salimos a la calle. Me contó que el barrio se llamaba Montecarmelo. Era una zona tranquila con muchas zonas verdes y a veinte minutos del centro. Abrumada y sin saber qué decir, caminamos hasta que Ana paró delante de una puerta. Había una garita donde nos saludó el portero. La urbanización tenía una zona ajardinada muy grande, Ana me comentó que dentro de las zonas comunes había piscina, que las viviendas tenían plaza de garaje y trastero. Era precioso, pero yo seguía sin comprender realmente qué estaba haciendo allí. Llegamos al portal, subimos en el ascensor y Ana pulsó el botón del último piso. El ático. Al entrar, levantó las persianas y toda la estancia se inundó de luz.

Me enamoré perdidamente del piso. Tenía dos habitaciones grandes, cocina americana pero inmensa con un mostrador, salón y dos baños. Uno tipo suite, precioso. Pero lo mejor era que desde el salón y desde una de las habitaciones se accedía a una terraza de ensueño. Salí y me quedé con la mirada perdida, contemplando el cielo de Madrid. El paisaje que formaban sus rascacielos, sus edificios, incluso se veía la sierra a lo lejos.

«No puedo pagarlo». Era lo único que me repetía una y otra vez la voz de mi conciencia. El alquiler de una casa como esa suponía dilapidar los ahorros en un tiempo record. ¿Qué tipo de broma de mal gusto era esa? Tenía ganas de llorar. Era la casa perfecta, en el barrio perfecto y no podía pagarla. ¿Cuál era la lección? No lo comprendía. Se me debió poner cara de tener náuseas, porque Ana me preguntó si se encontraba bien.

—Sí, gracias. Ana, voy a serte sincera. Yo no puedo permitirme esta vivienda. Con el sueldo que tengo me quedaría sin ahorros en nada de tiempo.

—¿Te ha gustado verdad? —preguntó Ana sonriendo.

—Gustarme es poco, estoy planteándome casarme con ella.

—Volvamos a la oficina y hablemos del precio y de las condiciones.

Sentadas de nuevo en la mesa, Ana me dijo que la vivienda tenía unas condiciones especiales. «Especiales es el eufemismo de carísimas», pensé. Me dijo el precio del alquiler y di un respingo del susto. También me dijo que ellos no eran una inmobiliaria y que no cobraban comisión. Que era un caso especial y así se lo habían transmitido.

—Estás de broma, ¿no? —El precio era irrisorio.

—No, no estoy de broma. La única condición que pone la señora es que la cuides y la disfrutes. No busca hacer negocio. Realmente lo único que te están cobrando son los impuestos anuales que genera la vivienda —afirmó y

yo no pude evitar que se me llenaran los ojos de lágrimas de emoción. ¿Debía rechazarlo? No, no podía. Después de ver ese piso, no querría ningún otro.

Accedí y quedamos al día siguiente para firmar el contrato. Camino de casa iba sobrecogida. ¿Quién eres? me preguntaba. Quién podía quererme tanto como para hacer algo de esa envergadura. Y, sobre todo, cómo conocía tantos detalles de mi vida. De repente se me iluminó la bombilla, debía ser alguien del trabajo. Alguien que estuviera enterado de mi día a día.

Al llegar a casa escribí un email:

«No tengo palabras para agradecer lo que has hecho. Me gustaría tener la oportunidad de agradecértelo en persona.»

Haber encontrado piso me había quitado tal peso de encima que me puse a saltar de alegría. Me llené de una energía increíble y al contemplar los muebles, tomé la decisión en ese momento de no meter ni un solo mueble de los que tenía, en mi casa nueva, en mi vida nueva. Comencé a hacer fotos para venderlos. Con lo que sacara por ellos podría comprar muebles nuevos en Ikea, algo peores, pero solo míos. Sin recuerdos.

Cuando me senté de nuevo en el ordenador para poner los anuncios, ya tenía la respuesta.

«No tienes nada que agradecerme, más bien es, al contrario. Yo te doy las gracias por dejar que cuide de ti. Por fin puedo ser yo, aunque no sepas quien soy. Es difícil de entender, lo sé. Todo a su debido tiempo. Por ahora solo disfruta. Lo mereces.»

Cogí el teléfono y le conté a Sandra todo lo que me había pasado.

Sandra escuchaba en silencio, alucinada. Es evidente que tiene que ser alguien que conoces, Tina. Me dijo. Era evidente, sí. Pero ¿Quién? Aproveché la llamada para pedirle que me acompañara a la firma de la venta de la casa. El traidor iba a estar allí, por mucho que le imploré a la abogada no hubo manera de evitarlo, teníamos que estar los dos. Faltaban diez días, quería que terminara todo cuanto antes.

Al día siguiente llegué al trabajo acordándome de Bill Murray y su día de la marmota. El personal de recepción debíamos estar en nuestro puesto de trabajo media hora antes que el resto. Por lo que pude aprovechar la entrada matutina de la gente para observar a los compañeros. Buscando cualquier gesto que pudiera delatarlos.

Media hora más tarde, me dolía la cabeza de tanto estudiar a las personas que entraban. Mi compañera, de vez en cuando me miraba con una expresión extraña, pero ya no me preguntaba si estaba bien o si me ocurría algo. Debió hartarse de mis contestaciones evasivas.

Llegó la hora del desayuno y subí a la primera planta del edificio donde se encontraba la cafetería. Traté de evitar las mesas con conocidos y me senté sola a disfrutar de un café con tostadas y el periódico. Poco me duró la tranquilidad, a los pocos minutos llegaron tres compañeras del departamento comercial y se sentaron conmigo. Una empezó a contar que su hijo tenía problemas en el colegio, que la profesora les había reunido a ella y a su marido para no sé qué, dejé de escuchar y me centré en el periódico.

—Martina hija, no has dicho nada en todo el desayuno —dijo de repente una de ellas.

—No le hagas caso, está medio depre, imagino que encontrar a tu marido con otra debe ser horrible. —Soltó otra.

—Joder, Támara, que bruta eres —contestó la tercera.

—Cuando una no tiene nada interesante que decir u opinar, es mejor guardar silencio, o se dicen muchas tonterías. Hasta luego, chicas. Buen día —dejé la mesa, deseando largarme del edificio, pero para siempre.

Justo en el momento que me sentaba de nuevo en mi puesto de trabajo, sonó el móvil. Era Isabel.

—Hola Martina, he preparado los papeles del divorcio, él está de acuerdo. Después de formalizar la venta de la casa, vamos al juzgado y te quitas todo de golpe.

—Está bien. —Se me hizo un nudo en la garganta que no me dejaba tragar. Apreté los dientes, intentando contener las lágrimas. Firmaríamos y sería la confirmación de que jamás volvería a estar con el hombre que más había amado en toda mi vida. En ese momento llegó a la recepción una mujer.

—Hola Martina, van a traer un paquete a mi nombre, te dejo mis datos —dijo y yo tuve que hacer de tripas corazón y quitarme la desolación de encima.

Quedaba poco tiempo para salir del trabajo, por nada del mundo quería ir a casa sola. Cogí el móvil.

—Hola jamelga, ¿cómo estás? —El tono de voz de Jaime siempre conseguía alegrarme.

—Digamos que estoy bien y dejémoslo correr. ¿Tienes planes? —pregunté.

—La verdad que no, había pensado ir a comprarme unas zapatillas. ¿Me acompañas? Deja el coche en casa y paso a buscarte.

—Genial. A las cuatro y media te espero en la puerta.

Al llegar a casa, aparqué el coche en el garaje y salí a esperar a Jaime en la puerta. El portero al verme, puso cara de lástima y salió a mi encuentro para fumar un cigarro.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Jesús.

—¿Cómo lo llevas?, Toñi me contó lo de su separación.

«Joder, con Toñi», pensé.

—Bien, lo llevo bien. Hemos vendido la casa —comenté.

—Vaya, que pena. La echaré de menos por aquí.

Le agradecí sus palabras y llegó Jaime. El portero me guiñó un ojo sonriendo, mientras asentía con sorna. Me despedí y monté en el coche de Jaime.

—Hola chula. ¿De qué se reía ese? —preguntó.

—Ha debido pensar que eres mi nuevo ligue.

—Ya quisieras tú —me dijo.

—¡Ja!, seguro —contesté.

—Me ha dicho Sandrita que ya tienes piso. La cosa marcha, ¿no?

—Sí, la verdad. Es un alivio —confesé. Jaime era un amigo estupendo, cariñoso y divertido, pero como consejero emocional era un desastre, nada de contarle mis penas.

—Voy a llevarte a un centro comercial nuevo, está un poco lejos, pero merece la pena.

—Por mí estupendo, cuanto más lejos, mejor —afirmé.

El centro comercial estaba en un pueblo de la periferia de Madrid. Por el camino, Jaime me fue poniendo al día de sus conquistas, tamaños de culos, tetas y demás barbaridades. Después de dejar el coche en el aparcamiento,

paseamos mientras íbamos entrando en varias tiendas, al rato buscamos un sitio para tomar algo. Llegamos a la zona de ocio y al echar una ojeada para decidir a qué local íbamos, vi una escena que me dejó tiesa y sin poder articular palabra. Los ojos se me abrieron tanto que parecía que iban a explotar. Jota me miró y se preocupó.

—¿Qué has visto? —preguntó, le agarré del brazo y le arrastré detrás de un panel de información para que no nos vieran.

—Mira en las mesas de la cervecería.

—¡La hostia! ¡Esa es tu hermana!

Claudia le comía los morros a un muchacho más joven que ella como si fuera una adolescente. Me entró la risa nerviosa mientras Jaime no podía dejar de mirar.

—¡Doña perfecta! —gritó, nos partíamos de la risa.

—Jaime voy a acercarme, por favor quiero una foto de su cara al verme.

Me fui acercando y Claudia seguía con sus carantoñas. Llegué a la mesa.

—¡Pero bueno! ¡Qué sorpresa! —exclamé con una sonrisa maliciosa. Juraría que en ese momento mi hermana sufrió un colapso intestinal.

—¡Eh! Marti... na... —Acertó a decir. Estaba realmente avergonzada.

—Como te veo ocupada, no quiero entretenerte. Ya si eso te llamo mañana y charlamos. —Ella asintió ruborizada y nos despedimos.

—Vámonos —le dije a Jaime al reunirme de nuevo con él—. Te invito a cenar algo por La Latina. Esto hay que celebrarlo.

Por la noche de regreso en casa no podía dejar de pensar en Claudia.

Parecía feliz con Juan. «Qué poco sabemos de los que nos rodean».

Encendí el ordenador, abrí el correo electrónico como hacía habitualmente desde la existencia de mi admirador secreto y allí estaba el siguiente mensaje.

—Hola mi dulce Martina —leí en voz alta.

«Hola mi dulce Martina,

Cuento los días para estar contigo, para poder tocarte, para poder decirte lo que siento. ¿Ilusionada con el cambio? Ten fuerza, queda poco para estar en tu nueva casa y poder empezar una nueva vida de verdad.

Aquí va tu siguiente cita. Esta vez es un poco más lejos. Tienes que estar el sábado a las 10:00h en El Escorial. Avenida de la Constitución, 3. Entra y di tu nombre. Aprovecha y sube a San Lorenzo, diviértete mucho amor mío. Por cada lágrima que derramas yo me he propuesto que tengas tres sonrisas.

Besos diversos.»

Sonreí, era absurdo porque no sabía quién era. Pero ese amor en sus palabras me hacía sonreír.

Al Escorial. Hacía siglos que no iba. Hablaría con Sandra y Olivia, podríamos hacer una excursión y pasar allí el día. La semana siguiente no tendría que ir a trabajar, había podido juntar varios días libres. La mudanza estaba contratada para el lunes, el martes lo dedicaría a hacer compras para la casa y el miércoles era el día X. El día de la firma. El divorcio. De esa forma lo había marcado en el calendario. Me esperaba una dura semana después de la misteriosa cita. No me vendría nada mal una excursión. Salir, evadirme y cargar pilas.

Vidas ocultas

No quise posponer la conversación, al día siguiente después del trabajo le hice una visita a Claudia. Las niñas estaban en un campamento para estudiar inglés y Juan estaba de viaje por trabajo, algo muy habitual últimamente. Me abrió la puerta con la mirada hacia el suelo, incapaz de mantener la barbilla en alto como hacía siempre.

—¿Te apetece un café? —me dijo a modo de saludo.

—Sí, gracias.

Nos sentamos alrededor de la mesa de la cocina y Claudia se puso a llorar. Yo no sabía qué hacer, nunca había tenido que consolar a mi hermana. Sentí pena al verla tan desolada.

—No llores, cuéntame lo que quieras y si te apetece. No estudié judicatura, no tengo potestad para juzgar —dije mientras le cogía la mano.

Claudia se enjugó las lágrimas y me contó que su matrimonio llevaba roto tres años. Juan viajaba mucho y le había descubierto varias infidelidades. Con el tiempo se volvió más descuidado, hasta que llegó un momento que pasó de todo sin más, ya no le importaba que le descubrieran. Sólo tenía cuidado con sus hijas. Es por eso, que acordaron no dar escándalos y mantener una convivencia educada. «¿Tres años? ¿Viviendo una mentira?»

—Pero Claudia, tú no eres dependiente. Tienes tu negocio y te va muy bien. No entiendo por qué vivir una mentira. Eres muy joven —le dije preocupada.

—No tengo valor, Martina. ¿Cómo voy a darles este disgusto a papá y a mamá? A ti te dan por perdida desde hace años, pero yo les hundo. ¿Y mis amigos? No quiero perder lo que tengo —confesó y yo me quedé sorprendida.

Nunca me había puesto a pensar lo que mi madre había hecho con Claudia. Mi padre sólo se preocupó porque tuviera estudios y un futuro profesional. Le ofreció seguir con el negocio, pero no la coaccionó para hacerlo. Ella disfrutaba estando al mando de la cadena de pastelerías. Fue mi madre y su empeño en vivir de puertas para fuera. Del qué dirán. De conseguir una hija perfecta. Sentí lástima.

—No puedes vivir una mentira eternamente. Yo no voy a decir nada, es tu vida. Aquí me tienes si necesitas algo. Pero sólo te voy a decir una cosa, Claudia. Piensa en ti, en nadie más. Los demás tenemos nuestra vida. Preocúpate de tener una para ti que te haga feliz.

Nos dimos un abrazo, he de reconocer que me sentí muy rara. No recordaba la última vez que mi hermana y yo nos habíamos abrazado. Ella debió sentir la misma incomodidad porque cortó el abrazo e intentó recomponerse. Charlamos un rato de banalidades y cuando entendimos que la situación no podía alargarse más, me fui.

Sentada en el coche, comprobé que tan solo eran las seis de la tarde. Llamé a Sandra:

—Por favor, amada mía, dime que el sábado no tenéis plan —supliqué.

—Tenemos visita, pero plan todavía no.

—¿Qué visita? —pregunté.

—El sobrino adolescente de Olivia, que ha venido desde Argentina para pasar unos días.

—Pues es perfecto —le dije—. Me ha surgido una visita misteriosa a El Escorial y he pensado que podríais acompañarme, comemos por allí y

hacemos algo de turismo. Seguro que al chaval le encanta.

—Seguro —dijo Sandra, sin mucha convicción—. Pero a mí sí me encanta la idea, hace mucho que no vamos.

—A las nueve os recojo en la puerta, sed puntuales que tengo que estar a las diez en mi cita.

—¿Qué será esta vez? ¿Un blanqueamiento dental? ¿Botox? —se burló.

—Vete por ahí, linda. —Colgué riéndome.

Aproveché el resto de la tarde para comprar una cama. La cama era el único mueble de la casa que no había puesto en venta. Me daba repelús pedir dinero por el objeto que había sido lugar de confidencias, entrega, amor y desenfreno. Por no admitir, que me producía cierta humillación lucrarme con el objeto que había sido a su vez, localización explícita del delito, por no llamarlo el lugar de los cuernos. Al menos, de los que yo había sido testigo.

No tenía ganas de cargar, ni de montar, así que puse rumbo a unos grandes almacenes, esos que tienen de todo para todos. Me atendió un chico monísimo de unos veinte años, tal vez un poco más. No sabía si era táctica de vendedor, pero el chaval no hacía más que dedicarme sonrisas, caídas de ojos y piropos un tanto manidos para su edad. Mi lado más borde me provocaba decirle: «menos chorradas que no tengo el cuerpo para fiestas», pero traté de ser amable y terminar rápido. Al final opté por una cama gigante que me permitiría dormir a un lado del hemisferio cada noche. Me costó un dineral, pero invertir en descanso era invertir en salud, o al menos eso decía el slogan. Hice prometer al muchacho que la tendría el martes o me tocaría dormir en el suelo, asintió y yo pude tachar de la lista mental de tareas una cosa menos. Llegué a casa con el tiempo justo de darme una ducha, cenar algo e irme a

dormir.

Los días fueron pasando sin novedades reseñables hasta que, por fin llegó el sábado. Había amanecido un día espléndido. Conducir por el centro de Madrid un sábado por la mañana temprano es sobrecogedor. No suele haber tanto tráfico como un día entre semana y puedes circular sin prisas por el Paseo de la Castellana, contemplar como los primeros rayos de sol acarician los imponentes edificios. La plaza de Cibeles, el Palacio de Comunicaciones, llamado coloquialmente: Palacio de Correos. La bifurcación de la Gran vía con la calle Alcalá, el edificio Metrópolis, daba igual las veces que recorriera esas calles, siempre me emocionaba al pasar por ellas.

Cuando llegué a la calle San Lucas, Sandra, Olivia y un muchacho de mirada vivaracha, me esperaban en el portal.

Tras las presentaciones oportunas, nos pusimos en camino. Mientras conducía por la calle Gran vía hasta Plaza de España, no dejaba de observar a Mateo, el sobrino de Olivia, por el retrovisor. La intensidad de su mirada me maravillaba y me causaba una profunda melancolía. Envidiaba tener esa edad en la que todo es nuevo y excitante. Cada acontecimiento que vives lo saboreas con pasión, con entusiasmo, con una ilusión desmedida, como si tuvieras la certeza de que se va a convertir en la última vez que vas a poder vivirlo.

En esos momentos, un pensamiento me asaltó de repente y en mi cabeza sentenció al pobre Mateo que disfrutaba de su viaje. «Ya vendrán los palos», pensé y acto seguido me sentí mal por aferrarme al sufrimiento cuando podía pensar todo lo bueno que le iba a tocar vivir. En ese mismo instante, me di cuenta de que el engaño y el dolor me habían vuelto una

persona cínica, recelosa, incapaz de ver el lado positivo de la vida. Ese que te deja sin aliento, que te dobla de la risa, que te hace salir al mundo con una sonrisa, aunque no haya motivos de peso para ponértela encima. Porque me di cuenta de que el simple hecho de estar vivos debería ser suficiente. Sí, había perdido una parte importante de mi vida. Un bastón, pero tenía dos piernas para seguir hacia delante o hacia un lado. El camino era lo de menos, lo importante era seguir adelante. Volví a mirar a Mateo y conseguí sonreír, sin más.

Sandra se había sentado a mi lado en el asiento del copiloto.

—¿Qué te habrá preparado tu admirador secreto? —preguntó.

—Ni idea, pero estoy deseando saberlo.

—Estoy preocupada, lo sabes, ¿no?

—¿Qué es lo peor que puede pasar? Que le conozca y ¿no surja el amor? Con todo lo ha hecho ya me tiene ganada. Una amiga no va a faltarle. Si te digo una cosa, en mis sueños esa pasión sí surge —confesé. «¿Por qué no? Puestos a soñar...».

Cuarenta minutos más tarde, después de un trayecto lleno de risas y buena conversación, llegamos al precioso pueblo madrileño de El Escorial. El Monasterio coronaba majestuoso en el horizonte. Mateo observaba conmovido por la belleza que nos rodeaba.

La electrónica voz del GPS anunció la llegada a nuestro destino. Sandra me dijo que buscarían un bar para tomar algo, según ella, debía entrar yo sola.

No es fácil describir la sensación que tenía. La emoción y la intriga, me provocaban un ligero temblor en las manos. Llegué a la puerta del

establecimiento y como siempre me quedé sorprendida. Un rótulo de madera colgaba de un pequeño tejadillo con unas cadenas. Una maceta llena de flores a cada lado. Dentro del cartel podía leerse el nombre del establecimiento: «Un jardín para ti». Entré y me atendió un hombre encantador.

—Buenos días, mi nombre es Martina —me presenté.

—Vaya, que puntual. Pase, por favor. Siéntese —dijo señalando una silla. Acepté el ofrecimiento y tomé asiento frente a su escritorio. Él me miraba con una sonrisa reconfortante —. ¿Puedo tutearte?

—Claro —contesté.

—A ver, tengo lo tuyo por aquí, dame un segundo. —«¿Lo mío?», pensé.

Cada vez estaba más ansiosa.

—Terraza de cuarenta metros cuadrados en ático. Barrio de Montecarmelo —murmuraba mientras movía el ratón del ordenador. Movié la pantalla hacia mí y me enseñó el diseño de una terraza en una especie de imagen en tres dimensiones. Reconozco que estaba bastante espesa porque todavía no entendía bien qué era todo aquello—. Hemos diseñado este paisajismo —prosiguió—, basándonos en el plano de la vivienda que nos trajo la persona que ha hecho el encargo.

No había duda, debía estar al corriente de la situación porque en ningún momento se refirió a mi admirador desconocido como mi novio, amigo o marido. Me moría de ganas de pedirle que me hiciera una descripción. Que me dijera si era educado. Calmado o nervioso, si parecía atento.

—Es un primer boceto —dijo—. Podemos cambiar lo que quieras.

Parecía la típica imagen de las terrazas que salen en las revistas de decoración. Suelo de madera, cenador a juego con el suelo, muebles de jardín de diseño. Jardineras con un montón de plantas. La iluminación era

sensacional. Me sentí muy incómoda, era demasiado. Pero mi pequeño demonio interior me lanzaba imágenes perturbadoras. Yo, en una de las tumbonas con un buen cosmopolitan al estilo Bradshaw de Sex and the City, en la mano mirando al horizonte. Mi propio paraíso sólo para mí. Era tan tentador como inalcanzable. Agaché la cabeza y la sujeté entre las manos mientras emitía un ligero gruñido de frustración. A lo más que aspiraba era a poner unas plantas de Ikea, con algún conjunto mono de mesas y sillas para cenar en verano. Que no estaba nada mal, tampoco. Pero ver aquello, dejaba mis planes en un nivel patético y cutre.

El hombre me observaba perplejo mientras yo seguía con la cabeza entre las manos y los ojos cerrados. Escuché un carraspeo.

—¿No te ha gustado? Podemos hacerla de cero —dijo con pesar.

—Es maravillosa, no cambiaría nada. Pero no puedo aceptar el encargo como te lo han hecho. Sí me gustaría que me pasaras el presupuesto —solicité, pensando que tal vez podría darme un capricho con el dinero de la venta del piso.

—Verás, este es un encargo peculiar y no estoy autorizado a darte precios. Lo que sí tengo para ti es esta carta. Creo que la persona que quiere regalarte el jardín te conoce bien.

Abrí el sobre, el hombre aprovechó para atender a una pareja que había entrado en el establecimiento. Empecé a leer.

«Martina,

Por favor. Sé lo que piensas, que es demasiado, que no sabes quién soy, que no te gusta deber nada a nadie, que siempre has intentado conseguir las cosas tú sola. Siempre te has preocupado de que todo el mundo a tu alrededor estuviera bien y no le faltará de nada, costara lo que costase. Ahora te toca a

ti. No seas cabezota, deja que te haga este regalo y no le des más vueltas. Disfrútalo sin más. Tranquila que lo disfrutaremos juntos.

Besos.»

Si no fuera por lo retorcido del asunto, empecé a pensar que podía ser mi padre. De todos mis amigos no me cuadraba ninguno. ¿Jaime? Imposible, jamás había demostrado tener ningún interés más allá de la amistad. Sandra ya estaba descartada, el resto de amigos estaban emparejados. Y los que no, eran amigos de copas y poco más, no me conocían tanto. Cada vez estaba más perdida en este asunto.

¿Cómo iba a negarme? ¿Cómo se dice que no a ese apetecible caramelo que te ponen delante y que no debes coger? ¿Qué fuerza de voluntad debía tener para decir que no a algo tan increíble cómo aquello? ¿Cómo podría salir tan tranquila por la puerta y que el recuerdo de esa terraza no me atormentara cada noche? Demasiadas preguntas con una sola respuesta posible. Acepté, primero mentalmente, como el que se regala un último cigarro antes de dejar de fumar. Acepté, sabiendo que no estaba bien aceptar y llenándome de excusas del tipo: trataré de pagárselo cuando le conozca.

El hombre volvió junto a mí.

—¿Aclarado el asunto? —preguntó.

—Sí, sólo tengo dos preguntas: ¿Cada cuánto tengo que regar todo esto? Y ¿podría tener uno de esos arbolitos de maceta que la parte de las hojas es redonda? —El hombre soltó una carcajada y se disculpó.

—No te preocupes, lleva un sistema de riego por goteo. Te lo explicaremos todo cuando vayamos a montarla. Y por supuesto, anotaremos un árbol en maceta con ese ornamento.

Salí de allí con el diseño de mi paraíso en una carpeta y la sensación de

estar viviendo un sueño. Cuando les expliqué a los demás lo que acababa de ocurrirme, Olivia y su sobrino me miraban con la boca abierta. Olivia emitía un «Oh» prolongado acompañado de pequeños suspiros, todo un tanto cursi y Sandra no decía nada. Me miraba con esa mirada que pone ella, seria y penetrante.

—¿Lo has aceptado? —inquirió.

—Sí. ¡Lo sé! Es terrible aceptar algo así de alguien que ni conoces.

Pero no he podido decir que no. Es increíble —confesé.

—Volvamos. Vamos a preguntar cuando cueste todo esto y llegamos a algún acuerdo. Yo te adelanto el dinero y ya me lo iras pagando. —Sandra llevaba peor que yo lo de «sentirse en deuda».

—Qué poco romántica eres —le recriminó Olivia.

—No cielo, no se trata de eso. Me preocupa qué pueda exigirle después de ponerle el pisito de lujo —sentenció Sandra.

—Eso suena fatal —dije.

—Suena a lo que es, Tina. Espabila. Y ¿luego? ¿Seréis amigos? Tiene tan claro que vas a caer rendido a sus pies que me repugna.

Mateo nos miraba sin saber dónde meterse. No supe qué responder. En el fondo sabía que tenía razón. Pero algo me tenía tranquila. Algo en mi interior me empujaba a seguir con aquello. Quizá las pocas ganas que tenía de pasar un duelo común y corriente. Quizá, había llegado la hora de dejarse cuidar como decía la carta.

—Siento mucho que estés preocupada, Sandra. Créeme que te entiendo, pero todo esto está evitando que me encierre en casa a llorar. Que sienta que todo ha dejado de tener sentido. Tú sabes lo que era esa persona para mí. Por favor, déjame disfrutar de esto. Si después se complica, me ocuparé de ello —mientras decía aquello, las lágrimas habían empezado a brotar de mis ojos. Todos me miraban llorar, Sandra se apiadó de mí. Se levantó para abrazarme

y pedirme disculpas.

Conseguimos relajar la tensión y recomponernos. Sandra me recomendó que llamara a Ana antes de hacer nada. La casa era de alquiler y mejor contar con la aprobación de la dueña. Lo extraño del caso, es que, al llamar a Ana, ella estaba al corriente. No le hizo falta ni consultar. Contaba con permiso para hacer lo que quisiera. Aquello me dejó más intrigada, si cabe.

Subimos al coche y pusimos rumbo al pueblo vecino, el Real Sitio de San Lorenzo de El Escorial, enclave del Monasterio y alrededores. Ambas villas están prácticamente juntas. La mayor parte de los monumentos reales se encuentran en San Lorenzo.

Pasamos un intenso y divertido día, lleno de anécdotas, risas y buena comida. Olivia me dio las gracias por la excursión, Mateo disfrutó muchísimo. Evidentemente, la agradecida era yo. Por contar con ellas. Por acompañarme en esa loca aventura que estaba viviendo, y que por ahora no sabía dónde me iba a llevar.

Regresamos a casa ya entrada la noche. La casa estaba prácticamente recogida. Era un caos. Lo único que hice fue escribir todo lo que me había pasado en mi diario de la separación e irme a dormir.

Al día siguiente tenía cita con la psicóloga. Lo único que hacíamos era charlar. Le contaba las novedades que había escrito y poco más. Sí he de reconocer que escribir lo que me pasaba y cómo me sentía me estaba ayudando a ordenar la mente, a relativizar las cosas. Me fui a dormir pensando en mi terraza maravillosa, no veía el momento de poder disfrutar de ella.

Cerrando heridas

El día que nos dimos el «sí, quiero» amaneció nublado. Había muchas probabilidades de que lloviera, por aquello de que «en abril, aguas mil», pero no llovió. Recuerdo la sensación al despertarme aquel día, la felicidad, esa seguridad de que nada malo iba a pasar porque estábamos juntos. Me acostumbré a hacer todo con otro y con el tiempo he aprendido que eso es un error colosal, he aprendido tantas cosas... Estaba completamente segura de que iba a ser para toda la vida. Porque el amor que nos teníamos era de verdad. Porque era la persona que más me hacía reír, porque iba por el mundo de su mano, sintiéndome invencible. Estaba cegada y no me daba cuenta de que nos estábamos convirtiendo en los mejores amigos, pero hacía tiempo que habíamos dejado de ser amantes. Dicen que la pasión se pierde, es cierto, pero nosotros la perdimos demasiado pronto. Yo no había vivido lo suficiente para entender que lo que me estaba dando eran migajas. Pero por entonces, esas migajas para mí, eran la felicidad absoluta. Le quería y hubiera envejecido con él, por eso fue tan difícil firmar aquel papel que nos separaba para siempre.

Traté de llenarme de rabia, me envenené con la imagen que había destrozado mi ilusión y mis ganas de vivir. No quería llorar, no quería que me viera frágil, vulnerable o tan destrozada como estaba por dentro.

Sandra pasó a recogerme en un taxi para que no fuera sola a la notaría. Primero venderíamos la casa, luego firmaríamos en el juzgado. Al verla, me derrumbé.

—Vamos, zanjemos esto cuanto antes. No llores, Tina. Ese desgraciado te ha hecho un gran favor —dijo y yo asentí, aunque no estuviera muy de acuerdo. Evidentemente, con el tiempo he entendido que sí, que fue un favor de los grandes. Quizá me hubiera estado engañando durante años, viviendo una gran mentira.

Isabel nos esperaba en la notaría adelantando papeleos. Cuando llegamos estaba con el ayudante del notario en una sala de juntas. Nos sentamos, el traidor no había llegado todavía.

—Me tiemblan las manos —le decía a Sandra mientras se las enseñaba.

En ese momento se abrió la puerta. Primero entró un hombre, sería el abogado, y a continuación él. Nunca me han dado un puñetazo en el estómago, y espero no saber cómo es realmente, pero en ese momento, sentí un intenso dolor en el abdomen. Me miró y me dijo un «hola» a media voz que me provocó tirarle la carpeta de Isabel a la cabeza. Había decidido ponerse la máscara de lastimero. De «Tristán», aquel perro del anuncio que solo quería un amiguito. Pretendía convertirme a mí en la mala, en el verdugo que ponía fin a una relación consolidada por no perdonar un desliz.

Le agradecí esa postura porque me facilitó ampliamente el trance. Si hubiera tenido una actitud altiva o sin remordimientos, hubiera provocado en mí un sentimiento de fracaso, pero de esa manera la rabia me hizo mantenerme fuerte.

Finalizado el primer trámite nos fuimos al juzgado. Él intentó buscar un momento a solas, pero conseguí evitarlo. Eso no le impidió que antes de firmar el documento, con el secretario del juez delante, me dijera:

—No pretendía llegar a esto. —¿Qué significaba eso? ¿No pretendía

que pasara? ¿No pretendía que te enteraras?

Le miré con cara de absoluta decepción, que era lo que sentía en ese momento. Tantos años, tantas cosas.

Firmó, el secretario nos dio una copia a cada uno y «adiós, muy buenas». De ser todo a ser nada, en cuestión de minutos. Nos miramos, sin saber cómo despedirnos. Sandra que había permanecido en segundo plano todo ese rato y al ver que yo me había quedado ahí, petrificada, incapaz de moverme, se acercó. Me cogió del brazo y nos fuimos.

Nos despedimos de Isabel en la puerta, me dijo que se ocuparía de supervisar que todo estuviera en regla, plusvalías, y demás gestiones. La semana siguiente quedaríamos para que me diera todos los papeles y las facturas oportunas.

Mientras bajábamos por el Paseo de la Castellana en el taxi, con Plaza de Castilla en el retrovisor, sonaba una canción en la radio cuyo estribillo decía: «Por qué siempre soy yo la de la mala suerte». Las lágrimas que había estado aguantando durante todo el proceso brotaron sin control.

—¿Seguro que no quieres venir a casa? —Sandra me miraba preocupada.

—Seguro —respondí—. Necesito estar sola.

Cuando llegamos a casa de Sandra le pedí al taxista que me esperara. Salí del coche y nos abrazamos.

—Gracias infinitas, gracias por estar siempre ahí cuando te necesito.

—Ya está, Tina. Ya ha pasado el trago, llora lo que necesites, pero no lo alargues mucho. Llámame las veces que haga falta. ¿Te quedan vacaciones?

—Sí, dos semanas más. ¿Por?

—Tengo una sorpresa que te iba a dar más adelante, pero ahora me parece el mejor momento. Pide en el trabajo la última quincena de Julio. Me deja su casa una amiga-cliente que va a estar fuera. Fue uno de mis trabajos de hace unos años. He pensado que nos vayamos todos. Se lo diré a Jaime también.

— ¿Y dónde está la casa? —pregunté.

—Ibiza. —Sandra sonrió de una manera maléfica mientras levantaba las cejas. La abracé de nuevo mientras le susurraba que era la mejor amiga del mundo y me subí al taxi.

Le di la dirección, cerré los ojos y me dejé llevar por las calles de Madrid.

—Ya hemos llegado, señorita —escuché.

Abrí los ojos y me sentí tan estúpida. Le había dado la dirección del piso de Vicálvaro. No era algo tan descabellado, solo llevaba viviendo en la casa de Montecarmelo un día. Una noche, en la que no había conseguido pegar ojo por los nervios, porque casi no tenía muebles, porque estaba todo en cajas, porque me sentía una extraña. La mudanza incluía también el desempaquetado y el guardado de los enseres, pero como no tenía muebles, solo pudieron guardar las cosas de la cocina. Era todo un desastre.

El taxista me miraba sin saber qué decirme.

—Perdona, pero me mudé ayer y te he dado, sin darme cuenta, la dirección antigua. Lo lamento —dije y le di la dirección nueva. El contador subía y no se le vio muy enfadado. Miré por última vez el portal por donde entrábamos cogidos de la mano siendo felices. Cerré mentalmente la puerta y tiré la llave para siempre.

Llegué a mi nueva casa que estaba completamente vacía. Tan solo tenía la cama para sentarme y la cocina amueblada. No podía seguir así. Pospuse el

llanto para otro momento mejor. Encendí el ordenador para buscar muebles en la página de Ikea. Prefería llevar la idea, más o menos decidida, que dar vueltas por allí. Me conocía muy bien, empezaría con muchas ganas, me agobiaría y saldría de allí sin comprar ni una servilleta.

Busqué muebles sencillos en color blanco. El sofá gris marengo que combinara con todo. Fui anotando referencias en una libreta pequeña, mesa del comedor, sillas, mueble del salón, cómoda para mi cuarto. La otra habitación por ahora se quedaba vacía. En el mostrador de la cocina pondría dos taburetes altos. Paneles japoneses para el ventanal de la terraza. Cuando hice la cuenta, casi me caigo al suelo. Menos mal que tenía el dinero de los muebles antiguos y la parte de la señal de la venta de la casa. El resto hasta que no se cancelara el préstamo y se pagaran los impuestos, no lo tendría disponible. Como no tardaran poco, tendría que irme a Ibiza en autostop.

Quitó lo prescindible de la lista, por si las gestiones se dilataban y guardé un poco de dinero para el viaje. Antes de irme hacía Ikea, abrí el correo electrónico.

«Hola Martina,

Hoy no voy a preguntarte cómo estás. Sé perfectamente cómo debes estar. Ya ha terminado. Ahora puedes centrarte en ti, en lo que quieres, en tus ilusiones y redecorar esos sueños. Hoy no tengo tareas para ti, salvo una muy simple. Sonríe. Tú decides cual va a ser tu duelo, pero no te regodees en el sufrimiento, no vale para nada. Te enamoraste de un capullo. Y ahora vas a ser tú, de verdad. Ya falta muy poco para la sorpresa final. Cuídate mucho.

Besos.

Pd. Estoy deseando despertar a tu lado y sentir tu piel.»

Releí el mensaje, saboreando cada letra y de repente sonó el móvil.

—¿Sí?

—Hola Martina, soy Antonio, de «Un jardín para ti». Nos han anulado un encargo. ¿Te vendría bien que fuéramos mañana?

—Me vendría perfecto.

—A las nueve en punto estamos allí.

—Genial, hasta mañana. —Colgué y salí corriendo a comprar los muebles.

Una visita programada y otra inesperada

Benditos convenios laborales; gracias al mío había conseguido juntar un día por deber inexcusable, dos por asuntos propios y dos por mudanza. De tal forma que no tenía que preocuparme del trabajo durante toda la semana.

La compra de los muebles había sido fructífera, pero solo había contratado el servicio de transportes, necesitaba ayuda para el montaje. Jaime y Charlie; andaban liados con la empresa; Sandra tenía una cita también laboral; Sara y Pablo, tampoco podían por motivos de trabajo. La única que quedaba disponible era Olivia, que libraba ese día. Accedió encantada, pero era consciente de que el mueble del salón con las cristaleras era demasiado pesado para montarlo solo entre nosotras dos. No me quedó más remedio que llamar a mi padre.

—Martina, cariño. ¿Qué tal todo? —preguntó de buen humor, mi padre siempre tenía sonrisa.

—Todo bien, organizando la casa. Papá, he comprado algunos muebles y me los traen hoy, pero no he contratado montaje. Sé que tú tienes la espalda hecha polvo, pero ¿crees que a Julián le molestaría mucho si le pido ayuda?

—Julián, era el jardinero y la persona de confianza de mi padre. Gestionaba todas las cosas en casa, controlaba al servicio. Era como de la familia.

—Claro que no, pero tengo una idea mejor. Déjame que te mande a los chicos de mantenimiento que tenemos para las tiendas. Seguro que van encantados —sugirió.

—Papá, no puedo pagarles. Hasta que me den lo de la casa, ando muy

justa.

—Tranquila, yo me ocupo. Ahora te llamo y te digo algo.

Nada más colgar sonó el timbre. Eran los de la empresa de diseño de jardines. Les abrí dándoles acceso a la urbanización y fui corriendo al baño. Me lavé la cara y me recogí el pelo. El pijama no estaba mal; pantalón corto y camiseta azul marino, no parecía un pijama. De todas formas, ya no me daba tiempo a cambiarme.

Abrí la puerta y el primero en entrar fue Antonio, el señor que me atendió en El Escorial. Tras él un montón de operarios, con un montón de sacos y herramientas.

Volvió a sonar el timbre. Eran los transportistas de Ikea. Aquello iba a parecer el camarote de los Marx.

Mientras unos sacaban cosas a la terraza, otros dejaban cajas en el salón. Tras el mostrador de la cocina, observaba la escena, volvió a sonar el timbre y hubo cachondeo general. Era Olivia. Cuando entró por la puerta y vio ese ir y venir de hombres, me miró sorprendida.

—¡Menuda fiesta tenés aquí montada! ¿Alguno va a desnudarse? — Olivia tenía unos envidiables veintiocho años que la llenaban de luz. Envidiables por la edad, y por una escultural figura que dejaba sin aliento a cualquiera que tuviera la suerte de tenerla delante. Una melena castaña digna de cualquier anuncio de Pantene y dos ojos almendrados color miel de portada del Vogue. Llevaba un vestido corto veraniego que estaba causando sensación entre el personal masculino que deambulaba por la casa.

Salió a la terraza y soltó un:

—¡Sos una capulla! ¡Esto es un paraíso! —gritó y provocó la risa de varios, incluida la mía.

Mientras preparaba café sonó el móvil. En ese momento, los chicos de Ikea me daban el albarán de entrega para firmar, por su parte habían terminado. Empezaba a tener un poco de estrés.

—Arreglado hija, dame la dirección que van ahora mismo. No montes ni una silla que ellos se ocupan de todo. Regalo de tu padre.

—Gracias, papá.

—De nada, mi niña, ya me enseñaras la casa cuando esté terminada. — Colgué sintiendo que tenía quince años de nuevo.

—Vamos a montar los taburetes por lo menos, o nos tendremos que sentar en el suelo —le dije a Olivia.

Mientras desempaquetábamos buscando los taburetes, uno de los chicos de la terraza se acercó. El calor ya empezaba a sentirse y se había quitado la camiseta. Tenía un torso de esos que quitan el sentido.

—Perdone —dijo él.

—Sí... —dije yo, intentando mirar con disimulo.

—¿Podría usar el servicio? —preguntó con aquellos perfectos músculos en el abdomen.

—Claro. Pasa. —Le di las indicaciones, y mientras desaparecía por el pasillo, Olivia me susurró:

—Andá, tirale unos tiritos, a lo mejor se deja.

—¿¿Qué?! —pregunté alarmada.

—Hacele un quiero —dijo toda frustrada al ver mi cara de no entender nada—. ¿Cómo le decís acá? ¿Tirar los tejos?

Solté una carcajada, aunque no me hubiera importado en absoluto.

Poco después, llegaron los chicos de mantenimiento que había enviado mi padre. Les di las indicaciones oportunas. Consulté con Antonio, si era necesario que estuviéramos allí y me dijo que no. Sandra nos había llamado para decirnos que nos invitaba a comer en un restaurante tailandés que le

habían recomendado por la zona. El restaurante estaba ubicado en una zona comercial, por lo que, Olivia y yo aprovechamos y nos fuimos antes para dar una vuelta.

Cuando por fin llegó Sandra para comer, me dolían los pies. Nos habíamos recorrido todas las tiendas. Nota mental: no ir jamás de compras con Olivia. Todo le gusta, todo se lo quiere probar, todo le queda divino y luego no se decide. Llegamos al restaurante y Sandra al verme no dejaba de reír.

—¿Cómo se te ocurre? —preguntó.

—Nunca me habías contado que Oli era una loca del shopping.

—Jamás voy con ella, tiene un amigo específico para esa tarea.

—Ah, ¿sí? —interrogué a Olivia.

—Es un amigo que tiene un *showroom* y un blog de moda. A veces le ayudo para las fotos. Ahora está en Ibiza —contestó.

—Sí, ya te lo presentaremos—dijo Sandra. De repente me acordé del viaje y sentí un subidón de emoción.

—Oye, hay que reservar los billetes. Habrá que llevar el coche, ¿no? Me vais a perdonar, pero con la mudanza, los muebles, me he olvidado por completo —dije.

—Tranquila, está todo organizado. Jaime tiene trabajo y no puede venir con nosotras, aunque me ha dicho que tiene una sesión en Pachá, el último fin de semana que estamos allí. Nos avisará cuando llegue a la isla. Y ya tengo reservado los billetes. Nos vamos en avión. Cayetana nos deja la casa y el coche que tiene allí —respondió Sandra.

—Vaya lujo de amigos tienes —afirmé.

—Como tú.

—Calla, que me pongo tonta —me burlé.

En ese momento sonó mi móvil. Era Antonio que me avisaba que ya estaban terminando. Debía ir a firmar el contrato de mantenimiento y para que me explicara el funcionamiento del riego y la iluminación.

—¡Han terminado! ¿Venís a verla? —pregunté emocionada.

Una buena noticia

Trato de encontrar las palabras adecuadas para describir lo que sentí en aquel momento. Cómo describir una sensación tan especial. Sandra, Olivia y yo salimos del ascensor. Caminamos por el pasillo hasta la puerta del piso. Estaba abierta, alguno de los operarios terminaba de recoger. El salón estaba completamente amueblado. Los muebles en blanco con la luz que entraba por el ventanal le daban una amplitud y una luminosidad espectacular a la estancia. Estaba precioso, y eso que le faltaban todos los textiles para completar la decoración. Algo que me había exigido Sandra que no hiciera. Ella se encargaría de las telas y la combinación de colores. Se enfadó un poco cuando le conté que había tenido que ir corriendo a Ikea a comprar los muebles. Mi mejor amiga, decoradora de interiores y no le pedía consejo. Me disculpé una y otra vez con ella, pero no podía permitirme su talento, ni podía pasar a la lista de espera que tenía de clientes. Y por supuesto, no quería abusar, que ya bastante hacía. Me hizo prometer, bajo pena de cancelación del viaje, que le dejaría al menos los textiles.

Estaba sobrecogida y eso que todavía no había visto lo mejor. Antonio nos esperaba en la terraza. Bajo un cenador de madera con un toldo deslizante había un juego de sillones con una mesita baja. Los cojines en blanco. Bajo el tejadillo de la casa habían colocado una mesa con sillas, a juego con el color de la resina de los sillones. El suelo recubierto de madera y por todo el borde la terraza unas jardineras de madera también a juego con el suelo. Era increíble que hubieran hecho todo eso en unas horas. Ahora entendía el

porqué de tanta gente.

—¿Te gusta? —me preguntó Antonio, pero yo solo fui capaz de asentir. Estaba llorando. Me sentía pequeña ante tanta belleza. De verdad, ¿era merecedora de todo aquello?

Sandra y Olivia se habían quedado con la boca abierta. Sandra revisaba cada cosa con minuciosidad y enseguida le pidió una tarjeta a Antonio. El trabajo había quedado perfecto. Ambos estuvieron hablando para hacer colaboraciones.

Me explicó cómo funcionaba el sistema de riego por goteo, el sistema de iluminación, y qué productos debía utilizar para limpiar la madera. No obstante, el encargo incluía mantenimiento. Vendría uno de sus chicos a verificar que el riego iba bien. A limpiar y tratar la madera.

Cuando se fueron, Sandra se acercó y me dijo:

—No quiero agobiarte, pero esto son muchos ceros al final de una factura.

—Madre mía, lo sé. Espero que me deje pagárselo a plazos.

—¿Quién será? ¿Tu padre? —preguntó.

—Yo también lo había pensado, pero el tono de los mensajes empieza a ser un tanto picante. Sería muy raro.

—¿Has pensado en David? —dijo, mientras me miraba muy seria. Allí estaba, el traidor había vuelto a escena. Claro que lo había pensado, pero en seguida desechaba el pensamiento de mi mente. No quería ni oír su nombre en mi nuevo paraíso. No, el no haría algo así. Era impensable.

—Claro que lo he pensado, pero se me encoge el estómago solo con el planteamiento. No puede ser, Sandra. No es su estilo. Esto supone mucha preparación, no le veo trabajando tanto por otro ser humano.

—Cierto —sentenció Sandra. Al traidor le movía su ego. Se mataba si era algo para sí mismo—. No nos queda más remedio que esperar para ver de quién se trata. Tenemos que irnos, cielo. Disfruta de esto, es maravilloso.

—Hazme un favor, Sandra. Llama a todos y veníos a cenar aquí mañana por la noche. Entre semana nadie puede y el fin de semana que viene nos vamos. Quiero estrenar la terraza con todos.

—Hecho.

Cuando por fin estuve sola, salí de nuevo a la terraza y no podía dejar de sonreír. Sonó el aviso de la aplicación de mensajes del móvil.

«Soy Roberto. ¿Te apetece pasar un rato agradable?»

Sexo a domicilio, sin compromiso y sin desagradables sorpresas. Lo sopesé durante unos minutos. Sí, tenía a mi desconocido que era capaz de hacer esas cosas por mí, pero en realidad no tenía nada. No sabía ni quien era. La imagen de la espalda de Roberto y esos enormes bíceps se coló en mi mente y mi cuerpo reaccionó. Sentí un hormigueo en la entrepierna que me hizo contestar sin pensármelo más.

«Por supuesto, te paso mi dirección, no tardes»

Volví a recurrir al refranero español: «Más vale pájaro en mano...». «Y ¡qué pájaro!».

Me fui corriendo a la ducha, busqué la lencería más sexi que tenía, un vestido de tirantes sugerente y me senté en el sofá a esperar. Estaba frenética. Sentía como si tuviera veinte años menos. Miré a mi alrededor. La luz del atardecer entraba por el ventanal y la puerta de acceso a la terraza. Se veían las plantas de las jardineras, las macetas. Olía a jazmín. Cambié las sábanas de la cama. Todo limpio y recogido, como si él fuera a fijarse. Qué tontas somos las mujeres a veces, pensé.

Sonó el timbre, pulsé el botón de apertura del portal y no sabía qué hacer. Saqué una botella de Lambrusco de la nevera y dos copas. Volví a guardarlo, era muy de novela erótica. Por fin sonó el timbre de la puerta del piso. Me acerqué a la puerta a abrir. Roberto me miraba con una insinuante sonrisa. Era un poco idiota, sí. Pero estaba tan bueno.

—Hola, ¿qué tal? —dije.

No sabía qué decir. Gracias por venir a satisfacerme entera, no era muy correcto.

Él no contestó. Me miró de arriba abajo con ojos de «te voy a estrujar». Entró, cerró la puerta mientras me cogía en volandas y me ponía con la espalda en la pared. Rodeé su cintura con las piernas mientras nos besábamos. Apoyada contra la pared, él comprobó que yo estaba receptiva, se desabrochó el pantalón, apartó mi ropa interior y me penetró sin preliminares. Éstos vendrían después. No pude contener un gemido que debió oírse en toda la comunidad.

Dos horas después de sexo salvaje, posturas imposibles y orgasmos múltiples, no podía ni moverme. Roberto se había ido, tenía que hacer no sé qué, ni me importaba. «Este tío tiene un don», pensé de camino a la cocina. Me temblaban las piernas. Saqué el Lambrusco, una copa y salí a la terraza. Me senté en uno de los sillones, puse las piernas en un puf, y serví el vino. La verdad era que la soltería empezaba a no estar tan mal, pensé. Levanté la copa al cielo haciendo un brindis pensando en el traidor: «Que te den» dije en alto y prometí en aquel mismo instante, no derramar ni una sola lágrima más en su honor.

Llamó mi madre en ese momento, tenía un don especial también, pero para cargarse mis momentos de plenitud.

—Hola madre, ¿qué tal?

—¿Cuándo vamos a poder ver tu casa nueva? —Sin preámbulos, para

qué.

—Mañana, si queréis. Os invito a comer.

—En un restaurante, espero. No tengo ganas de comer esos sándwiches que preparas.

—También sé hacer pizza congelada.

—Déjate de bromas, dale la dirección a tu padre, mañana vamos a la una de la tarde.

—Sí, mamá.

Y así terminó un intenso día lleno de maravillosas emociones.

A la una de la tarde en punto del día siguiente llamaron al timbre. Al entrar, a mi padre se le iluminó la cara y salió directamente a la terraza.

—No es muy grande —opinó mi madre.

—No necesito más —contesté.

—¿Te han subido el sueldo? —volvió a preguntar—. ¿Cómo puedes permitirte esta casa?

—La venta de la casa, ahorros... —mentí.

—Pues te van a durar poco —dijo. Me llené de rabia. Otro don que ella poseía. Llevarme al límite de mi cordura.

Salí a la terraza con mi padre.

—Me gusta mucho —me dijo.

—Gracias Papá.

La comida fue todo lo agradable que podía ser en aquellas circunstancias. Claudia esto, Claudia lo otro. No tenían ni la más remota idea de la infelicidad que vivía su hija predilecta. Al despedirse, mi madre me dio un beso y se metió en el coche. Mi padre aprovechó para preguntarme:

—¿Tú sabes que le pasa a tu hermana?

—Habla con ella. No puedo contarte lo que ella no quiere contarnos, pero queda con ella a solas y haz que te lo cuente —le di un achuchón. Él entró en el coche, arrancó y se fueron.

Sandra me había llamado a primera hora de la mañana para confirmarme que milagrosamente todos podían venir a cenar. Algo impensable, avisándolos con tan poco tiempo. Entendieron que era ahora o después del verano. Aproveché para comprar lo necesario. Sandra traería sus famosas tortillas de patata al roquefort y Olivia había preparado empanadillas de su tierra. Solo tenía que comprar ingredientes para una ensalada, algo de picoteo y las bebidas. Vendrían Sara y Pablo, Charlie y su mujer, Jaime, Sandra y Olivia. No sabía si Jaime traería compañía, conté uno más por si acaso.

La hora prevista para la cena era a las nueve de la noche, pero Sandra y Olivia llegaron a las ocho para ayudarme con los preparativos.

—Bueno, y ¿tú admirador? —preguntó Sandra mientras poníamos la mesa en la terraza. Olivia preparaba la ensalada.

—No he vuelto a tener noticias —admití con cierta tristeza.

—Alguien que es capaz de hacer algo así, no desaparece sin más, no te preocupes.

Los primeros en llegar fueron Sara y Pablo. El matrimonio les había sentado fenomenal a ambos, venían cogidos de la mano y Pablo se deshacía en halagos con Sara. Ella tenía un brillo especial, estaba radiante. A los cinco minutos volvía a sonar el timbre. Charlie, Esther, su mujer y Jaime entraban por la puerta un rato después. Las reacciones al ver la casa, pero sobre todo al ver la terraza fueron las mismas. Era espectacular, fabulosa y cualquiera que tuviera ojos podría darse cuenta.

—¿Has heredado y no me lo has contado? —me dijo Jaime. Sonreí.

—No, ya te contaré. —Fue mi respuesta.

Enseñé la casa, preparamos las bebidas y nos sentamos a la mesa. Hubo risas, anécdotas y un cariño infinito.

—Chicos, estas cosas suelen contarse un poco antes, pero hemos querido ser prudentes. Aprovechando que estamos todos tenemos una noticia que daros —dijo Pablo, Sara sonreía—. Estamos embarazados.

Todos felicitamos a la feliz pareja. Me acerqué a Sara y la abracé fuerte. Ella lloraba de la emoción y yo también. Sara y Pablo deseaban ser padres desde hacía muchísimo tiempo. Después de intentarlo de manera natural durante un par de años, decidieron recurrir a la fecundación asistida. Probaron diferentes métodos, pero ninguno había dado sus frutos. El proceso resultó agotador, duro y caro. Los anhelos, las decepciones. Las pruebas de embarazo negativas.

—Me alegro tanto de que al final el tratamiento funcionara —le dije.

—Pues verás, Tina. Renuncié a ser madre y me quedé embarazada. Ese ha sido el tratamiento.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —pregunté sorprendida.

—Completamente. Ninguno teníamos un problema reproductivo serio. Los bichitos de Pablo que son un poco perezosos y unos quistes en uno de mis ovarios. Cuando asumí que no podría tener hijos y seguimos con nuestra vida, pasó sin más.

—Es maravilloso, me alegro tanto —afirmé.

—Y yo me alegro de verte tan bien. Me alegro de que hayas encontrado este pequeño paraíso.

Después de una velada maravillosa, se fueron marchando todos.

—¿De verdad que no quieres que te ayudemos a recoger? —preguntó

Sandra en la puerta.

—No, de verdad. Bastante habéis hecho ya ayudándome a preparar todo. ¡Ay! Sandrita, que ganas tengo de estar en la playa.

—No queda nada. Cinco días de trabajo y ¡nos largamos!

Se fueron y mientras recogía, pensaba en lo larga que se me iba a hacer la semana. Ya de por sí, cada vez se me hacía más soporífero el trabajo, pero encima con el ansia de que llegara el viernes iba a ser un infierno. Antes de acostarme, encendí el ordenador sin mucha esperanza había pasado mucho tiempo desde el último email, pero me llevé una grata sorpresa.

«Hola Martina,

Siento no haberte escrito antes. El trabajo no me lo ha permitido. Salgo de viaje y hasta dentro de un mes voy a estar incomunicado. Pero no te preocupes. Disfruta del verano. Pensaré mucho en ti. A la vuelta te prometo que nos vemos. Esta vez sin sorpresas.

Cuídate como si te cuidara yo.

Muchos, muchos besos. Te quiero, aunque no te lo creas.»

¿Incomunicado? ¿Hoy en día? ¿Dónde iría? ¿A qué se dedicaría? Solté un gruñido. La situación empezaba a desesperarme, el ansia se apoderaba de mí. Necesitaba saber quién era o me volvería loca. Apagué el ordenador y me fui a dormir.

Privilegios

Tal y como lo sospechaba, la semana en el trabajo pasó lenta y tediosa. La tarde del viernes la dediqué a preparar la maleta con la misma ilusión de una adolescente que se va de viaje de estudios. Necesitaba salir, divertirme y sentirme arropada. Lo que más me estaba constando sobrellevar era la sensación de abandono.

Las chicas y yo quedamos directamente en el aeropuerto. Cuando llegué, Sandra y Olivia esperaban en el mostrador de la compañía con la que volábamos. Después de los abrazos, risas, y caras de emoción absoluta, facturamos el equipaje, pasamos el control de seguridad y accedimos a la zona de embarque. Teníamos por delante una hora de espera, así que nos fuimos a desayunar. Olivia bailoteaba mientras cantaba, "nos vamos, nos vamos". Canción absurda de vacaciones, luego vendrían unas cuantas más.

—Acabo de llamar a Josh y le he dicho la hora de llegada —dijo Olivia.

—¿Quién es Josh? —pregunté.

—Es amigo nuestro, ya te hemos hablado de él. El acompañante de Oli para las compras. El verano lo pasa entero en Ibiza. Traslada el *showroom* allí. En la isla le conoce todo el mundo. En realidad, se llama José, pero no soporta que le llamen así, dice que Josh es más cool. Todo un personaje, ya verás —contestó Sandra.

—Tú has ido muchas veces, ¿verdad? —le pregunté a Sandra—. ¿Por qué no me habías llevado hasta ahora?

—Oye, bonita. Te vas a ir un poquito por ahí. Yo he trabajado mucho en Ibiza, gracias a Cayetana que me ha recomendado a todos sus amigos y te recuerdo que te he invitado miles de veces y tú no te querías despegar del pequeño emperador.

—¿Pequeño emperador? ¿Así le llamas? —pregunté sonriendo—. Yo le llamo «el traidor».

—Prefiero que no tengamos ni que nombrarle. Toda una vida aparcada para que él cumpliera sus sueños. Mira, Tina, zanjemos este tema aquí, porque me pongo de una mala leche...

—Sí, mejor. Me voy de vacaciones, no quiero llevarlo en la cabeza.

—¡Es la hora, chicas! —gritó Olivia.

Embarcamos, el avión despegó sin contratiempos y en menos de una hora aterrizábamos en la Isla. Mientras Olivia buscaba a su amigo, Sandra y yo, esperábamos para recoger el equipaje.

Nada más coger la maleta la abrí allí mismo para sacar una pamelita negra y unas gafas de la marca Prada, tamaño maxi gigantes. Al ponérmelas sentí que el espíritu de Audrey Hepburn se apoderaba de mi cuerpo. Levanté la barbilla y caminé por el aeropuerto de semejante guisa.

—¿Te crees famosa? —preguntó Sandra mientras se reía.

—Tengamos un poco de glamour, ¿no? Siempre he querido hacer esto, no me quites la ilusión —contesté.

Salimos a la calle. Olivia nos esperaba fuera junto con un chico que cuando me vio soltó un grito: «¡Ah! ¡Qué divina!». Nadie se había fijado en nosotras hasta ese momento, la gente debió pensar que yo era alguien conocido y tenía un fan chillón. Me dio la risa. Olivia le presentó como José para fastidiarlo y él enseguida la corrigió.

—Josh, aquí todo el mundo me conoce por ese nombre. José se quedó en el pueblo de Albacete junto con todos sus complejos. Un placer, querida. Lo tuyo es elegancia natural.

—Seguro —dije, mientras seguía riendo—. El placer es mutuo.

Seguimos a Josh por el aparcamiento hasta su coche, guardamos las maletas y nos pusimos rumbo hacia la casa. Por el camino, Josh nos contaba que la casa de Cayetana se encontraba en la Cala de San Vicente, en el término municipal de San Juan, ubicado en la parte norte de la isla aproximadamente a cuarenta kilómetros del aeropuerto.

El paisaje era sobrecogedor. El mediterráneo bañaba las calas, escondidas entre bosques plagados de pinos, sabinas, madroños y otras especies típicas de la zona.

Llegamos a la Cala y ascendimos por una carretera que subía por la montaña. Esparcidas a lo largo de la ladera podían verse casas de diferentes tamaños. Casi todas de color blanco otorgándole al paisaje una turística estampa de postal mediterránea.

Según íbamos llegando a la cima, empecé a pensar que Josh no nos iba a dejar ni deshacer el equipaje y nos llevaba a hacer senderismo, ni en mis mejores sueños hubiese imaginado que la casa que nos habían prestado se encontraba en un paraje como aquel.

Josh paró delante de una puerta automática. Sacó un mando y lo pulsó. La puerta comenzó a abrirse al mismo tiempo que lo hacían mis ojos de puro asombro.

—Sandra, yo creí que era un «chalecito adosado» —le dije.

—Era una sorpresa.

Ante nuestros ojos emergía entre los pinos una masía de piedra de un tamaño descomunal. Todo cuidado al detalle, las flores, la madera de las

contraventanas. Se notaba que habían querido mantener el entorno natural a toda costa, pero sin descuidar por ello las comodidades y el lujo. Del salón se accedía a un porche y a una piscina de agua desbordante, con un color azul intenso que se confundía con el azul del mar en el horizonte. Al final del jardín se intuía un acantilado. Yo hubiera sido absolutamente feliz en un pequeño apartamento en cualquier rincón de aquella isla tan mágica. Por circunstancias familiares había convivido con el lujo durante muchos años y no era algo que me impresionara especialmente. Pero aquel paisaje, el jardín, la piedra, la terracota del suelo, el olor de las flores, le añadían un valor incalculable a la aventura.

—Bueno reinas, os dejo para que os instaléis. Vienen varias personas por las mañanas a ocuparse de la limpieza y mantenimiento de la casa y del jardín, no os asustéis. Mañana quedamos en el puerto y os doy un garbeo turístico. El lunes hay Supermartxé. No os lo podéis perder —nos advirtió Josh, nos besó y se fue.

—¿Qué es Supermartxé? —pregunté, cuando ya se había marchado.

—Conociéndole, una fiesta. Ya nos enteraremos —sentenció Sandra—. Vamos a deshacer el equipaje.

Elegimos las habitaciones, algo que no nos supuso ningún tipo de conflicto. Todas tenían cama de matrimonio, todas tenían baño dentro de la habitación y todas disfrutaban de una idílica vista. En la parte superior había tres de esas características, en la inferior había una adaptada para personas con problemas de movilidad, salón, comedor y un despacho. Seis baños en total y un mini apartamento independiente en la zona de la piscina.

Deshicimos el equipaje y fuimos a cenar a la Cala. Cayetana tenía un jeep para moverse por la isla. Estaba siendo todo tan ideal que empecé a

preocuparme.

Al terminar la cena decidimos tomar algo en casa. Mientras disfrutábamos de unas bebidas en el porche, sonó mi teléfono móvil.

—¿Hay sitio para mí cuando vaya? —preguntó Jaime—. La discoteca donde voy a trabajar me paga el hotel.

—Hay sitio para ti y para tu harén si te apetece.

—Genial, me quedo con vosotras entonces. ¡Pasadlo bien!

Por la mañana fui la primera en despertar, estaba loca por ir a la playa. Cuando llegué a la cocina, me encontré con una mujer.

—Buenos días.

—Buenos días, soy Rosa —me dijo, devolviendo el saludo con una sonrisa. Era una mujer enérgica que iba de un lado a otro sin parar.

Sonó el timbre.

—¡Justo a tiempo! —exclamó Rosa, encaminándose hacia la puerta—. La señora Caye me dijo que os llenara el frigorífico, así que ayer hice un pedido en el supermercado.

Entró un muchacho con varias bolsas mientras yo no daba crédito.

—¿Puedo ayudar en algo? —pregunté.

—Claro, encantada. Los domingos no suelo venir, pero quería que estuviera todo a vuestro gusto. Guardo esto y me marchó.

—Puedes irte ya si quieres, Rosa. Bastante has hecho. Yo lo guardo todo, no tengo otra cosa que hacer.

—¿De verdad? Te lo agradezco mucho, me esperan los niños para ir a la playa —dijo mientras cogía el bolso—. ¡Mañana nos vemos!

Rosa había comprado de todo; fruta, verdura, unos croissants que olían de maravilla. Traté de preparar café, pero la cafetera parecía el cuadro de

mandos para pilotar un Boeing. Era tan moderna que ponías la cápsula y no sabías que botón pulsar. Estaba maldiciendo mientras pulsaba todos cuando bajó Sandra por las escaleras.

—Para, para, que la vas a romper. Ya te lo preparó yo.

—Nena, yo tengo una cafetera, un filtro, pones el café, agua, le das a un botón y fin.

—Qué antigua. —Abrió el frigorífico y preguntó sorprendida—. ¿Has ido a la compra?

—¿Yo? ¿lo preguntas en serio? Ha sido un encargo de tu amiga Caye.

—¡Vaya detallazo! Luego la llamamos. Hay que buscarle un regalo.

Olivia bajó con un vestido blanco ideal.

—Moda ibicenca —nos dijo cuando vio como la mirábamos—. Me he estado documentando.

Nos reímos, desayunamos y pusimos rumbo a la playa.

Sandra fue la encargada de elegir el destino y de conducir. En una de las carreteras tomó un desvío donde un cartel indicaba «Aigües Blanques». Aparcó, cogimos las bolsas y me di cuenta de que no estábamos al nivel del mar. Para llegar a la playa había que bajar andando por una escalera. Mientras ibas descendiendo la playa emergía escondida tras una montaña.

Al llegar abajo me quedé mirando a Sandra con ojos inquisidores.

—No tengo ganas de limpiar arena de mis zonas íntimas —advertí. La mayoría de la gente estaba desnuda.

—Es mixta. Si quieres haces nudismo y si no quieres, pues no. Libertad absoluta —dijo mientras se le escapaba una sonrisa.

Colocamos la sombrilla y observé que había un chiringuito incrustado en la falda de la montaña, de madera con sombrillas de brezo. La arena

blanca y fina, el agua transparente y limpia. La playa era magnífica.

Olivia se desnudó y caminó despacio hacia el agua. Según avanzaba parecía la protagonista de un reportaje fotográfico. Sandra la observaba con admiración.

—Es increíble que esté conmigo, Tina —dijo.

—Qué tontería. Si me gustaran las mujeres también me hubiera enamorado de ti. Eres la mejor persona que conozco.

—¿Nos vamos a poner ñoñas al segundo día? ¡Pues no nos queda! —exclamó divertida.

Sandra se fue al agua con Olivia y aproveché para tomar el sol. Miraba al horizonte y pensaba en el desconocido. Llevaba tiempo sin recibir sus correos y le echaba de menos. ¿Cómo podía echar de menos a alguien que ni siquiera conocía? Era una sensación muy extraña.

Después de disfrutar de un intenso día de playa. Regresamos a la casa.

—¿Tu amiga vive aquí todo el año? —pregunté.

—¡Qué va! Ella vive entre Madrid, París y Nueva York. Es diseñadora de moda. Por eso intenta dejar la casa a sus amigos para que alguien la disfrute.

—Suele pasar, quien tiene un poder adquisitivo para permitirse estos lujos, no suele tener tiempo para disfrutarlos. La casa te quedó de cine. Eres una decoradora fantástica.

—Hasta ahora he vivido bien con el «boca a boca». Clientes satisfechos que me van recomendado y contrataciones vía internet. Pero he pensado montar un local. Algo raro, lo tengo todo en mi cabeza. Poder unir la pasión de Olivia y la mía. Una galería de arte y un estudio de decoración. No sé, ya me ayudarás a definirlo. Estoy como loca porque dejes ese trabajo.

—¿Te he dicho cuanto te quiero? —pregunté.

— Hoy, todavía no.

Al anochecer acudimos a la cita con Josh que nos esperaba en una heladería en la zona del puerto de Ibiza. Las calles eran un hervidero de gente variopinta y estrafalaria. Las relaciones públicas de las discotecas iban disfrazados, promocionando las fiestas que organizaban cada una de ellas; Pacha, Privilege, Amnesia. El ambiente recordaba a un espectáculo burlesque. No podía explicarlo, pero se respiraba un «todo está permitido» en el ambiente. Según te ibas adentrando hacia el casco antiguo de la ciudad, las calles se iban estrechando. Calles peatonales de suelo empedrado, toldos que anunciaban pequeñas tiendas con jardineras llenas de flores en la puerta. Tiendas de ropa, joyerías, restaurantes. Todo volcado hacia un incansable turismo.

El sol fue escondiéndose poco a poco para dejar paso a la noche. La zona de Dalt Vila, el casco histórico con su castillo iluminado, era precioso.

El día siguiente se desarrolló de manera parecida; piscina, playa, sol y vago. Por la noche, llegó la hora de vestirse para el evento. Elegí un mono negro con unas cuñas veraniegas. Nada de tacones, necesitaba bailar. Sandra fiel a su estilo, llevaba una camisa preciosa con un pantalón de vestir. Y Olivia se había puesto un vestido ajustado de tubo rojo que era un auténtico reclamo de moscones. Lo sospeché nada más verla. Eso sí, estaba impresionante.

La discoteca se encontraba cerca de San Rafael y tenía el peculiar honor de tener el Récord Guinness por ser la discoteca más grande del mundo.

En la puerta había una fila inmensa de gente. Miré a Sandra con ojos

inquisidores, pero ella negó con la cabeza.

—Tranquila, accedemos por otra puerta.

—Menos mal, si tuviera que hacer esa cola para entrar sabes que haría ahora mismo, ¿no?

—Largarte.

—Que bien me conoces, reina.

Fuimos a la puerta de acceso de la zona Vip. Allí nos esperaba Josh con los pases para entrar.

—¡Preciosas! He reservado una mesa para nosotros y algún amigo más.

Todo el mundo le saludaba. «Sí que está conectado este hombre», pensé.

La discoteca tenía unas proporciones de infarto. Había una piscina con una cabina de Dj en el centro. Trapecistas y gogos bailando en zonas suspendidas del techo, dos de ellas en sendos recipientes en forma de copa gigante llena de agua. Un escenario donde cantaba una mujer junto a las bases que lanzaba el Dj y rodeada de bailarines. Todo un espectáculo.

Josh se fue a saludar y las tres permanecimos sentadas en la mesa. Se acercó un hombre y se sentó junto a Olivia.

—Hola preciosa, ¿puedo invitarte a una copa? —Le dijo desplegando todas sus artes de seducción.

—Esperá que le pregunto a mi mujer a ver qué le parece.

Yo me eché a reír, era el segundo que se acercaba y todos ponían la misma cara de fiasco. Empezaron a hacerse arrumacos y carantoñas. Se besaban con pasión, para el disfrute de la mayoría de heterosexuales masculinos de alrededor que miraban con los ojos fuera de las órbitas.

—Mira que os gusta provocar. —Les guiñé un ojo mientras me levantaba—. Voy a emborracharme. Para los hombres potables que hay están embobados mirando a dos lesbianas cachondas.

Me fui a la barra y pedí un chupito de tequila. Allí los vasos de chupito eran del tamaño de los vasos de caña. Apoyada en la barra observaba a los camareros, empecé a pensar que parecía el book de una agencia de modelos. Entre los camareros, camareras y los gogos, daba igual el género, me estaba entrando complejo. No sabía cuál en concreto, pero alguno.

Dos chupitos y dos mojitos después, intentaba bailar esa música infrahumana. «¡Pero ¿cómo se baila?!». Intentaba seguir el ritmo camino de la barra para pedir el tercer mojito.

—¿Perdona, aquí no ponen música tipo Pitbull?! —le grité al camarero.

El camarero me miró con desprecio de arriba abajo y se fue a buscar la menta. Mientras se alejaba iba riéndose.

Observé a mi alrededor, nunca me habían gustado las discotecas. A la segunda bebida estaba aburrída. «¿Toda la noche allí?». De repente se escuchó un barullo ensordecedor en la pista central, fui hacia la barandilla con mi estrenado mojito y al asomarme me quedé atónita. En el escenario había un espectáculo de porno en directo.

—¡Toma ya! — grité sin darme cuenta mientras veía una escena de sexo oral sin censura ninguna.

Bajé a la pista y me sumergí entre la gente intentando bailar. No sabía si bailaba o me estaban dando espasmos. Me era imposible marcar el ritmo. Después de un tiempo indeterminado y una visita al servicio, sin saber cómo estaba comiéndole los morros a uno. Alguien me agarró del brazo.

—¡Llevo un rato largo buscándote! —me gritó Sandra con cara de agobio —. ¡Nos vamos ya! ¡¿Quién es ese?!

—¡Uno muy guapo! —dije como si siguiera teniendo algo en la boca.

—¿Pero tú le has visto bien?!

—¡La verdad que no! ¡Creo que me han echado algo en la bebida!

—Sí, demasiado alcohol —murmuró Sandra, el ruido era ensordecedor.

—¡No me ha gustado la música! —dije.

—Pues para no gustarte. ¡No has parado de bailar! —Salimos a la calle.

Josh no dejaba de mirarme.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No sabemos beber, ¿eh? —dijo Josh riéndose.

—Solo tengo el «puntillo» —contesté mientras me tambaleaba había el coche.

Después de aquella noche decidimos bajar el ritmo. Ya no teníamos edad para ciertos excesos. Yo en particular necesitaba aprovechar el viaje para desconectar y pasear por la playa. Disfrutar de la casa y su entorno. Debía estar conmigo misma y así, concedía a mis amigas tiempo para ellas, necesitaban estar solas, eran pareja, al fin y al cabo.

Lejos de sentirme mejor, la diversión volvió a dejar paso a la nostalgia. Extrañaba sentir y compartir lo que se tiene en una relación conyugal. La rutina de la vida en pareja, esas llamadas a las que no das importancia: «cariño, ¿llevo algo para cenar». Y que cuando ya no las tienes se añoran tanto. Aquellos paisajes me provocaban coger el teléfono y llamar al traidor, por el simple hecho de contarle la maravilla que estaba viendo. Y esos pensamientos me provocaban una enorme soledad. Un gran vacío.

Sentí la necesidad de leer algún mensaje de mi admirador. Encendí el móvil e introduje la contraseña. La espera hasta que se cargó la configuración del correo electrónico en el teléfono se me hizo insoportable. Al fin se abrió.

«Hola Martina,

No he podido resistirme. No estoy incomunicado, supe de tu viaje y quise darte tu espacio, pero no he sido capaz. Me ha podido el egoísmo.

Perdóname y disfruta mucho. No dejes de hacer nada que te apetezca, por nadie. Te estaré esperando.

Besos dulces.»

Sonreí mientras una leve punzada me contrajo el estómago. Mi mente recreaba como sería el encuentro con él. Y si después de todo, le conocía y no surgía nada. ¿Y si me provocaba rechazo nada más tenerlo delante? Me agobiaba verme en esa situación, así que prefería dejar volar la imaginación y recrear escenas de películas románticas. Donde todo sale bien, es perfecto y maravilloso.

Me había enamorado perdidamente de la isla, de sus playas, sus mercadillos, su gente. Uno de los días fuimos a la isla de Formentera, un auténtico paraíso. El viaje estaba siendo increíble, tenía la sensación de haber exprimido cada minuto. Y, aun así, no era suficiente. No conseguía quitarme la sensación de fracasada que me acompañaba desde la separación.

Jaime llegaría el viernes por la mañana, trabajaba en una discoteca esa noche y se quedaría con nosotras hasta el lunes, día que volvíamos a Madrid.

Llamé a Claudia para saber qué tal iba todo. Mi hermana me contó que todo estaba tranquilo. Mis padres habían vuelto a irse de viaje. Ella, su marido, y sus hijos se irían también a mitad de semana con unos amigos. Daba la impresión de que no había pasado absolutamente nada. Estaba tan acostumbraba a fingir, que transmitía una naturalidad absoluta. Me dijo que no me preocupara, que la terraza estaba perfecta.

Al volver de uno de mis largos paseos me encontré a Sandra leyendo en el porche.

—¿Y Oli?

—Ha venido Josh a buscarla. Se han ido de marcha. No te he avisado,

supuse que el plan no te atraería mucho.

—La verdad que no.

—Vámonos a cenar tú y yo. Me han hablado de un sitio en San Carlos.

—¡Genial! Me cambio y nos vamos.

Sentadas en la mesa del restaurante noté que Sandra estaba muy seria.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

—Olivia quiere tener un bebé y yo lo había descartado. No me veo en el papel de madre, no me apetece nada, pero seguramente sería renunciar a ella. O la pierdo o tengo un hijo, con lo que ello conlleva. No sé qué hacer. Y tú, ¿has pensado alguna vez en ser madre?

—Con el traidor renuncié, él no quería y ahora me alegro. No está en mis planes. Con la edad que tengo es probable que ya no lo sea. No pasa nada, no siento que sea un sueño sin cumplir.

Disfrutamos del resto de la velada de forma tranquila y nos fuimos a dormir.

Por la mañana conseguí escabullirme al ofrecirme voluntaria para recoger a Jaime en el aeropuerto. Me apetecía conducir, sentir el sol y la brisa marina. Al llegar dejé el coche en el aparcamiento y fui a esperar en la puerta de llegadas. Siempre me habían gustado los aeropuertos. El trasiego, el ir y venir de la gente. Las despedidas menos, pero los recibimientos me encantaban. Gente esperándose con ansia que se abrazaba al verse. Salir por la puerta con el equipaje sabiendo que alguien te esperaba al otro lado. Alguien deseando verte.

Empezó a salir gente y por fin apareció él. Llevaba las gafas puestas, el pelo revuelto, su barba de pocos días y lucía una gran sonrisa. Nos abrazamos al vernos y me dio un beso sonoro en la mejilla.

—¿Cómo está mi pequeña? ¿Te lo has pasado bien? ¿Algún polvete discotequero? —preguntó con su particular sentido del humor. Siempre

conseguía hacerme reír, era como ese hermano mayor que te cuida y te desespera a partes iguales—. Mira, he conseguido un número de teléfono en el avión —dijo, enseñándome un papel. Enseguida lo rompió y lo tiró a la basura—. Quiero estar con vosotras, nada de churris. Llévame a ver la choza que me tienes intrigao.

Por el camino reuní el valor y le hablé del desconocido. Jaime se lo tomó a broma.

—¿Un admirador secreto con casi cuarenta años? ¿Está tarado? — exclamó, decidí no darle importancia y no empezar una discusión absurda defendiendo algo indefendible. A veces yo también lo pensaba, ya éramos mayores para ciertos juegucitos.

Cuando llegamos Jaime se quedó con la boca abierta al ver la casa.

—Es mucho mejor de cómo me la había imaginado, Tina.

—Era difícil imaginar algo así.

Pasamos el resto del día en la piscina y disfrutando de buena charla, buena música, y la mejor de las compañías.

Jaime pinchaba en Pacha en la primera sesión. Terminaría temprano y podríamos tomar algo por la zona del puerto. Era increíble lo que le pagaban por ese rato en la cabina. Algo escandaloso. Llegó la hora, nos arreglamos todos y pusimos rumbo a la ciudad.

Mientras nosotros disfrutábamos de la noche ibicenca y sus variados placeres, alguien disfrutaba de mi terraza en Madrid. El portero del turno de noche sabiendo que yo estaba de vacaciones, llamó para preguntarme si había vuelto antes porque se veía luz en mi casa. A esas horas no podía ser nadie más que Claudia, así que la llamé, pero no me cogió el teléfono. Preocupada,

volví a llamar al portero para decirle que podía ser mi hermana, pero que no la localizaba. El portero se quedó encargado de averiguarlo.

Sentados en una terraza de un bar, todos esperábamos expectantes la llamada del portero.

—No te agobies —dijo Sandra—. Un ladrón no deja las luces encendidas.

Por fin llamó el portero:

—No me he atrevido a llamar antes. Se oía claramente que alguien se lo estaba pasando muy... muy bien. No sé si usted me entiende.

—Le entiendo, le entiendo, no se preocupe, no puede ser otra persona —contesté y colgué—. ¡Será guarra!

Y rieron todos.

—Tiene guasa que mi hermana tenga más actividad sexual que yo, ¡qué estoy soltera!

Debí decirlo muy alto porque se oyó un «Yo me ofrezco voluntario» y las risas duraron toda la noche.

A la mañana siguiente la playa escogida fue Las Salinas, playa de moda en los meses de verano y lugar de referencia en la isla. Jaime había quedado con un grupo de amigos allí. Comimos en el chiringuito donde la gente bailaba y se respiraba un ambiente festivo. Por la tarde caminamos hasta Es cavallet, playa de arena blanca, agua cristalina, conocida por ser una playa de ambiente gay. Ambas playas estaban en un entorno salvaje y formaban parte de una reserva natural de pinos y dunas.

Apuramos las últimas horas en la isla. El domingo fuimos al mercadillo de Santa Eulalia a comprar algunos regalos y el lunes volvimos a Madrid.

Durante el vuelo de vuelta tenía sentimientos encontrados: fue duro dejar el paraíso, pero tenía ganas de disfrutar de mi nueva casa. Aunque la

vuelta al trabajo me horrorizaba. Por otra parte, tenía un gran aliciente para volver, iba a conocer a mi desconocido. Necesitaba por fin saber quién y cómo era.

Fin del misterio

Llegué a casa ansiosa por estar en mi nuevo hogar. Abrí la puerta y entré deprisa, tiré la maleta en la entrada y salí corriendo hacia el salón. Allí estaba, mi ventanal, mi paraíso particular. Al salir a la terraza me dejé impregnar por el olor de las plantas. Respiré profundamente y una sensación de paz me invadió por completo. «¡Qué bien se está aquí!», pensé.

El sol poco a poco descendía. Me preparé una infusión, cogí el portátil y me senté fuera a descargar las fotos y vídeos del viaje. Seleccioné varias para imprimir y guardar en mi nueva caja de zapatos, junto con algún recuerdo más. El móvil emitió un sonido avisando de la llegada de un email. Abrí el correo en el ordenador y allí estaba, las primeras palabras me provocaron un leve temblor.

«Mi dulce Martina,

Por fin has regresado. Pienso una y otra vez, qué puedo hacer por ti para que te sientas mejor. Para hacerte un poco más feliz y esta vez, lo único que se me ocurre es que nos veamos. Tengo tantas ganas como miedo. Si pudiera ver en una bola de cristal como será nuestro encuentro...

Pronto te haré saber dónde y cuándo quedamos. Ten un poco de paciencia.

Besos.»

Sentí ganas de gritar de la emoción. Por fin podría verle y se despejaría el misterio. «¡Qué nervios me provocaba tan solo imaginar el momento!». Me había prohibido fumar fuera de algún evento especial, pero en aquel instante

me hubiera fumado el paquete entero. «¿Qué estaría preparando?»

Traté de distraer la mente y llamé a mi querida hermana.

—Espero que hayas tenido la decencia, al menos, de cambiar las sábanas.

—¡Martina, por dios! No sé a qué te refieres. Estoy muy ocupada.

—Ya, que tienes orejas inocentes cerca. Dales un beso de parte de su tía.

—De tu parte, y sí, me ocupé de que la casa estuviera perfecta en tu ausencia.

—¡Gracias pendón! —exclamé.

Mi hermana colgó emitiendo un sonido que indicaba que se había ofendido y yo solté un «¡Hay que joderse!» en alto mientras iba camino de la ducha, la cual se transformó en baño improvisado. Me tumbé en la bañera e intenté relajarme. Al día siguiente volvía al trabajo. No lo soportaba. Saber que por la mañana tenía que ir me provocaba meterme en la cama y no querer salir. «Hoy en día es un lujo tener un trabajo» me solían decir a modo de reproche. Pero mi respuesta automática siempre era, «el verdadero lujo es tener un trabajo que de verdad te motive».

Pensaba en todos mis amigos. Sandra, Jaime, Charlie, Pablo, todos habían transformado su pasión en trabajo. Sara trabajaba en la sección de perfumería de un gran almacén y disfrutaba mucho con ello, le encantaba arreglarse y dar consejos de belleza. Ahora, con su maternidad, iba a pedir una excedencia. Me había contado que iba a embarcarse en la aventura de abrir un videoblog y dar consejos por Internet.

¿Qué hacía yo en una recepción? La ausencia de proyectos me tenía desesperada. Debía pensar en algo. Y con este pensamiento me fui a dormir un poco menos abatida.

Al día siguiente, a media mañana recibí una llamada de la jefa de recursos humanos que me pedía por favor que subiera a su despacho. Mientras iba camino del ascensor la cabeza me daba mil vueltas. «¿Qué habría pasado?»

Me senté expectante en el despacho.

—Hola Martina, iré al grano, me espera un día muy largo. Nos ha comprado otra compañía y va a haber reestructuraciones. Quieren vender el edificio y mudar los departamentos por las diferentes oficinas que tiene la empresa. Tu puesto de recepcionista va a dejar de existir, ya los tienen ocupados en sus edificios. Podemos recolocarte como administrativo en otra sección o acordar un despido. Te pagaríamos la indemnización. Piénsalo y me dices algo mañana.

Los ojos se me abrieron tanto que la mujer debió pensar que me iba a dar un vahído allí mismo. Apreté los dientes para disimular mi júbilo y salí apresuradamente.

Metida en el ascensor, mirándome en el espejo hablaba conmigo misma. «A ver Martina, esto no puede ser cosa del desconocido. Debe ser el destino que me echa un cable». ¿Un día para pensar? No me hacía falta ni un minuto, pero me dio vergüenza decírselo con tanta ansia. «¡Despídeme, por dios!». No hubiera quedado muy elegante.

Me senté en la silla con una sonrisa imperceptible. El día había cambiado completamente. Empezar era ahora la palabra en la que debía pensar. Y decidir qué iba a hacer con mi futuro.

Al salir del trabajo llamé a Sandra.

—Nena, ¡van a despedirme! —exclamé entusiasmada.

—¿Lo siento? No sé qué decirte. Nunca me habían dado una noticia así, con tanta alegría.

—Ya se me ocurrirá algo para celebrarlo. Te llamo, besos.

Estaba tan eufórica que no me apetecía ir a casa. Mis padres y mi hermana estaban fuera. Jaime y Charlie ocupados con el trabajo. Así que decidí ir de compras, para eso no necesitaba compañía.

Elegí para las compras uno de esos centros comerciales que tenían de todo. Caminé por varias tiendas, compré alguna prenda de ropa y me senté a tomar algo. Tenía una sensación de libertad que me provocaba una sonrisilla constante. En la mesa de enfrente había un hombre que no dejaba de mirarme. Quizá había malinterpretado mi cara de absoluta felicidad. No estaba nada mal, era alto y fuerte. Me miraba tan fijamente que consiguió que me sintiera incomoda. Se levantó y se acercó a mí.

—Eres Martina, ¿verdad? —Casi me caigo de la silla del respingo.

—Sí, ¿te conozco? —pregunté extrañada.

—No, no nos conocemos. Debo acompañarte a una tienda a recoger algo. Después, llevarte a casa y luego esperar a que te arregles y llevarte a cenar.

—Pero ¿tú eres mi desconocido?

—No —dijo sonriendo—. Pero esta noche vas a saber quién es.

En ese instante descubrí el sentido de la frase «pararse el corazón». Me quedé sin habla y casi sin poder respirar.

—¿Ya? —me temblaba la voz—. No sé si estoy preparada, ¿así de golpe?

«¿Y si resultaba que el tipo era un psicópata?», pensé. «Sí claro, me monta la terraza y luego me manda un asesino...», me sudaban las manos. El hombre me miraba tranquilo.

—Y ¿qué hago con mi coche? —pregunté.

—Dame la llave, haré que te lo lleven a casa. —Cogió el teléfono y llamó a alguien para que viniera a por el coche.

Empecé a pensar que el desconocido era un mafioso. Tengo que cambiar de lectura, me dije a mí misma.

—Venga, ya he reunido el valor. ¿Dónde vamos? ¿Cómo te llamas? — pregunté.

—Me llamo Ángel, sígueme.

«Ángel», bueno el nombre era una buena señal. Me levanté y me dejé guiar.

Llegamos a una tienda de ropa, entramos y Ángel se fue a hablar con la encargada que se metió por una puerta detrás del mostrador y salió con una bolsa.

—Toma, ya podemos irnos. No la abras hasta que llegues a casa —me dijo Ángel.

Pero a mí me pudo la curiosidad y abrí un poco la bolsa, lo suficiente para entrever que parecía un vestido negro.

—¡Espera a llegar a tu casa! —me advirtió.

—Vale, vale, perdón... —me disculpé. No podía con los nervios.

Bajamos al garaje, yo iba siguiendo a Ángel incapaz de controlar la ansiedad, al llegar a uno de los coches aparcados, se detuvo y me abrió la puerta de atrás.

—No, no. ¿Paseando a Miss Daisy? ¿En serio? —le dije. Ángel levantó los hombros y me abrió la puerta del copiloto. Arrancó y pusimos rumbo a mi casa. La situación era bastante extraña, pero me invadía la emoción, por fin iba a conocerle...

Por el camino no hubo conversación. Él puso música. Tal vez no quería ser sometido a un interrogatorio o que se le escapara algo que no quisiera contar. Era un hombre grande de esos que inspiran ternura y te dan la sensación de que son buena gente.

Llegamos a la puerta y él me dijo:

—Te espero en aquel bar. No tenemos prisa, tómate el tiempo que necesites.

Entré en casa y lo primero que hice fue abrir la bolsa. Había un vestido negro de gasa, de tirantes y cuello en forma de uve. El largo de la falda llegaba hasta la rodilla y llevaba un cinturón. Muy bonito y elegante, pero veraniego. En la bolsa también había una caja de zapatos y una caja pequeña. ¿También conocía mi número de pie? Cada vez estaba más agobiada. ¿Y si era el traidor? En la caja pequeña había unos pendientes de plata largos. Me conocía bien, no me gustaban las joyas y solo las llevaba de plata. La emoción dejó pasar a la angustia. Era él, seguro.

Me duché, me vestí, y me maquillé. Contemplé mi reflejo en el espejo, el vestido era precioso. Los zapatos de vestir, pero sin tacón, con cuña, de los que se atan en el tobillo. Mis favoritos, ¡Cómo no! Ni mi madre me conocía tanto. Ya no había ninguna duda: era el traidor, no podía ser otro.

Bajé en el ascensor con un halo de melancolía. No. Él no. Pensaba una y otra vez. Como cambian los sentimientos con el paso del tiempo. Si hubiera sabido que era él un par de meses atrás, hubiera sido la mujer más feliz del mundo. Él habría recapacitado e intentaba conquistarme de nuevo. Pero ¿ahora?

Al salir, el portero me dedicó un piropo. Le di las gracias y sonreí por educación.

Ángel, esperaba apoyado en el coche.

—Estás muy guapa —afirmó.

—Gracias.

Mientras conducía no dejaba de mirarme de reojo.

—¿No te ha gustado el vestido? —preguntó.

—Es precioso. Me ha gustado mucho.

—Y entonces, ¿por qué estás tan triste?

—Porque ya sé con quién me llevas. Y no me hace ninguna gracia. Me había hecho tantas ilusiones...

—Vaya, lo siento. Pero ¿estás segura? —preguntó de nuevo.

—Sí, no puede ser otro.

Seguimos el camino ambos en silencio. Ángel, me miraba de vez en cuando y hacía el amago de decir algo, pero no lo decía. Yo estaba tan triste. Ya le había conseguido sacar de mis sueños, de mis ilusiones, de mis proyectos. Había vendido la casa, había renovado el mobiliario, había pasado el duelo, había llorado tanto... ¿Por qué no me dejaba en paz?

El coche cogió una de las salidas a la autovía y dejamos Madrid atrás, el trayecto se me hizo muy largo. Mientras llegábamos había anochecido. Estaba intrigada. «¿Qué se le habría ocurrido?». Antes de subir al coche pensé en despachar a Ángel y negarme a participar en la pantomima. Pero me podía la curiosidad, por el camino había preparado mentalmente todo lo que iba a decirle. Cogimos un desvío y entramos por una carretera con muchos árboles, inconfundible hasta de noche. Entrábamos en Aranjuez. «¡Qué listo!», pensé. Si había una ciudad mágica en la Comunidad de Madrid; era Aranjuez, sin duda. La iluminación de los edificios del Real Sitio, el empedrado de sus calles, te hacía viajar a otros tiempos. Tiempos de vestidos de seda con escote y faldas de grandes anchos, escondiendo las enaguas y los falsos pudores. Hombres con peluca, medias y zapatos de tacón. En esos pensamientos divagaba cuando el coche paró.

—No puedo acceder con el coche. Tengo que dejarte aquí. Sigue por la acera y encontrarás un restaurante, el único que hay. Entra y di tu nombre al jefe de sala. Yo debo irme.

De repente sentí miedo. «¿Se iba? ¿El grandullón? ¿Tendría que volver con el traidor?»

—¿No puedes esperar? No voy a tardar mucho —dije suplicante.

—Vamos a hacer una cosa —dijo Ángel, apiadándose de mí—. Te doy mi número de teléfono. Espero quince minutos. Si es quien tú crees y no quieres quedarte, llámame y te llevo a casa. Si, por el contrario, te apetece quedarte mándame un mensaje.

Y así lo hicimos. Apunté su teléfono, cogí el bolso y eché a andar. El palacio se intuía al fondo majestuoso. La acera discurría bajo los soportales del edificio. Caminé hasta la entrada del restaurante. El edificio parecía histórico como si fuera un anexo del palacio, debió construirse como residencia de algún infante o casa de oficios. Entré y me recibió un hombre vestido con un traje impecable.

—Buenas noches, soy Martina, me están esperando.

—Acompáñeme por favor.

Según íbamos avanzando por el establecimiento la rabia se iban apoderando de cada centímetro de mi cuerpo. Aquella puesta en escena era maravillosa, digna del argumento de una comedia romántica de los años noventa. Seguí al camarero convencida de que todo aquello era en vano. Daba igual la casa, el jardín, el vestido o el restaurante, no podía ni quería perdonarle. Había roto mi corazón y eso era irreparable. Cruzamos por un salón y salimos a la terraza. Me quedé sin habla, la terraza daba a los jardines del Parterre del palacio.

—¡Joder! —se me escapó en un susurro. El sitio era perfecto. No había casi gente. Caminábamos cerca de las mesas, la terraza era estrecha y el camarero no me dejaba ver bien. Llegamos a la mesa, el camarero se apartó y allí estaba mi desconocido: Vestido de traje, tan guapo como siempre o quizá más. Se le veía tan nervioso. Frené en seco. Y sólo pude decir:

—¡Tú!

Jaime bajó la mirada ruborizado, no era capaz de mirarme, le temblaban las manos y trataba de disimularlo mientras se las masajeaba. El camarero se fue y yo no me atreví a moverme. Intentaba asimilar todo de golpe, los pensamientos se agolpaban en mi cabeza. Todo este tiempo soñando con el posible desconocido y había estado siempre ahí.

—¿Es una broma? —pregunté. Negó con la cabeza, incapaz de articular palabra. Se le notaba nervioso de verdad. Me acerqué y le di un abrazo por cortesía. Él me agarró con fuerza. Nos habíamos abrazado millones de veces, pero ninguna había sido así, con aquella intensidad. Era extraño, le notaba temblar. No quería soltarme, se aferraba tratando de evitar lo que vendría a continuación, sin embargo, terminé el abrazo. Necesitaba explicaciones.

Nos sentamos en la mesa y Jaime llamó al camarero.

—¿Qué te apetece beber? —me preguntó.

—Algo con muchos grados.

—Tu cuerpo no tolera muy bien el alcohol, qué digamos. ¿Te parece empezar con un buen vino?

—Está bien. Tengo muchas preguntas. Te las hago y luego me explicas por qué has hecho todo esto. ¿Por qué me has dejado creer que alguien estaba tan enamorado de mí?

—No has entendido nada, pero vale, dispara. Contestaré tus preguntas y luego te contaré por qué he hecho todo esto.

—¿De quién es la casa?

—Es mía, Martina. Ana te contó parte de una verdad, le pedí que no te contara el resto. Mi tía me la vendió hace más o menos un año, muy bien de precio. La compré como inversión, tenía pensado alquilarla en un futuro y me enteré que ibas a vender la tuya.

—Entonces, ¿tengo un contrato de alquiler falso? —pregunté.

—¿De verdad te preocupa ahora eso? No voy a echarte a la calle.

—¿Quién más lo sabía? ¿Sandra?

—No, Sandra no sabe guardarte un secreto. No podía contárselo. Sólo lo sabía Charlie y mi cuñada, Esther.

—¿Quién ha comprado este vestido?

Él sonrió.

—No te has planteado que podía ser yo, ¿no? Me ayudó Esther. Conoce tus gustos en cuanto a ropa y complementos.

—Un segundo —saqué el teléfono y le envié un mensaje a Ángel. «Puedes irte. Muchísimas gracias. Espero que volvamos a vernos. Besos»—. ¿Quién es Ángel?

—Es mi representante. Quien me gestiona las contrataciones como deejay. Un buen tío. Le has hecho esperar por si era tu ex, ¿verdad?

Le miré con una media sonrisa, mientras asentía.

—Te has quedado decepcionada. ¿Cierto? —preguntó Jaime con cierta tristeza.

—¡Tú me dirás! Te lo agradezco de corazón, no me malinterpretes. Me has hecho vivir la separación de una manera infinitamente más fácil y más divertida. Me has dado un aliciente, una ilusión. Pero me la has quitado de golpe. Yo esperaba el cuento de hadas. Mi príncipe azul.

Jaime se recostó en la silla mientras hacía un gesto de negación.

—Pero ¿es que no has entendido nada? —preguntó desesperado.

—¿Qué quieres que entienda?

—Me enamoré de ti la primera vez que te vi. Cuando aquella novia que tuve en la universidad me presentó a su nueva compañera de clase. Cuando me decidí a dejarla e intentar conquistarte, apareció el capullo y te perdí. Comprendí que prefería tenerte en mi vida, aunque no fueras para mí. Y te

convertiste en mi mejor amiga. Has estado presente en todos los momentos importantes. He visto como año tras año ibas perdiendo luz y dejando de ser tú misma, deslumbrada por el impresentable de tu ahora ex marido. El día que te casaste y me dijiste que eras la mujer más feliz del mundo estuve llorando toda la noche. Llevo años acostándome con mujeres que ni me importan porque ninguna eras tú, porque ninguna tenía tu sonrisa, tu forma de caminar o ese maravilloso don que tienes para hacer el ridículo por donde quiera que vas y quedar tan absurdamente encantadora. Me llamó Sandra para contarme que habías llegado a casa y habías visto al hijo de puta con otra en vuestra cama. Le hubiera reventado la cara. Porque, aunque me alegré en parte de que por fin se supiera cómo era realmente, sabía que te había destrozado el corazón. Y no podía verte sufrir. Pensé en cómo podía ayudarte y se me ocurrió distraerte del dolor haciendo pequeños detalles que te ayudaran a superarlo y por el camino aprovechaba e intentaba enamorarte. Tenía que conseguir que dejaras de verme como tu mejor amigo, que entendieras lo mucho que te quiero y te deseo.

Agachó la cabeza y se quedó con la mirada perdida. Se le veía tan vulnerable. Yo no dejaba de mirarle con los ojos como platos. Procesando la información que acababa de darme. No sabía que decir, la mente me iba tan deprisa que empecé a marearme. Jaime enamorado de mí, el eterno soltero, galán y conquistador. Con esa sonrisa de anuncio, su pelo alborotado y su humor canalla. Me pasaban millones de escenas juntos por la cabeza. Tantas risas.

Jaime debió ver la cara de agobio porque me cogió la mano.

—Tranquila. Vamos a cenar y a disfrutar del paisaje. Sigo siendo yo — dijo y yo no sé por qué, pero comencé a llorar.

—No puedo decirte nada ahora, tienes que darme tiempo para asimilar todo esto —alcancé a decir sollozando.

—Claro que sí, no te preocupes.

Hicimos todo lo posible para relajar la tensión que flotaba en el ambiente y disfrutar de la cena. La comida estaba deliciosa. Terminamos de cenar tratando de evitar la conversación y salimos a pasear.

Aranjuez de noche era como un escenario de cuento. Paseábamos en silencio y Jaime me cogió de la mano. Sentí un escalofrío. Él debió darse cuenta porque dejó de caminar. Se fue acercando lentamente hasta que su cara estuvo muy cerca de la mía y sus labios rozaron los míos. Un beso corto como pidiendo permiso. Era todo diferente, extraño, seguía siendo él, pero la confianza había dejado paso al pudor. Cerré los ojos, verle me cohibía. Y lo que empezó siendo un beso casto se fue convirtiendo en un beso apasionado. Las lenguas se entrelazaron, el pulso se aceleraba y pude comprobar que Jaime era un experto en la materia. Abrí los ojos, él dejó de besarme y me abrazó con fuerza.

—Llevo tantos años soñando con este momento que me parece mentira —susurró.

Estuvimos abrazados un rato hasta que le dije:

—Vámonos, es tarde. Muchas emociones que asimilar y yo mañana tengo que firmar un despido.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Por el camino te lo cuento. Deja de mirarme así, ¡me estás poniendo nerviosa!

—No lo puedo evitar. Perdona —dijo.

—No contemos nada, por ahora. ¿Vale? Debemos reflexionar.

—Las cosas se hacen, no se piensan —susurró Jaime.

Jaime conducía de vuelta a la capital mirándome de reojo cada poco tiempo. Yo era incapaz de decir algo. No podía comportarme con él como

siempre había hecho y tampoco podíamos convertirnos en pareja sin más. Sentía mucha responsabilidad, no quería que nuestra amistad se resintiera.

Llegamos a la puerta de la casa y cuando estaba a punto de salir corriendo del coche, Jaime preguntó:

—¿Puedo subir a tomar la última? No quiero que la noche termine...

—Es tu casa. No puedo negártelo —ironicé.

—Menos coñas. Eres la legítima inquilina y mientras vivas aquí, es tuya. No me toques las narices con eso.

—Vale, vale. Pero quiero un contrato de alquiler legal. No puedo perder esa terraza —le dije sonriendo.

Subimos y Jaime preparó dos copas mientras yo contemplaba el cielo iluminado de Madrid desde la terraza.

—Es maravillosa. ¿El diseño es tuyo? —pregunté.

—La visualicé nada más verla. Supuestamente la casa iba a ser para mi prima, pero se enamoró de un chico italiano y se fue a Italia. Han tenido un niño y está instalada allí. Yo soy diseñador gráfico, no diseño jardines, pero la primera vez que mi tía me enseñó la terraza la imaginé como está ahora mismo. Me ayudó Antonio, el hombre que te atendió en la tienda de El Escorial con los materiales. He tenido buenos cómplices.

—Es perfecta.

—¿Puedo quedarme a dormir? Prometo no tocarte si no quieres.

—¡Qué pesado! ¿No me vas a dejar pensar? —pregunté.

—No, te conozco. Capaz eres de sacar un papel para escribir los pros y contras. Hacer logaritmos neperianos. Llegar a la conclusión de que los amigos no pueden acostarse porque desencadenarían la destrucción del cosmos... y mandarlo todo a la mierda. Te quiero, te deseo, pero sobre todo no concibo mi vida sin ti en ella, así que, si nos lanzamos y no funciona, seguiré en tu vida como hasta ahora. No pienso perderte de ninguna de las

maneras.

—Pero duermes en el sofá.

—¡Venga ya, joder! ¿Cuántas veces hemos dormido juntos? Te he metido desnuda una noche en la bañera, que estabas muy perjudicada — contestó Jaime.

—Eso fue hace millones de años. Y era diferente, dormíamos como amigos.

—No me voy a dejar la espalda en el sofá. Tienes una cama gigante, no me seas infantil.

—Está bien. Sé que en cuanto me durmiera, te meterías en la cama. Así que, para que perder el tiempo.

—Y si mañana te llevo al trabajo, espero mientras firmas el despido y recoges tus cosas y después, ¿nos vamos por ahí a celebrarlo?

—¿No trabajas?

—Hemos cerrado por vacaciones. Me tienes todito para ti.

—¡Qué bien! —ironicé de nuevo—. Voy a acabar aborreciéndote.

—No seas cínica, tú me amas, pero todavía no lo sabes. Si no te importa primero pasamos por mi casa para que me cambie de ropa.

Se quitó el traje y se quedó en calzoncillos. Yo no podía apartar la mirada de su torso.

—¿Ves? —dijo él—. Me miras con ojos golosones.

«Señor, dame paciencia», pensé y nos metimos en la cama.

Todo había sido tan intenso que estaba molida. Jaime me abrazó por la espalda y nos quedamos dormidos.

Un mar de dudas

Desperté antes de lo previsto, Jaime dormía a mi lado. Me quedé mirándole un rato. Estaba guapo.

—¿Voy a buscar un papel para que hagas la lista de pros y contras? — dijo, con los ojos cerrados—. Oigo las tuerquecitas de tu cabeza.

—¡Idiota!

—¡Dame un besito de buenos días! —imploró mientras se abalanza hacia mí. Yo no podía para de reír. Él se puso encima y se quedó mirándome fijamente, con el semblante serio—. Sólo necesito una oportunidad para conquistarte. No tengo prisa.

Sonreí.

—Vale. Y ahora vámonos, que tengo que ir a la oficina. Ve a casa tranquilo, te duchas y te cambias. Así no me esperas en la puerta. Quedamos luego.

—¿Segura? —preguntó.

—Segura.

Jaime se fue y yo corrí disparada a por el teléfono. Marqué el número de Sandra.

—No tengo mucho tiempo, me voy a firmar el despido, pero ya sé quién es mi admirador secreto, me preparó ayer una cena sorpresa.

—¿En serio? ¿Le conozco? ¿Quién es?

—¡Jaime! ¡Nuestro Jota!

—¡Venga ya! ¡¿Estás de coña?! ¡Madre mía! ¿Y? ¿Os habéis liado? Está bueno, no lo puedes negar. —Sandra se reía como una loca.

—¡Para! ¿Cómo vamos a liarnos? ¡Es Jaime!

—¿Y? Es un partidazo. Siempre habéis hecho una parejita de amigos tan tierna.

—Tengo que irme, ya analizaremos esto en profundidad. Parece que está enamorado de verdad y no quiero hacerle daño. Luego te llamo. ¡No le digas nada!

—Ya estás pensando demasiado. Suéltate y vive. ¿Qué es lo peor que te puede pasar? ¿Qué eches un polvo con un tío estupendo, que además te quiere y con el que tienes confianza? Tienes razón, ¡es un problemón! —dijo Sandra.

—Bueno, bueno. Necesito pensar en todo esto, ya me conoces. Te deajo, besos. —Colgué con la cabeza aturullada. Tocaba centrarse en el paso que iba a dar. Por fin dejaría de ir a aquel sitio que me hacía tan infeliz.

Estaba encantada de dejar ese trabajo monótono y tan poco motivador. Al llegar a la oficina subí directamente al departamento de Recursos Humanos. Había avisado por teléfono y me esperaban con los papeles preparados. Comprobé los términos de la carta, la indemnización. Me liquidaban con algo más de lo que correspondía por las circunstancias del despido. Terminado el trámite me llamarían para el acto de conciliación. Antes de irme recogí la mesa y me fui despidiendo de los compañeros. Salí de allí con sensación de libertad y un poco de vértigo. Pero con unas ganas inmensas de correr y gritar de la emoción.

Era temprano y necesitaba estar sola. Saborear el momento. Dejé el coche en casa y pedí un taxi.

—A Gran vía, por favor. Plaza de Callao. Si no le importa entre por Plaza Castilla y baje por la Castellana —quería contemplar la gran avenida sin prisas, los imponentes edificios, los árboles apostados en cada flanco como gigantes observando a la gente de ciudad y sus secretos. Ese bullicio a veces tan necesario. Sentirse parte de algo, aunque fuera tan grande.

Para celebrar mi nueva condición de libertad decidí invitarme a uno de los increíbles desayunos de Le Pain Quotidien, al entrar el olor a café recién hecho y a bollería recién horneada hizo que me estremeciera de gusto. Comí sin agobios, sin citas en el horizonte. La sonrisa de mi cara era imposible de disimular. Terminado el desayuno paseé por la calle Preciados, ojeaba los escaparates, sonreía y me perdí entre pensamientos, me dejé llevar por las escenas de los últimos acontecimientos.

Imposible no pensar en Jaime, no imaginárselo sentado en el ordenador escribiendo los emails, preparando las citas sorpresa. Imaginé que sería un hombre guapo y que me enamoraría de él nada más verle. «Muy realista, Martina».

Sería todo un reto; tenía que intentar verle de otra manera, no iba a ser fácil, pero podía ser divertido. Caminaba distraída en mis pensamientos cuando de repente choqué con alguien.

—Perdón —se disculpó.

—No pasa nada, no te preocupes, andaba sin mirar por donde voy —respondí avergonzada al levantar la vista. Era un hombre alto, mulato, con ojos verdes y una sonrisa de anuncio.

—La verdad es que no me importaría chocarme de nuevo —contestó sonriendo.

—¿Eh? —Fue lo único que fui capaz de decir. Acompañado de una

cara de boba profunda.

—Mira, te doy mi tarjeta. Mi grupo y yo estamos de paso, tocamos esta noche en un local de Jazz de la calle Huertas. Pásate si quieres y tomamos una copa.

Me quede absorta mirándole el culo mientras se alejaba, con la tarjeta en la mano. «¡Joder!»

Volví a llamar a Sandra.

—¿Tenéis algo que hacer esta noche?

—En principio no, ¿por? —preguntó Sandra.

—Concierto de Jazz en el centro. Si os hace, me dais un toque.

—Lo comento con Oli y te digo algo.

«A ver, me decía a sí misma, no va a pasar nada, siempre me ha gustado mucho ese tipo de música...». Se me escapó una sonrisa maliciosa con el pensamiento.

Sonó el teléfono, era Jaime.

—¿Qué tal ha ido todo?

—Bien, muy bien —le dije mientras volvía a la realidad—. Me he venido al centro. ¿Vienes a buscarme y damos una vuelta por ahí?

—Vale. Te recojo en Plaza España en veinte minutos.

De repente sentía un millón de emociones. Me entró una energía brutal, por dentro me sentía una veinteañera libre y con ganas de comerme el mundo. Después de una relación tan larga, ¿debía embarcarme en otra? ¿Era justo tener a Jaime esperando mientras yo trataba de disfrutar de la soltería?

Bajé por la calle Gran Vía hasta la Plaza de España. Cuando vi aparecer a Jaime en su flamante todoterreno negro, con sus gafas de sol y ese porte de tío macizo que siempre había tenido y que nunca me había parado a apreciar. «¡Joder!». Volví a decirme para mis adentros. Sí que está bueno, sí. Tenía ganas de gritar. Me faltaba el aliento.

—¿Has venido corriendo? —se burló. «Qué gracioso».

—No, será el calor. ¿A dónde me llevas?

—Tengo que ir a la oficina de contratación a ver a Ángel, para comprobar la agenda de sesiones. Me acompañas y así le ves. Luego ya pensamos dónde vamos.

—Vale churri —le dije de cachondeo.

Sonrió y puso el coche en marcha. No podía dejar de mirarle. Estaba especialmente guapo en ese momento.

—¿Tengo un moco? —preguntó y yo solté una sonora carcajada.

La oficina de Ángel estaba en un edificio en la Ciudad de la Imagen, a las afueras de Madrid. Subimos en el ascensor. Al entrar, la recepcionista le dedicó una sonrisa a Jaime y a mí me ignoró descaradamente.

—¡Buenas tardes! —exclamó la mujer—. Te espera en su despacho. ¿Te apetece que te lleve algo de beber?

«¿En serio? ¡¡Holaaaa, estoy aquí!!». «¿Se la habrá tirado?». Deseché el pensamiento y seguí a Jota por el pasillo. Al llegar al despacho, Ángel se levantó y vino hacia mí con una sonrisa que le llenaba la cara. Me dio dos sonoros besos.

—Hola guapa. Por lo que veo sigue hablándote, ¿eso es buena señal, ¿no? —le comentó a Jaime, al tiempo que se daban un abrazo.

—Ya ves, tu colaboración ha sido imprescindible —admitió Jaime.

Yo no pude evitar sonrojarme, eso de que hablaran de mí conmigo delante me incomodaba y mucho. Se dieron cuenta porque enseguida cambiaron de tema. Nos sentamos y Ángel le comentó todas las fechas que tenían previstas. Las contrataciones iban muy bien. Jaime no tuvo más remedio que seleccionar algunas, no podía atender toda la demanda, no se

dedicaba profesionalmente a ello, me explicó después. Tenía que compaginarlo con el estudio de diseño gráfico. Cerraron la agenda y nos fuimos.

—¿Dónde comemos? —preguntó Jaime.

—Ah, no sé. Tú eres el de la conquista. Piensa dónde me llevas.

—Ten cuidado con lo que pides, que te llevo aquel hotel ahora mismo —sonreí y le dije que me llevara a comer sushi. Él conocía un restaurante japonés cerca de donde estábamos.

Sentada ante un plato rebosante de sushi, el mundo me pareció un lugar más bonito.

—El primer viaje que tengo que hacer es a San Sebastián, podrías acompañarme —mientras masticaba, lo sopesé. Sería la ocasión perfecta para comprobar si Jaime y yo podíamos ser algo más que amigos. Por no decir que me moría de ganas de conocer Donosti.

—Y ¿bien? —preguntó.

—Tengo que pensarlo —me apetecía mucho, pero debía concederme algún día más para darle vueltas. Yo soy así.

Jaime sonrió. Terminamos de comer y me llevó a casa.

—Esta noche tengo cena familiar, no puedo quedarme —me dijo en la puerta.

—Tampoco te he invitado a subir. Recuerda.

—Hazte la dura que le pondré más empeño. Mañana te llamo.

Me besó en la mejilla, bajé del coche y esperé a que arrancara. Subí a casa y al entrar tiré el bolso en el sofá. La terraza me llamaba, salí y me tumbé en una de las tumbonas. El olor de las flores, el calor que se filtraba por la tela del toldo, cerré los ojos y me quedé dormida hasta que el móvil empezó a sonar. Me desperté sobresaltada y corrí a buscarlo.

—Nos apuntamos —dijo Sandra nada más descolgar.

—¿A qué?

—¿Nos has invitado a un concierto? O lo he soñado.

—Perdona. Me he quedado completamente dormida y no sabía ni quié-
ras. Nos vemos en la plaza de Santa Ana a las nueve y media —contesté.

Noche de concierto

La plaza estaba a rebosar, se notaba que era verano, Madrid y sus terrazas se llenaban de gente que ansiaba algo de fresco. En la puerta del Teatro Español esperaban las chicas. Me reuní con ellas y caminamos hasta la calle huertas. La fachada del local era de madera, parecía la típica taberna irlandesa pero reconvertida en local de jazz. El concierto empezaba más tarde así que pudimos coger mesa delante del escenario. Sandra me hizo todo un interrogatorio sobre lo sucedido, Olivia suspiraba y me decía que era muy romántico. Yo no era capaz de ver ese romanticismo. Descubrir que mi mejor amigo me quería más allá de la amistad era un shock que había hecho temblar mis apaleados cimientos.

Charlamos un poco más hasta que los músicos subieron al escenario. Era un cuarteto: piano, contrabajo, percusión, y el mulato, que salió con un saxofón. Hubo un cruce de miradas y me dedicó una sonrisa que hizo que me subiera el calor de repente.

La música comenzó a sonar: Latín Jazz del que te invita a bailar. Sonaba muy bien, y durante el tiempo que duró el concierto, el mulato no dejaba de mirarme y hacerme gestos: que si te guiño el ojo, que si te levanto las cejas...

Nada más terminar la actuación, Sandra y Olivia se fueron a casa. Salí a la puerta para despedirme de ellas y durante unos segundos las dudas me invadieron. Y si, ¿no volvía a entrar y evitaba tentaciones? O, ¿entraba y me

lanzaba a las tentaciones sin miramientos? Una voz masculina cortó mis pensamientos:

—Ya que has venido pensé que por lo menos te tomarías una copa conmigo. —Me sorprendió el mulato que hablaba con un marcado acento que no lograba ubicar.

—¡Hola! Estaba despidiéndome de mis amigas que tenían que irse.

—Entramos, ¿entonces? —preguntó.

Con esa sonrisa y esos ojos no pude negarme. Entramos de nuevo en el local, fuimos a la barra y nos sirvieron una copa mientras él me contaba que se llamaba Sam, Samuel en realidad. Sus padres eran puertorriqueños, pero él había nacido en Nueva York, en uno de los barrios conocidos por su tradición musical y su alto nivel de delincuencia. Yo le miraba embobada. Estaban de gira por Europa, al día siguiente viajaba al festival de Jazz de Vitoria. Se acercó uno de los músicos y le dijo algo en inglés. Le decía que uno de los representantes les llevaba a una fiesta.

—Nos van a llevar a una fiesta cerca, ¿te gustaría venir?

«¿Por qué no?», pensé. La fiesta tenía lugar en la terraza de un conocido hotel en la misma plaza de Santa Ana. Subimos y al entrar Sam me cogió de la mano. El gesto me resultó extraño, le otorgó al momento una confianza e intimidad que no teníamos, a decir verdad, me disgustó ligeramente.

Al entrar en la discoteca sonaba música latina, nos guiaron hasta un reservado. Dejé el bolso y no me dio tiempo a nada más. Volvió a cogerme de la mano y me arrastró a la pista de baile. Cuando iba a protestar por las formas empezó a mover las caderas al ritmo de la música y yo me quedé muda y sin argumento de protesta. ¡Cómo bailaba!

Tras un rato de cogerme, moverme para un lado, moverme para el otro.

La mano deslizándose por la espalda llegando a sobarme el culo sin disimulo. Fue demasiado para mí y me escabullí al baño.

«¿Qué estoy haciendo?». Aquel chico me gustaba, no entendía por qué de repente la noche, la discoteca o la música me hacían sentir tan fuera de lugar. Salí del baño decidida a largarme de allí. Al abrir la puerta del baño, Sam me esperaba con mi bolso en la mano. «Vaya», pensé. «Él también ha intuido que soy una compañía desastrosa para salir de fiesta».

—Vámonos de aquí a un sitio más tranquilo —dijo sin darme opción a réplica. Era evidente que estaba acostumbrado a hacer lo que quería en cuestión de mujeres. Era algo que empezaba a cabrearme, pero traté de dejarme llevar.

Salimos de la discoteca y cogimos el ascensor, pero en vez de pulsar la planta baja, Sam pulso el número 6. Le miré extrañada y me enseñó la tarjeta de acceso de una de las habitaciones. Llegamos a la puerta y yo empecé a ponerme nerviosa. Me sentía estúpida. «Por favor, Martina que ya no tienes veinte años». Pero no podía evitarlo, después de tanto tiempo compartiendo sexo con la misma persona, cuando la relación se acaba, sientes que tienes que empezar de nuevo. Desaprender para volver a aprender. Otros besos, otras caricias. La cabeza me iba a mil por hora. Con Roberto había sido en plan aquí te pillo... Pero esto era diferente. Además, tenía a Jaime presente en cada pensamiento. Tan solo éramos amigos, pero yo sentía que lo traicionaba, no era capaz de relajarme y en estos casos, ya os digo que la tensión no es buena compañera.

Al entrar sospeché que Sam debía ser un músico importante, la habitación era tipo suite, con un diseño moderno y lujoso, no apto para todos los bolsillos. Pasamos a una sala de estar.

—¿Te apetece algo para beber? —me preguntó Sam.

—Un refresco está bien, gracias.

Vi dos saxofones apoyados cada uno en sus soportes y un montón de discos apilados en uno de los muebles, con la cara de Sam en la portada. Me senté en el sofá, estaba nerviosa. Los hielos tintineaban contra el cristal del vaso. Él puso música y se sentó a mi lado. Me quitó el vaso de la mano y lo apoyó en una de las mesas auxiliares. Se acercó y empezó a besarme por el cuello. El ritual en sí me estaba poniendo de los nervios, iba tan despacio que me estaba concediendo demasiado tiempo para pensar. Él no tenía por qué saberlo, pero ese ritmo tan sensual y respetuoso se estaba cargando la posibilidad de echar un buen polvo. No conseguía excitarme y me sentía fatal.

Sam se levantó y se fue desabrochando la camisa sin dejar de mirarme. Él dándole todo y yo tratando de no poner alguna cara extraña. Cuando se quitó la camisa y contemplé su torso desnudo y moreno, con los abdominales marcados, sentí un cosquilleo que pensé que conseguiría relajarme, pero se arrodilló, me abrió las piernas y cerré los ojos. La cara de Jaime diciéndome que me amaba se me apareció y me levanté de golpe, dándole a Sam en la cara y empujándole hacia atrás. Él me miraba extrañado, yo cogí el bolso y salí corriendo hacia la puerta.

—¡Perdón! Perdóname. Eres increíble, pero no puedo seguir con esto.
—Cerré la puerta sin girarme. No quería ver a Sam tirado en el suelo sin camisa. Salí a la calle, tenía las pulsaciones aceleradas y una sensación de ridículo brutal. Eran las cuatro de la mañana, la plaza estaba desierta. Saqué el teléfono y llamé a Jaime.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó somnoliento.

—Necesito verte. Estoy en la calle Atocha, cerca del teatro Calderón.

—Pero ¿qué haces por ahí a estas horas? Llego en veinte minutos no te muevas de ahí.

Caminaba por la acera inquieta, paseando de un lado a otro, hasta que llegó Jaime. Se bajó del coche al verme con cara de terror y vino corriendo hasta mí.

—¿Qué ha pasado? —inquirió.

Ahora lo recuerdo y me siento bastante absurda, pero en aquel momento estaba fuera de mí. Como si hubiera hecho algo realmente grave. Le abracé y no dejaba de decirle lo siento, una y otra vez.

—Pero ¿qué te ocurre? —preguntó Jaime preocupado.

—He estado a punto de acostarme con otro —confesé con la mirada hacia el suelo. Jaime levantó las cejas y soltó una carcajada que podía haber despertado a todo el vecindario.

—La hostia. ¿Todo este numerito es por eso? Qué susto me has dado, joder. ¿Y? ¿Por qué no lo has hecho? ¿Por mí? ¿Eso significa lo que creo que significa?

Le sonreí, le miré y lo supe. Todo ese numerito como él lo había llamado no fue porque me pusiera nerviosa acostarme con Sam, era porque realmente quería acostarme con Jaime. Lo deseaba y había tenido que tener a tiro a otro hombre para darme cuenta. Le miré con cara de comérmelo allí mismo y le dije:

—Llévame a casa y te lo explico.

Jaime sonrió y se metió corriendo en el coche.

—¿Cómo era?

—No voy a decírtelo —afirmé.

—Vamos Tina, que somos nosotros. Háblame de ello y así le quitas esa importancia que le estás dando y que no tiene.

Le describí con todo lujo de detalles la noche y a Sam.

—Oye, según me lo describes, ¿me lo hubiera tirado hasta yo!

—¡Anda ya! —le dije sonriendo.

—Te he esperado hasta ahora, hubiera esperado un poco más. No me debes nada, no confundas sentimientos. Me hubiera dolido, por supuesto, no me malinterpretes. Pero el sexo, es sólo eso, sexo. No hay que darle más sentido del que tiene. Yo me he acostado con otras desde que te has separado, a pesar de quererte como a nadie, por cubrir una necesidad, por puro instinto.

—Por puro vicio, diría yo. Al final vas a conseguir que me arrepienta de haberme ido corriendo.

—¿Te molesta hablar de esto? —preguntó.

—No es un tema agradable y me estás cortando todo el rollo.

—¿Por qué me has llamado entonces? Porque el mulato te ha puesto toda burra y querías un polvo sin remordimientos de conciencia. El día que las mujeres asumáis la realidad de vuestros pensamientos, la vida será mucho más fácil.

—Me estás poniendo de mala hostia.

—Sé honesta, contigo y conmigo. Te has quedado a las puertas de que te dieran lo tuyo y me has llamado para rematar la faena. ¿Es o no es?

Jaime tiene el poder de irritarme profundamente. También de hacerme reír hasta que me duele la tripa.

Suspiré, pensé durante unos segundos y concedí:

—Es —no quise contarle el porqué de la llamada. No era un simple polvo, pero tampoco quería hablar de sentimientos.

—Pues vamos. Que te voy a dar lo tuyo. Pero por ahora no le pongamos un nombre que todavía no tiene. No te precipites.

Jaime tiene otro superpoder, el de hacer que todo sea sencillo.

Llegamos a casa. Mientras subíamos en el ascensor al ático, Jaime me miraba con sorna.

—¿Te pongo nerviosa?

—Estás disfrutando, ¿no?

—No tanto como vas a disfrutar tu ahora, querida.

Esa complicidad entre nosotros, junto con su forma de mirarme me estaban poniendo cachonda perdida. Notaba cómo las pulsaciones me iban cada vez más rápido.

Entramos y cerró la puerta. Me cogió del brazo y me arrastró a la habitación.

—No pienso dejar que te lo pienses —dijo mirándome fijamente—. Soy yo. Confía en mí, ¿de acuerdo?

A punto estuve de ponerme a aplaudir.

—¿Dónde guardas los fulares? —preguntó.

Señalé uno de los armarios, extrañada. ¿Iba a atarme? Aquello lejos de preocuparme, me excitó un poco más. Jaime abrió la puerta del armario, sacó un pañuelo negro y me lo puso en los ojos.

—Solo siente —me susurró. Yo noté como me humedecía por completo.

A continuación, me fue quitando la ropa poco a poco hasta dejarme en ropa interior.

—¡Joder, Tina! Muy sexi para el mulato, ¿no? Pobre Sam, no va a tocarla esta vez... —me quitó el sujetador, pero no me dejó moverme. De pie, a los pies de la cama con los ojos cerrados, él me miraba sin tocarme.

—Llevo tanto tiempo soñando con esto. Déjame mirarte.

Yo suspiré, la piel se me erizó. Se puso detrás de mí y me acarició la espalda.

—¿Lo deseas? Dime ¿Lo deseas? —me preguntó. Me templaban las piernas.

—Sí —contesté.

Jaime me cogió en brazos y me tumbo boca arriba en la cama sin

quitarme la venda. Me quitó las braguitas y comenzó a besarme por todo el cuerpo. Me besaba y me lamía, recreándose en cada zona de mi piel. Yo estaba a punto de explotar.

Llegó a mi entrepierna y dijo:

—La de veces que me he preguntado cómo sería tu sabor.

Hundió su cara entre mis muslos y noté su lengua caliente y húmeda. Se me escapó un gemido, me lamió todos los pliegues. No exagero si os digo que fue el mejor sexo oral de mi vida, lo triste es que no tenía veinte años. Me había perdido algo así durante demasiado tiempo. Tras el primer orgasmo me arranqué la venda. Quería mirarle. Le puse las manos en la cabeza y me entregué por completo.

Fueron varias horas. Jaime era un amante experimentado, siempre lo sospeché, pero nunca hubiese imaginado que tanto. ¡Era increíble! Cómo me tocaba, cómo me hablaba, cómo me besaba. La forma de mirarme mientras estaba dentro de mí. La conexión fue mágica. No tengo palabras para expresar la intensidad del momento.

Terminé exhausta. Me quedé dormida y no desperté hasta el mediodía. Miré a mi alrededor, Jaime no estaba. Las sábanas olían a él. Aspiré su perfume y me tomé unos segundos para recordar algunas escenas de la noche. Suspiré. «Controla Martina, controla». Salí de la habitación pensando que estaría en el salón o en la terraza, pero no estaba. Se había ido. ¿Cómo había podido irse, sin decirme nada, después de una noche así?

Empezaba a cabrearme cuando escuché la llave en la puerta.

—He cogido tus llaves. Traigo algo de comer, supuse que te despertarías con hambre. ¿Ya te estabas cagando en mi estampa?

—A punto estaba —sonreí y me acerqué a él para besarle. Esos besos empezaban a ser un vicio. Todavía no tenía claro si malo o bueno. Si es que los vicios buenos existen.

Comimos en la terraza, mientras recordábamos anécdotas del pasado. Sonó el teléfono de Jaime, un mensaje.

—Me reclaman las nenas —afirmó levantando las cejas.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —contesté muy seria.

—De ti depende.

—No te entiendo, explícamelo.

—Si puedo elegir eres la primera. Pero si quieres seguir experimentando no voy a cerrar puertas. Disfruto del sexo y quiero seguir haciéndolo.

—¿Cómo puedes ser tan encantador y al segundo ser tan capullo?

—Martina, llevas separada dos meses. Después de llevar casi veinte años en pareja. Dime tú si te apetece embarcarte en otra relación sería y mañana mismo me mudo aquí contigo. Sin pensarlo, no hay nada que me gustaría más. ¿Estás preparada para eso?

—No —contesté rotunda.

—Esto no es una novela romántica. Yo puedo esperar a que tomes una decisión, pero voy a seguir viviendo. Mi corazón es tuyo, pero mi cuerpo es mío hasta que decidas lo contrario.

—Pero, me estás presionando.

—No, no te meto prisa. Pretendo darte tu espacio para que decidas libremente.

—Pero... no quiero que te acuestes con otras —confesé.

—Eso es muy egoísta y muy femenino.

—Prefiero dejar esta conversación y quedarme sola.

—¿Qué te enfada? No quieres estar conmigo todavía y no quieres que esté con otras. ¿Eso no te suena un poco al perro del hortelano?

Bajé la mirada hacia el suelo, en el fondo él tenía razón. Lo que me

tenía tan frustrada no era que lo hiciera, era que me dijera tan abiertamente que iba a hacerlo. Esa puñetera sinceridad directa y brutal que hacía tanto daño. A veces preferimos una mentira que nos haga feliz, a una verdad que nos duela. Por eso para ciertos temas era infinitamente mejor vivir en la ignorancia.

—Te va a sonar estúpido, pero por ahora no seas tan sincero conmigo respecto a este tema. Ya no somos sólo amigos. No sé lo que somos, pero ahora me afecta.

—Está bien. Lo entiendo. Créeme si te digo que no pretendo hacerte daño. Jamás. ¿Nos vamos al cine? Así despejamos la tensión —dijo en tono conciliador. Otro superpoder de Jaime: la facilidad que tiene para destensar cualquier tensión.

—Buena idea.

Mientras bajábamos a la calle él sonreía.

—¡Ay mi Martina y sus tuerquecitas de la cabeza!

Sonó mi teléfono, al ver el teléfono de mi hermana estuve a punto de dejarlo sonar. Suspiré y descolgué.

—¿Sí? ¿Qué ha pasado? ¡Si lloras no te entiendo! Intenta explicármelo tranquila. ¡Voy para allá! —Colgué asustada.

—¡Llévame al hospital! Por el camino te lo cuento —le pedí a Jaime.

—¿A qué hospital?

—Al Ramón y Cajal.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó Jaime alarmado.

—Era Claudia. Mi padre ha tenido un infarto —dije incrédula y en estado de shock.

El trayecto hasta el hospital fue angustioso, corríamos por los pasillos hasta que llegamos a urgencias. Claudia estaba pálida y aterrada. Mi madre sentada al lado, también. Al verme, Claudia corrió a hacia mí, me abrazo

mientras lloraba sin consuelo.

—Que no le pase nada Martina, por favor. Que no le pase nada...

Esperábamos ansiosos a que alguien nos dijera algo. Claudia nos contaba que había sido en casa. Mi padre empezó a sentirse mal y mi madre llamó a emergencias. Ahora estaba sentada en silencio mientras se frotaba las manos en señal de nerviosismo. Ni con ese gesto acierta, pensé. No reaccionaba, no lloraba. Estaba en estado de alerta, pero no mostraba ninguna emoción. Jaime estaba sentado a su lado.

Por fin salió el médico.

—Se encuentra estable —nos informó—. No ha llegado a ser infarto, pero ha sufrido una isquemia miocárdica, lo que se conoce como angina de pecho. Vamos a dejarle en observación y tendrá que cambiar sus hábitos de vida. Puede pasar una persona. Mañana a primera hora le subiremos a planta.

—Pasad vosotras a darle un beso, luego paso yo y me quedó con él —dijo mi madre.

Claudia estaba paralizada, así que entré yo primero. Al verle perdí toda la entereza que había estado fingiendo hasta ese momento.

—No llores mi pequeña, que tienes a tu padre aquí para mucho tiempo.

—Vaya susto, papá. Vas a tener que bajar el ritmo.

—Eso me han explicado, se acabó la diversión, el puenting, el ala delta...

Sonreí, verle de buen humor consiguió tranquilizarme.

—No tengo mucho tiempo, Claudia y mamá están deseando entrar —dije. Me acerqué y me quedé un rato abrazada a él en silencio. Es en ese instante, cuando crees que vas a perder a alguien importante, que pasa de importante a imprescindible—. Cuídate mucho, por favor.

—Claro que sí, hija. No te preocupes.

—Mañana te traigo la prensa. Descansa.

Salí más tranquila de lo que había entrado en la habitación minutos antes.

—¡Qué susto! —exclamó Claudia al tiempo que nos miraba, estudiándonos, como si intuyera que algo pasaba entre nosotros—. Voy a quedarme con mamá, aquí poco más se puede hacer. Idos y mañana quedamos por la mañana.

Obedecemos, esa cara de vidente de televisión me estaba empezando a dar miedo. No sentía ganas de dar explicaciones de todo lo que estaba viviendo y menos a la «bruja» de mi hermana.

Cuando llegamos al coche me di cuenta de que me faltaba algo importante, necesitaba el calor de una de las pocas personas que conseguía hacerme sentir en casa. Solo su presencia me reconfortaba. Iba a decirle a Jaime que me llevara a ver a Sandra cuando me hizo un gesto con la mano para que no hablara. Tenía el teléfono en la oreja.

—Hola preciosa, ¿tienes planes esta noche? —dijo y yo le miré enfurecida. ¡Cómo podía ser tan cretino! —. ¿Os dejáis invitar a cenar cerca de casa? Genial, vamos para allá.

Colgó y me dijo:

—Ya está, cenamos con las chicas en un sitio tranquilo, te distraes y ves a Sandra que sé que lo estás deseando.

Me deshice por dentro. Consiguió que me quedara sin palabras. Allí estaba Jota, mirándome con su pelo revuelto y sus perfectos y carnosos labios. Era tan jodidamente encantador. «¡Ay!, Tina!».

—Gracias —fue lo único que conseguí decir y con un hilo de voz.

Llegamos al portal de Sandra y Olivia al tiempo que ellas salían por la puerta, poseída por un espíritu infantil salí corriendo nada más verla y la

abracé. Sandra se asustó.

—¿Qué ha pasado? Me estás asustando —preguntó Sandra preocupada.

—Mi padre ha tenido una angina de pecho.

Sandra se alarmó.

—¿Cómo está?

—Fuera de peligro. Van a tenerle un par de días en observación. Qué susto, nena.

—Lo siento mucho —musitó Sandra mientras me daba un beso.

—Venga, venga. Ya ha pasado, vamos a cenar. —Intervino Jaime para relajar la tristeza que planeaba entre ambas.

Sentados en el restaurante disfrutamos de una velada maravillosa compartiendo risas, recuerdos y buena comida. Todo es más soportable si tienes gente especial para compartirlo. Y yo la tenía sentada en aquella mesa. A pesar de los cambios que estábamos sufriendo, cuando nos juntábamos volvíamos a ser nosotros. Los tres mosqueteros, ahora junto a la bella Olivia, pero siempre los tres. Mis dos personas favoritas en el mundo. Las que mejor me conocían y por las que lo daría todo.

¿Era prudente arriesgar una relación tan importante? Es tan fácil pasar del amor a la más absoluta indiferencia. Esa persona que durante un tiempo ha sido tu mitad, tu bastón. Con la que compartes tu piel, tus secretos. Esa persona también, que un día se convierte en alguien a quien odiar y de la cual deseas borrar su existencia del mundo y sobre todo un pasado en común que quema la entraña con solo recordarlo. De la que no quieres saber nada más. Evidentemente no estaba hablando de Jaime. El traidor todavía dolía. No podía, además, perder a mi mejor amigo.

Terminada la cena nos fuimos. Jaime me llevó a casa.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó.

—Estoy bien. Mañana quiero ir temprano al hospital. —Necesitaba poner distancia. Congelar un poco los sentimientos que empezaba a sentir por él y que no quería sentir.

—Salgo temprano de viaje. Mañana tengo una sesión en Cádiz y tengo que coger el equipo. Pero si necesitas que me quede, me quedo.

—No, de verdad. Ve a tu casa. Me vendrá bien estar sola y descansar.

—Vale, vuelvo el lunes. Me quedaré en casa de un amigo. Llámame las veces que haga falta.

—Vale, pero no prometo esperarte, mi cuerpo es mío y tiene necesidades, ya sabes. —Me resultaba imposible estar con él y no bromear.

Jaime se echó a reír.

—Tu verás, pero no vayas dejando hombres empalmados a tu paso, que eso tiene un nombre muy feo —dijo acercándose para besarme. Nos dimos un largo beso que provocó que me temblaran las piernas. «¡Viva Martina y su nulo autocontrol!»—. Busca, compara y veremos lo que encuentras.

De pie en la puerta de casa viendo como el coche de Jaime se alejaba me di cuenta de que nada volvería a ser igual. Ya no imaginaba estar con él y no besarle. No había marcha atrás.

Busca y compara

No conseguí dormir en toda la noche, pensaba en mi padre durmiendo en la cama de un hospital y no fui capaz de conciliar el sueño. Esperé a que el quiosco estuviera abierto para comprar varios periódicos y revistas. Al llegar al hospital mi hermana y mis sobrinas me esperaban en la cafetería.

—Tía, ¡qué guapa estás! ¡Pareces más joven! —me gritó Jimena, la pequeña nada más verme.

—Tú, que me miras con buenos ojos —respondí.

—Mira le traigo al abuelo mi libro favorito, para que no se aburra —dijo mi preciosa sobrina mayor, Alejandra.

—Es verdad que brillas —afirmó Claudia mientras me saludaba—. ¿Tiene algo que ver tu amigo?

—¡Qué dices! —«bruja»—. ¿Y Juan?

—Papá, está trabajando —exclamó Jimena, mientras su madre hacía un leve gesto de negación.

Sentí pena por las niñas y por la situación que iban a vivir. Mi hermana era capaz de mantener una vida de cara a la galería, pero eso no lo hacía más soportable. Esa tensión entre ellos acabaría saliendo y me daba pavor que les pillara a las pequeñas en medio. En ese momento se incorporó a la mesa mi madre, tenía signos evidentes de no haber pegado ojo. Las ojeras la delataban. Además, estaba envuelta por un halo de tristeza. La preocupación, el miedo habían hecho mella en ella. Se sentó y nos saludó sin ganas.

—¿Estás bien, mamá? —pregunté preocupada.

—Sí, cansada. Le van a subir a planta. Cuando esté en la habitación podréis ir a verle. Ha pasado la noche tranquilo y está animado. De todas formas, el médico me ha dicho que lo observemos, estás cosas suelen dar la cara después. Pensar que has podido morir y eso.

—Y tú, ¿cómo llevas que él haya podido morir y eso? —Insistí, nunca había visto a mi madre abatida por nada. Para mí era la dama de hierro, la mujer sin corazón.

—Bien, de verdad. Es solo cansancio. No voy a decirlo que no he pasado miedo porque sería mentira. No podría concebir la vida sin vuestro padre. Tendremos que cambiar algunas cosas y bajar el ritmo de viajes.

Me quedé boquiabierta, mi madre acababa de demostrar en público que podía ser un ser humano normal y yo había sido testigo de tal proeza. Mi madre era capaz de dejar de lado esa mezquindad suya.

Claudia ajena a mi estupor miraba el móvil con una sonrisilla traviesa. Mi madre se comportaba como una persona y mi hermana como una adolescente. Infidel, pero con un aire renovado de ganas de vivir. Mi mundo hasta ahora conocido se tambaleaba.

Pase todo el día en el hospital con mi familia, en momentos así te das cuenta de cuanto los necesitas, a pesar de todo.

Al día siguiente me desperté sintiéndome diferente. Con un chute de energía renovada. Repasé los últimos acontecimientos como hacía cada día desde que tengo uso de razón. Martina despierta y hace balance: pérdidas, ganancias. Saldo. Me pegué lo que comúnmente se conoce como un chopito en la frente y me dije a mí misma: ¡Basta!

Basta ya, tenía que dejar de analizarlo todo. Era libre, todavía joven, menos joven que antes, pero joven, al fin y al cabo. Puse la cafetera italiana

en el fuego y encendí el equipo de música. Mientras bailaba yo sola esperando que saliera el café, recordé que me había dejado un pendiente. Uno de los cambios trascendentes que iba a introducir en mi nueva existencia era no dejarme pendientes. Saqué el móvil del bolso y marqué un teléfono en llamadas recientes.

—Hola. Te pido perdón por lo sucedido, mil perdones. Millones. Acabó de salir de una separación tortuosa después de muchos años de relación y fue demasiado intenso. Me pillaste en un día de muchas emociones. ¿Vuelves por Madrid? Me gustaría que termináramos lo que habíamos empezado —dije. «¡Pero bueno! ¿Quién eres? ¡Vaya desparpajo, hija!»

—Tocamos esta noche —me contestó Sam serio.

—¿Me concedes otra oportunidad? Esta vez te doy la dirección de mi casa, para que veas que no hay trampa, ni escapatoria.

—Por supuesto, me dejaste con muchas ganas —respondió más relajado.

—Nos vemos esta noche cuando termines de tocar, vente a casa. Ahora te mando un mensaje con la dirección.

—Genial. Hasta la noche, Martina sexi.

Colgué y sonreí yo sola. «Martina sexi», podría acostumbrarme.

Tras un día de relax casero, limpiando, ordenando y vagueando a partes iguales, llegó la noche y ¡oh!, ¡sorpresa! Estaba nerviosa. Encendí la televisión, pero iba cambiando de canal, incapaz de concentrarme.

A las dos de la madrugada sonó el timbre del portero automático. Me había quedado dormida en el sofá. Sentí un hormigueo en el estómago mientras Sam subía. Tocó la puerta y al abrir me quedé paralizada. Le

recordaba guapo, pero no tanto. ¡¿Cómo podía estar tan bueno?!

Él exhibió una sonrisa seductora a la vez que decía «Hola», y yo sentí que me derretía.

—Pasa. ¿Quieres tomar algo? —Conseguí preguntar.

—¡Sí! A ti enterita —dijo cerrando la puerta tras de sí.

—Una copa de vino primero, si no te parece mal —contesté.

Serví las copas y vi como Sam salía a la terraza.

—Esto es un pequeño oasis —afirmó Sam.

«Mi pequeño picadero», hubiera querido decir yo, pero en su lugar simplemente asentí.

—Sí, ¿verdad?

—Es curioso —dijo él mirando alrededor—. No te ve ningún vecino.

Se acercó a mí y me quitó el vestido.

—Disfrutemos de la brisa nocturna... —susurró.

Desperté sobresaltada en mitad de la noche. Sam dormía. Me levanté sigilosamente y fui a por agua a la cocina. Las escenas de mi encuentro sexual me asaltaban como flashes. Había sido desastroso. No podía entenderlo, un hombre tan guapo acostumbrado a tener mujeres a su alrededor y tan tan torpe. El envoltorio no es suficiente. Hay que saborear el interior de un caramelo para saber si está bueno, pensaba.

Era algo incomprendible, cómo un músico tenía tan poco sentido del ritmo, tan poca sensibilidad. Sam había soltado unos gruñidos asmáticos mientras gemía. Una pena, qué desperdicio de cuerpo. Menos mal que viajaba al día siguiente a Estados Unidos. Tampoco había ayudado mucho el hecho de que estuviera continuamente comparándole con Jaime. Los besos, el intento de sexo oral, un desastre.

Le cogí un cigarro a Sam, mi móvil y salí a la terraza. Abrí la

aplicación de mensajes y tecleé:

«¿Duermes?»

«No», contestó.

«¿Estás solo?»

«¿Y tú?»

«Touché...», pensé.

«Dándole al coco, no puedo dormir», escribí.

«¿Qué te preocupa, amor?», preguntó.

Me quedé pensando. ¡Eso era! Ahí estaba la pregunta clave y Jaime siempre la tenía. ¿Por qué estaba preocupada? Me di cuenta de que en ese momento no tenía grandes preocupaciones. Mi padre estaba bien y me había concedido el verano para no pensar en temas laborales. Era el momento de disfrutar, de dejarme llevar.

«¿Cuándo viajas a San Sebastián?», teclee.

«El viernes. ¿Te vienes?»

«Sí»

«¿Me paso mañana por la noche por tu casa?», escribió.

«Sí», respondí.

«Buenas noches, mi dulce Martina»

«Buenas noches»

Cerré el programa, pensé en Jaime enterrado entre mis piernas y suspiré.

Por la mañana preparé café, tostadas y desayunamos en la terraza.

—Me lo he pasado muy bien. Volveré a llamarte cuando vuelva a Madrid —afirmó Sam.

—Genial —musité.

—Voy a llamar a mi asistente para que me pida un taxi, disculpa.

—¿Tienes que ir al hotel? —pregunté.

—No, al aeropuerto. Se encargaban de llevarme el equipaje.

—No llames, te llevo yo —le dije mientras cogía el bolso.

—¿Seguro? ¿No te importa?

—Tengo que salir y no me pilla tan lejos, tranquilo.

—Fantástico, gracias —dijo.

Llegamos a la T4, paré con el coche en la puerta.

—Vuelvo en tres meses, si viajaras antes a Nueva York, no dudes en llamarme. Te mandaré un email con mis datos de contacto allí. Me ha encantado conocerte, Martina.

—A mí también. —«Como amigos», pensé.

Las mujeres que pasaban a nuestro alrededor se quedaban mirándole sin pudor. «¡Ay!, si supieran...»

Me acerqué al hospital a ver a mi padre, mi madre me había dicho que a última hora del día le darían el alta.

—¿Por qué no te quedas con la gestión de la pastelería nueva que abrimos en Segovia? —me soltó mi padre de sopetón nada más verme—. Estoy preocupado hija, a tu edad ya no es tan fácil labrarse un futuro laboral.

—Papá, te lo agradezco muchísimo, lo sabes, pero quiero hacer algo por mi cuenta.

—Vale, vale. Comprendido. Creo que hoy me dan el alta, estoy deseando estar en casa.

—Tienes que intentar vivir más tranquilo —le dije.

—A ver si tu madre me deja —musitó mientras se reía. A decir verdad,

nos reímos ambos. El amor es inexplicable, mi padre amaba a mi madre a pesar de su carácter frío y de conseguir volverle loco.

Después de dos horas con ellos, ayudándoles a recoger todo, me fui a casa. Alrededor de las ocho de la tarde sonó el timbre del portero automático.

—¿Sí? —respondí, aunque sabía que era Jaime.

—Tele-orgasmo a su servicio.

—¡Anda ya! Te abro, idiota.

Dejé la puerta entornada.

—Ya estoy en casa, ¡amorcito!

—Qué contento vienes, ¿no? —pregunté mientras me reía.

—Tenía ganas de verte, boba —dijo al tiempo que me levantaba y me dejaba caer en su boca, con los labios entre abiertos y su lengua preparada para besarme.

Después de un beso largo, húmedo y profundo. De los que te hacen levitar, Jaime abrió la nevera para coger agua.

—¡Pero bueno, si has hecho compra! ¿Me vas a hacer la cena? —preguntó realmente sorprendido.

—No. Yo he traído los ingredientes. La cena la haces, tú.

—¿Antes o después del coito?

—¿El coito? —pregunté divertida—. Qué fino vienes. Déjate de coitos y vamos a cenar que tengo hambre.

Cenamos en la terraza, mientras durara el calor mi lugar habitual para las viandas era fuera, sí o sí.

—¿Y si nos vamos antes? Estamos dos o tres noches por allí. Vamos en coche. Puede ser divertido —sugirió Jaime.

—Me parece buena idea, mi padre ya está en casa. Mi hermana va a estar pendiente de ellos. Podemos irnos mañana mismo si te apetece.

—Me apetece, pero no creo que podamos reservar con tan poca antelación. ¿Ya tienes la tripita llena? Pues venga vamos a quemarlo. —Se levantó sin darme opción a pensármelo. Tampoco tenía nada que pensar, necesitaba resarcirme del desastre de la noche anterior.

Retozamos en el sofá, luego en la ducha y terminamos en la cama.

—Si seguimos a este ritmo, me va a dar algo. Ya no tengo edad... — confesé jadeando por el esfuerzo y los múltiples orgasmos. Ahora era capaz de entender porque a las mujeres que estaban con Jaime les costaba tanto dejarlo ir. Era simpático y guapo, pero yo no entendía que se volvieran tan locas. Hasta que se bajó al pilón.

—Calla tonta. Cuanto más te quejas, más me pones. Te confieso que este fin de semana me he mantenido en dique seco para reservarme para ti.

—Qué romántico. —Sonreí.

El móvil de Jaime no dejaba de recibir mensajes.

—Voy a llamar al hotel que tengo reservado para el viernes, a ver si podemos ir antes.

El móvil seguía sonando, le puse cara de interrogación.

—No te enfades. Tengo una situación incómoda que intento manejar lo mejor que puedo —admitió.

—¿Qué situación?

—Una mujer con la que estuve hace tiempo, fue muy breve. Trabaja en el gimnasio donde iba antes. De hecho, he cambiado de sitio por eso. Se hizo ilusiones a pesar de que siempre he sido muy, muy claro. Y ahora me hace chantaje emocional, está un poco perturbada. Que no puede vivir sin mí y esas cosas... Tengo que ser cuidadoso.

—Vaya. No debe ser fácil, no.

—Se acabará cansando. —Jaime le quitó el sonido al móvil. Buscó el

teléfono del hotel. Intentó reservar la habitación para la noche siguiente, pero no tenían nada disponible. Reservó la noche posterior.

Por la mañana mientras desayunábamos le dije.

—Yo me voy a pasar el día con mis padres. Haz tus gestiones, prepara la maleta, vente a dormir y mañana temprano salimos desde aquí.

—Hecho.

Nos besamos en la puerta. Los besos de Jaime empezaban a tener algo realmente adictivo. Cuando trataba de irse volvía a cogerle para atraerlo hacía mí.

—Me vas a tener para ti solita un montón de días. Como me sigas besando así vuelvo a entrar y no salimos en todo el día. —Me besó de nuevo y se fue.

Un viaje especial

Preparé la maleta muerta de la ilusión. Era cierto que no tenía la sensación de hacer una escapada romántica, era algo diferente. Como irte de viaje con tu mejor amiga cuando todavía eres adolescente. Ese gusanillo interno que te dice que te lo vas a pasar genial, pero en este caso, además, era irte de viaje con tu mejor amigo y el rollete de verano a la vez.

No conocía el País Vasco, me habían contado verdaderas maravillas. Estaba deseando conocerlo. El despertador sonó temprano, cargamos el coche con las maletas, conecté el teléfono al reproductor de música del coche y nos fuimos.

—Hacemos cien kilómetros y paramos a desayunar —dijo Jaime al volante con sus gafas de sol, estaba arrebatador.

—¿Cien kilómetros sin café? —pregunté alarmada.

—No creo que te dé el síndrome de abstinencia. No es para tanto —se burló Jaime.

—¿Me dejarás conducir? —indagué.

—Por supuesto. Me has llevado millones de veces, sé cómo conduces y voy muy tranquilo. ¿Te acuerdas aquel viaje al Algarve?

—Si las batallitas van a tener como protagonista al traidor me quedó en casa —respondí incómoda.

—Vale, vale, tienes razón. Pero es difícil borrarle del mapa. Han sido muchos años y muchas vivencias.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Qué bien te sienta esa barbita que te

dejas —dije tratando de cambiar de tema.

—Si es que te tengo loquita, que lo sé.

—¡Anda tira!

Jaime al fin arrancó y yo le di al play. Sonó una balada latina y empecé a cantar, a berrear más bien. Jaime paró el coche.

—No, no, ni de coña. ¡No me des el viaje con el pasteleo ese que te gusta! Por favor te lo pido.

Torcí el morro. Jaime y yo no habíamos coincidido en el gusto musical jamás. Él era de música electrónica y yo de pachangueo. Él de pop inglés y yo de música de cantautor en español.

—Vaaale. —Concedí y puse rock de los noventa.

—Esto está mejor. En el ratito que conduzcas y me duerma, te las pones bajito. —Me guiñó un ojo y arrancó de nuevo.

—Tengo que llamar a Sara, a ver qué tal está. Dicen que los primeros meses del embarazo, son un poco revueltos.

—Ayer hablé con Pablo —contestó Jaime—. Me dijo que iba todo bien. Van a estar en Asturias hasta septiembre.

Dejamos atrás la sierra pobre de Madrid, que de pobre no tiene nada. El paisaje era bellísimo y continuamos dirección a Burgos. Paramos a desayunar a la altura de Aranda de Duero. Cuando reanudamos el viaje le pedí las llaves. Estaba deseando conducir el todoterreno de Jaime, pero sobre todo poner mi música.

—¡Me dediqué a perderteeee! —Tarareaba Jaime al son de la canción, burlándose de mí.

A doscientos kilómetros volvimos a parar a tomar algo y nos turnamos de nuevo para conducir.

—Ya no aguanto más con ese bodrio de música, Tina. No he podido ni dormir.

—Mira que eres exagerado, copón —le dije mientras le daba las llaves.

Bordeamos Vitoria-Gasteiz y continuamos dirección Donosti. El paisaje me sobrecogió. Me conmovió la belleza de los bosques que rodeaban la carretera. Daba la impresión de que albergaban duendes, hadas y toda clase de seres mágicos en ellos.

Al llegar a San Sebastián, Jaime me llevó directamente a La Concha.

—No me puedo creer que no hayas estado aquí nunca —afirmó Jaime.

—Yo tampoco —respondí contemplando la espectacular playa.

Los dos montes a los lados convertían la playa en bahía. La arena blanca, el paseo marítimo con la mítica barandilla blanca. Las esculturas de Chillida, la isla de Santa Clara.

El mar. ¿Qué tendrá el mar para los que vivimos en el interior? Me descalcé, cogí los zapatos y bajé a la arena y corrí a la orilla con ansia. Metí los pies en el agua fría del Mar Cantábrico y me estremecí. Por el frío y por el placer que me causaba el mar. Verlo, tocarlo, olerlo. Sonreía como una niña cuando Jaime llegó hasta mí.

—¡Gracias por traerme! ¡Esto es precioso! —exclamé.

Jaime se reía.

—Pues espera a probar los pinchos. ¡Serás mía para siempre! Vamos al hotel y luego damos una vuelta.

El hotel, de cinco estrellas, estaba junto a la orilla del río Urumea. Al entrar me sentí como una princesa de cuento. Era grandioso, grandes salones decorados al estilo Belle Époque. En él se habían alojado personajes tan diversos como Mata Hari, León Trotsky, o Audrey Hepburn. Era el hotel de referencia para las estrellas invitadas en el festival de cine.

—Pero ¿de verdad te tratan tan bien cuando pinchas? —pregunté impresionada.

—He tenido mucha suerte. Hace poco salió una lista de los deejays más valorados del panorama nacional y estaba en los primeros puestos.

—Vaya... No tenía ni idea.

—Es porque compongo temas, no sólo los mezclo. Y a la gente le gusta. Nunca te ha interesado el tema, pero cuando quieras te los enseño.

—No es eso, la música instrumental que haces, estilo *Chill out* me encanta. Pero ya sabes que la música de discoteca no es lo mío —confesé.

—Música de discoteca...Vamos a la habitación ¡Ignorante! Si supieras lo que me pagan por la sesión del viernes, no hablarías con ese desdén.

—Perdóneme usted, señor pinchadiscos famosillo.

—¡Qué rabia me das! —se burló Jaime.

Jaime hizo el *check-in* mientras yo paseaba por el gran salón, me daban ganas de ponerme a bailar como cenicienta.

Llegamos a la habitación, que era igual de preciosa que el resto del hotel. La escapada con el rollete de verano, se estaba convirtiendo en una escapada romántica como mandan los cánones. La ciudad de ensueño, el hotel de ensueño, la compañía de ensueño...

Nos refrescamos un poco y salimos a pasear. Tuve que convencer a Jaime que pretendía secuestrarme en la habitación. Estaba deseando recorrer el casco antiguo. Antes de salir, Jaime cogió el móvil.

—Madre mía, tengo treinta y cinco mensajes de esta mujer —dijo sorprendido.

—Hay que cortar eso cuando lleguemos a Madrid. Quizá deberíamos ir al gimnasio los dos y hablar con ella —sugerí.

—Ya lo pensaremos.

—¿Qué te dice? —pregunté.

—Tonterías. Que me ama. Que cómo he podido hacerle algo así. Que

por favor la llame. Que necesita verme. Todo bastante angustioso.

—¿Y solo fueron dos veces? —insistí.

—Sí, parecía una persona normal —contestó Jaime.

—Pues lo dicho. Hay que intentar pararlo de la mejor forma que podamos.

—Bueno, ahora no quiero preocuparme de eso. Venga usted para acá —me rodeó la cintura, hundió su nariz en mi pelo y me susurró—, qué feliz me haces.

Sentí un nudo en el estómago, la intensidad de los sentimientos que empezaba a sentir hizo que me apartara.

—Lucha lo que quieras —dijo él con convicción—. Conseguiré enamorarte por mucho que te resistas.

—Vamos a comer —imploré, no necesitaba hablar de nosotros. Tan solo dejarme llevar.

—Está bien. Vaya manera de cargarte los momentos románticos.

Paseamos por las calles de aquella maravillosa ciudad que ya me había atrapado entre sus encantos. Cuando probé los pinchos no pude evitar gemir de placer.

—¡Yo quiero morir aquí! —exclamé.

—Que melodramática has sido siempre —afirmó Jaime no falto de razón.

Disfrutamos de la comida y nos volvimos al hotel. Había tenido suficiente playa en Ibiza.

Tras el viaje, los pinchos deliciosos y el paseo, nos quedamos dormidos. Cuando desperté Jaime me observaba.

—¿En serio nunca te diste cuenta de que me quedaba embobado mirándote? —preguntó.

—Yo estaba embobada mirando a otro —contesté adormilada.

—¡Joder! ¡Zasca! Sin paños calientes, ¿eh?

—Lo siento.

—No te disculpes, es la verdad —afirmó Jaime—. Pero ahora te tengo para mí.

Hicimos el amor despacio, como se hace cuando los sentimientos van más allá de la piel. Aproveché el momento de la ducha y la intimidad que me concedía el baño para llamar a Sandra.

—Esto es precioso, nena —le dije a modo de saludo.

—Sabía que te gustaría. El País Vasco enamora. ¿Qué tal con Jaime?
—preguntó sin preámbulos.

—Genial. Me lo estoy pasando de maravilla. Ya sabes como es. Me río mucho.

—¡Ay Martina! ¡Te estás enamorando! Se te pone esa voz melosa —se burló Sandra.

—¡Qué no, joder! Quiero disfrutar de mi soltería.

—Ya ya. Engaña te lo que quieras, pero te cambia la voz cuando le nombras.

—Ya te digo que no. —Negué contundente.

—Vale. Si no pasa nada. Déjate llevar. Disfruta mucho del viaje. A la vuelta me cuentas con detalle.

—Te quiero, petarda.

—Y yo a ti, adolescente. —Volvió a burlarse Sandra y colgó.

Salí del baño.

—¿Por qué te escondes para hablar con Sandrita? —preguntó Jaime sonriendo.

—No me escondo, tenía que ir al servicio.

—Ya ya, ¿qué le has dicho de mí? Que soy un amante impresionante,

¿no?

—¡Por supuesto! De los más valorados a nivel nacional.

Nos reímos y salimos del hotel para dejarnos atrapar por el maravilloso ambiente que se disfrutaba en la Parte Vieja donostiarra.

El día siguiente lo dedicamos a hacer turismo del de verdad. Zapatillas cómodas, guía en la mano y recorrimos los rincones de una de las ciudades más bonitas de España. No dejamos ni un rincón de la ciudad por ver. Fuimos a la playa de Zurriola, conocida por ser una de las preferidas por los surfistas. Subimos al monte Igueldo, desde donde se puede contemplar la panorámica de toda la ciudad. La bahía de La Concha, con la isla de Santa Clara en el medio. El Palacio de Miramar, la Basílica de Santa María del Coro, el Puente de María Cristina.

El viernes por la mañana Jaime me dijo que me pusiera el bikini.

—No quiero ir a la playa. —Sentencié.

—No voy a llevarte a la playa.

—Y entonces, ¿para que necesito el bikini?

—Ponte el bikini y confía —contestó Jaime.

—Es que, si no vamos a la playa, no entiendo para qué —insistí.

—Me exasperas. Ponte el bikini, algo de ropa cómoda y déjate llevar.

Hasta ahora las sorpresas que te he dado no te han disgustado, ¿no?

Me dejó sin argumento, tenía razón. Hasta ahora las sorpresas me habían gustado y mucho. Me puse el bikini, un vestido y unas cuñas de esparto.

—Llévate las chanclas en una bolsa —dijo Jota antes de irnos.

Le puse cara de interrogación.

—No quiero ir a la playa —afirmé de nuevo

—Qué no vamos a la playa, ¡coooooño! Me vas a provocar una úlcera

—me reprochó al tiempo que hacía gestos de desesperación exagerados.

Me hizo reír, era algo que Jaime conseguía siempre. Hacerme reír. Preparé la bolsa y nos fuimos.

Caminamos hasta la playa de La Concha.

—Me estás tomando el pelo, ¿no? Me has colado un baño en la playa. No hacía falta el numerito, con habérmelo dicho hubiera sido suficiente — exclamé un poco indignada.

Jaime me ignoró, continuó caminando y bajó por unas escaleras hacia la arena de la playa. Aceleré el paso para no perderle de vista y cuando llegué junto a él, me esperaba en la puerta de un establecimiento. En el rótulo de la puerta podía leerse: La Perla. Centro Talaso-Sport. Mientras Jaime compraba las entradas para disfrutar de un circuito de spa único, yo me entretuve leyendo una inscripción en la entrada: «Balneario reconstruido en 1912 otorgándole el aspecto actual, muy en consonancia con el resto de edificios del llamado estilo Belle Époque».

Había un jacuzzi gigante de agua salada desde el que podías ver la arena de la playa y el mar.

Me metí y dejé que las burbujas relajarán cada centímetro de mi piel. Saqué los brazos para apoyarme en el bordillo y contemplar el mar. Jaime se acercó.

—¿Ves, tonta? No íbamos a la playa —susurró.

—Esto es maravilloso —afirmé mientras le sonreía.

—El jacuzzi, la playa, el viaje, lo que hay entre nosotros...

—El sitio, el viaje. No sé todavía que hay entre nosotros. Pero como me sigas colmando con estos lujos no voy a tener escapatoria.

—Es la idea —me agarró de la cintura y me atrajo hacia sí. Le rodeé el cuello con los brazos y nos fundimos en un beso. Dentro del jacuzzi había más gente, noté como Jaime se excitaba y me alejé un poco.

—Relajémonos. No vayamos a dar el espectáculo. —Le guiñé un ojo.
—Me vuelves loco —susurró Jaime.

Hicimos el circuito termal completo y volvimos al hotel. Me encontraba relajada por el agua y a la vez cachonda perdida. Nos habíamos dejado algo pendiente por hacer en el jacuzzi. Nada más entrar a la habitación me abalancé sobre él y le arranqué la ropa. Jaime rebajó la intensidad. Me tumbó, me quitó el vestido despacio y fue besándome suavemente por todo el cuerpo.

—Esta vez quiero hacerte el amor —susurró.

Me dejé llevar. No sé exactamente si fueron los tratamientos con el agua o la ternura con la que Jaime me tocaba. Sentí una explosión interna. Un nudo en el estómago que me sobrecogió. Terminamos casi a la vez y Jaime susurró:

—Siempre me pasa lo mismo, no veo el momento de salir de ti. Me tienes atrapado.

Lejos de sentirme halagada, sentí mucha presión. Me faltaba el aire. Le aparté bruscamente y salí corriendo al baño.

—¿He dicho algo que no debía? —preguntó al otro lado de la puerta.

Yo estaba sentada encima de la tapa del inodoro, cabizbaja y desnuda.

—Pasa —le dije.

—¿No te encuentras bien? —inquirió preocupado.

—Esto va tan deprisa y con tanta intensidad que me provoca algo de angustia.

—No es mi intención agobiarte. Actúo según me dictan los sentimientos —afirmó.

—Lo sé y no pretendo que cambies ni tu forma de sentir, ni tu forma de actuar. Simplemente déjame espacio si te lo reclamo.

—Me parece bien. Voy al restaurante del hotel. Dúchate tranquila y baja cuando quieras.

Él se marchó y me puse a llorar sin saber realmente por qué. Quizá era una forma de desahogo, sin más. Pensaba en el traidor, en lo engañada que me tenía. ¿Y si estaba aferrándome a una historia con Jaime para no sufrir por el divorcio? Me di una ducha esperando que el agua se llevara con ella las dudas. Me vestí y bajé a comer. Al verle sentado, esperando con su gran sonrisa, me sentí fatal. Me hubiera gustado poder corresponderle, entregarme sin medida, pero era algo superior a mí. No era capaz de sentir sin más. Era Jaime, mi colega, mi mejor amigo, mi compañero de aventuras. Lo veía muy complicado.

Jaime consiguió relajar la tensión como siempre. Esa noche tenía trabajo, me sugirió que mientras él trataba de dormir para estar fresco por la noche, yo podía aprovechar la tarde para salir a dar una vuelta e ir de compras.

Fue buena idea, desconectar de mis pensamientos me hizo mucho bien. Me compré un vestido que estrené esa misma noche. Al llegar a la discoteca me quedé impresionada, para empezar los dueños del local nos habían enviado un coche con chófer para recogernos en el hotel y llevarnos al local. Al llegar había gente en la puerta esperando a Jaime para pedirle autógrafos y fotos.

—No tenía ni idea de esto —le dije una vez que entramos.

—Lo sé, que tampoco te impresione mucho, hoy estás aquí y mañana nadie te recuerda.

Mientras Jaime pinchaba, yo tomaba una copa en la barra. La gente estaba enloquecida con su música. «Ver para creer», pensaba mientras se me acercó un hombre con traje y corbata.

—¿Qué hace una mujer tan guapa y tan sola?

—No estoy sola, espero a mi marido que ha ido al baño. —«Qué original...»

Me sonrió y se alejó en búsqueda de otra presa. Cambié de sitio y seguí observando a la gente.

Jaime terminó la sesión entre aplausos, mientras daban paso a otro deejay. Al bajar de la cabina se le acercó una rubia despampanante con un escote de infarto. Yo les observaba sin poder quitar ojo: ella se tocaba el pelo mientras él se reía y le miraba las tetas. «¡Hombres!». Había visto miles de veces como tonteaba con infinidad de mujeres y como todas caían rendidas a sus pies, pero en esa ocasión no pude más. Sentí una punzada de celos mientras veía la escena y me acerqué a ellos.

—¿Has terminado cariño? —pregunté.

Él me miró con una ceja en alto.

—Sí —contestó incrédulo.

No sé qué me pasó, fue algo animal. Esparcir feromonas por el macho. Le cogí del cuello y le planté un beso de los que la lengua llega a la garganta. La rubia se largó y Jaime no podía parar de reír.

—¿Cariño? ¿En serio? ¿Sólo tenía que mirarle las tetas a otra? —dijo entre risas —. ¡Cómo sois las mujeres!

Me ruboricé, jamás había actuado así.

—Ven tontita mía, si a mí me encanta verte celosa. Vamos a tomar otra que me gustan mucho esas borracheras que te coges —susurró y me besó el cuello.

Salimos de la discoteca en dirección a la zona de copas de la Parte Vieja.

—Tampoco podemos liarnos mucho que hay que conducir de regreso —advertí.

—¡Pues nos quedamos un día más! —exclamó Jaime.

Bebimos, bailamos y conseguí divertirme sin pensar. Hacer las tonterías que siempre hacíamos cuando íbamos de fiesta. Salimos a la calle y el sol empezaba a asomar por el horizonte. Caminamos hacia el hotel, recordé las noches de juerga de la universidad, Jaime con su chica y yo con el traidor, sintiendo que nos comeríamos el mundo. Pero fue el mundo el que me engulló un poquito. Si alguien me hubiera contando que Jaime y yo tendríamos algo juntos por aquel entonces, no lo hubiera creído. Realmente pensaba que David y yo estaríamos juntos para siempre. La vida te enseña que los para siempre normalmente se convierten en para ratos. ¿Cuánto duraría mi rato con Jaime?

Jaime reservó la habitación una noche más. El sábado fue un día de descanso, de estar tirados en la playa. El domingo viajamos de vuelta para Madrid. Había sido un viaje revelador en muchos sentidos. No quería precipitarme, pero era evidente que Jaime me importaba y mucho, que le quería y que empezaba a amarle. Pero todavía no quería comprometerme. Estaba en el momento perfecto para ser un poco egoísta y pensar en mí. Pasar de una relación a otra sin haber tenido tiempo de estar sola, de pasar el duelo, de conocerme y entender que podía ocuparme de mí misma, me daba mucho vértigo. Algo en mi interior me decía que actuara con cautela.

Paranoia

Jaime me dejó en casa, quizá intuía el conflicto interno que estaba viviendo y decidió concederme espacio. Llamé a Sandra para contarle que estaba de vuelta en Madrid y que el viaje había sido espectacular. También llamé a mis padres para interesarme por la salud de mi padre y como había encajado mi madre el susto. Ambos estaban bien, adaptándose a una nueva vida más organizada y tranquila. Mi madre había contratado un cocinero nuevo especializado en alimentación para personas con enfermedades cardíacas. Además, obligaba a mi padre a hacer yoga con ella. Era evidente que el susto había sido mayúsculo.

A la mañana siguiente tuve una revelación, con todo mi entorno ocupado en sus quehaceres decidí acercarme al gimnasio de Jota, no sabía exactamente para qué, pero quería ver con mis propios ojos como era la mujer que le mandaba tantos mensajes al día. Jaime se resistía a denunciarla por acoso porque se sentía responsable, aunque negaba una y otra vez que la hubiera alentado o prometido algo que no podía cumplir. Yo sabía que eso

era cierto, conocía su forma de actuar con las mujeres, era muy claro respecto a sus relaciones. Eso no impedía que ellas se enamoraran de él hasta el tuétano. Esa absurda sensación femenina de que podemos cambiarlos.

Llegué a la plaza de Jacinto Benavente, el gimnasio se encontraba en la calle que une la plaza con la Plaza de Santa Ana. Desde la cristalera se podía ver que en la recepción había dos mujeres, ambas muy guapas. Una de ellas salió a fumar a la calle y sacó el móvil. Se alejó de la puerta del gimnasio, me acerqué y le pedí un cigarro. Parecía simpática, no estaba segura, pero tenía el presentimiento de que era ella. Su forma de actuar la delataba en cierto modo, estaba en tensión mientras escribía con el teléfono.

—¿Trabajas en aquél gimnasio? —pregunté disimulando una conversación banal.

—Sí, el uniforme me delata —dijo y sonreí.

—Qué casualidad, estaba pensando apuntarme.

—Si quieres, te informo de las tarifas cuando terminemos —propuso—. Me llamó Silvia.

—Martina, un placer —contesté.

Fue un leve gesto, pero se le contrajeron todos los músculos de la cara. Una rápida mueca de asco cubrió su rostro.

Terminamos los cigarrillos y me acompañó hasta el interior del gimnasio. Yo estaba desconcertada, dudaba mucho que Jaime le hubiera hablado de mí, pero por su forma de tratarme algo sabía. Me informó de las tarifas y horarios con una amabilidad forzada.

—Déjanos tu dirección para que podamos enviarte las promociones que vamos teniendo —sonrió y no se me pasó inadvertida la cara de extrañeza de su compañera.

—No gracias. Ya vendré directamente a apuntarme si así lo decido.

— ¿Ni un número de teléfono? —insistió. Sus ojos me miraban como cuchillos afilados.

—No, de verdad. Gracias por todo —contesté y salí de allí con ganas de correr. Aceleré el paso mirando hacia atrás por si me perseguía. ¡Estaba completamente paranoica! El pulso me latía cada vez más deprisa. Pasé por delante de una marquesina, en ese momento una persona subía a un autobús, sentí el impulso de salir de allí y corrí para montarme. Pagué el billete y el conductor arrancó. Me sentí aliviada, todavía con la respiración agitada.

Estuve un rato ensimismada, mirando sin mirar a través de la ventana del autobús. El encuentro con Silvia me había dejado una sensación horrible, un regusto amargo. El autobús giró y enfiló por el paseo de la Habana. No sabía cuál era el destino, me levanté y pulsé el botón para bajarme en la siguiente parada.

Saqué el móvil y llamé a Jaime.

—¿Has terminado? —pregunté a modo de saludo.

—Nos falta media hora, que firmen el contrato de colaboración y poco más. ¿Dónde estás?

—Dando una vuelta. ¿No vais a comer juntos? —insistí.

—No. Pensé que hoy lo pasarías a tu bola. ¿Quieres que nos veamos?
—preguntó.

—Sí.

—Vente por la oficina y nos vamos a algún sitio.

—Vale.

Cogí un taxi. La oficina de Jaime estaba en la calle Juan Bravo. Enfrente del local había un bar. Entré a esperarle, todavía me temblaba ligeramente el pulso. No dejaba de ver los ojos de loca que se le habían puesto a Silvia mientras me pedía la dirección. No conseguía tranquilizarme. Se acercó el camarero.

—Buenos días —dijo.

Me asustó y se me escapó un grito. El camarero me miraba extrañado.

—Perdóname, estaba con la cabeza en otro sitio.

Le mandé un mensaje a Jaime para que supiera que estaba en el bar y al cabo de unos minutos entró por la puerta. Al verme se acercó preocupado.

—¿Qué te ha pasado? Tienes mala cara.

Le conté mi pequeña aventura en el gimnasio y Jaime se molestó.

—No entiendo a qué has ido la verdad —afirmó.

—Yo tampoco, curiosidad supongo. Estoy preocupada de verdad, te digo que esa mujer no está bien. La forma de actuar, de mirarme.

—Venga ya, Tina. No seas exagerada.

—¿Sabe dónde vives o donde trabajas?

—No, siempre fui a su casa.

—Menos mal, aun así, no me quedo tranquila. ¿Te amenaza? —
indagué.

—Con agredirme, no. Sí es cierto que los mensajes son cada vez más desesperados. Me dice que no quiere vivir si no está conmigo.

—Bueno, no puedo explicártelo, pero lo que me ha transmitido me ha dejado

intranquila. Deberías denunciarla. Soy idiota, ahora sabe cómo soy físicamente. ¿Tú le has hablado de mí? —pregunté.

—No, pero ha debido oírme hablar de ti infinidad de veces, mientras lo preparaba todo, salía a hablar a la recepción porque dentro con la música era imposible.

—Mi padre tiene un amigo que es policía retirado. Le llamaré para consultarle.

—Deja la novela negra por un tiempo, ¿vale? —sonrió Jaime.

—Tú di lo que quieras, pero tengo un mal presentimiento.

—¡Bueno ya! Basta de malos presagios e intrigas detectivescas. Vámonos a comer. ¿Vamos a tu casa, pedimos sushi y dormimos una relajante siesta? —preguntó mientras arqueaba las cejas.

—Me parece bien —contesté sin mucho entusiasmo.

Sentada en la mesa con la bandeja de sushi delante se me fue pasando el malestar. Mientras cogía los makis, veía como Jaime se relamía. Me miró fijamente, con una de esas miradas tan suyas que conseguían taladrarme, cogió uno de los makis con los palillos y me lo ofreció. Yo abrí la boca, saqué un poco la lengua para cogerlo y él hizo un gesto de placer.

—Da igual lo que hagas y como lo hagas, cada día que paso contigo, termino empalmado —afirmó.

—Poesía pura, qué cosas más dulces me dices.

—Romántico o no, es la realidad de mi actual existencia.

—¿Lo dices con pesar? —pregunté.

—Con pesar no, con p de pasar, lo que va a pasar.

Se levantó, me cogió por los brazos y tiró de mí. Me tumbó en el suelo.

—Madre mía, creo que he tenido más sexo estos días que en los últimos veinte años —sentencié.

Jaime se rio con la exageración y me desnudó por completo. Esta vez no fue tierna. Follamos de manera salvaje, en el suelo y en la cama. Quizá ambos queríamos desquitarnos, yo los malos presentimientos y él seguramente el agobio que le producía la situación.

—Me vas a matar a polvos. ¿Ese es tu plan malévolo? —pregunté jadeante.

Jaime se reía.

—¡Me has descubierto! Oye, ¿has estrenado la piscina?

—No.

—Tengo un bañador en la bolsa del gimnasio, voy a por él y ¿nos bañamos? —sugirió.

—Vale.

—Genial, ahora subo.

A los veinte minutos Jaime seguía sin subir. Bajar al coche y volver al piso suponía cinco minutos como mucho. No llevaba el móvil encima y yo empezaba a ponerme histérica. ¿Dónde habría ido? Esperé diez minutos más e intuí que algo había sucedido. Salí al pasillo y fui corriendo a la puerta del ascensor. Pulsé el botón de llamada, pero el ascensor no subía. Empecé a ponerme más histérica todavía, completamente sugestionada imaginando escenas terroríficas en mi cabeza, tipo «Mentes criminales», esa serie tan espeluznante. Bajé corriendo por las escaleras. Mi casa estaba en el ático, cuando llegué a la planta baja pensé que vomitaría uno de los pulmones y eso que era de bajada. Mi forma física era algo preocupante. Corrí por la urbanización hasta la puerta de la calle, el pulso me retumbaba en los oídos. La cara de Silvia deformada por la locura campaba a sus anchas en mi mente.

Cuando llegué a la garita del portero para preguntarle si le había visto, vi a Jaime dentro con él. Estaba sentado en la mesa del portero haciendo algo en el portátil. El portero detrás de pie, muy interesado en la pantalla.

Yo estaba a punto de desfallecer, por el esfuerzo y por los nervios. Jaime me miró estupefacto.

—Pero ¿por qué vienes corriendo? —preguntó intrigado.

—¡Eres un gilipollas! ¡El susto que me has dado! —grité fuera de mí. Ambos me miraban sin dar crédito.

—Pero ¿yo qué he hecho? —preguntó Jaime, esta vez alucinando—. Dame un segundo que ya termino.

Le explicó unas cosas del ordenador al portero y se despidió.

Nos despedimos del portero y cuando estuvimos solos me dijo:

—Estás histérica. Pero ¿qué te pasa?

—¡Casi media hora en ir a buscar el bañador al coche! ¡Creí que te había pasado algo, imbécil!

—Joder Martina, estás paranoica. Vas a tener que relajarte un poco. Me ha dicho Paco, que así se llama tu portero por si no lo sabes, que no le funcionaba el ordenador y le he echado una mano para limpiarlo de virus. ¿De verdad piensas que Silvia es una amenaza real?

—Sí —contesté furiosa.

Quizá estaba exagerando con todo el tema, pero de verdad que había algo en todo ese asunto que no me dejaba tranquila.

—Iré a hablar con ella, a ver por dónde sale después de vuestro encuentro —musitó.

—Pero no vayas solo —supliqué.

—Venga anda, vamos a darnos un chapuzón. Estás fatal...

Pasamos la tarde en la piscina y después de cenar Jaime se marchó a casa. Agradecí que él tuviera trabajo el resto de la semana. Necesitaba tiempo para mí, empezaba a comportarme de manera que no me reconocía. Achaqué mi extraño comportamiento a miedos absurdos. Miedo al compromiso, miedo a la soledad, miedo a no encontrar un futuro laboral. Demasiados miedos para asimilar de golpe.

Sandra me llamó una mañana, iba a ir a ver un local cerca de la zona de El Retiro y me pidió que fuera con ella. Quedamos en la glorieta de la Puerta de Alcalá, en una cafetería coqueta donde ponen unos desayunos deliciosos.

—Me está costando encontrar lo que busco —dijo Sandra, mientras untaba una tostada—. Tienen que ser dos locales en uno. Dos estancias

separadas. En uno de ellos quiero montar mi estudio y en el otro una galería de arte, donde poder mostrar el trabajo de artistas noveles. La galería la gestionaría Olivia, de esa forma podrá dejar el bar donde trabaja. Está amargada.

—La entiendo perfectamente —musité.

—Tal vez teniéndola entretenida con eso se le quite la idea del bebé.

—Eres perversa —afirmé.

Hicimos tiempo en la cafetería hasta que llegó la hora de la cita. Sandra había quedado con el hombre de la inmobiliaria en la puerta del local.

Cuando llegamos nos esperaba en la puerta. Con traje de chaqueta oscuro y un gran bigote. Un hombre de unos cincuenta años, serio y amable que se volcó con Sandra. Respondió todas sus dudas. Yo ya sabía por la cara que había puesto que se había enamorado del local nada más traspasar la puerta de entrada. Grandes cristalerías, un despacho al fondo perfecto para ella. Sótano que podía servir de almacén. Techos altos de aspecto industrial, que con el gusto de Sandra en temas de decoración podría quedar muy del estilo neoyorkino.

Sandra aprovechó un momento en el que salí a la calle para tratar los temas económicos con el hombre. Encontré un banco a la altura del establecimiento anexo donde una pareja de ancianos miraba el escaparate de una agencia de viajes. Sentí una punzada de ternura. Llevar tanto tiempo con alguien y tener ganas de viajar. Sandra salió del local con una expresión triunfal.

—¡Mañana firmo el contrato, vámonos por ahí a celebrarlo! Te invito a comer en el Prado —exclamó entusiasmada.

—¿En qué prado?

—¡En el museo, boba! Podemos aprovechar y ver alguna exposición.

—¡Qué buena idea! Hace siglos que no voy —confesé.

Al llegar al museo dos grandes banderolas anunciaban una exposición del Greco. Tras dos horas de paseo por el interior contemplando las diferentes salas nos fuimos a comer. Era como si el tiempo se hubiese detenido. Nos dejábamos arrastrar por la belleza de cada cuadro, cada pieza expuesta. Cuando nos sentamos en una de las mesas del restaurante los pies nos palpitaban de dolor. Contemplé a Sandra, brillaba de la emoción. Le dije que estaba muy contenta por ella, por ambas, pero sobre todo por ella. Llevaba mucho tiempo luchando por su carrera profesional. También le confesé cierta envidia por haber tenido siempre tan claras sus metas. Por su dedicación para cumplir sus sueños.

—Tener una vocación tan clara y luchar por ello. Todavía no he decidido que voy a hacer. Había pensado montar una librería con encanto —comenté.

—La gente ya no compra libros, se los descarga —replicó Sandra.

—O una floristería.

—No sabes cuidar plantas, Tina.

—Pues un café bonito por tu barrio —sugerí.

—La hostelería es muy esclava. Son todos negocios de comedia romántica, cielo. Pon los pies en la tierra. Tienes que pensar algo que te suponga poca inversión por si te das el batacazo. Algo que puedas hacer desde casa con un ordenador y un teléfono. Yo abro el local después de años de trabajo desde casa y de crear una clientela fiel que me recomienda. Por ejemplo, puedes acompañar a Jaime en sus viajes y abrir una web o un blog contando tu experiencia en las ciudades que visitéis, colgar fotos, tiene un montón de gente que le sigue.

—Pero no sería algo mío.

—Siempre se te ha dado bien escribir. Retomarías tu vena periodística. Claro que sería tuyo. Y encima viajarías con un amigo con derecho a roce. ¡Qué más quieres! Creo que en un mes se va a un festival a Londres. Habla con él y con su representante para que te paguen por ello. Con la pasta que le pagan puede permitírselo.

Parecía un sueño. Viajar y vivir de ello.

—Lo pensaré. —Viajar con Jaime sin tener clara nuestra relación. El trabajo me apetecía mucho, era muy buena idea. Pero ¿no supondría meter más presión a algo que ya la tenía de por sí?

Después de comer continuamos viendo alguna sala más del museo y me fui a casa. Estaba molida de tanto caminar. Me senté en la terraza y pensé en la conversación con Sandra. Jaime era selectivo y no viajaba todas las semanas porque lo compaginaba con su otro trabajo. Yo tenía unos ahorros de la venta de la casa y la indemnización, no necesitaba un sueldo elevado. Al menos por ahora. ¿Por qué no intentarlo? Podía terminar los dos años de carrera que me faltaban en la universidad a distancia.

¿Y si Jaime no quería? También existía esa posibilidad. Pensé en invitarle a cenar el sábado y planteárselo. Si la respuesta era no, ya pensaría en otra cosa.

El resto de semana transcurrió tranquila. Fui a visitar a mis padres y pasé el día en la piscina con ellos, también quedé con mi hermana, que en cierta manera volvía a ser ella misma. Le había dado un ultimátum a Juan y como éste no quería perder el estatus tampoco, se habían dado otra oportunidad.

El viernes por la noche le envié un mensaje a Jaime para invitarle a cenar al día siguiente. No obtuve respuesta. No había sabido nada de él en

toda la semana. Empecé a ponerme nerviosa de nuevo. Le llamé a casa, nada. Traté de distraerme viendo una película y al cabo de una hora más o menos sonó el móvil.

—¿Has mandado a los geos a buscarme? —se burló.

—Qué idiota eres.

—Estaba en el cine con una amiga.

Se me torció el gesto. Jaime y sus amigas.

—¿Cenas en casa mañana? Quiero hablar contigo —pregunté tratando de no darle importancia.

—Joder —respondió él —. ¡Qué acojone! Claro. ¿Ha pasado algo?

—No, no, nada en absoluto. Mañana te lo cuento. —Colgué sin dejar de pensar en la frase: «en el cine con una amiga... A la que luego pienso hacer un cunnilingus». Me metí en la ducha tratando de quitarme esa idea absurda de la cabeza.

Nuevos planes

Al día siguiente desperté inquieta, estaba deseando contarle a Jaime la idea de Sandra. Aproveché la mañana para ir a hacer algo de compra para la cena. Por el camino no dejaba de pensar en ello. Estaba nerviosa. «¡Qué tontería! ¡Es Jaime, boba!», me repetía una y otra vez tratando de restarle importancia.

Caminaba por el supermercado distraída cuando al girar por uno de los pasillos me pareció ver a alguien conocido. Giré de nuevo, escondiéndome tras una de las cabeceras de góndola y allí estaba. Él. David, el traidor.

«¡Mierda!», musité muy bajito. Iba con una mujer, pero no era la guarra que había visto cabalgar sobre sus caderas. Era otra. Ella iba dándole la charla por algo y él caminaba con la cabeza agachada. Se me contrajo el estómago. Era tan extraño verle. Llevaban el carro lleno, así que supuse que no les quedaría mucho para irse, y no quería que me vieran. Me puse tan nerviosa que al girar con el carro para cambiar de dirección tiré la mitad de un estante de botes de cacao en polvo metálicos. El ruido se escuchó en todo el hipermercado. No sabía dónde meterme.

—¡Tina! —escuché tras de mí.

No quería darme la vuelta, no quería verle los ojos, pero no tuve más remedio.

—Hola —dije con un hilo de voz.

—¡Cuánto tiempo! ¡Estás genial! —exclamó y al instante le cambió la expresión, puso cara de lástima y dijo—. Lo siento tanto, Tina. ¿Por qué no tomamos un café un día de estos?

—Te espera tu acompañante y yo tengo prisa. Que te vaya bien —
conseguí decir mientras me agachaba para recoger los botes.

Llegó un empleado y me dijo que no me preocupara. Que él se ocupaba de recoger. Agradecí el gesto que me permitía salir de allí corriendo y me marché.

Dolía. Dolía verle y escucharle. Sí, todavía dolía.

Les vi alejarse camino de las cajas y seguí con la compra. Para quitarme el mal sabor de boca decidí comprarme algo. Era el centro comercial donde habitualmente trabajaba Sara. Ella estaba de vacaciones, pero fui a su departamento para comprar un perfume. Miraba a un lado y al otro esperando no verles mientras empujaba el carro. Terminé las compras, bajé al aparcamiento y salí de allí pitando. El encuentro me había revuelto por dentro.

A las ocho en punto sonó el telefonillo.

—Te he echado de menos. ¿Qué tal tu semana de desintoxicación de mí? —preguntó mientras me abrazaba.

—¿Era eso? ¿Has pasado de mí deliberadamente? —pregunté suspicaz.

—Te vi muy agobiada, Tina. Necesitabas unos días para ti.

—La verdad es que ha estado bien. He conseguido despejar un poco la mente. ¿Hablaste con Silvia?

—Pasé por el gimnasio y no estaba, me dijeron que está de vacaciones. Y no he vuelto tener noticias así que, por ahora, tema olvidado.

—¿Qué tal en el cine? —no pude resistirme a preguntar.

Jaime sonrió.

—¿Celosilla? Pregúntale a Olivia —se burló.

—¿Por qué no me dijiste que era ella?

—Para hacerte sufrir un poquito —confesó.

—¿Y no fue Sandra?

—Era una de miedo. A Oli y a mí nos encantan, a vosotras no.

—Cierto —afirmé.

Preparamos la mesa en la terraza y nos sentamos a cenar.

—Me estás asustando. ¿Por qué estás tan nerviosa? —inquirió Jaime.

—Quiero proponerte algo.

—¿Me has comprado un anillo? —dijo con voz chillona.

—Sí, de diamantes rosas. Ponte serio, por favor.

—Vale, vale. Qué tensión.

—El otro día acompañé a Sandra a ver un local y le gustó. Lo va a alquilar para montar su estudio y galería de arte —dije y Jaime levantó las cejas, expectante—. Estuvimos hablando de mi futuro laboral inmediato. Los negocios que se me ocurren no pintan muy bien. Y a Sandra se le ocurrió una idea: Que te acompañe en tus viajes y los documente de alguna forma, o vía web o blog para tus seguidores. Sería una forma de escribir sobre las ciudades que visitas, su cultura, sus lugares de interés y, por otro lado, enseñar a tus fans tu forma de vida y todo lo que rodea a una sesión.

Él se quedó serio y pensativo, me iba a dar un ataque de nervios allí mismo, no decía nada. Al cabo de unos minutos que se me hicieron horas, Jaime dijo:

—Joder con Sandrita. ¡Qué buena idea! Una guía de viajes con mis sesiones como hilo conductor. Podríamos hablar con las discotecas que me contratan, es una forma de darles publicidad. Hay que hablar con Ángel, para que te proporcione presupuesto, te meta en nómina y deis de alta el dominio y lo que haga falta. Necesitarás un portátil, una tableta y una buena cámara. Siempre tuviste mucho talento para escribir y para hacer fotos, pero como el capullo no quería que le hicieras sombra se encargó de anularte. ¡Puede estar muy bien! —exclamó pletórico.

—¿Y nosotros? —pregunté prudente, aunque por dentro estaba muerta de la emoción.

—¿Nosotros qué?

—¿Qué va a suponer en nuestra relación? —insistí.

—¿Ya has sacado la etiquetadora? ¡Qué más da! Seguiremos siendo dos amigos que se acuestan, unidos además por un acuerdo mercantil. ¡Me encanta! Cómo no se me ha ocurrido a mí, joder. La próxima sesión es en Sevilla, puede servirte de iniciación. ¡Luego nos vamos a Londres! Según están yendo las contrataciones voy a tener que decirle a Charlie que contrate a un diseñador gráfico porque no doy para más. Mañana vamos a hablar con Ángel.

Me lancé a besarle. Viajar y escribir. No podía ser verdad. Estaría ocupada y no pensaría tanto las cosas. «Sevilla en Agosto». Todo un reto.

Por la mañana temprano acompañé a Jaime a su casa para que se cambiara de ropa. Jota vivía en un edificio cerca del paseo de la Castellana. El piso no era muy grande pero las vistas eran impresionantes. Decoración de soltero con pasta, pensé. Un montón de cachivaches y pijadas tecnológicas. En una de las habitaciones tenía su estudio de grabación. Había una vitrina llena de premios, me acerqué a curiosearlos y me sentí fatal. Tantos años siendo amigos y desconocía su éxito musical.

Esperé en la terraza, contemplar Madrid desde un octavo en pleno Paseo de la Castellana era un privilegio. Salió a buscarme con sus bermudas y un polo de niño pijo, pero informal.

—¿De qué te ríes? —preguntó.

—Eres consciente que has pasado los cuarenta, ¿no?

—Pero levemente.

—Hacía mucho que no venía a tu picadero. Lo has dejado genial —

afirmé.

—¡Tira anda! No las traigo a casa, yo soy más de dar placer a domicilio. Que luego se presentan sin avisar —me contestó con una sonrisa seductora.

«Qué mamón y qué bueno está», pensé.

Llegamos a la oficina de Ángel en la Ciudad de la Imagen y al entrar viví un «déjà vu», allí estaba la recepcionista, su caída de ojos, su coqueteo con Jaime y esa forma tan elegante de ignorarme.

Jaime le contó a Ángel el proyecto y éste se entusiasmó.

—¡Por fin entras en razón! —exclamó y vino hacia mí—. No había manera de que tuviera presencia en la red, ninguna red social. Hoy en día es necesario. Tendrás que crear una cuenta de Instagram, Twitter y Facebook, además del blog donde ir escribiendo los artículos. Jaime dice que escribes fenomenal y yo me lo creo. Estoy eufórico, ¡joder! Dame dos días y lo tendrás todo preparado para Sevilla. Contrato, material, lo que haga falta.

Salí a la calle y sentía ganas de correr, saltar y bailar como en un musical. Jaime me miraba sonriendo.

—¿Estás contenta? —preguntó.

—¡Mucho! —grité mientras me subía encima de él y le rodeaba las piernas por la cintura. Comenzamos a besarnos, primero despacio. Hasta que nuestras lenguas se encontraron y empezaron a lamerse ansiosas. Jaime me bajó.

—Para, para o no podré controlarme —musitó. Me agarró de la mano y me llevó hacia el coche—. ¡Qué comience la aventura!

Comienza la aventura

Los días fueron pasando embarcados en nuestra propia rutina. Jaime debía contratar a alguien para el estudio de Diseño y yo aproveché para recoger el equipo que había preparado Ángel. Estaba como una niña pequeña el día de reyes. Leyendo instrucciones, preparando el material. Me había comprado una guía de Sevilla para saber qué lugares no debía perderme y documentarme. Jaime me observaba sentado en el sofá mientras veía la televisión.

—¿Y si no me lee nadie? —pregunté preocupada.

—No debes ni pensarlo. Haz un trabajo que a ti te satisfaga. El resto se verá. ¿Llevas mucho equipaje?

—No. ¿Por?

—Para bajar en tren —propuso Jaime.

—¡Sí! El traqueteo del tren, disfrutando del paisaje. ¡Qué romántico!

Jaime se rio.

—No has montado en Ave, ¿no?

—No —confesé.

—Pues mira, puedes empezar por escribir sobre eso. El maravilloso viaje en tren.

Reservamos los billetes por internet y nos fuimos a dormir. Yo no dejaba de dar vueltas en la cama. La emoción no me permitía conciliar el sueño. Repasaba una y otra vez las cosas que no debía dejarme. El neceser, la

cámara, el portátil, la tableta.

—¡Duerme! —exclamó Jaime.

—Pero si no he dicho nada.

—Haces ruiditos. ¿Qué te pasa? —preguntó.

—¡Tengo muchos nervios! ¿Y si perdemos el tren? —pregunté agobiada.

—Madre mía, Tina. Has puesto el despertador de los dos móviles y el de la mesilla. No creo que nos durmamos, la verdad. Qué viaje me espera...

Sonaron los tres despertadores y nos incorporamos de golpe. El sueño me venció y pude dormir unas horas. Había preparado una maleta pequeña y un bolso de mano. Jaime llevaba una bolsa con el portátil y la ropa.

Llamamos a un taxi y bajamos a esperar a la calle.

—¡Espera! Déjame hacerte una foto subiendo al taxi.

—¡Martina! ¡Vámonos! —gritó Jaime desesperado. Subimos al taxi y me cogió la mano—. Tienes que relajarte un poco. Vas a tener material de sobra, no tienes que hacerme fotos cada dos segundos, cielo, o esto va a ser un infierno.

Tenía razón. Me estaba pasando de intensa.

—Vale, lo siento —contesté.

Llegamos a la estación de Atocha. Jaime le pidió la factura al taxista.

—Importantísimo —me dijo—. ¡Pero eso no lo anotes! Anda tira, que me estás poniendo de los nervios.

Caminábamos por el andén, el AVE estaba detenido con las puertas abiertas, ya podíamos subir. «Las líneas del tren eran tan modernas que era como viajar al futuro». Puf, si escribo eso voy a parecer una paleta...

Jaime me miraba alucinado.

—¿Qué haces? —inquirió.

—Pienso.

—¿Y es imprescindible que pongas esa cara de no haber ido al baño desde hace un mes?

Solté una carcajada.

—No me entiendes, quiero hacerlo bien —confesé.

—¡Pero relájate, joder! Disfruta del viaje, haz unas cuantas fotos y ya está. Luego escribe del recuerdo, de la sensación que has tenido. Confía en ti. Volverás a ser la que eras.

Respiré profundo y cerré los ojos mientras el tren cogía velocidad. ¿Qué me estaba pasando? No me reconocía. No conseguía encontrarme entre tantos cambios.

Guardé la tableta, hice algunas fotos con la cámara y traté de relajarme. Me quedé mirando a Jaime mientras éste intentaba ver algo por la ventana. Cuando empecé a notar una punzada en el estómago, dejé de mirarle.

—Voy a cotillear por los vagones —dije al tiempo que me levantaba.

—Vale, yo voy a intentar dormir algo, que vaya nohecita que me has dado.

Busqué el vagón cafetería y pedí un café.

—¿Viajas sola? —me preguntó un hombre joven que miraba de forma extraña.

—No, viajo con mi congregación y no nos está permitido hablar con desconocidos. Disculpa —no tenía ganas de entablar conversaciones educadas.

Tomé asiento en la mesa más alejada de la barra. El hombre no había quedado muy convencido, pero no insistió. Tras beberme el café volví con Jaime. Lo encontré dormido con la boca abierta. Saqué el móvil y le hice una foto. «Esta me servirá para un posible futuro chantaje», pensé mientras se me

escapaba una sonrisa maléfica.

A los pocos minutos el tren entraba en la estación de Santa Justa, Jaime despertó con la locución que avisaba del fin de trayecto. El viaje se me había hecho muy corto. Con la alta velocidad perdías el romanticismo que envolvía los viajes en tren de antaño, pero ganabas inmediatez. La modernidad implica rapidez, no hay tiempo que perder.

Salimos de la estación y nos montamos en el primer taxi de la parada.

—Al hotel Alfonso XIII, por favor —solicitó Jaime.

—No suena a pensión —musité.

—No, no lo es.

Consulté la guía que llevaba de la ciudad y venía una pequeña reseña del hotel. «Construido a instancias del rey Alfonso XIII para albergar a los invitados a la Exposición Iberoamericana de 1929. Arquitectura de estilo mudéjar, con grandes arcos, hierro forjado, torres ornamentales y remates de cerámica». Estaba deseando verlo. El acento del taxista me hacía sonreír, no podía evitarlo. Estaba encantada de estar en aquella tierra llena de gente generosa y alegre. A pesar de que el calor te derretía de manera literal.

Cuando el taxi paró en la puerta del hotel, el edificio me dejó boquiabierto. Era espectacular, bellísimo. Dos personajes vinieron a mí: Alí Babá y Aladino. Sonreí para mis adentros, tenía claro que debía de escribir sobre el hotel en el blog. Me puse a hacer fotos como una loca mientras Jaime se ocupaba del registro y las cosas mundanas.

La habitación no era menos impresionante que el resto, decorada al estilo andaluz, con muebles señoriales, de amplias dimensiones y con una lámpara tipo araña, preciosa. Imposible no transportarte a la época de Alfonso XIII y sus fiestas.

Dejamos las cosas y salimos, era temprano y el calor empezaba a sentirse, había que aprovechar antes de llegar al mediodía y tener que

encerrarnos en el hotel obligados.

—¿A dónde quieres ir primero? —preguntó Jaime complaciente.

—A la Catedral, La Giralda, a los Reales Alcázares, la Torre del Oro, el puente de Triana, el Guadalquivir, la Plaza de España.

—¿Estás loca? ¿Quieres matarme? Que esta noche tengo que trabajar.

—Al ver mi cara de decepción, dijo—: mira, te propongo una cosa. Cogemos un autobús de esos turísticos que te llevan por parte de la ciudad enseñándote todos los monumentos, así te haces una idea general de la ciudad y mañana temprano visitamos el que más te apetezca. Por la tarde no me sacas del hotel ni a palos.

—Está bien. —Concedí resignada.

Montamos en el autobús panorámico e hicimos el recorrido completo que duraba alrededor de una hora. El autobús cruzó el río y entró en La Isla de la Cartuja. Pude fotografiar todos los monumentos desde el piso de arriba del autobús que no tenía techo.

—Vamos de tapeo al barrio de Triana, como corresponde —sugirió Jaime cuando nos bajamos.

—¡Genial! —Mi entusiasmo era evidente.

—¿Qué monumento has elegido? —preguntó Jota intrigado.

—La Catedral, sin ninguna duda.

Andando por las calles del barrio de Triana, entendí el significado de la expresión: «El Embrujo de Sevilla». Triana y sus callejuelas desprendían arte por cada rincón. Era una ciudad única que te atrapaba según llegabas. Monumental y llena de historia, mezcla de diferentes culturas cohabitando en armonía.

Comimos en una taberna típica donde pudimos degustar su fabulosa gastronomía. Gazpacho, pescaíto frito, un buen plato de jamón y regresamos

al hotel huyendo del abrasador calor que a esas horas era ya insoportable.

Aproveché la majestuosidad del baño del hotel y preparé la bañera para estar en remojo un rato. Nunca me había considerado una persona materialista, pero el lujo era algo que te hacía sentir bien de manera inmediata. Imposible no caer en sus redes. La cesta con los productos de baño, las sales, la espuma, el perfume que desprendían las toallas. Cerré los ojos y puse la mente en blanco. Nada de dudas o pensamientos en bucle, conseguí relajarme del todo hasta que una mano entró en el agua y me cogió de la cintura. Jaime me sacó de la bañera y me llevó hasta la cama.

—Qué bien hueles —susurró.

—¡Vamos a empapar las sábanas! —exclamé.

—Ni que lo digas —contestó mientras me abría las piernas y hundía su lengua en mi sexo receptivo.

Con Jaime el acto sexual se alargaba durante horas. No me cansaba de su cuerpo, de tenerle dentro, de su forma de besarme, de lamer cada centímetro de mi piel. Él tardaba muy poco en recuperarse y estar de nuevo listo y yo estaba enviciada. Era tan perturbador saber que había tenido aquello a mi alcance durante tanto tiempo y no haberme dado cuenta. En ningún momento hubo química entre nosotros, o al menos yo no la había sentido y ahora nos habíamos convertido en dos feromonas con patas.

Tratamos de dormir el resto de tarde, Jaime empezaba la sesión a la una de la madrugada. Cenamos en la habitación y nos preparamos. Un coche nos vendría a recoger para llevarnos a la discoteca. Era difícil no sentirse como una estrella de rock.

Montados en el coche me enamoré un poco más de la ciudad. «Sevilla de noche se convierte en una ciudad mágica. La iluminación sobrecoge», anoté en una pequeña libreta.

Al llegar a nuestro destino me mantuve en un segundo plano. Jaime

hablaba con la gente y disfrutaba de su momento. Hice fotos, tomé notas, hablé con la gente para preguntar qué les gustaba de Jaime como deejay. Me lo pasé realmente bien sintiéndome reportera.

Un hombre encantador de dimensiones enormes y un con pinganillo en la oreja, me acompañó a la zona Vip.

Tomé asiento en una de las mesas que daban a la pista y pedí al camarero un ron con cola, poco cargado. En la mesa de al lado un grupo de mujeres charlaban, una de ellas dijo:

—Qué bueno está el disc-jockey.

«Brindo por eso», pensé y sonreí.

La noche estuvo divertida. Jaime se quedó con la gente de la discoteca tomando unas copas y yo regresé al hotel, quería aprovechar la mañana para ver todos los monumentos que me diera tiempo, al menos los que quería documentar en el artículo. Sevilla era una ciudad para perderse y para no perdérsela. No quería irme sin entrar a La Catedral y contemplar La Giralda con más detalle.

Cuando desperté, Jaime dormía a mi lado. Salí a la calle con la cámara colgando del cuello. Primero visité la Catedral. Una de las más grandes del mundo, de estilo gótico. Digna de ver y disfrutar. También tuve la ocasión de observar La Giralda de cerca, antiguo alminar de la mezquita que había en el solar, donde se levanta ahora la Catedral. Escribí varias notas y tomé muchas fotos. A las doce del mediodía de un día de agosto, el calor empezaba a ser sofocante y costaba respirar. Entré en una cafetería y pedí un granizado de limón. Saqué la tableta y empecé a escribir el boceto de lo que sería la primera entrada del blog. Estaba lanzada, las palabras se encadenaban unas con otras. Después de un rato de diversión, abstraída de lo que me rodeaba, sonó el teléfono.

—¿Dónde estás? —preguntó Jaime con la voz adormilada.

—Tomando un granizado, ya voy para allá —contesté.

Llegué al hotel jadeante y sudando. El sol abrasaba. Jaime me esperaba en el restaurante del hotel con cara de resaca.

—He entrado a la Catedral, ¡es maravillosa! —exclamé emocionada.

—Shhh. Háblame bajito, por lo que más quieras —me dijo al tiempo que me daba un beso—. Estoy muerto de hambre. ¿Te parece si comemos aquí y luego vamos a la estación?

—Perfecto.

Comimos de maravilla y pedimos un taxi para llevarnos a la estación de tren. Ya en el AVE, aproveché para enseñarle el borrador del artículo a Jaime.

—¡Está realmente bien! —opinó Jota.

—Gracias. Me faltan unos detalles e insertar las fotos. También tengo el diseño de la plantilla de la web.

Jaime sonreía al verme tan entregada.

—Cuatro días y partimos a Londres. ¿Serás capaz de acostumbrarte a esta caótica vida? —preguntó mientras el tren volaba por las vías.

—¡Lo estoy deseando!

Un giro forzado

Llegamos a Madrid y cada uno se fue a su casa, al día siguiente ambos teníamos cosas que hacer. Jaime con su hermano y yo quería ver a Sandra y a la familia. Creo que también sentíamos la necesidad de cuidar las cosas. Demasiado tiempo juntos era contraproducente. Ahora que nuestra relación había tomado un cariz profesional no queríamos estropearla por hartazgo. El famoso refrán: «lo bueno si es breve dos veces bueno». Tampoco era cuestión de medirnos o que nuestro tiempo juntos fuera breve, pero mejor no forzar.

Salí temprano para aprovechar el día. Primero fui a visitar a mis padres y respiré tranquila al comprobar que mi padre estaba muy bien. Había tomado conciencia después del susto, llevaba una vida sana y se le veía lleno de vitalidad. Al poco de llegar sonó el timbre. Era Claudia y su familia que venían de visita también.

—¡O no venís en semanas, o venís todos a la vez! —exclamó mi madre, en un tono bastante relajado para lo que ella era. Insistieron para me quedara a comer y aproveché para contarles el proyecto en el que andaba embarcada.

—¡Claro! Esas cosas se pueden hacer cuando uno no tiene responsabilidades. Dedicarse a viajar y llamarlo trabajo. —Soltó mi hermanita que había recuperado su habitual rictus de amargada e insatisfecha.

Procuré no hacerla caso, nada empañaría la ilusión que me causaba la aventura.

Después de comer, fui a ver a Sandra. Madrid estaba desierta así que fui en coche hasta el centro. Tomé café con ellas y también les conté que tal había ido mi experiencia profesional, viajera y pasional con Jaime, en esta ocasión pude explayarme con todo lujo de detalles, evidentemente con mi familia había obviado los detalles sexuales o amorios del viaje.

No sé ni la de veces que le di las gracias a Sandra por su maravillosa idea.

—¡Eres un genio, Sandra!

—¡Qué tontería! Si tú eres feliz, yo soy feliz, así de simple.

Madrid en agosto tampoco invitaba a pasear, no llegaba al extremo de Sevilla, pero el calor era asfixiante. Vimos una película al refugio del aire acondicionado y al caer la noche me fui a casa. Ellas insistieron para que me quedara a pasar la noche, pero estaba deseando dormir en mi cama. Esos placeres pequeños que no aprecias hasta que los pierdes. Ahora que escribo esta historia con la perspectiva del tiempo me doy cuenta de que las decisiones que tomamos en el día a día nos condicionan. Por pequeñas e insignificantes que sean. Ojalá y aquel día me hubiera quedado a dormir con ellas. Pero no fue así y nada puedo hacer para cambiarlo.

Llegué a Montecarmelo alrededor de las doce de la noche. Al llegar al garaje me pareció raro que la puerta estuviera abierta, pero no le di importancia. Pulsé el botón del mando para encender las luces, pero no funcionaron. Se habría ido la luz y al estar unido al mecanismo de la puerta, ésta se había quedado abierta. Había pequeños avisos luminosos de emergencia, pero no iluminaban. Entré despacio, las siluetas de los demás vehículos eran como gigantes amenazantes. Sentí un ligero temor. Llegué a

mí plaza, aparqué y al apagar las luces del coche todo se volvió oscuro. Caminé a paso ligero hasta la puerta de acceso al portal. Aquella oscuridad era oprimiente, saqué el móvil y lo sujeté a modo de linterna. Cuando alcancé el pasillo y encendí la luz, me tranquilicé al instante. Subí al ático en el ascensor y me reí al verme en el espejo. Todavía tenía la sensación de susto en el cuerpo. Ya en la puerta, metí la llave en la cerradura. De repente escuché un ruido extraño a mis espaldas, giré y vi los ojos desencajados de Silvia. No recuerdo nada más, todo se volvió negro.

Desperté y me dolía mucho la cabeza. Estaba mareada. Silvia me había precintado las muñecas y debió arrastrarme hasta el sofá. Jugaba con un cuchillo que había cogido de la cocina. Lo clavaba en la encimera una y otra vez. La estaba destrozando, era surrealista, yo con las muñecas precintadas, ella con un cuchillo en la mano y me preocupaba que me destrozara el precioso Silestone.

—Bonita choza. Aquí debería vivir yo, ¿sabes? Me has robado mi vida. Estaría conmigo si no hubieras aparecido tú, explotando tu papel de pobrecita separada —dijo en un tono que me erizó la piel.

—Yo no te he robado nada. Necesitas ayuda, Silvia.

—¡Calla! No quiero oírte. ¡Vuelve a hablar y te pongo cinta en la boca! —gritó enfurecida—. Ayuda... Ya busqué ayuda y nadie ha querido ayudarme. No quiero olvidarle, ¿qué ayuda es esa? Necesito ayuda para estar con él y esa sólo me la puedes dar tú. Desapareciendo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo entero. No podía estar pasando. Estas cosas pasaban en las películas, no en la vida real. Silvia desapareció por el pasillo hacía la habitación. Intenté quitarme la cinta, pero no cedió ni un milímetro. Encima de la mesa estaba mi bolso abierto. No me había atado los pies, ni lo pensé. Corrí al bolso, metí ambas manos y logré coger el móvil. Lo

llevé al sofá y me senté encima. Temblaba de los nervios y me sudaban las manos.

Silvia salió con uno de mis vestidos puesto y un montón de ropa interior en la mano.

—¿Esto es lo que usas para seducirle, guarra? —La miré con horror.

Con unas tijeras empezó a romper varios conjuntos, tenía el semblante sereno y tan frío que helaba la sangre.

—¿Para qué fuiste al gimnasio? ¿Para reírte en mi puta cara? Sólo una zorra es capaz de hacer eso. Así que vas a pagar por el daño que me has hecho, por haberme quitado a Jaime, que es lo mejor que me había pasado jamás. Él estaba tan enamorado de mí, hasta que le convenciste con tus juegos y tus artimañas.

Volvió a entrar a la habitación y cogí el teléfono con una mano. Abrí corriendo el programa de mensajes, la respiración me iba a mil por hora. Le mandé un mensaje a Jaime. «SOS. No llames, ven a casa con la policía. Corre» y volví a esconder el móvil bajo el cojín del sofá.

Silvia salió de nuevo y se quedó contemplando la terraza.

—¡Qué hija de puta! Tantas llamadas, preparándolo todo. La primera vez que le escuché se me hizo raro que llamara a su hermano estando yo delante. «Charlie estoy enamorado y necesito tu ayuda». Pensé que lo hacía delante de mí para despistarme. Hasta qué dijo tu nombre y se me partió el alma.

—¿De dónde has sacado mi dirección? —pregunté hundida.

Silvia soltó una carcajada.

—¿Impresionada? A partir de ese día hice todo lo posible por escuchar sus conversaciones en la puerta del gimnasio. Si salía a la calle, yo salía con la excusa de fumar. No hay muchos negocios de diseño de jardines en El Escorial. Eso, un poco de astucia femenina y un despiste del amable señor.

Encontré tu ficha.

—Si me haces daño, irás a la cárcel y no podrás estar con él —sollocé.

Silvia volvió a reírse.

—Lo tengo todo calculado, no es algo que deba preocuparte. —

Sentenció.

La cara de psicópata de Silvia me hizo estremecer. Tenía ganas de llorar. «Y si Jaime, ¿no ha leído el mensaje?». Estaba aterrorizada, Silvia paseaba por toda la casa. Se había puesto mi ropa, mis zapatos. Abría cajones y armarios buscando no sabía qué. La angustia se apoderaba de mí. Tenía la boca tan seca que casi no podía tragar.

Silvia se acercó con el cuchillo. Por su expresión facial se veía que estaba disfrutando con la tortura hasta ese momento psicológica.

—Te contaré un secreto. Voy a robarte la vida, no sólo acabaré contigo, sino que además me quedaré con todo. Tu casa, tu nuevo trabajo. Jaime y yo seremos felices —confesó.

Yo no tenía fuerzas ni para contestar. De repente noté que a Silvia le cambiaba la mirada, las pupilas se le dilataron y sujetó el cuchillo con más firmeza. Se abalanzó hacia mí con la intención de clavármelo, pero reaccioné. A día de hoy no sé ni cómo. La empujé con ambas piernas con una fuerza que no sabía que tenía, tan fuerte que Silvia cayó hacia atrás dándose con la cabeza en el suelo. El cuchillo salió volando por el aire. Aproveché que Silvia estaba aturdida y corrí hacia la puerta. Intenté abrir, pero estaba cerrada con llave. La llave no estaba por ningún sitio.

—¡No! —grité desesperada.

Silvia se levantaba despacio y fue tambaleándose hacia mí. Le propiné una patada en la cara y cayó noqueada por el golpe. Recordé que tenía una copia de las llaves en mi habitación. Corrí a cogerla, de vuelta al salón comprobé que Silvia seguía tirada en el suelo. Abrí la puerta, cerré con llave

desde fuera y salí corriendo escaleras abajo. No podía esperar el ascensor. Me dolía la piel de las muñecas, todavía llevaba la cinta sujetando ambas manos.

Al salir corriendo del portal, vi en la puerta de la calle que en ese momento llegaba la policía y hablaban con el portero con una parsimonia desesperante. Sentí unas ganas irrefrenables de gritar: «¡sólo falta que os pidáis un café!». Estaba enfurecida. La adrenalina se convirtió en pura rabia al ver a Jaime entrando con cara de susto y preocupación. Daba la sensación de actuar con cierta torpeza, sin saber qué estaba pasando.

—¡Martina! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó intentando abrazarme.

Le aparté de un empujón.

—¡Nooooo! ¡La puta loca esa ha intentado matarme! ¡Te lo dije! ¡Pero no me hiciste caso! —grité fuera de mí.

La cara de Jaime, del portero y de los dos policías eran un cuadro.

Me volví hacia los policías y grité:

—¡Pero ¿qué hacen ahí?! ¡Todavía está en mi casa! ¡Deténganla, joder! Jaime me abrazó fuerte y trató de calmarme.

—Martina, afloja. Que esto se te va de las manos.

El portero les dio a los policías el número de piso mientras uno de ellos pedía refuerzos. Jaime les dio la llave, para que no derribaran la puerta. También llamaron a una ambulancia viendo mi estado de ansiedad. Algunos vecinos se asomaban a la terraza.

—¡Genial! Con lo que me gusta llamar la atención... —dije sarcásticamente—. ¿Puede alguien desatarme las manos?

Salió el portero corriendo con unas tijeras y cortó la cinta. Jaime estaba abrumado.

—Lo siento, Tina —repetía una y otra vez.

Llegaron varios policías más junto con una ambulancia. Uno de los médicos insistió en examinarme.

—Estoy bien, no me ha hecho nada —afirmé.

Me suministraron un tranquilizante y poco a poco me fui relajando.

Al rato bajaron los policías con Silvia esposada. Andaba con la cabeza agachada, pero podía verse el golpe en su cara. Iba susurrando algo, pero no alcancé a oírlo.

Uno de los policías se acercó a nosotros y empezó a hacerme preguntas. Las pastillas habían hecho efecto y no podía concentrarme para decir nada coherente. Nos citaron al día siguiente en la comisaría para hacer la denuncia y contestar las preguntas que tenían que hacerme.

—No quiero subir. Llévame a tu casa. —Le ordené a Jota yendo hacia la puerta.

Jaime obedeció sin rechistar. Se le veía afectado y asustado por lo que podía haber pasado.

—No me lo hubiera perdonado. No quiero ni imaginar...

—Pues no imagines —dije cortándole—. Estas cosas ocurren en la tele, joder. No puedo. Esta noche no quiero hablar de esto. Llévame a tu casa, dame otra pastilla de las que te ha dado el médico y méteme en la cama. Quiero terminar con esta pesadilla por ahora.

Y así lo hicimos, nos fuimos a casa de Jaime. Me ayudó a ducharme, tomé otro sedante y me acosté. Debí dormir durante varias horas. Al despertar y salir de la habitación, la casa de Jaime estaba abarrotada de gente. Sandra, Olivia, mis padres y Claudia revoloteaban por el salón, alarmados.

Cuando se percataron de mi presencia, vinieron a rodearme. Besos, abrazos, estaba abrumada. Todavía un poco atontada por la medicación miré

de reojo a Jota con expresión de asombro. ¿Cómo se le había ocurrido llamar a mi familia?

Jaime se ausentó a preparar café y yo relaté los acontecimientos a los presentes que me escuchaban con cara de horror.

—Hija, ¡qué susto! —exclamó mi padre.

—Efectivamente, en eso ha quedado, en un susto. Os agradezco de corazón, pero tengo que ir a la comisaría. Estoy bien, no os preocupéis. Necesito normalidad cuanto antes. Jaime me ayudará a recoger las cosas de la casa. Según nos dijeron, iría la policía científica a tomar huellas.

Sandra me observaba con los ojos entreabiertos. Se acercó a Jota y pude oír que le decía:

—No la dejes ni un segundo sola, se va a derrumbar.

—Lo sé —asintió Jaime.

—Vale, me llevo a todo el mundo. Cualquier cosa, por favor. Llámame.

—Sí, tranquila.

Salieron todos tras despedirse.

—Vístete y nos vamos. Te queda muy bien mi camiseta —comentó Jota tratando de llenar de normalidad el ambiente.

—Dirás, ¡mi camiseta! —Corregí con sorna.

Jaime sonrió. No dijo nada más, pero estaba evidentemente preocupado.

Una vez en comisaría, contesté a todas las preguntas y relaté lo ocurrido. Silvia había pasado a disposición judicial por varios cargos. No tendría fianza. Seguramente la internarían en un módulo psiquiátrico a la espera del juicio.

El comisario fue muy tajante:

—No pisará la calle en mucho tiempo, esté tranquila.

Pero yo no podía tranquilizarme. ¿Cómo volvería a mi casa? ¿Cómo andaría tranquilamente por la calle? Estaba muerta de miedo. El policía intuyó mis pensamientos porque me recomendó buscar ayuda. Nos facilitó la tarjeta de un psiquiatra especializado en estrés post-traumático. Salimos de allí y pusimos rumbo a mi casa. Viajar me emocionaba, pero en esta ocasión necesitaba coger ese avión rumbo a Londres más que nunca.

Al llegar a la puerta, respiré hondo y pensé en mi terraza, mi paraíso particular. Mi lugar favorito. No podía abandonarlo.

—¿Preparada? —preguntó Jaime.

Reuní el valor, asentí y bajé del coche. Al vernos, el portero se acercó a nosotros para interesarse por mí. Le agradecí el interés y subimos.

Entrar por la puerta me supuso una profunda tristeza. Todas mis cosas estaban tiradas por el suelo. Mi ropa, mis zapatos, toda la ropa interior rota. Había un conjunto de La Perla que me había costado un riñón. Me regañé por pensarlo, estaba ilesa, era lo único que de verdad importaba.

Abrí las persianas y ventanas, pensando que el aire se llevaría toda mi congoja. Salí a la terraza e inspiré profundamente. El aroma de las plantas penetró en mis pulmones y sentí paz. Me dejé embriagar por el olor del jazmín que ya trepaba por una de las paredes. En ese momento tomé la decisión de llamar al psiquiatra que me había recomendado el policía. No quería tener miedo en mi propia casa, y desde luego mudarme no era viable. No dejaría esa terraza por nada del mundo.

Jaime salió a la terraza al cabo de unos minutos.

—He recogido la ropa —dijo—. Lo he metido todo en una bolsa para tirar. Aprovecharemos en Londres y renuevas el armario.

Se acercó y me besó en la frente.

—No te lo digo nunca para no agobiarte, pero sabes que te quiero,

¿Verdad? —confesó.

—Es lo bueno de quererse, que no hace falta decirlo, con los hechos es suficiente —contesté. Jaime se quedó pensativo—. Que sí, que significa que yo también te quiero.

Él sonrió y me abrazó fuerte.

—Te invito a comer. Vámonos. Esta noche duermo aquí contigo, a ver qué tal.

—Esta tarde viene el jardinero. La verdad es que tiene la terraza preciosa. No sé cómo estaría si hubiera tenido que cuidarla yo.

—Eso estaba descartado desde el principio. Las plantas no son tu fuerte. —Sentenció Jaime.

—No, la verdad que no.

Entramos al salón y al ver el sofá no pude evitar estremecerme. La imagen de Silvia tirada en el suelo me atormentaba. «¿Cuánto duraría la pesadilla?», pensé. Después de comer llamaría a la consulta para pedir cita, no quería vivir con miedo. Jaime me cogió de la mano al ver la expresión de mi rostro y nos fuimos a comer.

Pesadillas

Sentada en la sala de espera, la paciencia empezaba a desaparecer dejando paso a los nervios. Una de mis piernas temblaba sin cesar, no era capaz de mantenerme quieta. De no ir jamás a terapia en toda mi vida, ahora me estaba convirtiendo en una experta. Se abrió la puerta y salió el médico. Me quedé observándole preguntándome si era una broma. No parecía un psiquiatra, parecía un modelo de Hugo Boss.

—¿Martina? Un placer, mi nombre es Hugo. Pasa y siéntate.

«Hugo». Me reía yo sola. «¿Por qué me tiene que tocar el psiquiatra cachas? ¡Así no me concentro!».

Hablamos de lo ocurrido, le conté mis temores y le hablé de las pesadillas que estaba teniendo. Él decía que era algo normal después de lo vivido. Que lo más importante por ahora, era que durmiera las ocho horas diarias, como mínimo. Me recetó unos somníferos y unos ansiolíticos. Quedamos para la semana siguiente, después del viaje a Londres.

Salí la calle y me monté en el coche. La ansiedad empezó a apoderarse de mí. Sentía un dolor punzante en el pecho, me sudaban las manos. Miraba a mi alrededor, con los nervios aferrados al estómago. Me dolía la cabeza, sentía como me palpitaba la sien. Respiré hondo, pero no conseguí tranquilizarme. «Está detenida», repetía mi mente una y otra vez para tranquilizarme. No podía permitir que este estado me controlara. En realidad,

sabía que estaba todo en mi cabeza. El médico me había dado unas pautas de relajación, que al principio requerían entrenamiento, pero que con constancia acabaría consiguiendo relajarme de manera automática. Estuve un rato metida en el coche, con los ojos cerrados, recordando situaciones agradables, haciendo respiraciones profundas hasta que me sentí mejor y pude poner el vehículo en marcha.

El avión despegaba muy temprano por la mañana. Había quedado con Jaime para cenar. Pero antes fui a ver a Sandra, no podía estar sola en casa.

—Hola cariño, ¿cómo lo llevas? —me besó cariñosa.

—Bueno, lo llevo.

—¿Qué tal el psiquiatra?

—Pues está cañón.

—¿En serio? —Sandra se reía—. Mira, ¡te ayuda y te alegras la vista!

—Pero cañón, cañón. No te lo imaginas. No sé si cambiarme, ha habido un momento en la consulta en el que él me hablaba y yo me imaginaba una escena de película porno encima de su mesa. Él tirándolo todo al suelo, ya sabes.

Sandra soltó una carcajada.

—Oye, quién sabe, puede ser una nueva forma de terapia. Generar serotonina a base de orgasmos —se burló.

Continuamos con las risas durante toda la tarde, Sandra tenía un poder curativo conmigo. A pesar de todo y de todos, seguía siendo mi persona especial. Tomamos café en su precioso despacho y recorrimos la galería. Había quedado preciosa. Sonó el móvil, Jaime parpadeaba en la pantalla. Descolgué, me contó que ya había organizado todo para el viaje y me esperaba en casa.

—Me voy Sandrita, Jaime ya va para el ático. No consigo estar sola

allí.

—Date tiempo, aprovecha el viaje para ver las cosas con perspectiva. La persona que te ha hecho eso no puede volver a hacerlo.

Al llegar a la casa de Montecarmelo vi que Jaime esperaba en la puerta del garaje. Tenía que dejar el coche dentro, él había sido quien lo había sacado del garaje y ya iba siendo hora de que yo lo aparcara dentro, pero le pedí que me esperara en la puerta y se montara conmigo para poder hacerlo. No me sentía capaz, todavía no podía estar sola en el garaje. La mente puede llegar a ser nuestra peor enemiga.

Paré a la altura donde se encontraba él, sonriendo con tristeza.

—Siento todo esto, me siento imbécil —confesé cuando se sentó en el asiento del copiloto.

—No me pidas disculpas por favor, es normal que estés así. Todo es por mi culpa —admitió Jaime consternado.

Agachó la cabeza y yo sentí una ráfaga de rabia interior. Esa culpabilidad nos estaba destrozando, él se comportaba de forma extraña y para mí empezaba a ser algo insoportable. Yo necesitaba sus bromas, su forma de besarme, de hacerme olvidar a base de esos prodigios de polvos que echaba. Pero no se atrevía ni a tocarme, siempre ponía esa cara de pena. Lamentándose por la situación.

Aparcamos el coche y al llegar al piso fui directamente a preparar la maleta. Sólo estaríamos dos días y quería comprar ropa allí, así que apenas metí un vaquero, un par de camisetas y un jersey. Para la noche de la sesión compraría algo al llegar, la mayoría de los vestidos habían terminado en la basura.

La nevera estaba en las últimas, pedimos comida para llevar. Yo empezaba a estar cansada de los «¿estás bien?» o los «¿cómo estás?»

continuos, no quería parecer desagradecida, pero esa actitud de Jaime me estaba rompiendo por dentro. Hablamos poco durante la cena. Mientras él recogía los platos aproveché para tomar una ducha y me acosté. Él se tumbó al rato conmigo, me dio las buenas noches y se acostó dándome la espalda. No lo soporté más. Agobiada por la situación encendí la luz.

—¡Basta! —grité.

—¿Cómo? —preguntó extrañado.

—Basta de compadecerte. ¡No puedo más! No ha sido culpa tuya.

Necesito que vuelvas a ser tú. Por favor —supliqué.

—No puedo Tina, me siento tan mal con todo esto. Debí hacerte caso, haber hablado con ella, haberla denunciado.

—¿Por cuatro mensajes? Se ha quedado en un susto, por favor. No estoy herida y la ansiedad se irá con el tiempo. Necesito que me hagas reír como antes, que me toques, que me beses, que me hagas sentir en casa.

Nos abrazamos y Jaime me prometió que lo intentaría.

Por la mañana fuimos temprano al aeropuerto, desayunamos y subimos al avión. Sentados esperando a que el avión se pusiera en marcha, me quedé mirando a Jaime y vi luz en sus ojos, esa chispa tan suya. Le dediqué una amplia sonrisa.

—He vuelto pequeña —dijo forzando la voz y levantando una ceja.

Yo gemí de puro placer y le besé con todas mis ganas, justo en ese momento sonó el aviso para que nos pusiéramos el cinturón.

—¡Vaya hombre! Qué manera de cortar el rollo. Bueno, si quieres luego echamos un polvete en el baño, pero ya te digo que está sobrevalorado, es pequeño y muy incómodo —se burló Jaime.

—¿Hay algún sitio típico donde no lo hayas hecho? —pregunté sonriendo.

—Creo que no. Ascensor, sí. Probador de grandes almacenes, sí.
Encima de una mesa de billar, sí. ¿Qué más?

—Déjalo, ya tengo bastantes ejemplos.

—Me asusté. Mucho —confesó Jota.

—Lo sé, no lo pensemos más. Disfrutemos de Londres. Es una de mis ciudades favoritas y esta vez pienso pulirme algo de los ahorros. Que nos sirva de terapia. Por cierto, no me has preguntado por el psiquiatra.

—Es verdad, ¿Qué tal el psiquiatra?

—Está cañón —sentencié.

Jaime empezó a reír.

—¿En serio? ¿Cómo de cañón? ¿En plan mira que guapo o en plan me lo tiraría encima de la mesa? —inquirió. Yo no podía dejar de reír—. ¡Ah! ¿De lo segundo, guarrilla? Pues voy a tener que esforzarme para que vayas a la terapia bien relajadita.

Yo seguía riendo.

—Me parece un plan perfecto —dije cuando el avión ya estaba en el aire.

En menos de tres horas aterrizábamos en Heathrow. La salida del aeropuerto fue larga y pesada. Pasar por el control de pasaportes, la recogida de equipaje, la aduana, pero en cuanto estuve en la calle se me olvidó todo. La emoción recorría mi cuerpo de punta a punta.

—Welcome to London, my friend! —grité.

Jaime disfrutaba viéndome tan pletórica. Cogimos un taxi para ir al hotel que se encontraba cerca de Regent's Park. Un edificio de estilo Victoriano, increíblemente romántico.

—Jota, los hoteles los escoges tú, ¿no? ¿Parte de la conquista? —pregunté maravillada.

—Por supuesto. Me estás saliendo carísima, ¡a ver si caes de una vez!
—¡Y lo que te queda! —exclamé mientras me partía de la risa.

Dejamos las cosas en la habitación y cogí un paraguas pequeño. Aunque no llovía, yo sabía que en cuestión de segundos el cielo se nublaría y caería un chaparrón.

—¿Y dónde quiere ir la señora de compras?

—Vaya pregunta. ¡A Oxford Street! —exclamé excitada.

No era la misma ciudad, ni la misma situación, ni por supuesto la misma profesión, pero no pudo evitar que en su cabeza empezaran a sonar los primeros acordes de ese gran tema de Roy Orbison, *Pretty Woman*...

«Londres es de esas ciudades que te marcan. Se te alojan dentro y perduran para siempre. Hay de todo para todos, tanto que el interior se revoluciona. Conviven lo moderno con lo vintage de una manera asombrosa. Los edificios Victorianos, se funden con edificios de última generación. Te emocionas al encontrar un cementerio antiguo, donde la gente pasea o hace ejercicio, o en el medio de Picadilly Circus. Londres no te juzga, te deja ser como quieras ser».

Escribía en la tableta mientras descansábamos después de las compras tomando un café. Sentados en la cristalera del establecimiento contemplaba el ir y venir de gente variopinta e inclasificable. Era maravilloso observar la escena desde un punto de vista sociológico. Turistas perdidos, seres extraños con indumentarias imposibles y grupos de españoles. Eran fácilmente reconocibles por la cara de estupor y los cuchicheos al ver semejantes individuos de crestas y piercings exagerados.

Ambos conocíamos la ciudad, así que iba a ser un viaje comercial. Yo escribiría sobre los mejores sitios para hacer compras. Después de comer

iríamos a Candelaria y a la mañana siguiente a Portobello. Los dos mercadillos por excelencia.

«Comimos en el Soho, barrio multicultural, que alberga lo mejor y lo peor de Londres. Por la noche se convierte en el barrio que nunca duerme, con infinidad de clubs, de sex shops y discotecas. Por el día se puede disfrutar de sus restaurantes y sus teatros. Después de comer, nuestros pasos nos llevaron a Camden. Uno tiene la sensación al pasear por Camden Town, que en la infinidad de puestos que va encontrando a su paso, podría comprar casi cualquier cosa, desde muebles señoriales a balones de fútbol antiguos».

—Bueno déjalo ya, ¿no? —Pidió Jaime.

—Perdona, estaba inspirada. Ya lo dejo.

—¿Qué tal ha ido el artículo sobre Sevilla? —Se interesó Jota.

—No tengo datos concretos, pero dice Ángel que va muy bien. A la gente le interesas.

—¿Y a ti? —preguntó juguetón.

—A mí me aburres un poquito —contesté.

—Falacias e inventos. ¿Siestecita en el hotel? ¿A ver si te entretengo un poco?

—Veeeenga va. Haré el esfuerzo —me burlé.

Tirados en la moqueta de la habitación del hotel, desnudos y jadeantes me di cuenta de que éramos como adolescentes eternos, no nos cansábamos ni de las bromas ni del sexo. Fue entonces cuando mi yo maduro, de casi cuarenta años despertó. ¿Cuánto duraban las relaciones adolescentes? ¿Estábamos abocados al fracaso? Era inevitable, por mucho que tratara de no darle vueltas, de no pensar en el futuro, acababa por comerme la cabeza de manera insistente.

—Ha sido increíble. Creo que necesitábamos esto a modo de terapia. Así que olvídate de hacer cositas con el medicucho ese. —Interrumpió Jota mis pensamientos.

—Mira que eres bobo —sonreí.

—Y tú maravillosa.

—¡Anda ya! No te me pongas zalamero, vamos a prepararnos o llegarás tarde —advertí.

—En algún momento tendrás que dejarte querer.

Jaime me miraba fijamente a los ojos y yo sentí pavor. Mi corazón no soportaría otra rotura. Otro destrozo como el que había dejado el traidor.

—No puedes meternos a todos en el mismo saco, y no puedes dejar de vivir por miedo a sufrir —afirmó Jota intuyendo lo que estaba pensando.

—Qué pasa, ¿ahora lees las mentes? —pregunté molesta.

—Sólo cuando pones cara de estreñida.

Me levanté incómoda y fui hacia la ducha. Era transparente, para él era completamente transparente y eso me convertía en vulnerable. Un blanco fácil.

Fue aquella noche londinense cuando fui realmente consciente de la relevancia que tenía Jota dentro del mundo de la música electrónica. Al llegar a la zona Vip de la discoteca vi como saludaba a los deejays más reconocidos del momento. Se abrazaban y reían como si fueran colegas de toda la vida. Estaba impactada. Jaime me cogió de la mano y me iba presentando a todos ellos, pero al llegar a uno en concreto me quedé paralizada. No me salía la voz. Era francés, pero hablaba un inglés perfecto. Llevaba años escuchando su música a todas horas, había hecho colaboraciones con los grandes nombres del panorama musical internacional y allí estaba delante de mí sonriendo. Iba con su mujer y resultó ser un hombre de lo más normal. Jaime me explicó

después que se conocían todos de trabajar en Ibiza. Aproveché el momento, la noche, la música para bailar y olvidarme de los últimos acontecimientos traumáticos que había vivido.

Apenas dormimos un par de horas, iba a ser un viaje corto y no podía irme de Londres sin ir a Portobello. Mi lugar favorito de la ciudad. Sus casas de colores, el ambiente del barrio de Nothing Hill, era tan acogedor y envolvente. Sus coquetas tiendas, sus bares. En el mercadillo en concreto, encontrabas toda clase de antigüedades, ropa, muebles, bisutería.

Compré unos portavelas preciosos para la terraza, un marco de fotos, un dispensador de jabón antiguo. Cosas pequeñas para la casa que cupieran en la maleta. Jaime se comportaba de manera paciente y me ayudaba con las dudas. «Este jarrón o esta vasija», se le notaba que estaba harto y aburrido, pero aguantaba pacientemente. Hasta que no pudo más y se fue a esperarme a un pub. Después comimos en un restaurante japonés y pusimos rumbo al aeropuerto.

Volvía con las pilas cargadas y con infinidad de fotos para documentar la entrada del blog. Tiempo después me enteré de que fue de las entradas con más visitas gracias a la foto con el deejay francés.

Regresaba a Madrid segura de mí misma, llena de valor. Haber puesto distancia y perspectiva al suceso me había dado la sensación de que estaba superado. No había sentido temor o ansiedad en ningún momento. Le pedí a Jaime que me dejara en casa, que me sentía bien para intentar dormir sola. Él alucinaba.

—¿No es muy pronto? —preguntó preocupado.

—No, no. Estoy bien —contesté tajante.

Entré por la puerta de la calle, saludé al portero suplente, el nuestro

habitual debía librar o estar de vacaciones, y caminé hacia el portal. Pulsé el botón de llamada del ascensor y sentí una ligera punzada en el pecho. El latido empezó a acelerarse y las manos comenzaron a temblar. Traté de relajarme. Dentro del ascensor cerré los ojos, pensaba en el viaje, en lo bien que me había sentido. Cuando las puertas se abrieron y salí al pasillo, empezó el terror. Caminaba hacia mi puerta y me temblaba todo el cuerpo. El dolor en el pecho era insostenible, como si me fuera a dar un infarto allí mismo. No fui capaz de acercarme a la puerta, di la vuelta y caminé a paso ligero hasta la puerta de las escaleras. Cogí el móvil mientras bajaba por las escaleras y llamé a Jaime.

—No puedo, no puedo, da la vuelta —supliqué a punto de llorar.

—Estoy subiendo, había ido a aparcar. Sabía que era muy pronto, no te preocupes —contestó Jota sereno.

Subí de nuevo las escaleras y le esperé lo más alejada de mi puerta posible. Al verle salir del ascensor corrí a su encuentro. Me abrazó y yo temblaba como un junco al viento.

—Tranquila, me quedaré en tu casa el tiempo que necesites —musitó Jaime.

Respiré aliviada, aunque en mi interior estaba rabiosa por la situación. ¿Sería capaz de volver a estar sola? Me encantaba mi independencia, no podía perderla.

En mitad de la noche desperté sobresaltada por las pesadillas. Me levanté de la cama y me obligué a salir a la terraza, caminaba por el pasillo temblando hasta que llegué al salón. Salí al exterior y contemplé el reflejo de la luna en el suelo, el olor del jazmín, la iluminación tenue de las jardineras. Comprendí que ese seguía siendo mi paraíso. Tendría que controlar la ansiedad como fuera. Debía empezar a tomarme en serio la relajación con el

psiquiatra. Encendí un cigarro y me tumbé en una de las hamacas a mirar la luna.

Jaime salió en mi búsqueda. Al verle sin camiseta, con su cuerpo perfecto bañado con el reflejo de la luna. El cielo estrellado, la cintura del pantalón encajada en su cadera. Me levanté y me acerqué. Acaricié su pecho despacio, dejando que el deseo fuera colándose por cada poro de mi piel. Él me miraba fijamente sin decir nada, hizo un gesto con los labios, pasó la lengua suavemente por ellos, relamiéndose y fue suficiente para explotar por dentro. Me abalancé y le susurré al oído:

—Quítame las penas como sólo tú sabes hacerlo.

Jaime sonrió. Me cogió en brazos y me tumbó de nuevo en la hamaca. Me desnudó y me acarició la cara interna de uno de los muslos. Hasta que se adentró en mi sexo comprobando que estaba completamente receptiva.

—Humm, me vuelves loco, Tina —susurró mientras entraba dentro de mí con su miembro duro y caliente. No recuerdo las veces que lo hicimos esa noche en la terraza. Su cuerpo era adictivo para mí, los orgasmos me dejaban tranquila, infinitamente mejor que con los ansiolíticos. Jaime era mi mejor prescripción médica para ese momento, o eso pensé.

Amanecimos dormidos en la terraza.

—Podría acostumbrarme a esto todos los días —dijo Jaime.

—Podemos intentarlo —sugerí.

—¿Vivir juntos? —preguntó Jota incrédulo.

—¿No decías que te ibas a venir una temporada? Podemos probar que tal nos va de pareja monógama.

—Qué feliz me haces. Pero ¿de verdad quieres? o es que te acojona estar sola. —Tanteó Jaime.

—Ya te has cargado el momento. Puedo irme con mis padres, con Sandra, no me pongas de los nervios. Me gusta estar contigo. Sin más.

—Vale, vale. Qué carácter has tenido siempre, ¡coño! —exclamó.

—¿Ya estamos discutiendo?

—Esto va a ser una tortura, vas a tener que hacerme muchas felaciones para tenerme contento —se burló Jota.

—¡Si es que no te aguanto! —grité rabiosa mientras me levantaba.

—Pero ¿qué he dicho? —decía Jaime mientras me perseguía por la casa —. ¡Cariñoooo!

Convivencia por conveniencia

Jaime se presentó esa tarde en casa con varias maletas. Yo le había hecho sitio en el armario y aquello era oficial. Vivíamos juntos. Los primeros días fueron increíbles hasta que la confianza hizo su aparición estelar y Jaime se fue relajando. Dejaba la ropa sucia en el suelo del baño después de ducharse, los botes de gel y champú destapados, la tapa del inodoro abierta, las cubiteras de hielo vacías en la encimera y le ponía nombre a las pelusas con tal de no barrerlas. Yo me pasaba el día refunfuñando por la casa.

—Si te preparas un té, ¿qué te cuesta tirar la bolsita a la basura? —le pregunté desesperada.

—¿Desde cuándo te has convertido en mi madre? —contestó Jaime molesto.

Enfurecí, pero conseguí contenerme.

—Me voy con las chicas. ¡Me tienes saturada! —grité.

—¡Y tú a mí! —contestó él, poniendo esa sonrisa que me derretía enterita.

Sandra tenía que comprar muebles para la galería, todavía no habían hecho la inauguración oficial. Olivia estaba nerviosa, terminando de pintar una serie de cuadros que iba a exponer en una de las salas. Había dejado el trabajo de camarera y estaba resplandeciente. El perverso plan de Sandra de mantenerla ilusionada con el proyecto había dado sus frutos, Olivia no había vuelto a hablar de bebés. Se las veía unidas, enamoradas y felices. Después de las compras, aprovechamos para tomar un café en el jardín que habían abierto en una de las tiendas de Salvador Bachiller en el centro, una cafetería secreta en una terraza llena de plantas y con mucho encanto. No me pude resistir y me compré una maleta preciosa para el siguiente viaje.

—Ya queda poco para que termine el verano. Me ha llegado una invitación para el sábado que viene, de un concierto de unos amigos en un paraje increíble. Un pueblecito de Segovia, donde hay unas piscinas naturales y un chiringuito muy chulo. Podíamos ir.

—Jo, Sandra. Eres una mina, menudas invitaciones te llegan. ¡Vámonos! —grité eufórica. La medicación me tenía descontroladas las emociones. Todo era más intenso.

—El sábado, nena. El sábado. Coméntaselo a tu novio—dijo Sandra con sorna.

—Vete un poquito a la mierda —me burlé.

—¿Y qué es? ¿Tu guardaespaldas? ¿Le cantás a lo Whitney Houston? —preguntó Olivia.

Hubo una carcajada generalizada al imaginar la escena.

—Mira, no sé lo que es, porque me gusta y hastía a partes iguales. La convivencia no está siendo fácil, pero sí muy divertida —confesé.

—Pues quédate con eso. —Sentenció Sandra.

El sábado por la mañana recogimos a la parejita temprano para

aprovechar el día. Conducía Jaime, así que yo aproveché para relajarme y disfrutar del paisaje y la compañía.

El lugar se encontraba en la falda de una montaña alta cubierta con un manto verde que te transportaba a alguno de los lugares recónditos de Escocia. El río bajaba de la montaña y formaba varias piscinas y charcas naturales en el valle. Habían acondicionado el lugar, plantando césped alrededor de las piscinas. El chiringuito era muy grande y decorado con grandes camas de estilo balinés con toldos. Todo de madera y las telas en color blanco. Muy «cool».

El concierto comenzaba al mediodía, así que aprovechamos para relajarnos y darnos un baño. Sandra tenía reservada una de las camas del establecimiento. Olivia se metió corriendo en el agua. La seguí para bañarme, introduje un pie en el agua y sentí como la piel se me congelaba. Me recordó al superhéroe de Marvel que era todo de hielo. Imposible meterse en aquella piscina de agua helada. Lo intenté varias veces, pero desistí. Justo en el momento que me daba la vuelta para volver al chiringuito llegó Jaime con su poca gracia habitual y me lanzó al agua. Se me cortó la respiración. Me puse a gritar histérica.

—¿Estás loco?! ¡Qué me puedo morir de hipotermia!

Sandra y Jaime se doblaban de la risa.

—¡Anda ya! ¿Ves cómo todo lo piensas demasiado? ¡Hay que lanzarse!

—exclamó Jaime. Ambos continuaban riéndose.

—De él me lo esperaba, pero de ti no —le dije a Sandra, ofendida.

Sandra hizo un gesto para quitarle importancia, pero volví a la cama balinesa llena de rabia. Me pedí un mojito, me puse las gafas de sol y cerré los ojos dejando que el sol me calentara el cuerpo.

Poco a poco el cabreo se me fue pasando y me relajé con el ron y el sol

envolviéndome por completo. Tras un rato de relajación absoluta escuché una voz masculina y desconocida.

—Debería ser delito tener una cama tan grande para una persona sola —afirmó.

Abrí los ojos y vi a un hombre ligeramente agachado sobre mí. Moreno, con el pelo negro y una sonrisa encantadora.

—Bueno en realidad es una cama caliente, la comparto a ratos — contesté risueña, no sé si por el sol, el ron del mojito o la bonita sonrisa. Se sentó a mi lado y se presentó.

—Me llamo Miles.

—¿Cómo el trompetista? —pregunté.

—Bueno, es un mote, es realidad me llamo Sergio. Está muy bonito este sitio, no habíamos venido nunca.

—¿Tú y quién más?

—Soy del grupo que va a tocar. Te he visto con Sandra, yo la invité. En realidad, te he visto en otras ocasiones.

—Vaya, lo siento, no lo recuerdo. —«¿Qué tengo yo con los músicos?», pensé—. ¿Y qué tocas? ¡Espera! La trompeta, claro. De ahí, el mote.

—Guapa y lista, ¿qué más se puede pedir? —sonrió.

No pude evitar sonrojarme, ni percatarme de que Jaime nos observaba desde el agua sin quitarnos ojo.

—Bueno y ¿qué estilo tocáis? —pregunté, halagada por la situación, todo hay que decirlo.

—Un poco de todo. Versiones de música latina.

—¿Así que vamos a poder bailar? —le interrogué coqueta.

—Por supuesto. Espero que lo goces. Tengo que ir a montar, luego seguimos hablando. —Se levantó y le observé mientras se alejaba. Latino,

músico y con un caminar muy sensual.

Sandra esperó a que Olivia saliera del agua. Se acercó Jaime y se sentó a mi lado.

—¿De ligoteo? —preguntó.

—Soy una persona sociable.

—Y muy fresca —se burló.

Yo pude evitar sonreír.

—Es uno de los músicos —dije sin pensar.

—¡Vaya! ¿Los coleccionas? —Volvió a burlarse Jaime.

—Colecciono tontos como tú. Ven aquí, anda.

Nos besamos. Sandra y Olivia se unieron a nosotros y pedimos bebida para todos. Al rato empezaron a sonar los primeros acordes de una canción que hizo que saltara de la cama como si tuviera un resorte.

—¡Ahora quieeeeeen, si no soy yo! —cantaba entregada mientras me acercaba al escenario con Olivia.

Bailamos, bebimos y fue la forma perfecta de despedir el verano. Montados en el coche, de vuelta a casa, Jaime me preguntó cómo me había sentido.

—Hoy no he tenido ansiedad —dije sorprendida—. Mañana tengo cita con Hugo, se lo contaré.

—Mañana tengo cita con Hugo —repitió Jaime en tono de burla—. ¿Es que no te puede tocar una psiquiatra vieja como a todo el mundo? No, Martina rodeada de tíos buenos...

—¡Claro! Como que tú te rodeas de chicas feas, desde que te conozco sólo te he visto rodeado de bellezas.

—¿Y eso no te halaga?

—Sí, me siento la primera dama, ¡No te jode!

Sandra y Olivia disfrutaban en el asiento de atrás del coche de nuestras

tonterías. Olivia nos dijo que ya discutíamos como un matrimonio.

Dejamos a las chicas primero y de vuelta a casa yo no dejaba de darle vueltas a lo que había dicho Olivia.

—¡A ver! ¡Sorpréndeme! ¿A qué le das tantas vueltas? —preguntó Jaime.

—¿Tú sientes que parezcamos un matrimonio? —inquirí.

—Dímelo tú, has estado casada.

—La verdad que no —confesé.

—Además, no discutimos. Intercambiamos opiniones cargadas de humor —dijo Jaime mientras yo sonreía—. Y ahora vamos a intercambiar caricias cargadas de pasión.

Fuimos directos a la habitación nada más entrar en casa. Pude disfrutar de las ventajas de tener a mi guardaespaldas en casa. «I will always loveeeee youuuuu» tarareaba mi mente.

—¿De qué te ríes? —preguntó Jaime atónito.

—Nada, nada.

El próximo viaje que teníamos programado era a Barcelona. Hacía años que no viajaba a tierras catalanas. Estaba muy ilusionada con este nuevo destino. Después, teníamos una minigira por varias ciudades de Italia. Jaime había sido invitado por un DeeJay muy conocido para pinchar en varias fiestas por el país. Un sueño: Roma, Venecia, Milán.

Los días pasaban y la convivencia se iba notando. La rutina iba colándose con nosotros en casa. Día tras día permanecíamos juntos por miedo a quedarme sola. Era consciente de que tenía que hacer algo o nuestra relación se resentiría.

No había sido capaz de controlar la ansiedad, el psiquiatra no me ayudaba mucho, estaba empeñado en recetarme medicamentos que me dejaban aturdida durante todo el día. Tomé la decisión de cambiar al psiquiatra cañón por una psicóloga que me había recomendado Sara. Tenía la esperanza de que, con la terapia y las técnicas de relajación, superaría el trauma.

El abogado nos había informado que ya se había fijado la fecha para la celebración del juicio contra Silvia y esto me tenía muy nerviosa. En menos de un mes, tendría que volver a verla y volver a recrear lo vivido. Estaba deseando poder zanjar el asunto y que quedara como un mal recuerdo.

La psicóloga resultó ser todo un acierto. Junto a ella había conseguido estar sola en casa durante el día, todo un avance. La primera sensación que tuve con ella fue increíble. Era un poco mayor que yo, morena de larga melena rizada, ojos grandes llenos de bondad. Era de esas personas que te hacen sentir bien con su sola presencia. La energía que desprendía me hacía relajarme y era capaz de hablar con ella de cualquier cosa. Me retiró la medicación y me mandaba ejercicios de superación, así los llamaba. Me ponía a prueba. No fue como el caso de la psicóloga que visité durante el divorcio. Aquello no salió bien, yo escribía el diario, ella se dedicaba a leerlo como si fuera una novela, y después comentábamos algunos episodios que me sucedían como si habláramos del tiempo. No entendí que tratamiento terapéutico era ese, la verdad. Pasado un tiempo, después de descubrir que Jota era mi admirador secreto abandoné la consulta. Cuando me sucedió lo de Silvia, ni se me pasó por la cabeza recurrir a ella. En el caso de Marta, la psicóloga actual, los ejercicios que me ponía sí estaban haciendo efecto. Avanzaba y eso me hacía coger confianza en mí misma.

Nuevos horizontes

Una tarde me encontraba sola en casa, sentada en la terraza, disfrutando de mi recuperada autonomía cuando me llegó un mensaje al móvil.

«Hola Martina, no te despediste de mí el día del concierto. He tenido que hacerle chantaje a Sandra para conseguir tu número. ¿Te apetecería tomar café un día de estos? Miles.»

Busqué en la agenda y marqué el teléfono de Sandra.

—¿Estás loca? ¿Le has dado mi teléfono al trompetista? —pregunté alucinada.

—A ver, no te mosquees. El teléfono no me lo pidió directamente él, fue el representante del grupo, que habían visto las crónicas que hacías del trabajo de Jaime y querían hacer algo parecido.

—Pues me manda un mensaje para que quedemos para tomar café. —
Le conté.

—¿Y?

—¿Cómo qué y? Estoy con Jaime, ¿no? —pregunté atónita.

—Qué pavisosa eres a veces. Jaime en cuanto pueda quedará con sus amigos, no te equivoques y más ahora que lo tienes pegado como una lapa. Es un café, conoce más gente, amplia tus círculos —afirmó Sandra.

Yo no comprendía el mensaje que intentaba transmitirme. ¿Qué trataba de decirme? ¿Qué explorara otros horizontes? «Bueno, un café», pensé. «No

pasaría nada, una conversación y ya está». Yo sabía que lo que estábamos haciendo no era sano. Estábamos empezando a tener las fricciones típicas del hastío, del peso de la rutina de estar siempre juntos. A veces es bueno pasear por otros lugares para apreciar el tuyo.

Contesté el mensaje, ahora que lo pienso; maldita la hora en que lo hice, pero en ese momento me pareció una buena idea.

Quedamos al día siguiente y a pesar de que no significaba nada; de que era un simple café con un desconocido. Un café inocente... No se lo conté a Jaime. Esa debió ser la señal que me alertara de que aquello no pintaba bien, pero la acallé y acudí a la cita.

Sergio y yo quedamos en un pequeño café en el centro. Al entrar en el establecimiento, le vi sentado en una mesa al fondo. Al verme se levantó y me dedicó una sonrisa. Tenía algo que te atrapaba al instante. Un magnetismo especial.

—Estoy encantado de que hayas aceptado mi invitación —dijo mientras me daba dos sonoros besos en cada mejilla.

—Bueno, ¿por qué no habría de aceptarla? —contesté, pero no sé muy bien si a él o a mí misma—. Por cierto, no tuve ocasión de decírtelo, me encantó el concierto. Eres un gran músico.

—Gracias, llevo toda la vida tocando.

Hablamos y conectamos de manera casi inmediata. Había una química entre nosotros que era palpable para cualquiera. Sergio me contó que era de República Dominicana, pero que llevaba más de veinte años viviendo en diferentes países de Europa. Sin darme ni cuenta la cita se alargó más de lo que esperaba. Estaba realmente a gusto con él. La conversación era fluida e interesante, por no hablar de que Sergio tenía un don especial para hacerme reír. Y no hay nada que nos conquiste más que eso. Era de esos hombres que se desviven para que estés cómoda y una vez que estás cómoda, se desviven

para hacerte sonreír.

Durante toda la conversación las señales fueron evidentes. Él coqueteaba y yo le seguía el juego. Una caída de ojos, un me cojo un mechón de pelo. Miraditas, sonrisas de lado, un clásico, vamos.

Al despedirnos fui a darle dos besos, pero Sergio no perdió la oportunidad. Me miró, me cogió la cara entre las manos y me besó en los labios. Primero un beso casto, labios con labios. No me aparté, ni un milímetro. Me apetecía besarle, me apetecía comerle la boca entera y sé que estaba mal. Que había dado el paso con Jaime, que vivíamos juntos y fui yo la que le planteo llevar una relación monógama y allí estaba, saltándome todas las normas. Mi excusa era que nos habíamos precipitado empujados por el suceso con Silvia, pero no hay excusas. No debe haberlas, cuando algo está mal y puede dañar al otro hay que evitarlo. Punto. Hacerlo y luego arrepentirse está mal. Fui débil y le planté un beso a Sergio en plena calle, de esos que la lengua llega hasta la garganta, con ansia. De esos que terminan en la cama, sí o sí. Y ¡cómo besaba! Te entraba sed, sed de más. El aliento con sabor a menta, la humedad justa, la forma de mover los labios, los pequeños mordiscos. ¡Madre mía! Me entran sudores solo de recordarlo.

Esto era real, era un coqueteo divertido. Realmente me ponía a mil. Jaime había conseguido conquistarme poco a poco, pero siempre me había faltado algo. Esa chispa. Algo de espontaneidad. ¿Cómo iba a negarme? Mi mejor amigo, guapo a rabiar me confiesa que está enamorado de mí en un momento de vulnerabilidad absoluta.

Aquel hombre que me besaba en plena calle me gustaba y mucho. Todo mi cuerpo reaccionaba y era algo difícil de parar. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Renunciar? Preguntarme toda la vida que hubiese pasado con Sergio si me hubiera dejado llevar. Estaba hecha un lío. No quería hacer daño, pero tampoco quería estar con Jaime por lealtad. Estaba muy agradecida, ¿pero

estaba enamorada? O me repetía todos los días que debía estarlo.

Me despedí de Sergio y regresé a casa. Hable con Jaime por el camino, seguía sin poder aparcar sola en el garaje. Esperé en la puerta a que llegara. Jota llegó a los pocos minutos, aparcó en la calle y se acercó a mi coche para entrar conmigo en el garaje. Mientras le veía acercarse hacia mí, pensaba en nuestra relación, en los viajes. ¿Por qué no me bastaba?

Ahora de repente, Sergio se había colado en mi mente. Sergio y esos besos. Los recreaba en mi cabeza y se me encogía el estómago de puro placer. Y Jaime. Tan seductor, tan buen amante, tan divertido. Y todo aderezado con la ansiedad del ataque y los nervios por el juicio. «Joder Martina, se trataba de simplificar tu vida después del divorcio».

Jaime se montó en el coche.

—Hola, ¿qué tal? ¿Qué has hecho? —preguntó.

—Nada, un café y unas compras —mentí.

—¿Y qué has comprado? —preguntó de nuevo.

—Al final, no he visto nada que me gustara —mentí más.

—¿Tú? Pues ya es raro.

—Bueno, no tenía la cabeza para eso. A ver si zanjamos el tema del juicio que está pudiendo conmigo —afirmé de manera sincera, aunque solo en parte.

—Ya verás que sí. Vamos a preparar la maleta, mañana viajamos a Barcelona. Seguro que dejas de darle vueltas —sugirió Jaime al ver que yo no tenía ganas de charla.

Mientras él preparaba su maleta, yo me di una ducha. Mi cabeza seguía erre que erre.

«Sergio, Sergio, Sergio».

Llegamos a la estación de Sants a las once en punto. Salimos a la calle

y comprobé que Barcelona olía a libertad y a Mediterráneo. Antiguo pueblo de pescadores, la cercanía con la frontera había hecho de ella una ciudad cosmopolita y modernista. Era maravilloso perderse por las callejuelas del Barrio Gótico, sus calles repletas de originales tiendas. Las Ramblas llenas de gente, de turistas llegados de todos los rincones del planeta. Barcelona siempre en movimiento, siempre viva.

El hotel se encontraba en la Avenida Diagonal. Era un edificio de construcción moderna y grandes dimensiones rodeado de árboles. Al entrar uno se quedaba maravillado. Los jardines, las piscinas, la habitación, todo impecable. Esta vez el viaje estaba siendo diferente. No estaba prestando atención a los detalles. Había tenido que silenciar a Sergio en el programa de mensajes, se había propuesto no dejar escapar la oportunidad de conquistarme y me mandaba de todo. Canciones, fotos de lugares paradisiacos. A pesar de que no llegaba a sentirme del todo bien con la situación, estaba disfrutando. Refuerza mucho la autoestima sentirse deseado. Por otra parte, verme reflejada en los ojos de Jaime, era también un auténtico placer.

Salimos a pasear. Obviando los enfrentamientos absurdos promovidos por deportes disfrazados de espectáculo y las comparaciones, que son odiosas, Barcelona es una ciudad con letras mayúsculas. Cómoda para moverte con coche o en autobús. Salvo ciertos barrios conflictivos, como los hay en todas las ciudades, es una ciudad acogedora, de gente simpática, habituada al turismo y dispuesta a ayudarte.

El primer destino que escogimos para hacer fotos fue la Sagrada Familia, como no podía ser de otra forma. De pie, observándola desde abajo, inacabada y perfecta, daba la sensación de que habías entrado en una viñeta de un cómic. Era absolutamente genial, en su conjunto y al detalle. La luz

interior, los colores, la basílica te contaba un cuento y te atrapaba en sus páginas. Y sólo te daban ganas de dar las gracias a Gaudí, por su legado y por su genialidad.

—Brillas —me dijo Jaime.

—¡Estoy encantada! ¡Me encanta esta ciudad! —exclamé emocionada.

—Bueno y ¿ahora? —preguntó Jota sonriendo.

—¡Al parque Güel! Al Barrio Gótico, a la Plaza de España...

—Vamos a buscar un autobús de esos turísticos, por dios, o acabarás conmigo.

Hicimos el recorrido completo de las tres rutas de los autobuses turísticos que recorren la ciudad. Estábamos exhaustos pero satisfechos. La cámara cargada de fotos y material suficiente para documentar el artículo sobre la ciudad. La página de Jaime empezaba a tener mucho movimiento. Miles de seguidores compartían los enlaces y comentaban cada entrada. Al bajar en la última parada teníamos un hambre voraz.

—¿Dónde vas a llevarme a comer? —pregunté coqueta.

—Pues había pensado llevarte a un sitio de alta cocina, pero he cambiado de idea. Prefiero llevarte a La Barceloneta y comer mirando el mar. ¿Apetece?

—Mucho —contesté.

Terminamos de comer y Jaime se levantó para ir al baño. Aproveché para mirar los mensajes del móvil.

«Sé que estás ocupada, mami. Pero estoy deseando escuchar esa dulce voz que me hace soñar y enloquecer a partes iguales. Qué ganas tengo de recorrer cada milímetro de esa piel sabrosa que tienes».

No pude evitar ruborizarme, sonreí. Me sentí viva y joven con el juego.

—¿De qué te ríes? —preguntó Jaime de repente. No me lo esperaba y me sobresalté.

—Estoy contenta. Recordaba los lugares que hemos visitado. Me has asustado. ¿Dónde pinchas esta noche? —disimulé.

—En un club de esos que van de exclusivos, con mucha cara conocida y mucha cola para entrar. Hay que arreglarse.

—Vale, vengo preparada.

—Genial. Vámonos al hotel entonces. Me he propuesto hacerte el amor en cada ciudad que visitemos y luego descansamos un poco. Esta noche después de trabajar, te llevo de juerga. Barcelona por la noche es única.

Accedí encantada a todos los planes. Llegamos a la habitación del hotel y pude disfrutar de una sensual ducha, mientras Jaime me enjabonaba todo el cuerpo. Salimos de la ducha y en la cama terminamos de satisfacer nuestros más oscuros deseos. No pude apartar la curiosidad de mi mente. ¿Cómo sería el dominicano?

Sonó el teléfono de la habitación, Jaime había sido previsor y había pedido en recepción que nos avisaran por si nos quedábamos dormidos, como así había sido.

Para esa ocasión había elegido un vestido sencillo y elegante de Dolores Promesas. El largo de la falda llegaba hasta el suelo.

—Estás impresionante—dijo Jaime sin poder apartar los ojos de mí.

—Lo sé, digo gracias —me burlé.

Bajamos a la recepción del hotel a esperar el coche. Esta nueva rutina de trabajo me tenía entusiasmada. Los eventos, los hoteles, los viajes. No era

un blog de moda, aun así, las firmas empezaban a interesarse por nosotros. Nos pedían que incluyéramos un apartado para promocionar determinados «outfits». Ropa masculina para Jaime y femenina para mí. Eso implicaba que yo tenía que salir en el artículo, pero era un precio pequeño a pagar a cambio de poder disfrutar de ropa y complementos maravillosos. Decidimos elegir tres o cuatro firmas que nos gustaban y ellos patrocinaban parte de los gastos de la gira. Eso nos permitía acceder a sitios privilegiados de las ciudades, que nos invitaran a eventos exclusivos y estar tranquilos anunciando firmas que nos gustaban y en las que creíamos. Por la noche llevaba una pequeña cámara en el bolso para hacer las fotos, nada más llegar documentaba el sitio. Tomaba algunas notas y el resto de la noche era para mí. «El trabajo perfecto», me decía una y otra vez. Trabajo que estaba dispuesta a arriesgar por un tío que no conocía.

Cuando llegué a la zona Vip, me habían reservado la mejor mesa. Estaba rodeada de futbolistas y gente conocida. Mucho glamour y mucha falsedad también. No os voy a engañar.

Al terminar la sesión, Jota se despidió de la gente y nos fuimos a otro sitio más tranquilo. Era difícil que él pudiera irse a dormir después de la adrenalina que generaba en la cabina. Recorrimos Barcelona de noche, bebimos, bailamos, y nos besamos hasta el amanecer. Yo me recriminaba una y otra vez: «Por qué no es suficiente. Por qué no me conformo».

Recogimos nuestras cosas y nos fuimos a la estación. Dormimos durante todo el trayecto de vuelta y al llegar a casa. Era en esos momentos donde yo particularmente notaba los casi cuarenta años que estaba a punto de cumplir. Las juergas nocturnas pasaban factura y ya no me recuperaba como antes.

A mediodía despertamos, me tragué dos ibuprofenos y un gazpacho

lleno de vitaminas que me convirtió en una persona nueva.

—Tina, esta tarde tengo una reunión importante con Charlie. Cerramos una contratación, vienen unos clientes desde Gijón. Vamos a llevarle después a cenar a ese restaurante que está de moda ahora porque el chef lleva una cresta.

—Será por la comida. —Interrumpí.

—Bueno, lo que sea. Luego les sacaremos de fiesta por Madrid, son dos chicos jóvenes, ya sabes. ¿Por qué no duermes con las chicas? Sé que la noche sigue siendo complicada para quedarte sola —sugirió Jaime.

Y se me encendió la bombilla maligna. Esa que se ilumina para proporcionarte ideas horribles. Allí estaba la ocasión perfecta para meterme en la cama de otro y tener coartada. Ahora que lo transcribo me siento un ser despreciable, pero en aquel momento no era así. Es esa sensación cuando dejas de fumar y te permites un cigarro, porque no va a significar nada. Esa justificación mental y permisiva que te alivia la conciencia cuando vas a hacer cosas que no debes, además de la adrenalina que supone hacer algo que está prohibido.

—Vale, ahora mismo las aviso —mentí.

Jaime se metió en la ducha y yo aproveché para enviar un mensaje.

—¿Te viene bien que nos veamos esta tarde? —Escribí.

—Me viene genial. ¿Te atreves a probar café dominicano casero?

Sin quererlo me puso cachonda perdida.

—Me atrevo —contesté.

Al despedirse en la puerta Jaime me abrazó.

—Ojalá no tuviera que irme y pudiéramos pasar la tarde juntos —dijo mientras me besaba en el cuello.

—Sí, sí. Pero ¿qué le vamos a hacer? Mañana hacemos algo —contesté ansiosa. Tenía la cabeza puesta en el café casero...

Jaime cerró la puerta y yo corrí a la ducha. Me embadurné con crema hidratante con olor a coco. Me puse un conjunto de lencería negro, con mucho encaje. El tanga no era cómodo, pero sí terriblemente sexi. Y me lancé a la calle a cometer mi fechoría.

Sergio vivía en el barrio multicultural de Madrid por excelencia, el barrio de Lavapiés. Castizo y lleno de contrastes. Era difícil sumergirse por sus calles y no encontrar a alguien que te regalaba una sonrisa, ya fuera escondida tras una chilaba o de un señor mayor sentado en un banco dando de comer a las palomas.

Al llegar al portal, en el último segundo tuve un atisbo de duda, pero pulsé el botón. Escuché la voz varonil de Sergio que me dijo: «Sube».

Y subí al tercero por las escaleras, no había ascensor. Y según subía se me iban perdiendo las ganas, el valor y la adrenalina. El gazpacho no había sido una bebida tan milagrosa y mi forma física era un desastre. Llegué a la puerta sin aliento, pero cuando se abrió y apareció Sergio con una camiseta de algodón blanca de manga corta que resaltaba su tono de piel moreno y se ceñía a su torso fuerte, se me pasaron todos los males.

—¡Pasa! Ponte cómoda. —Me pidió luciendo una sonrisa preciosa.

El piso era muy coqueto. Tenía un montón de objetos de decoración de estilo étnico. Máscaras, totems. Los colores de las telas del sofá, las cortinas o los cojines eran vivos y muy bien combinados. Se notaba que tenía gusto y que cuidaba de su casa. En una esquina había varios pies con diferentes tipos de trompetas.

—¿Cómo tomas el café? —preguntó.

—Con leche, gracias.

Me senté en el sofá, Sergio puso música y se sentó conmigo. Charlamos sobre nosotros. Me contó que había nacido en República Dominicana por azar, sus padres eran originarios de Martinica, su madre se puso de parto en un viaje, pero volvieron a la isla donde se crio. Yo, avergonzada, no era capaz de situar la isla en mi mapa mental. Me sonaba de mis años de estudiante que estaba en el Mar Caribe. Era por eso que Sergio no tenía un acento dominicano al uso, sí sabía que el idioma oficial de Martinica era el francés.

—No te noto cómoda. ¿Qué ocurre? —preguntó Sergio.

—Tengo la sensación de estar engañando a alguien y no es agradable —respondí. Mi conciencia hacía su trabajo.

—Bueno, por ahora sólo hemos tomado café y charlado, ¿no? —asentí —. ¿Quieres irte?

Me quedé pensando y la respuesta a esa pregunta, honestamente, era no. No quería irme, estaba muy a gusto. Y en ese momento se me ocurrió la estupidez más grande que podía haber hecho. No sé qué se me pasó por la cabeza, pero lo hice. Cogí el teléfono y le mandé un mensaje a Jaime.

«¿Eres monógamo?», escribí.

«¿Cómo?», contestó.

«¿Sólo estás conmigo?», insistí.

«¿Por qué me preguntas esto? ¿Celos u oportunidades?»

«Qué listo es», pensé.

«Oportunidad», contesté rotunda.

«¿Te apetece de verdad?», preguntó.

«Sí»

«Está bien. Hagamos lo siguiente. Volvemos al punto de partida. Si te apetece, es que no estás comprometida con lo nuestro. Esta noche vuelvo a mi casa, debes superar tus miedos sola. Tú explorarás lo que quieras y yo

retomaré mi vida. Veremos si más adelante podemos tener una relación de pareja común y corriente. No te sientas mal, vive. Te lo he dicho desde siempre. Procura no enamorarte, ¿vale?», contestó.

«Te quiero mucho Jota, besos»

Y fue en ese momento donde traspasé la línea y confundí la situación. Jaime ya no era mi mejor amigo sin más, no podía tratarle como tal. La amistad de verdad otorga ciertas licencias que el amor no tiene. Una cosa es el exceso de confianza y otra muy diferente lo que yo hice.

Levanté la mirada del móvil y le dije a Sergio:

—Ya está.

—¿Has pedido permiso? —preguntó Sergio incrédulo.

—No, no. Sólo he aclarado términos contractuales.

Sergio sonrió.

—Eres peculiar querida Martina —me dijo al tiempo que se levantaba y me cogía de la mano.

Me llevó a una habitación donde no había cama. Había una camilla de masajes. Velas, incienso, un biombo. «¿Qué era aquello?»

—Estudié fisioterapia —afirmó al ver mi cara de estupefacción—. Aunque no ejerzo de manera profesional. Te voy a regalar un masaje. ¿Te apetece?

—¿Cómo negarme? —pregunté de forma retórica.

—Quítate la ropa, y ponte aquella sábana. Cuando estés lista, me avisas.

Salió de la habitación. Estaba alucinada. «Vaya caja de sorpresas, el francés caribeño». Me dejé la parte de abajo de la ropa interior, no había aguantado la tortura de llevar el puñetero tanga para que terminara en el suelo sin ser visto, me coloqué la sábana y le avisé.

—Ya

Sergio entró en la habitación. Colocó la camilla y me dijo que me tumbará boca abajo. Sacó un bote de aceite y me lo echó por la espalda. Empezó a darme uno de los mejores masajes que me han dado nunca. Me dijo que tenía una pequeña contractura. Una vez hecho el masaje más clínico, se podría decir, cambió de técnica y empezó a darme un masaje relajante. Yo me retorció de gusto y él lo sabía. Aquellas manos, la música, el incienso, estaban haciendo que me pusiera cada vez más caliente, y él también lo sabía. Conocía cada terminación nerviosa y sabía exactamente donde tocar para que me estremeciera.

Cuando me tuvo preparada y ansiosa, una de sus manos cruzó la línea donde termina la espalda. Me acarició suavemente una de las nalgas y fue bajando.

—Precioso tanga —me susurró y yo me humedecí por completo.

Me lo quitó en un movimiento rápido y ambas manos separó un poco mis piernas. Introdujo uno de sus dedos en mi entrepierna. Comprobó que yo estaba tan caliente como estaba, se dio la vuelta y cogió un maletín. Fue un segundo, pero me alertó. Era un maletín negro, parecido a los que llevan los médicos. Me vino a la cabeza la serie Dexter y me asusté.

Sergio adivinó mis pensamientos y susurró un tranquila, que no me tranquilizó hasta que abrió el maletín y pude ver toda clase de artilugios y juguetes sexuales. Alguno de ellos, no los había visto nunca. Sacó una especie de consolador, pero mucho más fino y se acercó a mí.

—Ponte de rodillas. A cuatro patas, que se dice vulgarmente, vamos.

Obedecí. De rodillas, con las palmas de las manos apoyadas en la camilla, él se acercó por detrás y empezó a lamer mi zona más íntima. A la vez, empezó a jugar con el aparatito, que tenía la curvatura justa para rozarme el punto G cada vez que lo introducía. Yo estaba enloquecida de placer. Perdí

la cuenta de los orgasmos que me hizo tener subida en aquella camilla y con los diferentes objetos que iba sacando del maletín. Cuando Sergio vio que yo ya no podía moverme, me ayudo a bajar de la camilla y me acompañó al baño.

—Date una ducha, mami. Voy a preparar algo de fruta y ahora continuamos. Recupérate.

Yo no podía ni hablar. Estaba extasiada de correrme, aunque suene soez. Me duché, el agua consiguió que recuperara algo de energía, me enrollé la toalla y salí al salón. Sergio había preparado un bol lleno de trozos de fruta fresca; sandía, melón, mango. Me senté a su lado, le miré y le dije:

—¿Y tú?

—Tranquila, yo he disfrutado mucho. ¿Qué prisa tenemos? Come, bebe, refréscate. En breve empieza la segunda parte —dijo mientras me guiñaba un ojo.

Allí desnuda, sentada en aquel sofá, tapada con una toalla, comiendo fruta con un desconocido, me sentía cómoda.

Terminada la fruta, Sergio me guió hasta su habitación. Se quedó desnudo y a mí se me abrieron tanto los ojos que pensé que no podría volver a parpadear. Era impresionante lo que ese hombre tenía entre las piernas. Sin ser algo desmesurado, el grosor de su miembro era casi como un vaso de tubo. Yo recordé la primera vez que había comprado un consolador por internet. Aluciné con los tallajes. Sergio debía estar entre los veintiún centímetros y los veintitrés.

Él debió adivinar mis pensamientos porque dijo:

—Tranquila, seré muy cuidadoso.

Se acercó a mí y me quitó la toalla. Me besó suavemente, jugando con la punta de su lengua en mis labios. Un simple beso y yo ya estaba receptiva

de nuevo.

Sergio dominaba el arte amatorio, todo hay que decirlo. Ese movimiento de cadera caribeño, esa forma de susurrar... Disfruté muchísimo. Al despedirnos, él me dijo que esperaba volver a verme. Yo sonreí mientras levantaba los hombros y me fui.

Seguí el consejo de mi nueva psicóloga de ir superando pruebas y me fui a casa. Sería la primera noche que dormiría sola después del suceso, estaba preparada para hacerlo. Para dormir sola, sí. Pero no para lo que sucedió aquella noche.

Con el coche parado en la puerta del garaje, respiré profundamente y me di ánimos. «Vamos Martina, tú puedes».

Pulsé el mando de apertura de la puerta, mientras se abría, el corazón me empezó a latir cada vez más fuerte. Respiraba lentamente intentando calmarme. Las luces del garaje se encendieron y arranqué. Aparqué en mi plaza, cogí el bolso y me bajé corriendo. Subí las escaleras hacia el portal incapaz de esperar al ascensor. «Si me ve algún vecino pensará que estoy loca», pensé una vez arriba. Primera prueba superada.

Subí en el ascensor, avancé por el pasillo tarareando una canción que había escuchado en la radio para distraer mis propios pensamientos. Llegué a la puerta, abrí y me sobresalté al ver luz en el salón.

—¿Hola? — pregunté con un hilo de voz.

—¡Estoy en la terraza! —gritó Jaime, tenía la voz rara, como si estuviera borracho.

Al salir a la terraza confirmé mi sospecha. Jaime estaba sentado en la mesa de fuera, con una botella de ron y sin vaso.

—¿Ron caliente? Un poco fuerte, hasta para ti, ¿no? —pregunté.

—Ron caliente cómo tu dominicano, ¿no? ¿Crees que no he atado

cabos? ¿Has disfrutado? —preguntó. A mí no me gustó nada el tono.

—Creí que ibas a volver a tu casa —contesté.

—Pues sí, iba a hacerlo. Pero luego he pensado que quería ver la cara que traías después de follar con otro —afirmó poniendo cara de asco.

—Jaime, por favor —supliqué.

—¿¿Qué esperabas?! Creí que estabas comprometida con nuestra relación. Me vine a vivir contigo, ¡¡Joder!!

—Pero por las circunstancias, no por la relación —musité.

—Sí, eso me lo has dejado muy claro. Me has utilizado y cuando te has aburrido, me mandas a casa.

—Creo que no es el momento para tener esta conversación. Mírate, has bebido demasiado —contesté.

—¡¡Quiero follarte!! Quiero quitarte el sabor que tienes del músico ese. Quiero que compares y entiendas que nadie te conoce como yo, que nadie te ama como yo y que nadie te da placer como yo.

—Venga cariño, no creo que estés en condiciones de eso. Vámonos a dormir, mañana será otro día y hablaremos de todo esto —supliqué de nuevo. Jaime estaba fuera de sí.

—¡No me llames cariño! ¿Por qué, Tina? ¡¿La tiene más grande?! ¡Es eso! ¡¿Buscabas una más gorda?! —gritó, yo estaba horrorizada. Los gritos debían oírse por toda la urbanización. Jaime estaba muy dolido y yo me sentía fatal. Cómo había pensado que algo así no le molestaría, cómo se me ocurrió pedirle permiso. Me sentía estúpida. Conseguí meterle en casa y llevarle a la habitación. Se tiró en la cama y para mi tranquilidad, se durmió enseguida. Yo en cambio, no conseguí conciliar el sueño.

¿Qué me había pasado? Estaba bien con Jaime, pero no era suficiente. Quizá después de tantos años en pareja me apetecía experimentar un poco

más. Sergio me había dejado con ganas de repetir, pero eso supondría perder a Jaime. Me dolía la cabeza, salí a la terraza y contemplé las estrellas. Esa terraza era el recuerdo de todo lo vivido, de la emoción de tener a alguien que se preocupaba por mí, que me ayudó tanto durante un momento tan duro y ese era Jaime. No podía hacerle lo que le estaba haciendo. Tenía que pensar y ser honesta. Cuando el sueño empezó a vencerme, me fui a dormir.

A la mañana siguiente, al despertar, Jota me miraba con gesto serio y de preocupación.

—Lo siento. No debí hablarte así. No recuerdo exactamente qué te dije, pero sí recuerdo tu expresión. Lo siento de verdad —dijo avergonzado.

—Calla, no tienes que disculparte, soy yo la que he metido la pata y te he hecho daño —confesé.

—Puedo entender que no quieras una relación de pareja tan pronto. Pero no sé cómo echar marcha atrás. Yo soy feliz.

—Bueno, no soy capaz ahora mismo de tomar ninguna decisión, no puedo renunciar a ti. Lo que si necesito es que cada uno viva en su casa, concédeme ese espacio —supliqué.

—Me parece bien.

—¿Cuándo viajamos a Italia? —pregunté.

—Dentro de dos días—respondió él.

—Genial, nos sentará bien alejarnos de todo. Voy a aprovechar el día para ver a la familia.

—Me parece bien. ¿Vas a volver a verle? —preguntó.

Agaché la cabeza, no era capaz de contestar a esa pregunta. Sergio me gustaba mucho, y prefería callar a mentir. Jaime se dio cuenta porque se levantó sin decir nada y se fue caminando hacia el baño.

—Sinceramente, no puedo contestar todavía. Sólo puedo decirte que

antes de irnos a Italia, no —respondí.

—Por ahora, me vale.

Salimos del piso a la vez, pero con destinos diferentes. Jota iría a la oficina de Ángel, a recoger los billetes y lo necesario para el viaje. Eran varios días y varios destinos. Yo sólo conocía Roma, así que estaba deseando conocer el resto de lugares donde Jaime tenía que actuar: Milán, Venecia...

Comí con mis padres y mi hermana. Empecé a recibir mensajes en el móvil. Era Sergio. No quería contestarle, pero tampoco quería despacharlo. Tenía ganas de gritar. ¿Quién me mandaba meterme en esos «fregaos»? Al final le escribí que tenía que salir de viaje y que le llamaría a la vuelta. Estaba agobiada, tendría que tomar alguna decisión y pronto.

La bella Italia

La noche anterior al viaje, con el equipaje preparado seguía sin poder dormir. Era una mezcla de ansiedad, nervios y agobio. No quería tomar pastillas para dormir por miedo a perder el avión. Había quedado directamente con Jaime en el aeropuerto. Por la mañana temprano harta de dar vueltas por la casa, llamé a un taxi y salí una hora antes de lo previsto. Aprovecharía para desayunar y mirar las tiendas del duty free.

Al llegar Jota, me saludó frío. Facturamos las maletas y nos fuimos a tomar algo.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, muy bien.

Sonó el pitido del programa de mensajes y Jaime me puso mala cara.

—¿Es él? —preguntó irritado.

—No —contesté avergonzada—. Es Sandra para decirme que al final se encarga ella de cuidar la terraza. Bueno, de estar pendiente del portero y del jardinero. Que mi hermana le ha pedido el favor porque a ella le ha surgido algo.

Había mucha tensión entre nosotros. Intuía que el viaje a Italia no iba a ser tan divertido como los otros.

«Roma. ¿Cómo describir una ciudad como Roma? La ciudad eterna. La ciudad de las siete colinas, capital de la religión católica. Arte por cada esquina, historia en cada piedra del camino. Si no has visitado Roma, no

puedes perdértela», iba escribiendo en el avión.

Jaime miraba por la minúscula ventana. Tenía la mirada perdida. Para mí era extraño verle así. No recordaba verle tan triste en todos estos años. Él siempre era el que animaba al resto. Yo tenía la absurda esperanza de que en aquel viaje tendría una experiencia reveladora. No que se me apareciera la virgen, pero sí que me daría cuenta de que estaba enamorada, algo que me hiciera elegir sin dudas. Así lo deseaba al menos.

Cogimos un taxi en el aeropuerto. El hotel estaba en el centro y era del estilo al resto de hoteles que reservaba Jaime. Le gustaba el lujo. Pensándolo bien, «¿a quién no?».

Habíamos programado comer en el barrio del Trastévere, así que una vez dejamos el equipaje en el hotel, nos fuimos andando a la Plaza de España, después iríamos a La Fontana di Trevi donde lancé la moneda para volver, por supuesto. Y para pedir un deseo, ya podéis imaginar cual.

La Plaza de Venecia con el monumento a Víctor Manuel, los restos del Foro Romano, la Piazza Navona y el Panteón. El Coliseo, el Vaticano, el Castillo de San't Angelo, las Termas de Caracalla y el resto de visitas obligadas, las haríamos en el autobús turístico. Jaime no estaba muy por la labor, pero estábamos en Roma y había lugares que no podíamos dejar de reseñar, él como siempre cedió.

Millones de fotos después, con un dolor terrible de piernas, pero con la satisfacción del trabajo bien hecho y el inmenso placer de contemplar aquellas maravillas, nos fuimos a comer.

«Si hay un barrio romántico por excelencia en Roma, es Il Trastevere, estrechas callejuelas con infinitas trattorias, balcones llenos de flores y mujeres con delantal y largas melenas prendidas. Romanos hablando con énfasis, moviendo las manos con vehemencia...»

Sentados en una terraza, en un pequeño callejón lleno de macetas, oliendo a pizza recién horneada, yo escribía bajo la atenta mirada de mi enamorado. En la mesa de enfrente un italiano zalamero me dedicaba sonrisas de vez en cuando.

—Bella Martina. Estás muy guapa —dijo Jaime, visiblemente más relajado. Roma y sus encantos, nos había concedido la distancia que necesitábamos de nuestros problemas.

—¿Se te ha pegado la galantería italiana? —pregunté.

—¡Qué remedio! Aquí tengo mucha competencia.

—Ni aquí, ni allí. —Concedí embriagada por el entorno.

Jaime me dedicó una sonrisa que yo devolví gratamente. Estaba realmente a gusto con él.

Después de disfrutar de la Pizza y de la mejor pasta del mundo, caminamos por el barrio. A pesar de todo no había rencor en su mirada, a pesar de su tristeza, él me trataba bien. Era de agradecer. De repente me encontré indispuesta, como si la exquisita comida me hubiera sentado fatal. Entré corriendo al baño de un restaurante y al echar todo el contenido del estómago me encontré mejor. Dentro del baño sola, mirándome en el espejo se me puso cara de pánico. Intenté recordar cuando había tenido la última regla, pero no conseguía acordarme. «¿Por qué cuando una mujer vomita piensa irremediamente que está embarazada? Podía ser una simple indigestión», pensé. Estaba aterrada. Salí del baño y Jaime se asustó.

—¿Estás bien? Tienes cara de muerto «cagao» de miedo.

—Sí. Estoy bien, bueno mejor. Voy a pedir una manzanilla. —Preferí no alarmarle. «¿Cómo compro una prueba de embarazo si le llevo pegado a mí todo el día?»

—Tómame eso y vamos al hotel a descansar —sugirió Jaime.

—Tengo que comprar tampones —mentí.

—¡No jodas! ¿Viaje de abstinencia? Venga te acompaño —contestó.
«¡Mierda!»

Entramos en una farmacia. Cogí una caja de tampones de una estantería mientras Jaime no me quitaba ojo. Me conocía lo suficiente para saber lo obsesiva que podía llegar a ser. Necesitaba hacerme la prueba y quedarme tranquila. Mis reglas eran muy irregulares y habíamos utilizado siempre protección, aun así, prefería no tener la duda. Cogí el diccionario de bolsillo y fui a la caja. Jota me miraba intrigado. Puse la caja de tampones encima del mostrador y le dije al farmacéutico que me miraba con cara sonriente, esperando a que buscara en el diccionario lo que quería pedirle.

—Un test di gravidanza —dije con un acento espantoso.

Al hombre le cambió la cara de golpe, miraba la caja de tampones y me miraba a mí con cara de interrogación. Sólo le faltó decirme: «Ya te lo digo yo, si estás con la regla, no estás embarazada, no gastes a lo tonto».

Jaime me miraba perplejo.

—¿Qué le has pedido?

Yo estaba roja como un tomate, a la vez que asentía al señor en señal de saber lo que estaba haciendo. El hombre se encogió los hombros y se fue dentro a buscar el producto. Jaime insistía.

—¿Pero qué le has pedido?

No tuve el valor de contestar y sólo me salía una mueca absurda parecida a una sonrisa.

La cara de Jaime cuando vio aparecer al señor con la prueba de embarazo era digna de reportaje fotográfico y subida inmediata al blog. Se puso pálido. «Con cara de muerto cagao de miedo».

—Ehh... ¿Eso es para ti? —preguntó.

—Para Olivia, se lo mando por correo, en España no hay.

—Joder Martina, no hagas bromas absurdas —contestó.

—Joder Jaime, no hagas preguntas estúpidas.

—¿Hay probabilidades? —preguntó de nuevo.

—¿Podemos esperar a pagar e irnos?

La gente detrás de nosotros en la caja, se lo estaba pasando genial contemplando la escena. El farmacéutico también. Salimos de la farmacia y camino del hotel ninguno decía nada.

Ya en la habitación, Jaime fue el primero en hablar.

—¿Usaste protección?

—Sí, Jota, sí. La usé y no es tan inmediato.

—Vale, vale. ¿Vas a hacerlo ahora? —preguntó abrumado.

—¿Para qué esperar?

Cogí la caja del test de embarazo y se fui hacia el baño. Jaime me seguía.

—No, no. No puedo mear en el palito contigo delante —le dije.

—Pero quiero estar a tu lado.

—Después.

Entré al baño, estaba tan nerviosa que no me salía. Me puse a pensar en Jaime. La reacción había sido como la mía, de pánico absoluto, pero estaba adorable. No me quitaba ojo. Me miraba con esa expresión tan tierna. Sentí que el estómago se me encogía. Le amaba, estaba segura. En ese momento de revelación me salió el pis. Le puse la tapa al «palito» y salí. Él estaba sentado en el sofá de la suite con una expresión diferente. Había pasado del susto inicial a tener cara de ilusión. Le brillaban los ojos.

—¿Cuánto hay que esperar? —preguntó Jaime impaciente.

—Tres minutos.

—¿Tanto?

Los dos mirábamos el reloj en silencio, viendo como el segundero

caminaba lentamente y subía un peldaño hacia el siguiente segundo. Yo escuchaba el latido de mi corazón al compás. Nos miramos, Jaime me guiñó un ojo y yo quise comérmelo a besos. Pasaron los tres minutos.

—¡Ya! —exclamé.

—¿Qué dice? —preguntó Jaime ansioso.

Cogí la prueba de embarazo temblando. Comprobé el resultado. Era negativo. Lejos de sentir alivio, sentí tristeza. «¿Por qué?». Ser madre no estaba en mis planes, quizá me acercaba la edad de descartarlo para siempre y sentía vértigo.

—Vaya. Qué pena, me hubiera encantado tener un hijo contigo — confesó Jaime.

—¿Lo dices en serio? Jamás me habías hablado de esto.

—Bueno, no había encontrado con quién y por motivos laborales, nunca era el momento. ¿Te has sentido aliviada? —preguntó.

—Pues sí y no. Da miedo, pero es la opción más fácil para no decidir hacerlo voluntariamente. Ha habido un momento de imaginación, de verme embarcada en ese proyecto y me ha gustado.

—¿Y si nos lanzamos? Independientemente a lo que nos suceda como pareja, amigos vamos a ser siempre.

Yo le contemplaba, proponiéndome tener un hijo y en ese momento lo supe, sin más. Ahí estaba mi revelación. No se siente nada en concreto, miras a esa persona y duele. Pero es un dolor agradable. Es una sensación física, el estómago se contrae y sonríes sin más motivo que saber que existe.

—Bueno, hablaremos de ello con más calma, ahora hay que prepararse para ir a trabajar —contesté.

Bajamos a recepción a pedir un taxi, observé a Jaime con disimulo.

Estaba guapo, vestía con pantalón de pinzas y camisa. El sitio donde íbamos era elegante y la gente en Italia se arreglaba mucho, eso pensaba yo contemplando a las mujeres que pasaban por la calle. No era la típica moda de tiendas con ropa de fabricación en cadena. Eran diseños exclusivos, acompañados de complementos espectaculares. Los bolsos y los zapatos eran fabulosos. El diseño italiano plasmado en cada persona que pasaba.

Estaba distraída, tomaba fotos mientras Jaime hacía su actuación, o después, cuando charlaba con la gente. Pero tenía la cabeza a millones de kilómetros. Un hijo...

Posiblemente la proposición que me había hecho Jota sería la última oportunidad que tendría de ser madre. En breve entraría en los cuarenta. Ya se consideraba que tenía un cuerpo ajado para la maternidad. Era ahora o nunca.

Terminamos el bolo y regresamos directamente al hotel. Por la mañana temprano salíamos hacia Venecia. Teníamos reservado un coche de alquiler, iríamos un poco a la aventura. Entre las dos ciudades había una distancia de quinientos kilómetros aproximadamente.

Ya montada en el coche, listos para arrancar, recordé una de mis películas favoritas. «Solo tú». En esta ocasión no iba a buscar al amor de mi vida, lo llevaba bien cerca. Eso esperaba, al menos. Jaime no dejaba de mirarme mientras conducía. Yo observaba el paisaje embelesada.

—Hoy te quiero un poquito más que ayer —dijo Jaime de repente.

Yo solté una carcajada.

—¿Desde cuándo eres tan romántico? —pregunté risueña.

—Desde que tuve la oportunidad de conquistarte. Tú me haces mejor.

—Eres increíble. Soy yo la que estoy agradecida de tenerte a mi lado —y lo dije con pesar, por haber tenido que meter la pata para entenderlo.

Continuamos por autovía, nos hubiera encantado perdernos por carreteras secundarias, pero no quisimos arriesgarnos a perdernos de verdad. Estábamos en otro país y al día siguiente nos esperaban en Venecia, bueno a Jaime y decidimos ser prudentes. Paramos a comer en Florencia. Al llegar a Venecia, experimenté una sensación indescriptible. Había visto sus canales, sus puentes, sus góndolas, miles de veces en televisión. Pero contemplar aquellos palacios bañados por el agua en los cimientos, sobrecogía. Era una ciudad cautivadora masificada de turistas, pero impresionante. El hotel daba a uno de los canales, cuando observé el palacete creí enloquecer. Jaime pidió en recepción que devolvieran el coche a la agencia de alquiler. Subimos a la habitación a refrescarnos y a dejar el equipaje.

—Lo primero que quiero hacer contigo en Venecia es montar en góndola —afirmó Jaime.

—¿En serio? —pregunté incrédula.

—¿Hay algo más romántico? —respondió.

—Está bien, espera que cojo la cámara—dije entusiasmada.

Salimos en busca de nuestro paseo en góndola. Montamos en una, el gondolero comenzó a cantar y yo sentir una vergüenza tremenda. Jaime me advirtió que era una ofensa decirle que parara, así que había que aguantar el paquete completo.

—No te voy a pedir matrimonio porque no nos hace ninguna falta. Pero si te voy a pedir de manera oficial, que me concedas el placer de tener un hijo contigo. Esos minutos que he pensado que podías estar embarazada he sido plenamente feliz. Quiero hacerlo —afirmó Jota mirándome fijamente a los ojos.

Yo lo pensé durante unos segundos, el reloj biológico presionaba, me

daba un ultimátum, cerré los ojos y exclamé:

—¡Hagámoslo!

Jaime me besó mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Nada de dominicanos, ¿vale? —dijo visiblemente emocionado.

—Vale —prometí.

Continuamos besándonos durante todo el trayecto. A pesar de nuestra felicidad y entusiasmo no me libré del dolor de cabeza que me había provocado el gondolero con su canto efusivo. Aquella noche Jaime no tenía trabajo, así que aprovechamos para salir a cenar. Él quería conocer el casino y yo estrenar un vestido largo que guardaba para una ocasión así.

Bajamos por la recepción y todo el mundo nos miraba. Jaime con traje parecía que iba a anunciar un perfume. Y mi vestido de seda satinada era espectacular, no sé si por la vestimenta o por las decisiones tomadas, pero ambos brillábamos.

Cenamos directamente en el casino, la comida fue deliciosa. Después nos acercamos a jugar. Jaime al Blackjack y yo a las máquinas tragamonedas, no era muy aficionada a los juegos de mesa y nunca me gustó la ruleta. Jugamos ambos una pequeña cantidad. En una de las salas del casino había una banda de música tocando en directo. Entramos y nos pedimos una copa. Bailamos, reímos y nos besamos hasta altas horas de la noche.

Caminando de vuelta al hotel, por las estrechas y empedradas calles de Venecia, contemplando el canal, pensábamos nombres de niño y de niña.

—Si es niño, a mí me gusta Eduardo —decía Jaime.

—¡Venga ya! Es nombre de señor.

—Yo quiero una niña tan guapa como tú.

Sonó el móvil y me sobresalté, me había olvidado del mundo ajeno a nosotros. Descolgué y escuché a Sandra sollozar al otro lado de la línea.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué lloras? —pregunté preocupada.

—Olivia se ha ido de casa —contestó Sandra rota de dolor—. Quiere ser madre y no quiere renunciar a ello por estar conmigo. Ella dice que no puedo pedirle algo así y yo le he dicho que no puede obligarme a pasar por algo que no quiero.

—Sandra cariño. Quizá es el momento. Piénsalo bien. Piensa en ello con el corazón —respondí.

—¿Qué te crees? ¿Qué no lo he hecho? Llevo tiempo dándole vueltas. No es la primera vez que discutimos sobre ello, tú lo sabes. La quiero más que a nada, pero no quiero convertirme en madre. Se acabó.

Traté de consolarla, y decidí que aquel no era el mejor momento para contarle nuestros planes. Sandra me prometió que pasaría la noche con unos amigos. No quería que pasara sola la primera noche sin Olivia.

Llegamos al hotel, nos pusimos cómodos y Jaime salió del baño con una caja de preservativos.

—Esto ya no nos va a hacer falta —dijo tirando la caja a la basura, como si fuera un acto ceremonial—. Ven aquí «jamelga» que te voy a hacer un bebé.

Yo sonreí.

—Vamos a ello —dije mientras me abalanzaba hacia él.

Llamaron a la puerta de la habitación y me desperté sobresaltada. Jaime no estaba en la cama. «¿Dónde habrá ido?». Le escuché hablar con alguien en la puerta, unos minutos después oí como se cerraba la puerta y ruido de cacharros; platos, cubiertos. Me levanté intrigada. Al llegar al salón de la suite vi como Jota terminaba de colocar el desayuno en la mesa. Olía a café recién hecho y a bollos calientes. No podía dejar de sonreír.

—Buenos días dormilona. Me he tomado la licencia de pedirte el

desayuno.

—Muy bien que has hecho.

—Bueno cuéntame, ¿tenemos que darle todos los días hasta que te quedes embarazada? —preguntó Jaime. Yo no pude evitar reírme.

—No por favor, acabaríamos aborreciéndonos. Tenemos que seguir «dándole» por placer y cuando nos apetezca. Comprobar mi calendario de ovulación para aprovechar los días más fértiles del ciclo.

—Joder, de todo sabes. Así da gusto.

—De todo no, del órgano reproductor femenino, pues sí claro.

—Tendríamos que mudarnos a una casa más grande.

—¿Cómo?! ¡Ni hablar! No dejo mi terraza —me negué en rotundo.

—Y si compráramos una casita con jardín, a las afueras y ¿te montó el jardín más bonito del mundo? Y trasplantamos tus plantas.

Lo medité unos segundos. Criar un hijo en la ciudad o en un pueblo tranquilo, cerca de la ciudad.

—Déjame pensarlo —musité.

—Tengo que montar mi estudio. Si quieres quedarte en tu casa, tendré que alquilar un local. Tú sabes que paso muchas horas en el estudio. Nos veríamos menos.

—Vale. Ya pensaremos cuál será la mejor opción. También tengo que pensar qué puedo hacer para ganarme la vida, con un bebé se me acabaron los viajes.

—Claro que no. Puedes seguir escribiendo y las fotos te las hará otra persona, o se me está ocurriendo, podemos contratar un canguro que viaje con nosotros. Tú tranquila. No quiero que renuncies a nada. Ni quiero perderme ni un segundo de la vida de ese futuro bebé.

Yo le miraba embobada. «¿Se podía ser más adorable?»

—¡Vamos anda!, baja de las nubes que tenemos que coger un tren a

Milán. Tengo una sorpresa que te va a encantar —me dijo con una media sonrisa.

—¿Qué es?

—Sorpresa. Búscalo en el diccionario. Y no me des el viaje que no te lo voy a decir. Sólo te diré que te pongas un vestidito de esos tuyos elegante, pero informal.

Jaime y sus sorpresas, había conseguido intrigarme. «¿Dónde me lleva?». Me vestí corriendo. Estaba nerviosa. Me puse un vestido corto con las cuñas. Eso de arreglarme sin saber para qué, me desesperaba y emocionaba.

Cogimos un taxi dirección «La Stazione di Santa Lucia» donde cogíamos un tren con destino Milán que duraba dos horas de trayecto, llegaríamos a las doce del mediodía aproximadamente. Jaime miraba continuamente el reloj y a mí me estaba poniendo de los nervios. Llegamos a la hora prevista, cogimos un taxi para ir al hotel a hacer el *check-in* y dejar el equipaje. Ahora entendía las quejas que solían hacer los artistas sobre vivir continuamente en hoteles. Estaba agotada. Jaime le pidió al taxista en un inglés perfecto que nos esperara. Y al recepcionista del hotel que nos subieran el equipaje a la habitación, que debíamos irnos.

Nos metimos de nuevo en el taxi, Jaime le dio el nuevo destino al taxista y éste arrancó. Jota me miraba de reojo con una sonrisilla maliciosa. Yo contemplaba las calles de Milán fascinada. Era una ciudad viva con gente de acá para allá. La misma sensación que en Roma en cuanto a la moda. Quizá más. Los milaneses vivían la moda con infinita pasión.

—¿Cuándo podremos hacer turismo? —pregunté.

—Esta tarde y mañana. Aquí nos quedamos dos noches. Mañana te

llevo al lago Como, no podíamos venir a Milán y no acercarnos. Te va a encantar. Y por la tarde vamos a ver «La última cena» de Leonardo Da Vinci.

—Genial —contesté entusiasmada.

El taxi paró, la calle estaba cortada y el coche no podía continuar. Caminamos y según iban avanzando, mi emoción iba en aumento. No podía ser. No podía ser verdad. Alfombra roja, miles de cámaras y una banderola enorme que anunciaba que llegábamos al evento del año en Milán. «¡Cómo no me he acordado!».

Era la Milan Fashion Week. Tenía ganas de saltar, de gritar y de correr como una loca con los brazos en cruz. Le di un beso a Jaime, por acordarse, por estar en todo y por existir. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero fue imposible frenar las ganas y acabé saltando en medio de la calle.

—¿Qué desfile vamos a ver? —pregunté ansiosa.

—No te desmayes, ¿vale? —contestó Jaime después de presenciar el baile de los saltitos.

—No prometo nada —contesté.

—Dolce&Gabbana y Prada —dijo Jota y yo grité de placer.

Al llegar a la puerta, nos obligaron a ponernos en el photocall. Uno de los periodistas llamó a Jaime por su nombre y le preguntó si le gustaba la moda. Jaime respondió que sí, pero que estaba allí por su mujer. Yo me derretí enterita.

Al entrar y empezar a ver a los famosos de talla internacional, los supermodelos de infarto y el ambiente, yo no podía dejar de reír. Pero cuando entramos al desfile y una azafata nos acompañó a nuestros sitios me quedé estupefacta, vamos muerta del todo como se suele decir. El nombre de Jaime estaba apuntado en una cuartilla, reservando dos asientos en el «front-row».

—¿Cómo has conseguido estos asientos? —pregunté alucinada.

—Ángel, que es una máquina. ¿Estás contenta?

—Contenta es un término bastante escueto para expresar como me siento en estos momentos —confesé.

No me había dado cuenta, pero estaba sentada al lado de un actor americano. Le miré fijamente y me recordé recortando su foto de una revista con doce años para pegarla en la carpeta del colegio. «Qué cosas tiene la vida». El actor saludó a Jaime y le dijo que le encantaban sus sesiones, que le había visto en Ibiza junto al Dee-jay francés tan conocido. Que se quedó con ganas de saludarle. Yo me quedé boquiabierta. Les hice una foto para el blog. Jaime me leyó el pensamiento porque le pidió que posara conmigo para otra foto. Me sentía una fan enloquecida.

Avisaron para que la gente se fuera sentando. Apagaron las luces. La música empezó a sonar, las modelos a desfilan. «Pasión española» se titulaba el desfile, los vestidos eran maravillosos, de corte flamenco, las modelos llevaban flores en los moños. Los diseños eran sensacionales. Volantes, encajes, hasta un traje de luces. Pero con ese toque de distinción de Dolce.

Disfruté cada segundo del desfile. Estaba feliz. Él me miraba de reojo y sonreía al verme tan entusiasmada.

—Gracias por esto. Una más que sumar a las sorpresas maravillosas que me has hecho —dije llena de amor.

—Un placer inmenso poder compartir contigo esa felicidad que irradias —contestó mientras me daba un beso en la mano.

Después del desfile, tomamos un aperitivo rodeados de famosos. Y de gente de la moda variopinta. Entramos al siguiente desfile y pude disfrutar de la elegancia y glamour de Prada.

De camino al hotel, con la cámara cargada de momentos inolvidables y la sensación de estar viviendo un sueño, apoyé la cabeza en el hombro de Jaime y disfruté de Milán y sus hermosas calles. Comimos en el restaurante

del hotel y aprovechamos para descansar antes de ir a trabajar.

Yo no era capaz de relajarme, seguía con el subidón de adrenalina de los acontecimientos vividos.

—Cariño, no soy capaz de relajarme de la emoción —comenté.

—Ven anda, que ya te relajo yo un poquito.

La sesión fue un éxito. Parte de los famosos de los desfiles estaban en la discoteca, era una de las más grandes de Italia. Pinchaban varios dee-jays conocidos. Saqué miles de fotos de gente famosa, pensé que serían un tesoro para varias revistas del corazón. Conocí un montón de gente y disfruté del ambiente nocturno de Milán. Terminamos cuando el sol mostraba sus primeros rayos. Regresamos al hotel y pudimos dormir tres horas. Nos despertó el teléfono, era el recepcionista para avisarnos que había llegado nuestro coche de alquiler. Lo dejaban aparcado en el garaje. Jaime se levantó emocionado.

—¡Vamos! ¡Qué te voy a llevar al paraíso! —exclamó.

Jota condujo de Milán a Como, el trayecto duró una hora más o menos. Al llegar el paisaje me dejó realmente conmovida. Era grandioso. Un lago inmenso, rodeado de montañas enormes cubiertas de un manto verde. En las orillas del lago había unas villas de ensueño, algunas eran verdaderos palacios. Había una pasarela que cruzaba de una orilla a otra, en la parte más estrecha. Según ibas andando por ella, la sensación era de estar flotando en el medio del agua. Las vistas sobrecogían. Alguien cerca nuestro contaba que una de las villas era del actor George Clooney. «Qué listo», pensé. «Y que desperdicio, seguro que pasa como mucho tres días al año».

Alrededor del lago había varios bares con terraza. Nos fuimos a

desayunar. Septiembre se iba despidiendo, pero todavía no hacía frío.

Jaime fue a pedir los cafés cuando sonó mi móvil. Era Sandra.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—¿Cómo sabes que ha pasado algo?

—Tú no llamas cuando estoy de viaje, a no ser que sea una emergencia.

—Es Sara. Ha tenido el bebé —dijo.

—¿Ya? ¡Pero es muy pronto! —exclamé alarmada.

—Ha tenido un parto prematuro y no saben por qué. El pequeño está en la incubadora y Sara no se despega del hospital. Están muy preocupados, Tina.

—¿Pero el bebé está bien? —pregunté asustada.

—Todavía es pronto, no saben si saldrá adelante, tiene los pulmones muy inmaduros.

Me puse a llorar. No podía ni imaginar el miedo que debían estar pasando. «¿Por qué? Ya habían sufrido demasiado. ¿Por qué la vida era tan injusta?».

—Si a Jaime le parece bien, adelantamos el viaje. Buscaremos un vuelo esta tarde —le dije destrozada.

Colgué el teléfono, pero la tristeza no me dejaba ni pronunciar palabra. Jaime volvió con los cafés y al verme llorando se asustó. Le conté lo que había pasado y nos quedamos desolados. La posibilidad de perder un hijo debía ser un terror insoportable. Me acordé de Sara enseñándome la habitación que habían preparado para el pequeño, decorada entre Pablo y ella. No podía dejar de llorar. Jaime fue a pagar y nos fuimos. De vuelta a Milán llamamos a Ángel para que nos cambiara los vuelos. Hablamos con el recepcionista del hotel para explicarle el cambio de planes e hicimos el equipaje. El camino al aeropuerto fue silencioso. Estábamos hundidos, yo no dejaba de pensar en ellos, sobre todo en Sara. Estaba deseando abrazarla y

ver al pequeño, no podía pensar en nada más.

Llegamos al aeropuerto de Barajas, en Madrid y cogimos un taxi en dirección al hospital directamente. Al llegar, Pablo nos recibió en la entrada principal. Se derrumbó al vernos. Jaime se quedó con él y yo fui hacia la Unidad de Neonatología para ver a Sara.

Sara salió al pasillo cuando la avisé por teléfono. Llevaba la típica bata verde y una mascarilla. Me abrazó al verme y se puso a llorar. Temblaba de miedo y cansancio.

—Tranquila. Seguro que sale todo bien —alcancé a decirle.

—Estoy muerta de miedo, Tina —sollozó Sara.

La abracé más fuerte. Me dijo que estaba una de las enfermeras simpáticas y que seguro que podría entrar un momento a verle. Le preguntamos y nos dio el visto bueno. Me puse la bata, la mascarilla y los protectores en los zapatos. Al llegar a la incubadora se me encogió el corazón. El pequeño Iván tenía una sonda por donde le administraban la leche. Se le veía tan delicado, tan pequeñito. Metí la mano y le acaricié. Todavía tenía el lanugo por toda la piel.

—Animo pequeño, tienes que ser fuerte. Tienes un montón de gente fuera que estamos deseando malcriarte —le susurré.

Sara no dejaba de llorar.

—Tienes que dejar de estar así, cariño. Está aquí y te necesita. Necesita que estés bien y le ayudes a salir de esta, juntos. No puedes estar todo el rato tan triste. —Insistí.

Sara reaccionó.

—Tienes razón —dijo enjugándose las lágrimas.

—Es precioso y dentro de poco le tendrás correteando por el jardín.

Sara sonrió. Pablo me mandó un mensaje para que subiéramos a comer.

—Vamos a comer, estás agotada —le dije.

—No quiero dejarle.

—Aquí está bien cuidado, pero si tú te pones enferma no podrás estar con él.

Sara claudicó y dejamos a Iván descansando en su incubadora ajeno al mundo que le rodeaba. El ruido de la incubadora era relajante, un pitido que media el ritmo cardíaco del pequeño. Salimos de allí.

Sandra llegó al hospital justo en el momento en el que nos sentábamos en la cafetería para comer. Jaime y yo les contamos que tal el viaje, tratando de distraerles del pesar que tenían.

Después de comer Pablo se fue con el niño mientras Sara aprovechó para ir a casa a descansar. Jaime, Sandra y yo la acompañamos a casa.

—¿Quieres que me quede? —le pregunté.

—No cielo, estoy bien. Necesito dormir y estar bien para que él esté bien —dijo.

Yo me enternecí. La abracé muy fuerte y nos fuimos. De camino a casa llevamos a Sandra a la galería.

—¿Y Olivia? —pregunté.

—Al final no hemos podido arreglarlo. No sólo ha sido lo del bebé, Tina, han salido más cosas. Se ha ido a vivir con una amiga.

—Lo siento mucho. ¿Y la galería?

—Pues sé que va a ser difícil, pero ese proyecto vamos a intentar mantenerlo. Es la ilusión de su vida. Tendremos que trabajar juntas. Al menos, lo intentaremos.

—Me parece muy generoso y una actitud muy madura por tu parte. Ojalá, y funcione.

—Estás abatida —me dijo.

—Jaime y yo hemos decidido tener un hijo. Y ver a Sara y al pequeño

Iván me ha dado mucho miedo —confesé.

—Antes de nada, enhorabuena. Seréis unos padres estupendos. Dos, lo que le ha pasado a Sara, no tiene por qué pasaros a vosotros. Debemos estar con ellos durante el proceso. Es largo, pero seguro que sale bien. Pero eso no debe interferir en vuestros planes.

Asentí y nos despedimos.

Nada más llegar a casa me metí en la cama, estaba agotada. Demasiadas emociones. A la mañana siguiente volví al hospital, no quería dejar sola a Sara en esos duros momentos. La encontré mejor, descansar le había sentado fenomenal. Me contó que Iván estaba respondiendo muy bien a los tratamientos y que los médicos eran prudentes, pero les habían dado muchas esperanzas. Eso la había llenado de la fuerza necesaria para transmitir a su bebé las ganas de luchar. Me quedé tranquila y tuve un buen presentimiento. Todo iba a salir bien.

La llegada del otoño

El otoño y su caída de hojas había llegado. Era una estación que me envolvía de melancolía. El frío se iba dejando sentir lentamente y la falta de luz solar hacía que el ánimo se fuera minando.

Sandra y yo nos volcamos con Sara, no la dejamos sola ni un día. La acompañábamos en el hospital. Iván crecía y sus pulmones maduraban. Eran muy buenas noticias, si seguía todo así de bien, pronto podrían llevárselo a casa. Sara sonreía aliviada cada vez que nos iba contando los avances del pequeño. Parecía que el susto había pasado.

Jaime dio por finalizada la gira. Salvo unas actuaciones en Navidad, tenía el otoño libre de viajes. Se metió a componer en el estudio y a ayudar a su hermano en la empresa. Por mi parte, le pedí ayuda a Sandra para buscar casa a las afueras de Madrid. Era una forma de distraerla, la ruptura con Olivia tampoco estaba siendo sencilla para ella.

Queríamos comprar una casa antigua y reformarla. No muy grande, pero con un buen solar para hacer un jardín. Jaime nos delegó la búsqueda de la casa y nosotras aprovechábamos para hacer excursiones por los pueblos de alrededor.

Sandra y yo quedamos aquella mañana para ver una casa en un pueblo al límite de la Comunidad de Madrid.

—Te vas a reír, pero ¿qué hago yo en Madrid sin vosotros? —dijo de

repente Sandra, mientras admiraba el paisaje—. Ya no me ilusiona trabajar en el estudio pegada a la galería de arte con Olivia. A veces viene a las reuniones acompañada de amigas y yo enloquezco. Quizá debería simplificar las cosas. Alquilar mi casa y montar algo pequeñito por esta zona. Por aquí hay muchas urbanizaciones alrededor del embalse. Mucho cliente potencial —confesó Sandra.

—Estaría bien. Yo que te voy a decir. Me encantaría tenerte cerca —contesté de manera sincera.

Llegamos al pueblo. Daba la sensación de que la gente caminaba más despacio, no iban corriendo por las aceras con los codos en modo placaje. La gente andaba tranquila. Se paraba a conversar. El pueblo tenía todos los servicios necesarios para criar un hijo. Tenía la población suficiente para tener vida todo el año. Yo dudaba si buscar una casa en el centro, o una de las casas que se vendían alrededor del embalse. La idea de levantarse por la mañana y tomar café mirando al pantano era tentadora. La idea de tener que coger el coche para ir a por el pan, no tanto. Pros y contras, repasaba la lista mentalmente cuando sonó el móvil. Se activó el manos libres.

—¿Qué tal van mis exploradoras? —preguntó Jaime.

—Por aquí estamos. Nos han recomendado un pueblo cerca.

Saldríamos de la comunidad de Madrid. Pero es un pueblo de casas de piedra. De esos con mucho encanto.

—¿Encanto y gente? O sólo encanto.

—Eso vamos a cotillear ahora. La casa que hemos visto aquí no nos ha convencido. ¿Te gustaría una casa mirando al embalse?

—Sinceramente, no me apetece mucho aislarme en una urbanización perdida entre pinos.

—Descartado entonces —contesté.

—¿Ya habías hecho la lista de pros y contras? —preguntó Jaime risueño.

—Por supuesto.

Jaime colgó mientras se reía.

—Es increíble. Sois el uno para el otro, ¿Cómo no lo vimos antes? Tantos años juntos —comentó Sandra.

—Te recuerdo que había un tercer elemento —afirmé.

—Muy buena definición. Menudo elemento—sentenció Sandra.

Ambas nos reímos. Al llegar al pueblo enmudecimos. Era sencillamente idílico. Casas de piedra a la orilla de un río. El camino empedrado. Por las calles, lejos de ver sólo gente mayor, había un montón de gente joven, de la que se podía denominar «alternativa». Paramos el coche en una plaza para tomar un café.

Encontramos un sitio pequeño y acogedor decorado con librerías plagadas de libros y macetas con flores de vivos colores. Lo regentaban dos señoras mayores, en una pared se podían ver miles de fotos de ambas de tiempos pasados. Fotos en infinidad de lugares del mundo. Una vida llena de aventuras. Nos pedimos un café y preguntamos si sabían de alguien que vendiera alguna casa antigua en el pueblo. Una de las dos mujeres nos dijo que sí e hizo una llamada. El propietario estaba ocupado, pero por la tarde podía enseñarnos la casa. Se notaba por la forma de hablarse que eran pareja. Toda una vida juntas y se miraban con auténtico amor. Charlamos de lo divino y lo humano, contaban historias interesantes y divertidas. Empezó a llegar gente y la tertulia se fue ampliando. Había un señor de unos sesenta años que era escritor y tenía un huerto ecológico. Vestía con pantalones de tela y sandalias. Transmitía paz. También había una pintora con su marido que tallaba figuras en los troncos de los árboles. Un profesor retirado que

había montado una librería y todos los jueves hacía de cuenta cuentos para los niños. Hablaban de una asociación donde se juntaban para hacer actividades, excursiones y espectáculos. Se respiraba amistad y buen rollo. Estábamos las dos atrapadas. A Sandra se la veía en su salsa. Gente liberal, de profesiones artísticas y diferentes. Entraron dos chicos, uno llevaba una guitarra colgada del hombro, el otro lo que parecía un cajón en su funda. Todos se saludaron. Una hora después y sin saber ni cómo, ambos tocaban mientras la gente bailaba y reía. Una de las chicas miraba a Sandra de reojo y se ruborizaba. Yo disfrutaba viendo a mi amiga coquetear. Sandra me miró y me susurró:

—Decidido. Nos mudamos aquí.

—Habrá que convencer a Jaime y ver el resto del pueblo, ¿no? — contesté sonriendo.

Nos despedimos y nos fuimos a pasear. Cuanto más caminábamos, más maravilladas estábamos. Las casas tenían balcones de madera incrustados en la piedra. En el horizonte, varias montañas convertían rodeaban el horizonte. En invierno seguro que nevaba. Yo hacía cálculos mentales, a una hora de distancia en coche al aeropuerto. Sin necesidad de desplazarse todos los días a un trabajo, con conexión a internet. El mundo a un solo clic. ¿Por qué no?

Comimos en un restaurante a la orilla del río y fuimos a ver la casa. El propietario nos contó que era abogado y vivía en Madrid. La casa era de su padre, ya fallecido y quería deshacerse de ella. Tenía tres plantas. Sótano incluido. Estaba para tirarla entera. Contaba con un jardín grande bordeado por una valla de piedra. Viejos árboles testigos del paso del tiempo. Desde el final del jardín se podía ver el río correr. El paraje era único. ¿Seríamos capaces de adaptarnos? Siempre habíamos sido urbanitas. Cambiar el ruido de los coches por el canto de los pájaros y el murmullo del agua contra las

rocas. La caótica vida de la ciudad, por la relajada vida rural. Era cuestión de probarlo, si la cosa no funcionaba siempre podría quedarse de casa de fin de semana.

Fuimos con el señor al bar de nuestras nuevas amigas y hablamos del precio. Era una verdadera ganga.

—Nos la quedamos. Mañana mismo le transfiero la señal —dije resuelta mientras nos dábamos un apretón de manos.

El señor se fue y Sandra me miró perpleja.

—¿No vas ni a consultarle? —preguntó.

—Sé que va a gustarle y si no, la compro yo con mis ahorros. ¿No has visto las posibilidades que tiene? —contesté.

—Claro que sí. Soy decoradora. Es fantástica.

Brindamos por los nuevos planes.

—La vida cambia de rumbo en un pestañeo. ¡Por un otoño emocionante y sin melancolía! —dije a modo de brindis mientras chocábamos nuestras copas.

Llegué a casa cansada, pero emocionada. Comprar la casa, arreglarla, suponía nuevos retos, nuevas ilusiones. Al entrar corrí al sofá, allí estaba Jaime viendo la televisión.

—¡Tenemos casa nueva! —grité enloquecida.

—¿Cómo? —preguntó Jaime estupefacto.

—Mañana la señalizó, te va a encantar.

— ¡¿Pero estás loca?! ¡Tú no sabes lo que es vivir en pareja, coño! Vas por la vida sin necesitar nada de nadie, ni siquiera una opinión. ¿Has decidido tú sola dónde vamos a vivir juntos? ¿Pero no te das cuenta lo egoísta que suena eso? —preguntó Jota enfurecido.

Yo saqué el móvil tranquilamente mientras Jaime seguía despotricando.

Abrí la galería de fotos y le enseñé una foto de la casa. Al verla Jota, enmudeció.

—Es enorme. Y la piedra es una maravilla. Y el jardín, con los árboles y el río al fondo. La verdad es que es una pasada.

Cuando le dije el precio lanzó una carcajada.

—¡Venga ya! ¡Es un regalo! —exclamó.

—A ver, el pueblo está lejos. Unos cien kilómetros aproximadamente.

—Eso no es nada.

Le hable de la gente que había conocido. Le enseñé fotos del pueblo, la montaña.

—¿Tiene sótano? —preguntó.

—Sí, pero hay que reformarla entera.

—Está genial. Ya tengo sustituto para trabajar con mi hermano, así que podría centrarme en componer. Y tú seguirías llevando mis páginas de internet. ¡Hagámoslo!

—¿Sigues pensando que soy egoísta? —pregunté.

—Sí, pero muy inteligente y mona.

Jaime se abalanzó sobre mí y me besaba al tiempo que me iba quitando la ropa.

—Te he echado de menos, dulce Martina —dijo, mientras me cogía y me llevaba a la habitación.

Un comienzo, un final

El tiempo pasaba, una vez señalizada la casa, buscamos un arquitecto para hacer el proyecto de reforma. Yo empezaba a desesperarme, siempre había pensado que quedarse embarazada era algo inmediato. Uno tomaba la decisión, dejaba los anticonceptivos y ¡pum! Así de simple. Pero nada, cada vez que me venía el periodo sentía una decepción tremenda. Hasta el punto de ir al médico para ver qué pasaba.

El médico me dijo que era completamente normal, que había parejas que tardaban más de un año. Nosotros llevábamos dos meses intentándolo. Que no me agobiara y que siguiera controlando mi calendario de ovulación. Me hizo una serie de pruebas, incluyendo análisis y salí de la consulta más tranquila.

Me fui a visitar a Sara. El pequeño Iván había recibido el alta hospitalaria y ya dormían todos juntos en casa. Al verle mi reloj biológico se pudo a saltar de emoción. Era un bebé precioso. Sara estaba feliz. Todos los resultados habían salido de maravilla, tendrían que hacer rehabilitación y un seguimiento durante mucho tiempo, pero era el procedimiento normal. Le conté a Sara nuestra decisión de ser padres y se alegró muchísimo. No quise contárselo hasta que todo saliera bien. Me parecía que no era apropiado.

Las cosas empezaban a rodar de nuevo, el «Martinico» como le

llamaba Sandra no había vuelto a insistir, me costó un poco quitármelo de encima. La familia estaba tranquila, dentro de su comportamiento habitual y caótico. Mi alrededor estaba tranquilo y eso me hacía mantenerme en alerta. Con el tiempo me había acostumbrado a la adversidad y los periodos tranquilos no lograban relajarme. En esos pensamientos andaba cuando sonó el teléfono. El nombre de Claudia parpadeaba en la pantalla y empecé a inquietarme.

—¡Ya te vale! Me ha contado mamá que te has comprado una casa en un pueblo perdido con tu amigo, ese. Y que has encargado la reforma a un estudio de arquitectura, ¿debo recordarte que tu cuñado es arquitecto? ¿Cómo crees que va a sentirse? —preguntó indignada.

—A ver, por partes. Jaime no es mi amigo, ese. Es mi pareja, ten educación, hermanita. ¿Por qué tengo que confiar mi hogar en alguien que no te respeta? Además, siempre he pensado que tu marido se ha quedado estancado en los noventa. Lo siento, pero no me importa en absoluto lo que piense —contesté.

—¡Siempre igual! Te encanta ir a tu bola, ¿no? ¿Ahora que le digo yo? Menos mal, que todos sabemos cómo eres.

—¿Y cómo soy Claudia? ¿Qué problema tienes? Yo no tengo la culpa de que no tuvieras los cojones de tomar las riendas de tu vida cuando debiste.

—¡Vete a la mierda! —gritó.

Claudia colgó histérica y yo tenía el pulso acelerado. Qué rabia me provocaba mi hermana y sus problemas inventados. Su esnobismo y esa manera de vivir de escaparate. Volvió a sonar el teléfono, esta vez esperaba la llamada.

—¿Es que disfrutas haciendo sufrir a tu hermana? —preguntó mi madre.

—Mamá, Claudia sufre porque le da la gana y por chorradas. Lo siento,

pero en esto soy inflexible. No me gustan nada los trabajos de Juan.

—Está bien hija, lo entiendo. Hablaré con ella. Veniros a comer mañana y me cuentas como es la casa.

Colgué el teléfono alucinada. ¿Mi madre acababa de ponerse de mi parte? «El mundo se va a acabar o algo», pensaba mientras me reía.

Unos días después volví a la clínica para recoger los resultados de los análisis. Mientras esperaba en la puerta de la consulta, escuché a mis espaldas:

—Hola Martina. —Esa voz. La reconocería en cualquier rincón del planeta, pensé. El estómago se me hizo pequeño. «El traidor». No quería verle. ¿Y si salía corriendo? Me daba igual lo que él pensara, pero la curiosidad pudo más y me di la vuelta.

Allí estaban esos ojos verdes tan profundos que atrapaban. Daba igual el tiempo que pasara, él todavía tenía poder sobre mí. No era capaz de mantener su mirada. Dolía el propio dolor causado. No su ausencia. El corazón se me resentía al tener delante a su agresor.

—Estás preciosa. Leo tu blog. Es muy bueno. Una guía de viajes con la música de Jaime de hilo conductor. Poder viajar con un amigo. Genial, ¿no? —preguntó.

—Sí, está muy bien. —Fue lo único que fui capaz de decir. De repente alguien le llamó por el pasillo. La mujer que le acompañaba el día que nos encontramos en el supermercado se acercaba hacía nosotros con un bombo considerable.

—¡Voy cariño! —le gritó—. Tengo que irme. Saluda a tus padres de mi parte.

Se dio la vuelta y le vi alejarse despacio. «¡Será cabrón! ¡Va a ser padre el muy hijo de puta! Y ¡a mí me daba largas!». Ofuscada y rabiosa en mis

pensamientos estaba completamente aislada del mundo. Hasta que alguien me tocó en el hombro. Era la enfermera.

—Martina, te estaba llamando. Estabas ida —dijo.

—Sí, perdona —contesté ruborizada.

Entramos en la consulta.

—Toma asiento, por favor —dijo el doctor muy serio. Yo me alarmé.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—Todo perfecto. Todas las pruebas que te hemos realizado han dado resultados satisfactorios —dijo, «¿por qué eran tan redichos los médicos?»—. Incluso una de ellas que te hicimos de manera protocolaria.

—¿Qué quiere decir? —pregunté extrañada.

—Estás embarazada —afirmó el médico.

El mundo se detuvo. Las lágrimas subieron de golpe a mis ojos y querían salir. El vello se me había erizado y la emoción se apoderaba de mí. Tenía ganas de gritar y de saltar, como me pasaba siempre que me ponía tan contenta. La enfermera se enterneció al verme.

—¿Es un bebé esperado? —preguntó.

—Esperadísimo —contesté emocionada.

El médico calculó el tiempo, estaba de muy poco. Me recetó las vitaminas y el ácido fólico. Me dio las primeras citas y pautas. Salí de la consulta flotando. Cogí el teléfono y llamé a Jaime.

—¿Me invitas a comer a algún sitio chulo de esos a los que vas? —pregunté.

—Claro. ¿Qué celebramos?

—Que nos queremos, ¿no te parece suficiente?

—Por supuesto. Voy a buscarte, ¿dónde estás?

—Te espero en Plaza España en media hora —dije, no quería decirle que había ido a la clínica, así la sorpresa sería brutal. En el metro iba

nerviosa. Salí al parque de la Plaza de España y me di cuenta de que el mundo se había vuelto un lugar más bonito.

Al verle llegar pensé que no había nadie en el mundo mejor para embarcarme en aquella aventura. Me monté en el coche y me tuve que morder la lengua para no decírselo allí mismo. Me moría de ganas por contárselo.

Sentados en la mesa del restaurante, yo no dejaba de pensar en cómo había cambiado mi vida en tan poco tiempo. Nueva casa, nuevo trabajo, nueva pareja y el mejor de los proyectos en camino. Era una sensación extraña, tenía el mismo nivel de alegría, que de miedo. ¿Sería capaz de cuidar de un hijo? A veces no era capaz ni de cuidar de mí misma. Miraba a Jaime, sentado enfrente, ojeando la carta, ajeno a la noticia que estaba a punto de recibir. Era increíble, pensar en el desarrollo de los acontecimientos. Como había pasado de ser mi mejor amigo, a ser mi amante, para después convertirse en el padre de mi futuro hijo.

No dejaba de mirarle y él se puso nervioso.

—¿Qué pasa? Esta vez, las tuercas de tu cabeza maquinan algo gordo. ¿Vas a dejarme? —preguntó.

—Mira que eres cenizo.

—Te noto nerviosa, desde que te has subido en el coche. Y tú solo te pones nerviosa ante las conversaciones trascendentes.

—Tenemos que hablar, sí —dije.

—¿Es por la casa? ¿Ya no la quieres? —preguntó preocupado.

—No, no es por la casa.

—Entonces, vas a dejarme, no puede ser otra cosa —dijo abatido.

—¡Te quieres callar! Qué me estás poniendo más nerviosa.

Jaime se quedó callado, con cara de circunstancia, como si estuviera

esperando el veredicto de un juez.

—He estado en el médico y me han dado los resultados de los análisis —le conté.

—¿Estás enferma? —preguntó alarmado.

—¡Sí! ¡Enferma me estás poniendo! —exclamé.

—¡Venga joder, dímelo ya! Me va a dar un parraque.

—Estoy embarazada.

Jaime enmudeció. Su cara no demostraba ninguna emoción. Era como si alguien hubiera pulsado el «pause» de sus ritmos vitales. Estuvo así unos segundos, yo no sabía qué hacer, hasta que vi como una pequeña lágrima resbalaba por su mejilla, a la vez que la comisura de sus labios iba formando una sonrisa. Se levantó de repente y se abalanzó hacia mí para abrazarme. Incapaz de articular palabra, me abrazó tan fuerte que parecía que íbamos a fundirnos. Así estuvimos unos minutos, hasta que nos dimos cuenta de que la gente nos miraba y el camarero esperaba para tomarnos nota. Nos disculpamos y nos sentamos.

Le conté todos los detalles, las próximas citas, la fecha probable de parto. Él me miraba sin dejar de sonreír. Se le veía pletórico.

—Menuda aventura nos espera. Gracias, gracias por haberme dado la oportunidad de estar a tu lado, por dejarme enamorarte y por hacerme el hombre más feliz del planeta.

No podía explicarlo con exactitud, pero Jota me miraba de manera diferente. En sus ojos proyectaba ternura.

Salimos del restaurante cogidos de la mano y empezamos a pasear. Aquella escena se convirtió en algo simbólico. Ambos unidos emprendiendo el camino hacia nuestra nueva vida. Nuevos retos que ambos afrontábamos con una ilusión desmedida.

—Bueno cariño, habrá que casarse, ¿no? —preguntó Jaime.

—Ni de coña. Con la reforma de la casa y el embarazo tengo suficiente tarea.

—Cierto —asintió él—. Algún día.

—Algún día. Quizá.

Y seguimos caminando, como si quisiéramos alargar aquel maravilloso momento.

—¿Se lo has contado a Sandra? —preguntó Jota.

—No. No puedo contárselo por teléfono. Mañana.

—¿Preparada para todo lo que nos viene?

—Preparada.

Nos fundimos en un largo y cálido beso y continuamos paseando. Yo susurré al viento:

«Si esto fuera una película, sería la escena final. Los dos caminando, la cámara quieta y la silueta de ambos cada vez más pequeña hasta hacerse imperceptible. Sería en blanco y negro como los grandes clásicos. Nuestro paseo simbolizaría la despedida, el fin de una etapa y el inicio de algo diferente. Porque las historias nunca terminan, sólo dejamos de saber de ellas...».

FIN

Agradecimientos

Es difícil que pueda explicar las sensaciones que me invaden en este momento. Nunca pensé que tendría el valor para mostrar los textos que escribía y aquí estoy; escribiendo los agradecimientos de mi primera novela.

En primer lugar, quiero agradecer a mi familia que no me hayan quitado las ganas de hacerlo. Sobre todo, tengo que darle las gracias de corazón a Miguel, mi marido, porque fue el primero que me animó a intentarlo, que me empujó a abrir el blog y que nunca ha dejado de apoyarme en esta aventura y en todas. Por sus consejos, su paciencia y su sabiduría. También tengo que darle las gracias a mi pequeño Bruno, por concederme todos los ratos de tiempo que le he quitado para invertirlos en esta historia. Por darle sentido a mi vida, por esos besos y abrazos que son mi motor y mi guía.

A mi madre por inculcarme el amor por la lectura y a mi padre por llenarme la casa de libros. A ambos por darme un lugar mágico para crecer. Por supuesto a mi hermano, por estar siempre al otro lado. Por correr hasta donde haga falta, porque su frase estrella es: «¿Qué necesitas?», seguida de: «¿En qué puedo ayudarte?» Por ser la persona más fuerte que conozco y por esa familia tan bonita que ha creado. Gracias a mis sobrinas, porque no concibo esta vida sin sus sonrisas. A Avril porque desde que llegó al mundo lo hizo un lugar más bonito, y a Irene porque llegó para revolucionarnos los días. A su madre, por hacer tan buen trabajo con ellas.

Gracias a mis tíos; M^a Rosa y Antonio, por su pasión por la cultura, por ser mi biblioteca y mi lugar de refugio. A todos mis primos, los de Madrid y

los de la bella Extremadura, a mi tía Fina y a mi tío Jacinto, siempre presente en mi corazón. A todos, familia, gracias por el apoyo y por existir. «Os quiero muchísimo»

Gracias a todas las personas que en algún momento habéis compartido escenario de mis días, algunos permanecéis, otros ya no. Gracias por haber servido de inspiración para algunos personajes y anécdotas de la historia.

Si hay una persona importante durante todo este proceso y a la que tengo que dar las gracias en mayúsculas, es mi amiga Olga. Por estar siempre cuando la necesito, por leer Martina y enamorarse, y llenarme de ánimo para seguir y no tirar la toalla. «Gracias preciosa».

Gracias de corazón a todas las personas que convirtieron mis días de oficina en fiesta. A Luismi, por todas las risas que nos hemos echado juntos y las que vendrán. A Alfredo, por ser mi bastón, mi compañero de alegrías y penas. «Mucha fuerza, eres muy grande y podrás con todo». Mención especial para Esther, su mujer, porque casualidades del destino ha sido mi lectora beta, por engancharse a la historia, y por convertirse en una amiga imprescindible. «Eres maravillosa, tú también podrás con todo. Os quiero».

A Mariajo, por cada día que compartimos, en las buenas y en las malas, tantas cosas, tantas horas... «Te quiero mucho»

A Nuria, Sonia, Raquel, Nacho, Jesús, Ana Belén, Sara, han sido muchos años y aunque ahora la distancia pesa, no hace el olvido.

A mi amiga Yanira porque me sacó del infierno. Por todas las aventuras que vivimos. Por las risas y esa locura maravillosa que hace de ella un ser tan especial. «Estás lejos, pero siempre estarás. Te quiero infinito».

Gracias a Natalia, porque siempre está ahí, por la paciencia conmigo en

su trabajo. Por ser una amiga increíble. Por nuestras charlas telefónicas interminables. «Te quiero mucho».

A todas y cada una de las personas que entendieron a este corazón sensible. A Sonia y Mamen, porque sin ellas la vida hubiera sido un aburrimiento. A María José, por aquellos años de aprender, de playa y de adolescencia eterna.

Gracias a todas las mujeres maravillosas de la Comunidad de Soñadores, Aranzazu, Lourdes, Isabel, Paqui y sobre todo a Marta, mi pelusilla, por creer siempre en los sueños. Por querernos a pesar de la distancia, por emocionarme tanto, por TODO.

A las personas que se enamoraron de la historia, que la siguieron en el blog cuando daba los primeros pasos. Gracias de corazón a Mercedes (Meme) por su apoyo incondicional y tanto cariño. A Giovanni, Maite, tesoros que me he encontrado en el mundo virtual; muchísimas gracias por vuestra ayuda.

Yo soy de guardar en el corazón a cada persona que me ha hecho sentir bien, así a que todos y cada uno de vosotros: GRACIAS.

Y un GRACIAS así de grande a ti, que has decidido leerlo. Que lo tienes en tus manos. Gracias por la confianza y la oportunidad.



Sobre la autora

María Gallego nace en Madrid una mañana de julio de finales de los años setenta. Lectora compulsiva, se enamora de los libros gracias a su madre, bibliotecaria de profesión y a su padre, comercial de una gran editorial. Crece rodeada de personajes ficticios que le sirven de refugio y escuela.

Dotada de gran sensibilidad y empatía hacia el sufrimiento ajeno, comienza a escribir para entender el mundo que la rodea y dar voz a aquellos que por circunstancias dejan de tenerla. Escritora de relatos y cuentos de diferentes géneros literarios, te atrapará con su prosa fluida y sus personajes de sentimientos reales y cercanos.

Puedes encontrarla en:

Web: www.martinaysucajadedepatos.com

Facebook: @Martinarelatos

Twitter: @mariagautora

Instagram: @mariagallegoautora

Email: martinaysucajadedepatos@gmail.com

Gracias de corazón por leer esta historia. No olvides dejar tu valoración en Amazon. Es la mejor manera de ayudarme a seguir escribiendo. Un abrazo fuerte.